Las Novias de Belle Haven

Clara y el Marqués



Catherine Bilson

Clara y el Marqués

Las Novias de Belle Haven Libro 2

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Derechos de Autor © 2025 Shenanigans Press. Todos los derechos reservados.

Este libro y todos sus contenidos están protegidos por la ley de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera, ya sea por medios fotográficos, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas u otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte:

Shenanigans Press

PO Box 323, MORAYFIELD QLD 4506 AUSTRALIA

Correo electrónico: cait@caitlynlynch.com

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece

14. Capítulo Catorce

15. Capítulo Quince

16. Capítulo Dieciséis

17. Epílogo

Otros libros de Catherine Bilson



Capítulo Uno

Junio de 1812

CADA AÑO DURANTE LOS últimos nueve años, el Duque de Allanworth había hecho sus maletas y abandonado la residencia familiar en la Abadía de Allanworth durante dos semanas a mediados de junio. No resultaba particularmente sorprendente que el duque ocasionalmente necesitara viajar; era, después de todo, un hombre de considerable importancia con asuntos de negocios y propiedades que se extendían por toda Inglaterra. Que su padre se ausentara durante una quincena exacta cada verano había parecido, hasta hace poco, un asunto de poca importancia para Matthew Whitmore, Marqués de Whitmore, el único hijo y heredero del duque.

La única rareza era que el duque siempre se había negado a revelar el propósito y el destino de este viaje más allá de vagos murmullos sobre "asuntos personales". Esto era muy impropio del duque, quien generalmente era un hombre abierto que no creía en tener secretos con su hijo y heredero, considerando que Matthew

algún día heredaría el ducado y necesitaría conocer cada detalle de sus negocios y propiedades.

Solo en los últimos diez meses, desde el fallecimiento de su madre, Matthew había comenzado a preguntarse por la regularidad de este viaje en particular. La duquesa nunca había dicho una palabra al respecto, había afirmado ignorancia e indiferencia cuando Matthew una vez preguntó adónde podría haber ido su padre. Sin embargo, su expresión se había crispado con desaprobación, y Matthew incluso se había preguntado si su padre estaba visitando a una amante. El matrimonio de sus padres podría describirse quizás como distante; un matrimonio de conveniencia entre dos personas que parecían tener poco en común más allá de haber nacido en familias extremadamente aristocráticas, y que había producido solo un hijo. El duque y la duquesa se habían tratado con una cortesía exquisita, pero nada más.

Matthew había notado cambios sutiles en su padre desde el fallecimiento de la duquesa. El duque parecía menos rígido, de alguna manera, como si se hubiera liberado de las restricciones de los exigentes estándares de decoro de su esposa. No es que se hubiera vuelto en modo alguno inapropiado, pero había una soltura en su porte que Matthew nunca antes había presenciado. Y mientras el duque se preparaba para partir en su Viaje Misterioso anual, como Matthew hacía tiempo lo había apodado mentalmente, esa soltura había aumentado notablemente, y con ella, la curiosidad de Matthew.

Y así fue como Matthew se encontró frente a las habitaciones de su padre en una cálida mañana de junio, dudando solo brevemente

antes de golpear sus nudillos contra la puerta de roble pulido.

—Adelante —llegó la voz del duque, tan serenamente autoritaria como siempre.

Matthew abrió la puerta y encontró a su padre de pie junto a un baúl abierto, dirigiendo a su ayuda de cámara en el cuidadoso empaquetado de varias prendas de vestir. Las habitaciones del duque lucían como siempre: elegantemente amuebladas en tonos azules profundos y rica caoba. La habitación olía a sándalo y cuero, un aroma que Matthew siempre había asociado con su padre.

—Ah, Matthew —reconoció el duque, mirando hacia arriba brevemente antes de volver su atención al baúl—. ¿Hay algo que necesites?

Matthew dio unos pasos más dentro de la habitación, observando la manera metódica en que el ayuda de cámara de su padre doblaba cada prenda antes de empaquetarla en el baúl. —Simplemente deseaba preguntarle sobre su viaje, Padre. Tengo entendido que parte hoy.

El duque asintió, su cabello oscuro veteado de plata captando la luz matutina que entraba por las altas ventanas. A los cincuenta y cinco años, William, Duque de Allanworth, seguía siendo una figura imponente, alto y de espalda recta, con los mismos ojos marrones oscuros que Matthew había heredado. —En efecto. Dentro de una hora, de hecho. Se ha informado a Brighton que supervisarás los asuntos en mi ausencia.

Brighton, el administrador del Duque, había estado gestionando las propiedades de Allanworth y Whitmore eficientemente durante décadas, y Matthew sabía perfectamente que su propia supervisión

era en gran parte ceremonial. No obstante, asintió. —Por supuesto. Sin embargo, me preguntaba si podría compartir la naturaleza de este viaje anual. Nunca ha hablado de ello.

La expresión de su padre permaneció impasible, pero Matthew detectó un ligero endurecimiento de sus hombros. —Es un asunto privado —respondió el duque, volviéndose para seleccionar un par de guantes de montar de un cajón—. Nada que deba preocuparte.

—Pero seguramente como su heredero, debería estar al tanto de todos los asuntos familiares —insistió Matthew, moviéndose para situarse junto a la ventana. Desde allí, podía ver el patio de abajo, donde se estaba preparando el carruaje de viaje de su padre—. Especialmente asuntos que se repiten con tanta regularidad.

El duque hizo una pausa, observando a su hijo con una mirada evaluadora. —No todos los asuntos de un hombre son asuntos ducales, Matthew. Algunos temas son personales.

—Personales —repitió Matthew, tratando de mantener la frustración fuera de su voz—. Ha estado haciendo este mismo viaje cada verano durante casi una década. Seguramente debe involucrar algún asunto familiar.

—Involucra una obligación que elijo honrar —dijo el duque, con tono cada vez más frío—. Eso es todo lo que necesitas saber.

Matthew observó cómo su padre seleccionaba varios libros de una estantería y los entregaba al ayuda de cámara. No eran los pesados tomos legales o agrícolas que el Duque típicamente favorecía, sino más bien novelas del tipo que Matthew ocasionalmente había visto a su padre leer en la privacidad de su estudio a altas horas de la noche.

—¿Es una mujer? —preguntó Matthew, sorprendiéndose a sí mismo por su atrevimiento.

Un destello de algo —¿ira? ¿dolor?— cruzó el rostro de su padre antes de desaparecer tras su habitual máscara de compostura ducal. —Esa no es una pregunta que dignificaré con una respuesta.

—Perdóneme —dijo Matthew, arrepintiéndose inmediatamente de su impertinencia—. Solo pensé que, con Madre fallecida hace casi un año...

—Has pensado incorrectamente —dijo el duque con firmeza. Se suavizó ligeramente ante la expresión de Matthew—. Entiendo tu curiosidad, pero algunas partes de mi vida siguen siendo mías. Lo entenderás cuando seas mayor.

Matthew dudaba mucho de esto. A los veinticinco años, se sentía lo suficientemente mayor como para ser tomado en la confianza de su padre, sin embargo, el duque aún lo trataba a veces como si fuera un muchacho inexperto de dieciséis años.

—Seguramente, al menos debería saber dónde contactarle —aventuró Matthew.

El duque suspiró, despidiendo a su ayuda de cámara con un movimiento de sus dedos. El sirviente se inclinó y salió, cerrando la puerta suavemente tras él.

—Matthew —dijo su padre, volviéndose para mirarlo directamente —, hay ciertos asuntos en la vida que permanecen en privado, incluso entre padre e hijo. Este viaje es uno de ellos. No es un asunto de la propiedad ni algo que te concierna como mi heredero. Es simplemente una obligación personal que cumplo cada verano, y agradecería que respetaras mi intimidad en esto. Brighton sabe

cómo contactarme en caso de que surja algún desastre durante mi ausencia, aunque no puedo imaginar que ocurra. Tú y él sois perfectamente capaces de gestionar las cosas juntos.

—No pretendo faltar al respeto —dijo Matthew con cautela—. Simplemente pensé que, a medida que crezco, quizás desearíais tomarme en vuestra confianza en tales asuntos.

La expresión del duque se suavizó ligeramente. —No es una cuestión de confianza, Matthew. Simplemente hay partes de la vida de un hombre que siguen siendo solo suyas. Ahora, si me disculpas, debo completar mis preparativos. Pretendo llegar a Watford antes del anochecer.

Watford. Una ubicación, al menos, aunque le decía poco a Matthew. La ciudad estaba demasiado al oeste para que Londres fuera el destino de su padre, viajando desde su propiedad en Cambridgeshire. ¿Qué asuntos podría tener su padre allí que requirieran tal secretismo? ¿O era simplemente una parada nocturna en el camino hacia otro lugar?

—Por supuesto —respondió Matthew, inclinando ligeramente la cabeza—. Os deseo un viaje seguro, padre.

El duque asintió, volviendo a su baúl. —Regresaré en dos semanas, como siempre. Si surge algún asunto urgente durante mi ausencia, consulta con Brighton. Aunque confío en tu juicio en la mayoría de las cosas.

En la mayoría de las cosas, pero claramente no en todas. Matthew hizo una pequeña reverencia y se retiró, cerrando la puerta quizás con más fuerza de la estrictamente necesaria.

En el pasillo, se detuvo, reflexionando. La reticencia de su padre no era inusual, pero había algo en este secreto particular que despertaba su curiosidad más allá de lo razonable. Después de años de ser preparado como el heredero perfecto, de aprender todos los aspectos de las propiedades y el título que algún día heredaría, ser deliberadamente excluido de cualquier parte de la vida de su padre se sentía como un rechazo inesperado.

Matthew se dirigió a sus aposentos, dándole vueltas al problema. Al entrar en la habitación, su ayuda de cámara levantó la mirada de la corbata que estaba planchando.

—¿Necesitará algo específico hoy, mi señor? —preguntó el hombre.

Matthew hizo una pausa, formándose el principio de una idea. —Sí, Simmons. Creo que viajaré hoy. Prepara equipaje para un viaje de duración incierta, pero no menos de tres días. Principalmente ropa de montar, nada formal. Solo un bolso ligero; iré solo, a caballo.

—Muy bien, mi señor. ¿Puedo preguntar cuál es el destino?

Matthew se acercó a la ventana, observando cómo cargaban el carruaje de su padre en el patio de abajo. —Sur —dijo vagamente—. Hacia Hampshire, quizás. No lo he decidido del todo.

Nunca había sido un hombre impulsivo. La responsabilidad se le había inculcado desde la infancia, y con ella cierta cautela deliberada. Sin embargo, ahora, mientras observaba los preparativos de su padre, Matthew sentía un impulso poco característico de actuar.

¿Qué daño podría hacer descubrir la naturaleza de la peregrinación anual de su padre? Mantendría una distancia discreta, solo observaría, y quizás satisfaría la curiosidad que había estado

creciendo en su interior. Si no otra cosa, le daría alguna idea sobre el hombre que siempre había sido más duque que padre para él.

Y si el viaje involucraba algún aspecto de las propiedades que algún día administraría, ¿no era su deber comprenderlo? Matthew ignoró la voz en su cabeza que señalaba la debilidad de esta justificación. Tenía veinticinco años, no era un niño para mantenerse en la ignorancia. Cualquiera que fuera el secreto que guardaba su padre, seguramente tenía derecho a conocerlo.

Tomada la decisión, Matthew se volvió para dar instrucciones específicas a su ayuda de cámara. Seguiría a distancia, discretamente, y descubriría de una vez por todas qué asunto llevaba a su padre lejos cada verano.

Para cuando el carruaje de su padre se alejó por el largo camino de la Abadía, Matthew ya había instruido al jefe de establos que preparara su montura favorita. Viajaría ligero y rápido, manteniendo el carruaje ducal a la vista pero no tan cerca como para ser observado. Y quizás, al final del viaje, finalmente entendería algo del hombre que lo había engendrado pero que siempre había permanecido, en muchos aspectos, como un extraño.



El primer día de la persecución de Matthew transcurrió sin incidentes. Mantuvo el carruaje de su padre a la vista, manteniendo una distancia de al menos media milla, lo suficientemente cerca para ver el distintivo escudo en sus puertas cuando la luz del sol lo

iluminaba en el ángulo correcto. El transporte ducal era inconfundible, lacado en un profundo azul medianoche con las armas de Allanworth pintadas en oro y plata sobre sus paneles.

El sol de verano golpeaba implacablemente mientras Matthew guiaba su montura por el camino. Campos de trigo madurando se extendían dorados a ambos lados, salpicados por el ocasional bosquecillo de robles y olmos. El camino en sí estaba razonablemente bien mantenido, aunque Matthew se sintió agradecido por el paso seguro de su caballo cuando encontraron secciones surcadas por lluvias recientes.

Su pura sangre, Ajax, era una bestia magnífica con una resistencia que igualaba su velocidad, pero incluso un animal tan fino requería descanso regular. Matthew tuvo cuidado de detenerse siempre que el carruaje de su padre paraba en una posada, aunque deliberadamente elegía establecimientos diferentes o esperaba hasta que el duque hubiera partido antes de entrar en el mismo y luego usar la velocidad de su caballo para recuperar la distancia. No convenía ser sorprendido en este acto poco digno de espionaje y, después de todo, sabía que su padre planeaba terminar el día en Watford. ¡Menos mal que Watford poseía más de una posada, de lo contrario podría estar buscando un granero de heno donde pasar la noche!

Una suave brisa transportaba el aroma de flores silvestres y heno recién cortado, un agradable contrapunto al creciente calor del día. Matthew aflojó ligeramente su corbatín, sintiéndose ya algo desaliñado. No estaba acostumbrado a viajar sin su ayuda de cámara, y las cuestiones prácticas de mantener una apariencia de

caballero mientras perseguía a su padre estaban resultando más desafiantes de lo previsto.

—Esto es completamente ridículo —murmuró para sí mismo—. Un hombre de mi posición, escabulléndose como un espía común.

No había nadie que escuchara su auto-recriminación excepto Ajax, que giró una oreja hacia atrás al oír la voz de su amo. Matthew acarició distraídamente el cuello del caballo, con la mente inquieta.

¿Qué pensaría su padre si descubriera el engaño de su hijo? El duque no era un hombre dado a muestras de ira, pero su decepción podía ser devastadora en su silenciosa intensidad. Matthew la había experimentado raramente en su vida, ya que generalmente se había esforzado por cumplir con los exigentes estándares que le habían impuesto. Este comportamiento actual ciertamente no sería aprobado.

Sin embargo, descubrió que no podía abandonar su búsqueda. El misterio del viaje anual de su padre había echado raíces en su mente, exigiendo una resolución. No era mera curiosidad; había algo más profundo en juego, un deseo de comprender al hombre que había moldeado su vida pero que seguía siendo, en muchos aspectos, un enigma.

El sol aún estaba alto en el cielo cuando llegaron a Watford, habiendo avanzado a buen ritmo, y Matthew se preguntó si el duque continuaría, pero el carruaje se detuvo en una posada de considerable tamaño y se dieron órdenes a los mozos de cuadra para desenganchar y estabular los caballos. El establecimiento parecía respetable, sus paredes encaladas y su tejado de pizarra hablaban de prosperidad. Observando desde la distancia cómo su

padre entraba con paso decidido y el aire de un hombre familiarizado con el lugar, Matthew decidió que el duque planeaba quedarse, y buscó otra posada. Había otra a un cuarto de milla más adelante por el camino, un establecimiento modesto que ofrecía alojamiento limpio, aunque sencillo.

Matthew se encontró disfrutando inesperadamente del anonimato. Aquí, era simplemente un caballero viajero, no el marqués de Whitmore, heredero de uno de los ducados más antiguos de Inglaterra. La mujer del posadero le sirvió una abundante comida de estofado de cordero y pan fresco, y comió con un apetito agudizado por el viaje del día.

El sueño llegó fácilmente esa noche debido a su cansancio, a pesar del entorno desconocido y la persistente voz de la conciencia que cuestionaba sus acciones. Matthew se levantó antes del amanecer, decidido a estar en camino lo suficientemente temprano como para reanudar su vigilancia.

El segundo día resultó considerablemente menos confortable que el primero. El calor del verano se intensificó, el aire espeso y opresivo incluso en las primeras horas de la mañana. Al mediodía, la camisa de lino de Matthew se adhería húmedamente a su espalda, y hacía tiempo que había abandonado cualquier pretensión de mantener una corbata. Su rostro se sentía abrasado a pesar de la protección de su sombrero, y se imaginó que su tez debía estar adoptando un poco elegante tono rojizo.

—Parezco más un granjero que un marqués —refunfuñó, vislumbrando su reflejo en un arroyo mientras se detenía para

permitir que Ajax bebiera. El caballo parecía igualmente incómodo por el calor, su pelaje oscuro brillando de sudor.

Habían bordeado el sur y oeste de Londres, pasando por Slough, Camberwell y Basingstoke, y ahora estaban bien entrados en Hampshire, aunque Matthew no creía que se dirigieran a Winchester. Se habían desviado del camino principal después de Basingstoke y ahora seguían senderos cada vez más rurales. El carruaje del duque mantenía un ritmo constante, sin que el cochero vacilara ni un momento en cada giro. Entonces se le ocurrió a Matthew que quizás no hubiera sido necesario emprender el viaje después de todo; ¡por supuesto que James, el cochero de su padre, habría sabido exactamente adónde iba, y también lo sabrían el mozo de cuadra y el lacayo que lo acompañaban! Cualquiera de ellos podría haber dejado escapar la información tras un par de pintas de cerveza.

Bueno, había llegado hasta aquí. Bien podría continuar; no podía estar mucho más lejos. Otras diez millas, pensó, y se acabaría la tierra, así que a menos que su padre planeara embarcarse hacia la Isla de Wight, el destino del duque debía estar cerca.

El campo aquí era particularmente hermoso, a pesar del calor agobiante. Praderas salpicadas de flores silvestres daban paso a densos bosques, ofreciendo breves respiros de sombra cuando el camino pasaba bajo antiguos robles y hayas. En uno de esos lugares sombreados donde un arroyo discurría junto al camino, Matthew desmontó para permitir que su sediento caballo bebiera, mientras observaba cómo el carruaje de su padre continuaba su avance constante por el sinuoso camino que se extendía ante ellos.

Mientras dejaba que Ajax bebiera todo lo que quisiera, Matthew se encontró pensando de nuevo en el propósito del viaje de su padre. El duque había mencionado una obligación, un deber que elegía honrar. ¿Qué tipo de obligación requeriría tal secretismo? ¿Era posible que su austero padre mantuviera algún tipo de vínculo clandestino? La idea parecía casi risible, pero Matthew no podía pensar en ninguna otra explicación para visitas tan regulares y privadas.

—Aunque por qué viajaría hasta Hampshire para tal propósito se me escapa —dijo Matthew en voz alta, ganándose otro movimiento de orejas de Ajax—. Londres ofrece muchas oportunidades para la discreción en esos asuntos.

No es que hubiera conocido a su padre involucrado en ese tipo de comportamiento, por muy común que pudiera ser entre hombres de su rango. El duque de Allanworth había sido famosamente fiel a su duquesa, incluso cuando tal fidelidad se consideraba pasada de moda entre la alta sociedad, y a pesar de que su matrimonio parecía contener poco afecto. Incluso en el año transcurrido desde su muerte, Matthew no había visto ninguna indicación de que su padre buscara compañía femenina de ningún tipo.

—¿Qué entonces? —preguntó al aire—. ¿Qué te trae aquí año tras año?

No hubo respuesta, y Matthew volvió a montar, instando a Ajax a trotar para acortar algo de la distancia hasta el ahora lejano carruaje. El vehículo apenas era visible delante, girando en una curva del camino.

A media tarde, el calor se había vuelto casi insoportable. La garganta de Matthew estaba reseca, e incluso el paso constante de Ajax había desarrollado cierta cualidad pesada que sugería que el caballo estaba sintiendo los efectos del clima. Cuando llegaron a un pueblo con una posada de aspecto respetable, Matthew tomó la decisión de detenerse brevemente para refrescarse.

—Solo un cuarto de hora —se dijo a sí mismo mientras desmontaba y entregaba las riendas de Ajax a un mozo de cuadra, diciéndole al muchacho que se asegurara de que el caballo tuviera agua abundante pero no demasiado fría, para evitar un cólico—. El carruaje de mi padre se mueve lo suficientemente lento como para que pueda alcanzarlo.

La posada era fresca y oscura después del resplandeciente sol del exterior. Matthew pidió cerveza y una empanada de carne fría, acomodándose en una mesa cerca de la ventana donde podía vigilar el camino. La cerveza, cuando llegó, era sorprendentemente buena, y bebió profundamente, sintiendo cómo el polvo del camino desaparecía de su garganta.

—¿Va de paso, señor? —preguntó el posadero mientras dejaba la empanada.

—Sí —respondió Matthew, sin desear fomentar la conversación—. Solo una breve parada.

—Sensato refugiarse del calor por un rato —continuó el hombre, imperturbable—. Dicen que ha sido el junio más caluroso que se recuerda.

Matthew terminó su comida con más prisa de la que sería estrictamente caballerosa, pagó la cuenta con una generosa propina

y recogió a Ajax del establo. El caballo, reconfortado por el breve descanso y el agua, parecía ansioso por continuar, y Matthew lo instó a un medio galope mientras dejaban atrás el pueblo.

Pero cuando llegaron a una bifurcación del camino apenas cien metros más allá del pueblo, Matthew se detuvo en seco. No había rastro del carruaje de su padre en ninguna dirección, y la polvorienta superficie del camino no ofrecía una clara indicación de por dónde había girado el vehículo.

—Maldición —murmuró Matthew, examinando ambos caminos. Uno continuaba hacia el sur en dirección a la costa, mientras que el otro se curvaba hacia el este. Ambos parecían igualmente transitados.

Decidió continuar hacia el sur, razonando que su padre se había dirigido consistentemente en esa dirección. Sin embargo, después de casi una hora de cabalgata cada vez más ansiosa, no había visto ni rastro del distintivo carruaje ducal. A regañadientes, dio media vuelta, llegando de nuevo a la bifurcación y tomando esta vez el camino del este.

Este sendero le condujo a otro pequeño pueblo al caer la tarde. El calor había comenzado a disminuir ligeramente, pero el humor de Matthew no había mejorado. Había perdido un tiempo valioso, y existía la posibilidad de que su padre hubiera tomado tal ventaja que alcanzarlo sería imposible.

Se detuvo en la pequeña plaza del pueblo, donde se habían reunido varios lugareños. Un anciano estaba sentado en un banco bajo un frondoso castaño, mientras dos mujeres conversaban cerca

del pozo. Un grupo de niños jugaba a algún tipo de juego con un aro y un palo.

—Disculpe —llamó Matthew al anciano—. ¿Dónde estoy?

—En King's Somborne, muchacho. ¿Estáis perdido?

—No exactamente. Estoy buscando un carruaje azul que podría haber pasado por aquí hoy. Tendría un escudo de armas en la puerta, un león y tres estrellas.

El anciano entrecerró los ojos para verle mejor.

—Sí, vi un carruaje así. Pasó por aquí no hace ni una hora, diría yo.

Matthew sintió una oleada de esperanza.

—¿En qué dirección fue?

—Atravesó el pueblo directamente, hacia el sur en dirección a Timsbury.

Una de las mujeres junto al pozo miró hacia ellos.

—No, no, Thomas, estás confundido otra vez. Ese lujoso carruaje fue hacia el norte, en dirección a Andover. Lo vi perfectamente desde la ventana de mi casa.

—No hizo tal cosa —insistió el anciano—. Siguió recto, lo hizo.

—No reconocerías lo que es recto ni aunque te golpeara en la cara, viejo —replicó la mujer—. No has visto nada recto desde que el rey era joven.

Su disputa continuó, y Matthew reprimió un suspiro de frustración. Se volvió hacia un joven que pasaba por la plaza conduciendo un caballo de tiro.

—¿Por casualidad visteis pasar un carruaje azul hoy? ¿Con un escudo de armas en la puerta?

—Sí, señor —dijo el joven, tocándose la gorra respetuosamente—. Tomó el camino de Horsebridge, lo hizo. En dirección oeste.

Matthew lo miró fijamente.

—¿Oeste? ¿Estáis seguro?

—Sí, señor. Mi hermano trabaja en el peaje de ese camino sobre el río Test. Dijo que pasó un gran carruaje, ¡y el caballero del interior pagó con un soberano de oro y no pidió cambio!

Eso sonaba a su padre, quien siempre había sido generoso con las clases bajas, a pesar de sus modales formales. ¿Pero al oeste? Eso contradecía tanto el relato del anciano como el de la mujer.

Un cuarto aldeano, que había escuchado la conversación, ofreció aún otra dirección, insistiendo con gran certeza que el carruaje azul había tomado el camino del este hacia Winchester, ¡lo que no tenía ningún sentido puesto que ese era el camino por el que Matthew acababa de llegar!

El sol comenzaba a descender en el cielo, proyectando largas sombras sobre la plaza del pueblo. Matthew se pasó una mano por el pelo, despeinado por el viaje y la frustración. Ajax permanecía pacientemente a su lado, pero la cabeza caída del caballo sugería que estaba tan cansado como su amo.

—Bueno, viejo amigo —dijo Matthew en voz baja, acariciando el hocico del caballo—, parece que lo hemos perdido.

Había una curiosa mezcla de decepción y alivio en esa constatación. El viaje había sido incómodo, el engaño desagradable, y ahora que la oportunidad de descubrir el secreto de su padre se había esfumado, Matthew se encontró preguntándose si no sería lo mejor.

Quizás algunos secretos estaban destinados a permanecer así. Su padre era un hombre reservado, y cualquiera que fuese la obligación que le llevaba a Hampshire cada verano, claramente deseaba cumplirla sin escrutinio. ¿No le debía Matthew ese respeto?

—Vamos, Ajax —dijo, tomando las riendas de su cansado caballo —. Creo que es hora de abandonar esta absurda misión y volver a casa. Padre se sentiría mortificado si supiera lo que he estado haciendo, y con razón. Busquemos una posada para pasar la noche, y mañana emprenderemos el camino de regreso.

No tenía sentido continuar la persecución cuando no tenía idea de qué dirección tomar. Era mejor admitir la derrota y regresar a la Abadía de Allanworth, donde le esperaban obligaciones mucho más apropiadas para el Marqués de Whitmore que esta indigna persecución por el campo.

Había una posada, al menos, donde las sábanas estaban limpias y la comida era sencilla pero abundante. El colchón tenía bultos, pero Matthew estaba demasiado cansado para que le importara, y durmió bastante bien. Al levantarse por la mañana, consideró las opciones para su ruta de regreso, y decidió seguir el camino occidental por un tiempo al menos. La historia de su padre pagando de más en el peaje le había parecido la más probable de todas, y pensó en interrogar al cobrador.

Sin embargo, tuvo poca suerte, ya que el cobrador del peaje negó cualquier conocimiento del paso del carruaje ducal el día anterior, y Matthew suspiró, aceptando la derrota. Pagando su propio peaje, cruzó el río y giró hacia el norte, sabiendo que este camino le

llevaría a Andover, y desde allí podría retomar el camino a Londres y rehacer sus pasos hacia casa.



El río Test no era particularmente ancho en este punto, pero sus aguas cristalinas fluían entre orillas cubiertas de hierba salpicadas de sauces, y el camino discurría junto al río en su mayor parte, con las aguas y la sombra intermitente de los árboles ofreciendo cierto alivio del persistente y enervante calor. Ajax avanzaba a un ritmo pausado, pareciendo apreciar el viaje más relajado ahora que ya no iban en persecución del carruaje ducal. Matthew sentía una curiosa mezcla de decepción y alivio. Su búsqueda impulsiva había fracasado, pero quizás ese fracaso le había salvado de una incómoda confrontación con su padre.

—¿Qué le habría dicho si me hubiera pillado siguiéndole? —preguntó Matthew a Ajax, que movió una oreja hacia atrás con aparente interés—. "Buenos días, padre, decidí seguirle por media Inglaterra porque no puedo respetar su privacidad". Seguro que eso habría sido espléndidamente recibido.

El río se curvaba suavemente más adelante, ensanchándose ligeramente donde se encontraba con un pequeño afluente. El sendero seguía sus contornos, elevándose ocasionalmente antes de descender de nuevo para discurrir casi al nivel del agua. A lo lejos, Matthew podía ver la aguja de una iglesia de pueblo que se alzaba

por encima de un grupo de árboles, sugiriendo que la civilización no estaba muy lejos.

Quizás se detendría allí para almorzar antes de continuar hacia el norte. La posada de King's Somborne le había proporcionado un desayuno escaso, y su estómago comenzaba a recordarle que los caballeros de veinticinco años, especialmente aquellos que habían pasado varios días montando a caballo, requerían alimentación regular.

Estaba considerando qué sencilla comida campestre podría estar disponible cuando un sonido atravesó el agua, débil pero inconfundible. Una voz humana, elevada en lo que podría haber sido alarma o esfuerzo. Matthew detuvo a Ajax, escuchando atentamente.

Allí estaba de nuevo, un grito que contenía una nota de desesperación. Matthew instó a Ajax a avanzar más rápido, explorando la orilla del río en busca del origen de la angustia.

Una joven nadaba en la corriente cerca del centro del río, con el vestido ondeando a su alrededor en el agua. Sujetaba algo contra su pecho intentando mantenerlo fuera del agua, y gritaba no pidiendo rescate sino aparentemente a alguien en la orilla opuesta.

—¡Monstruo desalmado! ¡Cómo te atreves a hacer algo así!

Matthew siguió su mirada y divisó una figura con ropas toscas de campesino alejándose apresuradamente de la orilla del río con lo que parecía una estudiada indiferencia ante los gritos de la mujer. El hombre ni se volvió ni redujo su paso mientras desaparecía en un bosquecillo.

—¡Señorita! —llamó Matthew, guiando a Ajax hacia las aguas poco profundas—. ¿Está usted en apuros?

Ella giró la cabeza ante su acercamiento, y él vio que su rostro estaba enrojecido por la ira más que por la angustia.

—¡Ese villano arrojó un saco de cachorros al río!

Matthew evaluó rápidamente la situación. La mujer era claramente una nadadora competente, ya que mantenía su posición en el agua con aparente facilidad, pero el peso del saco mojado y su preciosa carga harían casi imposible nadar hasta la orilla. La ribera de su lado del río era empinada y fangosa, ofreciendo poco apoyo para salir.

—Aguante firme —le gritó, e instó a Ajax a entrar en el agua.

El caballo entró en el río con la resignación estoica de un animal acostumbrado a las ocasionales demandas excéntricas de su amo. La corriente era más fuerte de lo que parecía, tirando de las patas de Ajax y requiriendo una navegación cuidadosa para evitar los canales más profundos. Matthew guió al caballo firmemente hacia la mujer, calculando el mejor ángulo de aproximación.

La mujer era más joven de lo que había pensado inicialmente, se dio cuenta mientras se acercaba y podía ver bien su rostro. Poco más que una muchacha, en realidad, con los rizos rubios recogidos sobre su cabeza aflojándose con sus esfuerzos y cayendo húmedos alrededor de sus hombros.

—Voy a levantarla —le gritó cuando Ajax se colocó junto a ella—. ¿Puede arreglárselas para sujetar el saco?

—Soy perfectamente capaz de arreglármelas —respondió ella con una dignidad algo mermada por la forma en que tenía que estirar el

cuello para mirarle—. Aunque confieso que la ayuda sería bienvenida.

Matthew se inclinó desde la silla, extendiendo su brazo.

—Tome mi mano.

Lo que siguió fue quizás el rescate más poco digno en la historia de las empresas caballerescas. La mujer resultó ser más pesada de lo que sugería su constitución delgada, lastrada por el agua y los cachorros. Matthew tuvo que izarla corporalmente, y ella se subió a Ajax con toda la gracia de un saco de grano, aterrizando sobre la cruz del caballo en un enredo de tela mojada y protestas indignadas.

—¡Vaya, seguramente había un método más elegante! —jadeó—. ¡No soy un equipaje para ser izada de esa manera!

—Mis disculpas —respondió Matthew, aunque no pudo reprimir del todo su diversión ante su indignación—. Dadas las circunstancias, la elegancia parecía menos importante que la eficacia.

Ella se retorció para mirarlo, con agua goteando de su cabello, y él se encontró mirando el par de ojos verdes más extraordinarios que jamás había visto. Brillaban con inteligencia y no poca irritación, y se dio cuenta de que posiblemente era la mujer más hermosa que había visto jamás, incluso en su actual estado desaliñado.

—Me las estaba arreglando perfectamente bien por mi cuenta —le informó con considerable dignidad—. Solamente necesitaba ayuda para llegar a la orilla, no un rescate completo.

—Por supuesto —asintió Matthew gravemente, guiando a Ajax cuidadosamente hacia la orilla—. Puedo ver que tenía la situación completamente bajo control.

—¡Así era! —insistió, y luego pareció reconocer la suave burla en su tono—. Bueno, quizás no completamente bajo control, pero difícilmente estaba en peligro de ahogarme. He estado nadando en este río desde que era niña.

El saco en sus brazos emitió otro coro de pequeños gemidos, y ella miró el contenido con tal tierna preocupación que Matthew sintió algo removerse en su pecho. Cualquier mujer que arriesgara su propia seguridad para rescatar a unos cachorros no deseados de ahogarse claramente poseía un carácter digno de admiración.

—Ha sido usted muy valiente —dijo él en voz baja, y fue recompensado con una mirada sorprendida que sugería que ella no estaba acostumbrada a tales elogios.

Mientras Ajax los llevaba a salvo hasta la orilla, Matthew se encontró agudamente consciente de la proximidad de la mujer. Ella estaba apretada contra él por necesidad, su ropa mojada dejando manchas húmedas en su chaleco, y podía percibir el leve aroma a lavanda bajo el agua del río. Era una situación completamente impropia, y sabía que debería estar pensando en formas de remediarla lo antes posible.

En cambio, se descubrió deseando que el corto trayecto hasta la orilla pudiera, de alguna manera, durar un poco más.



Capítulo Dos

CLARA BELL NO SE consideraba una mujer dada a fantasías, pero ser transportada sobre la cruz de un caballo como un saco de patatas era suficiente para que incluso la señorita más sensata contemplara el asesinato. Las fuertes manos del desconocido la sujetaban firmemente por la cintura mientras se acercaban a la orilla, un contacto lo bastante correcto dadas las circunstancias, pero aun así demasiado familiar para su comodidad. El agua chorreaba de su vestido empapado, su cabello se había soltado de una manera sumamente mortificante y, lo peor de todo, podía ver a sus hermanas de pie en la orilla del río, con expresiones que oscilaban entre la preocupación y la diversión desenfrenada.

—Podría haber pedido permiso antes de manosearme —murmuró Clara, aferrando contra su pecho el saco donde se retorcían los cachorros. Sus pequeños gemidos eran la única razón por la que no había vuelto a deslizarse en el agua para nadar hasta la orilla por sí misma, con la dignidad intacta.

—Y usted podría haberse ahogado mientras yo se lo pedía —respondió el desconocido, con una voz irritantemente tranquila y teñida de diversión.

Clara era muy consciente de que su vestido se adhería a cada curva de su cuerpo de una manera que habría hecho que incluso su madre, eminentemente sensata, recurriera a las sales aromáticas. La fina muselina, tan ligera y aireada cuando estaba seca, ahora se aferraba a ella como una segunda piel. Fríos riachuelos de agua del río le bajaban por la espalda, haciéndola temblar a pesar del calor estival.

Cuando el caballo llegó a la orilla, Clara vio a Anna y Eliza con más claridad. Estaban de pie una al lado de la otra, con las delicadas facciones de Anna en una expresión de preocupación, mientras Eliza no hacía ningún intento por ocultar su sonrisa. Cómo habían logrado llegar en el momento precisamente equivocado estaba más allá de la comprensión de Clara, aunque sospechaba que tenía algo que ver con la misteriosa capacidad de Eliza para localizar cualquier fuente de posible vergüenza para su hermana mayor.

—¡Clara! —llamó Anna, corriendo hacia delante cuando el caballo alcanzó tierra firme—. ¿Estás bien? Oímos gritos y vinimos corriendo.

—Estoy perfectamente bien —respondió Clara con toda la dignidad que una puede reunir mientras está empapada y en precario equilibrio sobre la afilada cruz de un gran caballo pura sangre, con un completo desconocido sujetándola firmemente por la cintura—. Un mozo de granja arrojó estos cachorros al río, y yo entré a por ellos.

—Qué heroico —dijo Eliza, con sus ojos oscuros brillando con picardía—. Aunque debo decir que tu rescate parece bastante más dramático de lo que la situación requería.

El desconocido desmontó con gracia fluida antes de extender los brazos para ayudar a Clara a bajar. Sus manos abarcaron de nuevo su cintura, y ella se encontró momentáneamente suspendida en el aire antes de que sus pies tocaran el suelo. La sensación fue sumamente desconcertante.

—Permítame presentarme —dijo él, con una ligera reverencia—. Matthew Whitmore, a su servicio.

Clara dio un paso atrás, sus botas mojadas haciendo un ruido desagradable. El barro cubría el dobladillo de su vestido, antes blanco, y podía sentir su cabello pegado al cuello y los hombros de una forma nada favorecedora. No estaba de humor para cortesías.

—Gracias por su ayuda, señor, aunque no era necesaria. Soy una excelente nadadora.

—¿De verdad? Confieso que no me detuve a preguntar sobre sus habilidades acuáticas antes de ofrecer ayuda. —Sus labios se curvaron en una media sonrisa que Clara encontró totalmente provocadora.

—Mi hermana ha estado nadando en este río desde que aprendió a caminar —ofreció Eliza servicialmente—. Una vez rescató al perro de nuestra amiga cuando se cayó por el hielo en invierno.

—Eliza —dijo Clara bruscamente, desesperada por cortar a Eliza antes de que su hermana revelara demasiado sobre ellas—, los cachorros necesitan nuestra atención.

El señor Whitmore la miró con ojos oscuros interrogantes, esperando una presentación que Clara no tenía intención de proporcionar. Era dolorosamente consciente de su apariencia inapropiada, y cuanto antes pudiera alejarse de la presencia de este hombre, mejor.

—¿Y usted es...? —insistió él cuando no se produjo ninguna presentación.

—Una persona con prisa —respondió Clara secamente—. Estos animales requieren atención inmediata.

Habría jurado que él casi se río, aunque logró mantener una apariencia de cortesía. —Por supuesto. Quizás en otra ocasión, entonces.

Clara entregó el saco con los cachorros que se retorcían a Anna, quien miró dentro con una suave exclamación de aflicción. —¡Hay cinco, y son tan pequeños! Ni siquiera tienen los ojos abiertos todavía.

—El bruto que los arrojó merece que le den latigazos —dijo Clara, escurriendo el agua de sus faldas lo mejor que podía. La acción era inútil; sospechaba que seguiría empapada hasta que pudiera cambiarse de ropa.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo el señor Whitmore—. Si hubiera llegado antes, podría haber tenido unas palabras con el sujeto.

Clara levantó la mirada bruscamente, oyendo algo en su tono que sugería que las "palabras" podrían haber ido acompañadas de algo más físico. Por un breve momento, se permitió imaginar a este

grande y bien vestido desconocido enfrentándose al hosco mozo de granja, y encontró que la imagen no era del todo desagradable.

—Deberíamos llevar a estos pequeños a casa —dijo Anna, siempre práctica—. Necesitarán leche y calor.

—Permítanme escoltarlas —ofreció el señor Whitmore, señalando su caballo—. Ajax puede llevar fácilmente a dos, y su hogar no puede estar lejos.

—No será necesario —dijo Clara firmemente—. Vivimos bastante cerca, y el paseo me ayudará a secarme.

Esto era una falsedad descarada, ya que Belle Haven estaba a más de una milla de distancia, pero Clara preferiría caminar diez millas con la ropa empapada antes que pasar otro momento en compañía de este hombre, particularmente a horcajadas sobre su caballo.

—Como desee —respondió él con una ligera reverencia—. Aunque espero que me permita presentarme mañana para preguntar por el bienestar de los cachorros. ¿Su casa...?

—No hay necesidad de tal preocupación —Clara reunió su dignidad a su alrededor como si fuera un manto, dolorosamente consciente de su desaliñada apariencia—. Buenos días, señor Whitmore. Gracias por su ayuda, aunque haya sido innecesaria.

Se dio la vuelta, con la espalda recta y la barbilla alta, aunque el agua aún goteaba de su cabello y el dobladillo empapado se arrastraba por el suelo. Anna y Eliza se colocaron a su lado, Anna acunando a los cachorros con manos delicadas mientras Eliza lanzaba una última mirada al desconocido.

—Te está mirando —susurró Eliza con alegría mal disimulada.

—Que mire —respondió Clara, negándose a mirar atrás—. No verá más que a tres señoritas ocupándose de sus asuntos.

Pero podía sentir sus ojos en su espalda tan claramente como si la hubiera tocado, y la sensación persistió mucho después de que hubieran coronado la colina y lo hubieran dejado atrás.



El sol de verano golpeaba los hombros de Clara mientras marchaba a través de los campos de Belle Haven, su vestido endureciéndose gradualmente a medida que comenzaba a secarse. Los cachorros lloriqueaban en los brazos de Anna, sus diminutas bocas rosadas abriéndose y cerrándose en busca del sustento que claramente les había sido negado durante algún tiempo. La irritación de Clara no había disminuido con la distancia; si acaso, se había cristalizado en algo más duro y definido, como el azúcar al convertirse en caramelo. ¡La absoluta desfachatez de ese hombre, tratándola como si fuera una doncella indefensa de una novela gótica, cuando ella había sido perfectamente capaz de arreglárselas por sí misma!

—Apenas tienen una semana —dijo Anna, mirando dentro del saco con preocupación—. Calculo que necesitarán alimentarse cada dos horas durante al menos las próximas dos semanas. Luego podemos aumentar gradualmente el tiempo entre tomas a tres horas, luego cuatro, hasta que estén listos para alimentos sólidos a las cuatro semanas aproximadamente.

Clara miró a su hermana, momentáneamente distraída de su indignación. La mente matemática de Anna siempre estaba calculando algo, ya fuera la cantidad de alimento para los caballos o las cuentas de la casa.

—Necesitaremos preparar leche con miel y agua —respondió Clara, su naturaleza práctica imponiéndose a pesar de su fastidio—. Y encontrar algo de lo que puedan mamar.

—Imagino que el señor Whitmore se ofrecería voluntario si se lo pidieras —comentó Eliza con una sonrisa traviesa—. Parecía muy ansioso por ayudarte, Clara.

Clara lanzó a su hermana menor una mirada fulminante.

—El señor Whitmore puede llevarse sus servicios a otra parte. No necesitaba su interferencia, y ciertamente no la buscaré en el futuro.

—Oh, vamos —insistió Eliza, adelantándose unos pasos y luego girándose para caminar hacia atrás, mirando a sus hermanas—. Era extraordinariamente apuesto, ¿no crees? ¡Esos ojos! Y qué hombros tan anchos. ¿Te fijaste con qué facilidad te levantó?

—Me di cuenta de que me trató como un saco de grano —respondió Clara secamente—. No hay nada admirable en eso.

—Eliza, deja de bromear —dijo Anna con suavidad—. Clara ya ha tenido suficiente por hoy.

—¿Me pregunto si vivirá por aquí cerca? —meditó Eliza—. Quizás el tío William lo conozca.

—Eliza, el duque solo llegó ayer, no vayas a molestarlo. Quiere pasar tiempo con Laura y Charlotte —Anna miró a Clara—. Y creo que es mejor que nunca se entere de esta escapada. Es muy amable e indulgente, pero... es bastante poco femenino.

El vestido de Clara comenzaba a rozarle incómodamente mientras se secaba, la tela rígida por el agua del río y pegándose a su piel de la manera más desagradable. Su cabello, que había estado pulcramente recogido esa mañana, ahora colgaba en mechones húmedos y enredados por su espalda, y podía sentir el barro secándose entre los dedos de sus pies dentro de sus botas. Cada paso producía un pequeño sonido de chapoteo que habría sido cómico en otras circunstancias.

El sendero que seguían serpenteaba a través de uno de los paisajes más pintorescos de Hampshire. A ambos lados, suaves colinas verdes se extendían hasta donde alcanzaba la vista, y en cada campo, yeguas y potrillos pastaban; los tesoros de Belle Haven y su futuro. Una suave brisa llevaba el dulce aroma de la madreselva desde los setos, y a lo distancia, el canto de una alondra subía y bajaba en delicados arpegios. La belleza de todo ello parecía burlarse del estado desaliñado de Clara y su mal humor.

—No entiendo por qué estás tan enfadada —dijo Eliza, volviendo a caminar junto a Clara—. La mayoría de las señoritas estarían encantadas de ser rescatadas por un caballero apuesto.

—No soy "la mayoría de las señoritas" —respondió Clara con dignidad—. Y no necesitaba ser rescatada. Era perfectamente capaz de nadar hasta la orilla.

—Por supuesto que sí —convino Anna en tono tranquilizador—. Pero podría haber sido difícil con estos pequeñines. Y la corriente estaba bastante fuerte hoy después de la intensa tormenta de anoche.

Clara suspiró, parte de su enfado desinflándose.

—Sé que lo dices con buena intención, Anna, pero no me gusta que me traten como si fuera incapaz. He estado nadando en ese río desde que era niña y no necesitaba la ayuda de nadie.

—Bueno, ya está hecho —dijo Anna prácticamente—. Y tenemos que pensar en estos pequeños.

Clara asintió, extendiendo la mano para acariciar uno de los diminutos cachorros con un dedo delicado. Su pelaje aún estaba húmedo, pero el pequeño cuerpo estaba caliente, lo que tomó como una señal prometedora. El enfado que la había sostenido comenzó a dar paso a una preocupación más urgente: ¿qué diría Theresa cuando llegaran a casa en semejante estado?

Su madre adoptiva era la más bondadosa de las mujeres, pero había estado recordándole a Clara con creciente frecuencia que, a los dieciocho años, se esperaba que se comportara con mayor decoro. Su inminente viaje a Londres para la Pequeña Temporada ocupaba un lugar importante en la mente de Theresa y, por extensión, en la de Clara.

—Mamá estará preocupada si no volvemos pronto —dijo Clara, aumentando ligeramente su paso—. Y debería cambiarme de ropa antes de pillar un resfriado.

—¿En pleno verano? —se rió Eliza—. Poco probable. Pero estoy de acuerdo en que mamá estará preocupada. Pensaba que íbamos a dar un simple paseo, no a una expedición de rescate de cachorros.

Coronaron una pequeña colina, y Belle Haven apareció a la vista en el valle de abajo. La casa no era tan grandiosa como algunas de las grandes propiedades de Inglaterra, pero era considerable: un hermoso edificio de piedra dorada de tres plantas, con grandes

ventanales que captaban la luz del sol de la tarde. Rodeándola estaban los cercados y establos llenos de los caballos que habían forjado la reputación y fortuna de Sir Richard Bell como uno de los mejores criadores de caballos del país.

En uno de los cercados más cercanos, Clara apenas podía distinguir la pálida forma de Snowstar, el caballo tordo que había estado entrenando con tanto esmero. El caballo representaba todas sus esperanzas para la próxima temporada en Londres, una parte fundamental del Plan que había ideado para superar la desventaja de su nacimiento ilegítimo.

La grava del camino crujía bajo sus botas mientras se acercaban a la casa. Clara intentó alisar su cabello rebelde y enderezar su vestido arrugado, gestos fútiles pero instintivos. Cuando se acercaron a los escalones de la entrada, la puerta se abrió y Theresa, Lady Bell, emergió, su dulce rostro redondo inmediatamente registrando preocupación al ver el aspecto desaliñado de Clara.

—¡Santo cielo! —exclamó Theresa, bajando apresuradamente los escalones—. ¿Qué diablos ha ocurrido? ¡Clara, estás empapada!

Clara abrió la boca para explicar, pero de repente se quedó sin palabras. ¿Cómo podría relatar el mortificante encuentro con el señor Whitmore de una manera que no sonara completamente impropia?

—Clara rescató unos cachorros del río —explicó Anna, levantando el bulto para que Theresa lo viera—. Alguien los arrojó para ahogarlos.

—Oh, pobres criaturas —dijo Theresa, su amable rostro suavizándose mientras observaba a los cachorros. Luego su mirada

volvió a Clara, examinando su apariencia empapada, el dobladillo manchado de barro y el cabello enmarañado—. ¿Y te metiste al río para rescatarlos? ¿Con la ropa puesta?

Clara asintió, preparándose para una suave reprimenda sobre el comportamiento adecuado. En cambio, los labios de Theresa temblaron ligeramente, como reprimiendo una sonrisa.

—Bueno —dijo Theresa con un suspiro que no llegaba a ocultar su diversión—, supongo que será mejor que entremos y te sequemos. Y que encontremos algo de comer para estos pequeños.

Clara sintió una oleada de afecto por su madre. Cualquier sermón que pudiera venir después, la primera preocupación de Theresa siempre era por su bienestar, tanto humano como animal.

—Anna, Eliza, llevad esos cachorros a la cocina y organizad algo de comida para ellos —ordenó Theresa, marchando hacia la escalera—. Y pedidles a las criadas que llenen la bañera. Clara, tendrás que darte un baño. Esa agua de río no puede quedarse en tu cabello.

—Sí, mamá —corearon Anna y Eliza, lanzándole Anna una mirada comprensiva a Clara antes de dirigirse a la cocina.

Un rastro de agua marcaba el camino de Clara a través del suelo pulido mientras seguía a Theresa, y se estremeció al pensar en las reacciones de las criadas. Theresa, sin embargo, parecía más divertida que molesta cuando cerró la puerta del dormitorio tras ellas y examinó el estado desaliñado de Clara con el cariño resignado de una mujer que se había acostumbrado a tales desventuras.

—Supongo que sería inútil preguntar qué te poseyó para zambullirte completamente vestida en el río —dijo Theresa, cogiendo una toalla limpia del armario de ropa—. Aunque debo decir que esta

escapada en particular ha resultado en un estado de desorden especialmente impresionante.

Clara aceptó la toalla con gratitud, presionándola contra su cabello húmedo.

—No podía simplemente quedarme quieta y ver ahogarse a los cachorros después de que ese horrible mozo de granja los arrojara.

—Por supuesto que no —concordó Theresa, sus ojos marrones cálidos de comprensión. Se movió detrás de Clara y comenzó a ayudarla con los empapados cordones de su vestido—. Nadie que te conozca esperaría otra cosa. Aun así, me imagino que debe haber habido una manera de efectuar el rescate sin tanto... drama.

—Me las habría arreglado perfectamente bien yo sola —dijo Clara, sintiendo que su indignación anterior volvía a burbujear—. Tenía a los cachorros y estaba nadando hacia la orilla cuando apareció un caballero e insistió en "rescatarme". ¡Como si fuera alguna criatura indefensa incapaz de nadar unos pocos metros!

Los dedos de Theresa se detuvieron momentáneamente.

—¿Un caballero? ¿Cerca del camino del río? Eso es inusual.

—Me oyó gritar y cruzó el río, desde el camino de Arundel —respondió Clara, saliendo de su vestido mientras Theresa lo aflojaba. La tela mojada se adhería obstinadamente a su piel, requiriendo un esfuerzo no pequeño para quitarla—. Me subió a su caballo como un saco de grano. Fue completamente mortificante.

Los labios de Theresa temblaron.

—Imagino que debió serlo. Aunque cabría observar que un caballero acudiendo en ayuda de una dama difícilmente es motivo de tanta consternación.

—No necesitaba ayuda —insistió Clara, aunque el ardor en su voz había disminuido algo. Con la ropa mojada quitada, era difícil mantener el mismo nivel de justa indignación.

Theresa sacó un pañuelo limpio de su bolsillo y limpió suavemente una mancha de barro de la mejilla de Clara.

—Quizás no. Pero debes admitir, Clara, que este tipo de escapadas tendrán que ser menos frecuentes. Tienes dieciocho años ahora, ya no eres una niña a la que se le perdona cada acción impulsiva.

Clara suspiró, sabiendo que Theresa tenía razón.

—Lo sé. Pero no podía dejar que esos cachorros se ahogaran.

—Nadie sugiere que debieras haberlo hecho —dijo Theresa amablemente—. Solo que podría haber habido otras soluciones. ¿Pedir ayuda, quizás?

—No había nadie a quien llamar —respondió Clara—. Y para cuando llegara la ayuda, habría sido demasiado tarde.

Theresa asintió, cediendo el punto.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Pero intenta recordar que partimos hacia Londres en solo unas semanas. La Pequeña Temporada será tu primera presentación en sociedad, y las primeras impresiones son de suma importancia.

—¡No lo he olvidado! Todo depende de ello.

—No todo —corrigió Theresa suavemente, ayudándola a ponerse una bata seca—. Aunque entiendo por qué te parece así.

Una temporada en Londres representaba la mejor oportunidad para Clara de asegurar su futuro. Como hija ilegítima de la difunta hermana de Sir Richard Bell, Clara no tenía dote ni un verdadero lugar en la sociedad. Su padre la había adoptado informalmente,

criándola junto a Anna y Eliza con todas las ventajas de educación y comodidad, pero las circunstancias de su nacimiento seguían siendo un obstáculo que no podía superarse por completo.

A menos que, por supuesto, su Plan tuviera éxito.

—El entrenamiento de Snowstar avanza espléndidamente —dijo Clara, animándose al pensar en el hermoso caballo tordo—. Ayer realizó una cabriola perfecta, con las cuatro pezuñas en el aire. Incluso a padre le impresionó.

Theresa sonrió.

—A tu padre le han impresionado tus habilidades con los caballos desde que tenías nueve años y decidiste domar tu nuevo poni antes de que él pudiera encontrar un jinete lo suficientemente pequeño para hacerlo por ti.

Clara se rio, el recuerdo le resultaba entrañable.

—¡Pepper era un buen poni! Como la mayoría de las criaturas, respondía bien cuando se le trataba con respeto en lugar de con miedo.

—¿Y crees que el Príncipe Regente quedará igualmente impresionado con el entrenamiento de doma clásica de Snowstar? —preguntó Theresa.

—¿Cómo no iba a estarlo? —respondió Clara con confianza—. El Príncipe adora el espectáculo, y no hay nada más espectacular que un caballo de doma correctamente entrenado.

Era la piedra angular del Plan de Clara: presentar al Príncipe Regente a Snowstar, entrenado a la perfección en los movimientos clásicos. Tal regalo seguramente ganaría su favor y, con ello, un

grado de aceptación en la sociedad que de otro modo sería imposible para una joven de su origen.

—Es una estrategia sensata —concordó Theresa—. Aunque espero que no deposites todas tus esperanzas en ello. Hay otros caminos hacia la felicidad, Clara.

—Quizás —concedió Clara, aunque seguía sin estar convencida. Había observado el mundo que la rodeaba con claridad y sabía que sin fortuna o conexiones favorables, sus opciones eran severamente limitadas—. Pero este es el camino que he elegido, y tengo la intención de seguirlo hasta el final.

Theresa la miró con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Siempre fuiste la más decidida de mis niñas, incluso más que Molly. Solo prométeme que intentarás evitar más rescates fluviales. No creo que a Lady Jersey le impresionara mucho que llegaras a Almack's goteando, y tendremos invitaciones para Almack's; Lady Bridgnorth prometió en la boda de Molly que las conseguiría para ti.

Clara rio, volviendo parte de su vergüenza anterior.

—Prometo mantenerme perfectamente seca y apropiada desde ahora hasta el final de la Pequeña Temporada, ¿qué te parece?

—Eso sería un cambio bienvenido —dijo Theresa con cariñosa exasperación—. Ahora, vamos. Vamos a darte un baño y a limpiar bien tu pelo.

Mientras bajaban hacia la cocina, Clara se encontró pensando brevemente en Matthew Whitmore. Había algo en sus ojos oscuros, un destello de inteligencia y humor que había captado su atención a pesar de su irritación. No que importara; probablemente nunca lo volvería a ver, y aunque lo hiciera, ¿qué podría surgir de ello? Su

futuro estaba en Londres, con Snowstar y el favor del Príncipe Regente, no con algún hacendado rural de Hampshire, incluso si tenía un caballo bastante bonito.

Sin embargo, mientras entraban en la cálida cocina donde Anna y Eliza estaban alimentando cuidadosamente a los diminutos cachorros con tiras de tela empapadas en leche, Clara no pudo desterrar completamente el recuerdo de esos ojos, ni la peculiar sensación que la había recorrido cuando él la había levantado del agua y la había subido a su silla de montar.

Fue meramente la impresión del momento, se dijo firmemente, dirigiendo su atención a los cachorros. *Nada más que eso.*

—¡Al baño! —exclamó Theresa, mientras Clara extendía la mano para coger uno de los cachorros de Eliza—. ¡Antes de que el duque y tu padre regresen de su paseo y quieran saber qué has estado haciendo para empaparte y ensuciarte en plena tarde!

Riendo, Clara devolvió el cachorro y se apresuró hacia el fregadero, donde las criadas habían llenado la gran bañera de cobre con agua. Era directamente del pozo y fría, casi tan fría como había sido el río, pero con un olor mucho más dulce, y contuvo la respiración y se sumergió completamente bajo la superficie para enjuagarse el pelo.

No más aventuras, prometió mientras Theresa entraba con el jabón para frotar su cabello. *Voy a ser la perfecta debutante de la Sociedad, que nunca da un paso en falso. Demostraré a la alta sociedad que nacer en el lado equivocado de las sábanas no define el valor de una persona.*

Se lo demostraré a todos.



Capítulo Tres

Septiembre de 1812

MATTHEW ESTABA DE PIE en la periferia del salón de baile de Lady Caldwell, mirando ceñudo su copa de champán como si la inocente bebida le hubiera ofendido personalmente. La Pequeña Temporada estaba en pleno apogeo, y con ella llegaron todas las tediosas obligaciones sociales que Matthew habría evitado con gusto de no ser por la insistencia de su padre en que asistiera. El Duque de Allanworth había sido inusualmente inflexible en que Matthew debía participar en esta temporada social en particular, insinuando nada sutilmente que, a los veinticinco años, ya era hora de que empezara a considerar uniones adecuadas.

Matthew dio otro sorbo a su champán, haciendo una mueca ante la idea. Por supuesto que el ducado necesitaba un heredero —el único heredero era un primo lejano y anciano sin hijos propios—, pero la presión sobre Matthew para proporcionar uno cuanto antes resultaba incómoda. ¡Solo tenía veinticinco años! ¡Había tiempo de sobra!

El vasto salón de baile era un remolino de seda y satén, salpicado por el destello de joyas y el alegre aleteo de abanicos. La orquesta tocaba un animado baile campestre, y las parejas se movían en patrones ordenados por la pista, con los rostros enrojecidos por el esfuerzo y la emoción.

Matthew se había posicionado estratégicamente cerca de una alta palmera en maceta, que le proporcionaba al menos la ilusión de ocultarse de las miradas depredadoras de las madres casamenteras. Ya había soportado tres de estos encuentros esta noche, cada uno más evidente que el anterior. Lady Fitzhugh había prácticamente empujado a su hija a sus brazos durante el primer baile, mientras que la señora Pembarton había hecho un recuento detallado de los logros de su sobrina, que incluían no solo la esperada música y dibujo, sino también un conocimiento enciclopédico sobre cerámica griega antigua, un tema que a Matthew no podía importarle menos.

Examinó la sala con el ojo cauteloso de un hombre acostumbrado a ser cazado. Cerca de la mesa de refrigerios, un grupo de jóvenes debutantes reían tras sus abanicos, lanzando miradas furtivas en su dirección. Matthew reprimió un suspiro. La velada se extendía ante él, interminable y predecible.

Su padre había llegado por separado y actualmente estaba conversando con su anfitriona, Lady Caldwell, una viuda cuya influencia social solo era igualada por su temible reputación como casamentera. El duque parecía relajado, incluso jovial, un estado que Matthew encontraba peculiar dada la habitual reserva de su padre en tales entornos. Desde el fallecimiento de su madre el año

pasado, el duque había ido abandonando parte de su rigidez formal, pero esta noche parecía positivamente gregario.

Matthew estaba contemplando la sensatez de una retirada estratégica a la sala de juegos cuando un destello de cabello dorado al otro lado del salón de baile captó su atención. Algo en la inclinación de la cabeza de la joven, la curva elegante de su cuello, le resultó extrañamente familiar. Ella estaba de espaldas a él, conversando con una mujer mayor cuya figura regordeta estaba enfundada en un vestido de seda color burdeos oscuro. Cuando la joven se volvió ligeramente, su perfil quedó a la vista, y Matthew sintió una sacudida de reconocimiento.

Era ella, la chica de Hampshire. La rata empapada que había subido sin ceremonias al lomo de Ajax después de que se hubiera lanzado al río Test para rescatar un saco de cachorros. Ahí estaba, transformada casi más allá del reconocimiento, su esbelta figura ahora envuelta en un vestido de seda azul pálido que complementaba su tez clara. Su cabello rubio, que ese día en Hampshire colgaba en mechones mojados por su espalda, ahora estaba elegantemente dispuesto en una masa de rizos en lo alto de su cabeza con hileras de pequeñas perlas entretejidas.

Matthew se enderezó, su interés completamente despertado. ¿Qué hacía ella aquí, en una de las reuniones más exclusivas de la Pequeña Temporada? Había supuesto que era la hija de algún caballero local de Hampshire, quizás incluso la hija de un granjero, dado su carácter práctico y su despreocupación por su ropa. Sin embargo, allí estaba con la soltura de alguien acostumbrada a tales

entornos, aceptando un vaso de limonada de un lacayo que pasaba con un gracioso asentimiento.

Su curiosidad solo se intensificó cuando vio a su padre separarse de Lady Caldwell y dirigirse a través de la sala hacia la joven y sus acompañantes. El rostro del duque se iluminó con una cálida sonrisa al acercarse, y para asombro de Matthew, saludó a la mujer mayor con la fácil familiaridad de un largo conocimiento, inclinándose para besarle la mejilla.

—Lady Bell, un placer como siempre —dijo el duque, con voz lo suficientemente alta como para que Matthew la captara—. Y Sir Richard, qué bueno verle.

Matthew observó con creciente perplejidad cómo su padre saludaba a un hombre alto y apuesto, de pelo oscuro y ojos azules claros, quien debía de ser Sir Richard Bell. Los dos hombres se estrecharon las manos con evidente calidez antes de que el duque se volviera hacia la joven de cabellos dorados.

—Señorita Bell —dijo el duque, tomando su mano enguantada e inclinándose sobre ella con gracia cortesana—. Luce particularmente encantadora esta noche. Confío en que está disfrutando de su primera Pequeña Temporada.

La señorita Bell —no simplemente la hija de algún caballero rural, sino la hija de un caballero, y uno con quien su padre evidentemente tenía buena relación. La mente de Matthew corría. ¿Podría ser esta la razón de los viajes anuales de su padre a Hampshire? ¿Existía alguna conexión entre el duque y la familia Bell de la que él no tenía conocimiento? No recordaba haber visto nunca ese nombre en

ninguna de la correspondencia de su padre a la que hubiera tenido acceso.

Matthew frunció el ceño, olvidando el champán en su mano. Su padre nunca había mencionado ninguna conexión con Sir Richard Bell o su familia. Sin embargo, allí estaba, conversando con ellos como si fueran viejos amigos, o incluso parientes. El duque colocó una mano paternal sobre el hombro de la señorita Bell mientras hablaba, un gesto de afecto que Matthew nunca había visto a su padre mostrar con nadie.

El misterio de las peregrinaciones anuales de su padre a Hampshire parecía adquirir de repente nuevas dimensiones. Matthew había seguido al duque hasta un pueblo llamado King's Somborne antes de perderle la pista, pero donde había conocido a la señorita Bell no estaba lejos de allí. ¿Era posible que el destino de su padre pudiera haber sido el hogar de esta familia? Pero, ¿por qué el secretismo? ¿Por qué su padre nunca había hablado de ellos?

Mientras Matthew reflexionaba sobre estas preguntas, su padre levantó la mirada y lo captó con sus ojos al otro lado de la sala. Por un momento, el duque pareció sobresaltado, luego su expresión cambió a una de resignación mezclada con un toque de diversión. Le hizo un gesto sutil a Matthew para que se uniera a ellos.

Matthew dudó solo brevemente antes de dejar su copa a un lado. Si su padre estaba dispuesto a presentarle a estas misteriosas conexiones, entonces quizás algunas de sus preguntas podrían ser finalmente respondidas. Y, se admitió a sí mismo, sentía más que un poco de curiosidad por hablar de nuevo con la joven que una vez le había reprendido por un rescate innecesario, y que ahora se

encontraba cómodamente en uno de los salones de baile más exclusivos de Londres.

Se enderezó el chaleco, ya impecable, y se dirigió hacia su padre y la familia Bell, su curiosidad aumentando con cada paso.

—Ah, Matthew —dijo el duque, haciéndole un gesto para que se acercara—. Permítame presentarle a Sir Richard Bell y su familia. Sir Richard, este es mi hijo, Matthew, Marqués de Whitmore. —Matthew se inclinó educadamente, deslizando su mirada más allá de Sir Richard para posarla en la hija del hombre, cuyas mejillas habían adquirido un tono claramente rosado. Sus ojos verdes se ensancharon ligeramente antes de que su expresión se tornara en una de cortés interés.

—Un placer conocerle, Lord Whitmore —dijo Sir Richard, con un apretón de manos firme y directo—. Su padre habla muy bien de usted. —Se giró ligeramente para señalar a las damas a su lado—. Mi esposa, Lady Bell, y mi hija, Clara.

La atención de Matthew permaneció fija en Clara mientras hacía una reverencia a cada dama. Cuando llegó a ella, permitió que sus labios se curvaran en el más mínimo indicio de sonrisa. —Señorita Bell —murmuró, manteniendo su mirada un momento más de lo estrictamente apropiado—. Creo que nos hemos conocido antes.

La barbilla de Clara se elevó casi imperceptiblemente, su postura volviéndose aún más rígida. —Me temo que está usted equivocado, señor —respondió, con voz fría y controlada a pesar del rubor que subía por su cuello—. Esta es mi primera visita a Londres.

—¿Lo es, en efecto? —Matthew arqueó una ceja, su diversión creciendo—. Qué curioso. Podría jurar que me encontré con una

joven muy parecida a usted en Hampshire hace no más de tres meses. Cerca de un río, si mal no recuerdo.

El rubor en el cuello de Clara se intensificó, extendiéndose a sus mejillas. —Hampshire es bastante grande, milord. Quizás conoció a alguien que se me parece.

Lady Bell dio un pequeño paso adelante, un movimiento sutil que, no obstante, la situó protectoramente al lado de Clara. —Hampshire es nuestro hogar, Lord Whitmore. Belle Haven, la propiedad de Sir Richard, es conocida por sus caballos. —Su tono era agradable, pero llevaba un matiz de advertencia.

—Caballos —repitió Matthew pensativamente—. Sí, recuerdo que mi propio corcel se asustó bastante ese día. Algo sobre una joven y un saco de cachorros, creo.

El abanico de Clara se abrió con fuerza innecesaria. —El calor en esta sala es bastante opresivo —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Quizás podríamos acercarnos a las puertas de la terraza.

—Una excelente sugerencia —intervino el duque con suavidad, aunque miraba a Matthew de manera extraña, y Matthew de repente se dio cuenta de que el duque no tenía la menor idea de que Matthew le había seguido hasta Hampshire, o al menos no lo había tenido hasta ese preciso momento—. Sir Richard, ¿podría interesarle una copa del excelente Madeira de Lady Caldwell? Creo que lo adquirió del mismo comerciante que abastece las bodegas de Carlton House.

Cuando Sir Richard y el duque se alejaron, con Lady Bell siguiéndoles tras un momento de vacilación, Matthew se encontró a

solas con Clara, quien lo observaba con cautela.

—¿Qué le parece Londres, señorita Bell? —preguntó Matthew a Clara, deliberadamente casual—. ¿Ha visto mucha arquitectura de interés? Hay algunas fuentes espléndidas, aunque quizás no debería preguntar sobre elementos acuáticos, dada su experiencia previa con ellos.

—Encuentro Londres exactamente como esperaba, milord —respondió Clara, su voz frágil por la cortesía forzada—. Lleno de personas que solo ven y oyen lo que les conviene.

—Qué fascinante —murmuró Matthew—. Yo lo encuentro lleno de personas fingiendo ser lo que no son, o de hecho, fingiendo no ser lo que son.

Los ojos verdes de Clara brillaron de furia. —Agradecería que cesara estas alusiones, milord. Sea lo que sea lo que usted cree que ocurrió, le aseguro que está equivocado.

Matthew estudió su rostro, notando la tensión en su mandíbula y la forma en que sus dedos enguantados agarraban su abanico con tanta fuerza que los delicados varillajes de marfil podrían romperse. —¿Están bien los cachorros? —preguntó repentinamente, con voz más baja, ya sin tono burlón.

Clara parpadeó, sorprendida. —Ellos... ¿qué?

—Los cachorros —repitió Matthew—. Los que rescató del río. ¿Han sobrevivido?

Un momento de vacilación, luego: —Están prosperando. Mis hermanas menores se han quedado con uno cada una, y los otros han encontrado hogares con familias vecinas.

—Ah —dijo Matthew con satisfacción—. Así que sí recuerda nuestro encuentro.

Los ojos de Clara se entrecerraron. —Es usted *imposible*.

—Eso me han dicho, en numerosas ocasiones. —Miró alrededor, notando que varios invitados cercanos habían comenzado a observar su conversación con interés no disimulado—. Quizás podría explicarme por qué está tan decidida a negar nuestro encuentro anterior. Le aseguro que encontré su intento de rescate bastante admirable, aunque algo impulsivo.

—Porque —siseó Clara entre dientes apretados—, las jóvenes que han sido presentadas en sociedad no se lanzan a los ríos completamente vestidas para rescatar cachorros. No permiten que caballeros desconocidos las arrastren como sacos de grano. Y ciertamente no desean que se les recuerde tales incidentes durante su primer evento social apropiado en Londres.

—Ya veo —dijo Matthew, comprendiendo de repente—. Es su debut, entonces.

—Lo es —confirmó Clara con rigidez—. Y le estaría muy agradecida si permitiera que procediera sin más referencias a *ríos*.

Matthew notó la genuina angustia bajo su compostura y sintió una punzada de conciencia. Su diversión ante su incomodidad de repente le pareció indigna de él. —Mis disculpas, señorita Bell. No había considerado las implicaciones sociales de nuestro encuentro.

Clara lo miró con cautela, como si sospechara una trampa. —Gracias —dijo después de un momento—. Su discreción sería apreciada.

Permanecieron en un silencio incómodo por un momento, mientras la orquesta comenzaba un nuevo set, un animado baile campestre que hizo que las parejas se apresuraran hacia la pista. Matthew se encontró estudiando el perfil de Clara, notando la delicada curva de su mejilla, la determinación en su barbilla. Bajo la luz de las lámparas, su cabello brillaba como oro hilado, muy diferente de aquellos mechones desaliñados que recordaba. Sin embargo, había algo de la misma feroz dignidad en su porte, incluso en estas circunstancias tan distintas.

—Quizás —dijo Matthew impulsivamente—, ¿me permitiría reclamar un baile más tarde esta noche? Como gesto de buena voluntad.

La mirada de Clara regresó bruscamente a su rostro. —Creo que no, milord. Considero que hemos conversado lo suficiente por una noche.

Antes de que Matthew pudiera responder, un joven se acercó, haciendo una reverencia educada a Clara. —Señorita Bell, creo que este es nuestro baile —dijo, ofreciéndole su brazo.

El alivio de Clara fue palpable mientras tomaba el brazo del joven. —En efecto lo es, Lord Carroway. Si me disculpa, Lord Whitmore.

Mientras ella se alejaba, Matthew la llamó, lo suficientemente alto para que solo ella pudiera oírle: —Cuidado con los obstáculos acuáticos, señorita Bell.

Ella se tensó pero no miró atrás, con la espalda recta mientras permitía que Lord Carroway la condujera a la pista de baile. Desde el otro lado de la sala, Matthew captó a su padre observando el intercambio, con una expresión enigmática en su rostro.

Varias matronas cercanas ahora los miraban abiertamente, susurrando detrás de sus abanicos. Matthew no tenía duda de que para mañana, las especulaciones sobre su conversación con Clara Bell estarían circulando por todos los salones de Londres. Si esto ayudaría o perjudicaría sus aspiraciones sociales, aún estaba por verse, pero Matthew se encontró esperando que fuera lo primero.

Mientras observaba a Clara tomar su lugar en el grupo, sus movimientos gráciles y seguros a pesar de su incomodidad anterior, Matthew reconoció una creciente curiosidad sobre esta joven y su conexión con su padre. El misterio de los viajes anuales de su padre a Hampshire ahora parecía inexorablemente vinculado con la familia Bell, y con Clara en particular.

Cualquiera que fuese la naturaleza de esa conexión, Matthew se propuso descubrirla. Y al hacerlo, quizás también descubriría más sobre la intrigante joven que rescataba cachorros un día y bailaba en los salones de Londres al siguiente.



Los jardines de Allanworth House resplandecían de color bajo el sol otoñal, rosas de floración tardía trepando por enrejados en tonos carmesí y dorado, cuidados parterres de delphiniums y digitales creando bordes púrpura y azul alrededor de los impecables céspedes. Matthew estaba bajo la sombra de un antiguo haya cuyas hojas comenzaban a tornarse doradas, observando la reunión de la mejor sociedad de Londres con una mezcla de resignación y

curiosidad. Su padre no había escatimado en gastos para esta fiesta en el jardín, desde el champán francés que fluía libremente hasta el cuarteto de cuerdas que tocaba suavemente desde un pequeño pabellón. Pero era la lista de invitados lo que realmente revelaba la importancia del evento, pues entre el mar de rostros aristocráticos se movía la inconfundible figura del Príncipe Regente, resplandeciente en un abrigo azul celeste con relucientes botones dorados.

En la semana transcurrida desde el baile de Lady Caldwell, Matthew había observado el comportamiento de su padre con creciente sospecha. El duque había estado inusualmente activo en sociedad, asistiendo a más eventos de lo habitual y teniendo especial cuidado en ser visto conversando con ciertos miembros influyentes de la alta sociedad. Ahora, observando la estratégica ubicación de los invitados por todo el jardín, Matthew no podía escapar a la conclusión de que su padre estaba orquestando algo bastante deliberado. Solo esperaba que no fuera para su beneficio; su padre había comenzado a insinuar firmemente que creía que Matthew debería comenzar a buscar una novia en serio.

El Príncipe Regente mantenía su corte cerca de la fuente central, rodeado de su habitual séquito de aduladores y favoritos. A su derecha, colocados con cuidadosa naturalidad, estaban Sir Richard Bell y su familia. Lady Bell conversaba tranquilamente con la Condesa de Bridgnorth, con quien parecía tener una relación muy íntima, las dos mujeres del brazo mientras charlaban. Y allí estaba Clara, una visión en un vestido de muselina amarillo pálido, sus rizos dorados recogidos de nuevo sobre su cabeza y adornados con una

simple cinta que hacía juego con su vestido. Se mantenía algo apartada de sus padres, aparentemente absorta en la belleza de los jardines, aunque Matthew notó cómo su mirada ocasionalmente se dirigía hacia el invitado real.

—Lord Whitmore —dijo una voz melindrosa a su lado—, qué delicia verle de nuevo.

Matthew se giró para encontrar a Lady Lullingley acercándose a él, con su hija a remolque. La señorita Lullingley era una joven de aspecto agradable con cabello castaño claro y una tez muy pálida que sugería que se llenaría alarmantemente de pecas si se expusiera a la luz directa del sol por demasiado tiempo. Ofreció una reverencia vacilante, con la mirada firmemente fija en el suelo.

—Lady Pembrooke —reconoció Matthew con una inclinación—. Señorita Lullingley. Confío en que estéis disfrutando de los jardines.

—Oh, inmensamente —exclamó Lady Lullingley—. El gusto de su padre es impecable. ¿No estás de acuerdo, Honoria? Honoria tiene un ojo excelente para el paisajismo, Lord Whitmore. Ha rediseñado todo el jardín oriental de nuestra finca campestre.

—Qué... fascinante —murmuró Matthew, buscando desesperadamente un medio de escape. Su mirada se posó en Clara, que ahora estaba hablando con un caballero anciano que reconoció como Lord Haversham, un reconocido entusiasta de los caballos.

—Honoria también toca el pianoforte maravillosamente —continuó Lady Lullingley, aparentemente no disuadida por la obvia falta de interés de Matthew—. Quizás podría asistir a nuestro musicale la próxima semana, ¿con su padre? Estoy segura de que el duque quedaría muy impresionado por sus talentos.

—Me temo que a mi padre no le importa demasiado la música —respondió Matthew, alejándose ligeramente—. Si me disculpan, creo ver a un conocido al que debo saludar.

Escapó antes de que Lady Lullingley pudiera protestar, abriéndose paso entre la multitud con determinación. No tenía un destino particular en mente, solo el deseo de evitar más trampas matrimoniales, o al menos pensó que no lo tenía, hasta que se dio cuenta de que no podía encontrar a la señorita Clara Bell. La había estado buscando, y ella no estaba en ninguna parte.

Sin embargo, antes de que pudiera considerar dónde podría haber ido, la voz de su padre resonó por todo el jardín, exigiendo atención. —¡Damas y caballeros, su atención, por favor!

El murmullo de las conversaciones se apagó cuando todas las cabezas se giraron hacia el duque, que permanecía de pie en los escalones de la terraza. —Su Alteza Real —continuó el duque, inclinándose profundamente ante el Príncipe Regente—, distinguidos invitados. He organizado un pequeño entretenimiento para su disfrute esta tarde.

Matthew frunció el ceño, examinando el jardín. No sabía nada de ningún espectáculo adicional programado. El cuarteto de cuerdas había enmudecido, y los sirvientes se habían retirado discretamente a los bordes de la reunión. Todas las miradas estaban fijas en el duque, cuya expresión contenía un atisbo de satisfacción que Matthew encontró intrigante.

—Muchos de ustedes conocen la reputación de Sir Richard Bell como uno de los mejores criadores de caballos de Inglaterra —continuó el duque—. Hoy, tenemos el privilegio de presenciar una

demostración de arte ecuestre clásico, presentada por la hija de Sir Richard, la señorita Clara Bell.

Un murmullo de interés recorrió la multitud, y un movimiento en el extremo más alejado del jardín captó la atención de Matthew. Se giró, junto con el resto de los presentes, para mirar.

Clara apareció en la puerta que conducía desde los establos, montando de lado sobre el lomo del caballo más magnífico que Matthew había visto jamás. El animal era completamente blanco, su pelaje brillando como nieve recién caída bajo el sol de la tarde. Se movía con una gracia fluida que hablaba de su impecable crianza y entrenamiento. Sobre su lomo, Clara se sentaba con una postura perfecta, la espalda recta, las manos sosteniendo las riendas con un control tan delicado que parecía guiar al caballo solo con el pensamiento.

El vestido de muselina amarilla había desaparecido; Clara llevaba ahora un traje de montar de un verde bosque profundo, la falda dispuesta modestamente sobre sus piernas. Su cabello estaba recogido bajo un pequeño sombrero que hacía juego con su traje, con una única pluma blanca curvándose graciosamente a lo largo del ala. Se veía completamente serena, su rostro tranquilo, sus ojos enfocados hacia adelante mientras guiaba al caballo hacia el centro de la reunión con un trote lento y elevado, que Matthew sabía que se llamaba *passage*. Raramente lo había visto ejecutado, y nunca en su vida lo había visto realizado por una amazona.

El caballo se movía con una precisión que solo podía provenir de incontables horas de entrenamiento. Su cuello estaba arqueado con orgullo, sus pasos altos y deliberados, mostrando el poder muscular

contenido dentro de su elegante figura. Mientras Clara lo dirigía hacia el Príncipe Regente, Matthew se encontró conteniendo la respiración, cautivado por la imagen que presentaban, y luego se sorprendió cuando ella pasó junto a él, con la revelación adicional de que Clara montaba a esta magnífica criatura *a pelo*, sin silla. No se veía ni siquiera una correa de cuero alrededor del cuerpo del magnífico caballo.

Los invitados reunidos se apartaron casi con reverencia, creando un camino que conducía directamente hacia donde el Príncipe permanecía de pie, su habitual expresión de aburrida indulgencia reemplazada por una de genuino interés. Clara detuvo al caballo a una distancia respetuosa del invitado real, luego, con un movimiento tan sutil que Matthew ni siquiera pudo detectarlo, comunicó alguna señal al animal.

En respuesta, el caballo realizó lo que solo podía describirse como una reverencia. El caballo dobló graciosamente su pata delantera derecha, bajando la cabeza en una perfecta reverencia ante el Príncipe Regente, y tocando con su hocico el suelo frente a sus pies. El movimiento era tan deliberado, tan controlado, que el animal parecía casi humano en su comprensión del protocolo social que estaba ejecutando.

Un jadeo colectivo se elevó de la multitud. El rostro de Clara permaneció sereno, pero cuando el caballo se enderezó de su reverencia, el más leve indicio de una sonrisa tocó sus labios. No era la sonrisa de alguien regodeándose en la admiración, sino más bien la satisfacción privada de un plan perfectamente ejecutado. En ese momento, Matthew comprendió que esta actuación no era un mero

entretenimiento; era un movimiento calculado en algún juego mayor, uno en el que su padre era claramente un jugador clave.

La exclamación de deleite del Príncipe Regente rompió el silencio atónito que había caído sobre el jardín. —¡Magnífico! —exclamó, juntando las manos como un niño emocionado al que le presentan un juguete largamente deseado—. ¡Simplemente magnífico! —Su rostro florido brillaba de placer mientras avanzaba, abandonando toda pretensión de dignidad real en su afán por examinar al caballo más de cerca—. ¡Nunca he visto algo así! ¡Qué entrenamiento tan perfecto! ¡Qué ejecución tan hermosa!

El caballo permaneció perfectamente quieto a pesar del entusiasta acercamiento del Príncipe. Con una gracia que hacía que el movimiento pareciera sin esfuerzo, Clara desmontó, deslizándose suavemente desde el lomo desnudo del caballo, y aterrizando ligeramente sobre sus pies a pesar de la larga caída hasta el suelo que había hecho que Matthew diera un paso involuntario hacia adelante, como si hubiera podido alcanzarla para atraparla. Ejecutó una profunda y perfecta reverencia ante el Príncipe Regente, con la cabeza inclinada con deferencia.

—Su Alteza Real —dijo, con voz clara y firme, que se extendió por todo el jardín ahora silencioso—. Tengo el honor de presentarle este caballo como regalo. Su nombre es Snowstar, uno de los mejores de Belle Haven, y lo he entrenado en las tradiciones clásicas específicamente para su placer.

Los ojos del Príncipe se ensancharon, su expresión era de deleite infantil. —¿Para mí? ¿Esta extraordinaria criatura es para mí? — Extendió la mano para acariciar el cuello de Snowstar, sus dedos

regordetes casi reverenciales al tocar el brillante pelaje blanco. El caballo permaneció perfectamente quieto, sin mover siquiera una oreja ante el toque desconocido.

—Sí, Su Alteza —confirmó Clara—. Está entrenado en todos los movimientos clásicos, incluyendo la cabriola, la corbeta y la levada. Con su permiso, sería un honor demostrar sus habilidades cuando le resulte conveniente.

—Mi querida niña —dijo el Príncipe, su voz cálida de aprobación—, debes hacerlo sin duda. ¡Qué regalo tan notable! ¡Qué habilidad tan notable! —Se volvió hacia un caballero de aspecto severo que revoloteaba a su lado—. Bloomfield, deben hacerse inmediatamente los preparativos para el transporte de este magnífico animal a las Caballerizas Reales. Y haremos que la señorita Bell demuestre estos movimientos clásicos en Carlton House, ¿quizás la próxima semana? Sí, una pequeña reunión, invitados selectos. ¡Será la comidilla de Londres!

El edecán se inclinó rígidamente. —De inmediato, Su Alteza.

Matthew observó este intercambio con creciente comprensión. La brillantez estratégica de todo esto se estaba volviendo clara. Un regalo digno de un rey, o al menos de un príncipe regente, presentado con habilidad y gracia por una joven cuyo nacimiento de otro modo podría haber limitado sus perspectivas sociales. Y su padre lo había orquestado todo, desde el cuidadoso cultivo de la presencia de la familia Bell en la sociedad hasta este momento culminante ante las figuras más influyentes de Londres.

El duque permanecía cerca, su expresión reflejaba una tranquila satisfacción mientras observaba la escena. Había algo paternal en su

mirada cuando se posaba sobre Clara, un orgullo que iba más allá del éxito de una estrategia social. Matthew había visto esa mirada antes, pero raramente dirigida hacia él mismo. Era la mirada de un padre contemplando a su hijo sobresalir, y despertó en la mente de Matthew preguntas que nunca antes se le habían ocurrido.

¿Podría existir alguna conexión más profunda entre su padre y la familia Bell? ¿Algo más personal que un simple conocimiento? Los viajes anuales a Hampshire de repente cobraban sentido si el duque había estado visitando Belle Haven, pero ¿por qué tanto secretismo? ¿Por qué su padre nunca había mencionado su relación con Sir Richard Bell y su familia?

Mientras el Príncipe continuaba admirando a Snowstar, los demás invitados comenzaron a moverse, reanudando la conversación en un zumbido emocionado. Matthew observó cómo había cambiado el tenor de los susurros. Donde antes había habido una educada curiosidad sobre la familia Bell, ahora había un interés ávido, particularmente en Clara.

—¿Quién es esta extraordinaria joven? —preguntó Lady Jersey en voz alta, sin molestarse en bajar la voz mientras se dirigía a la Condesa de Bridgnorth, quien también sonreía con suficiencia— ¿y cuál era la conexión de los Bridgnorth con los Bell? Otra familia antigua y profundamente aristocrática, aparentemente muy interesada en ver a la señorita Clara Bell convertirse en la sensación de Londres. El misterio se hacía más profundo.

—La señorita Clara Bell, hija de Sir Richard Bell —respondió la condesa—. Una familia extraordinaria en conjunto. Sir Richard cría los mejores caballos de Hampshire, quizás de toda Inglaterra.

—La muchacha tiene un don poco común —declaró Lord Haversham, el anciano entusiasta de los caballos que Matthew había visto hablando con Clara anteriormente—. ¡Entrenar a un caballo para que se incline así! ¿Y visteis su postura, sin siquiera una silla? Balance perfecto, control perfecto. ¡No he visto tal equitación en veinte años, y nunca de una mujer!

—Y qué presencia —añadió otra dama—. Ni un atisbo de nerviosismo ante el Príncipe. La mayoría de las jóvenes se habrían sentido abrumadas.

Los invitados habían comenzado a congregarse alrededor de Clara, quien ahora estaba rodeada de admiradores, su mano aún descansando ligeramente sobre el cuello de Snowstar mientras respondía preguntas con digna compostura. La transformación en su posición social estaba ocurriendo ante los ojos de Matthew, una mariposa emergiendo de su crisálida a la plena luz del favor real.

Y todo había sido cuidadosamente planeado, se dio cuenta Matthew. El adiestramiento del caballo, la presentación en la fiesta de jardín de su padre, el momento durante la Pequeña Temporada cuando la sociedad estaba ávida de nuevas distracciones, todo calculado para lanzar a Clara Bell a la sociedad con la máxima ventaja. Pero ¿por qué debería su padre tomar tanto interés en sus perspectivas? A menos que hubiera alguna conexión, alguna obligación que vinculara al duque con la familia Bell.

El duque se movía ahora entre la multitud, aceptando felicitaciones por el éxito del entretenimiento como si hubiera sido simplemente una agradable diversión organizada para la distracción de sus invitados. Pero Matthew podía ver la cuidadosa atención que su

padre prestaba a cómo estaba siendo recibida Clara, la manera sutil en que dirigía a invitados influyentes hacia ella con una palabra o un gesto.

—Todo un triunfo para vuestro padre —dijo una voz junto al codo de Matthew. Se volvió para encontrarse con Lord Carroway, el joven que había bailado con Clara en el baile de Lady Caldwell—. Aunque confieso que me desconcierta su interés por la familia Bell. ¿Conocéis la conexión?

—Me temo que no —admitió Matthew, estudiando el rostro del otro hombre—. Vos mismo parecéis bastante interesado, Carroway.

El joven lord se encogió de hombros con elegancia. —La señorita Bell es una joven fascinante. Hermosa, talentosa y ahora en posesión del favor del Príncipe Regente. Y su padre puede ser un simple caballero, pero todo el mundo ha oído hablar de Belle Haven y sus caballos; debe ser ahora uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Nadie ha detallado aún el monto de su dote, pero esperaría que sea bastante sustancial. Uno sería un necio al no fijarse en una joven elegible con tal fortuna y conexiones.

Matthew sintió una inesperada chispa de irritación ante esa evaluación casual. —En efecto —dijo fríamente—. Aunque sospecho que hay más en la señorita Bell que sus ventajas sociales.

Carroway levantó una ceja. —Quizás. Tengo la intención de descubrirlo por mí mismo. Ya he solicitado el primer baile en Almack's mañana por la noche. —Con una ligera reverencia, se alejó, dejando a Matthew con la desagradable sensación de que, de alguna manera, le habían superado en estrategia.

Sin embargo, el pensamiento fue rápidamente olvidado cuando Matthew vislumbró a su padre acercándose a Sir Richard. Los dos hombres se estrecharon las manos brevemente, intercambiando felicitaciones o quizás gratitud. Había una familiaridad en el gesto que hablaba de un largo conocimiento, incluso amistad. Y de nuevo, Matthew se preguntó por el secreto que su padre había guardado durante tantos años.

La multitud alrededor de Clara se había reducido ligeramente mientras algunos invitados seguían al Príncipe Regente, quien ahora era conducido por el caballerizo real para inspeccionar a Snowstar más de cerca en un rincón más tranquilo del jardín. Clara se mantenía un poco apartada, aceptando los cumplidos de quienes permanecían con asentimientos corteses y breves respuestas. Su compostura era notable para alguien tan joven, su manera ni excesivamente orgullosa ni falsamente modesta.

Como sintiendo la mirada de Matthew sobre ella, levantó la vista repentinamente, sus ojos verdes encontrando los suyos a través del jardín. Por un momento, se observaron en silencio, y Matthew vio en su expresión una mezcla compleja de triunfo, alivio y algo que podría haber sido un desafío. Entonces sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa privada, no la expresión social educada que había ofrecido a otros, sino algo más genuino, más revelador.

Era la sonrisa de una mujer que había tomado un riesgo calculado y lo había visto dar frutos generosamente. Una mujer que había utilizado las herramientas a su disposición, su habilidad e inteligencia, para posicionarse a la vanguardia de la sociedad londinense, apenas unas semanas después de su llegada a la ciudad.

Mantuvo su mirada un momento más, luego se volvió cuando Lady Jersey se acercó para reclamar su atención. Pero ese breve intercambio había cambiado algo en la percepción de Matthew. El misterio de la conexión de su padre con la familia Bell permanecía, pero ahora estaba superpuesto por una nueva y convincente pregunta: ¿quién era exactamente Clara Bell, más allá de la fachada cuidadosamente presentada que mostraba a la sociedad?

Era una pregunta que Matthew de repente se encontró deseoso de responder. Y mientras la observaba moverse con absoluta confianza entre la élite londinense, se propuso descubrir la verdad, no solo para satisfacer su curiosidad sobre los viajes secretos de su padre, sino para comprender a la extraordinaria joven que había captado su interés de una manera que ninguna otra había logrado hacer.



Capítulo Cuatro

CLARA BELL NUNCA HABÍA imaginado la oleada de satisfacción que sentiría al entrar en las Salas de Asamblea de Almack's y encontrar docenas de pares de ojos volviéndose en su dirección. Se detuvo momentáneamente en el umbral, con la espalda recta y la barbilla alzada, contemplando el lugar de reunión más exclusivo de Londres con sus arañas que proyectaban una luz dorada sobre la decoración en crema y dorado. Hace solo tres días, había sido simplemente otra debutante esperando ser aceptada; ahora era "la chica del caballo blanco", con susurros siguiendo sus pasos mientras avanzaba por la sala con Theresa, su cuidadosamente elegido vestido de seda verde pálido susurrando suavemente con cada paso.

—¿Lo ves? —murmuró Theresa, su amable rostro resplandeciendo de orgullo—. Te dije que el favor del Príncipe Regente lo cambiaría todo.

Clara asintió, manteniendo su expresión agradablemente compuesta a pesar de la emoción interna de triunfo. —Confieso que

no esperaba resultados tan inmediatos.

—Tu padre y yo estamos tan orgullosos —Theresa le apretó el brazo suavemente—. Y el Duque de Allanworth parece muy complacido también.

La mención del duque trajo consigo pensamientos sobre su hijo, y Clara los apartó firmemente. Lord Whitmore la había estado observando con demasiada intensidad en la fiesta del jardín, sus ojos oscuros siguiendo cada uno de sus movimientos. No tenía duda de que recordaba su encuentro en el río con perfecta claridad, a pesar de sus intentos de negarlo, y solo podía esperar que mantuviera su discreción en público.

Antes de que Clara pudiera reflexionar más sobre el asunto, Lord Carroway apareció ante ellas, haciendo una reverencia con elegancia practicada. Era un joven apuesto de quizás veinticinco años, con cabello rubio a la moda y una sonrisa que revelaba dientes excelentes.

—Señorita Bell —dijo, enderezándose—. Se ve encantadora esta noche. Creo que me prometió el primer baile.

Clara notó la calidez en su mirada, mucho más pronunciada que en el baile de Lady Caldwell. —Me siento honrada de que lo recordara, milord —respondió, aceptando su brazo ofrecido después de un breve asentimiento alentador de Theresa.

Mientras Lord Carroway la conducía hacia la pista de baile, Clara sintió el peso de muchas miradas sobre ella. Fragmentos de conversación llegaron a sus oídos: "extraordinario control de ese magnífico caballo", y "el Príncipe quedó completamente cautivado", y más frecuentemente, "la chica del caballo blanco".

—Se ha convertido en toda una sensación, señorita Bell —observó Lord Carroway mientras tomaban sus posiciones para la contradanza —. No se puede ir a ninguna parte sin escuchar historias de su notable habilidad ecuestre.

—Es usted muy amable, milord —respondió Clara, manteniendo su expresión modesta incluso mientras la satisfacción florecía en su interior—. Simplemente presenté a Su Alteza Real un regalo que reflejaba las mejores tradiciones de Belle Haven.

—Qué modestia —dijo él con una sonrisa apreciativa—. Aunque sospecho que no hubo nada "simple" en entrenar a un caballo para que se incline ante la realeza. Nunca he visto algo así, ni tampoco nadie más de los presentes, por lo que puedo deducir.

La música comenzó, y Clara se movió a través de los pasos del baile con cuidadosa precisión, agudamente consciente de que cada uno de sus movimientos estaba siendo observado y evaluado. Lord Carroway bailaba bien, su mano ligera sobre la de ella cuando las figuras los unían. Durante toda la pieza, mantuvo un flujo de cumplidos y observaciones que Clara reconoció con respuestas apropiadas, mientras monitoreaba las reacciones de quienes los rodeaban.

Cuando el baile concluyó, Lord Carroway la devolvió al lado de la sala donde Theresa conversaba con Lady Bridgnorth. —Espero poder reclamar otro baile más tarde esta noche —dijo él, con la mirada persistiendo en su rostro.

—Quizás —respondió Clara con una medida sonrisa—. Mi tarjeta aún no está completa.

Él hizo otra reverencia y se alejó, dejando a Clara reflexionando sobre el marcado aumento de sus atenciones. Sin embargo, antes de que pudiera discutir este desarrollo con Theresa, una nueva voz habló desde su lado.

—Señorita Bell, simplemente debo conocerla adecuadamente.

Clara se volvió para encontrarse frente a la joven más impresionante que jamás había visto. Alta y esbelta, con brillante cabello oscuro arreglado en un elaborado peinado que debió haber requerido horas de atención de una doncella, la joven dama la miraba con notables ojos azul zafiro. Su vestido de seda azul profundo era claramente de una de las mejores modistas de Londres, el delicado bordado plateado captando la luz con cada ligero movimiento. A su lado, Clara de repente se sintió consciente de su propio vestido relativamente simple, aunque había sido cuidadosamente elegido para favorecer su tez clara.

—Soy Lady Virginie de Mortimer —continuó la joven con un arrastrar de palabras lánguido y aristocrático que de alguna manera exigía atención inmediata—. Hija del Conde de Westbourne. Su destreza ecuestre en la fiesta del jardín del Duque de Allanworth fue lo más fascinante que he presenciado en tres Temporadas.

—Es usted muy amable, Lady Virginie —respondió Clara, ejecutando una pequeña reverencia—. Me complace conocerla.

—Oh, el placer es completamente mío —insistió Virginie, enlazando su brazo con el de Clara con sorprendente familiaridad—. Debe conocer a mis amigos particulares. Todos están desesperados por conocerla mejor.

Antes de que Clara pudiera formular una respuesta, se encontró siendo guiada a través de la sala hacia un pequeño grupo de jóvenes elegantemente vestidos. El agarre de Virginie era suave pero firme, sin admitir resistencia, y Clara se dejó llevar, consciente de que tal atención por parte de la hija de un conde era precisamente el tipo de avance social que su Plan había sido diseñado para lograr.

—A todos —anunció Virginie al grupo—, esta es la señorita Clara Bell, la extraordinaria amazona que cautivó al Príncipe Regente ayer. Clara, querida, estos son mis más queridos amigos.

Las presentaciones fluyeron en una confusa sucesión de títulos y nombres: la Honorable Señorita Winslow, cuyo padre era algún tipo de diplomático; Lord Henry Fitzroy, hijo del Marqués de Exeter; la Señorita Amelia Cavendish, cuyo bisabuelo había sido duque; Lady Perséfone Pemberton, otra hija de conde, y varios otros cuyos detalles Clara hizo lo posible por memorizar.

—Todas quedamos completamente impresionadas por su actuación —exclamó con entusiasmo la señorita Winslow—. ¡Qué destreza! ¡Qué presencia! ¡Y montar sin silla, delante del mismísimo Príncipe Regente! Yo me habría muerto de miedo.

—Sin duda, una compostura admirable —añadió Lord Henry—. La mayoría de las jóvenes temblaría al ser el centro de tanta atención, particularmente de la realeza.

Clara sintió una curiosa mezcla de orgullo y cautela mientras aceptaba sus cumplidos. La validación de sus habilidades era gratificante, pero había algo en la forma en que la estudiaban, como si fuera un nuevo y fascinante espécimen en exhibición, que la hacía recelar.

—La señorita Bell se quedará en Londres durante el resto de la Pequeña Temporada, ¿no es así? —inquirió Virginie, su forma de arrastrar las palabras hacía que la pregunta sonara casi indolente.

—Sí, mi padre ha alquilado una casa en Hanover Square —confirmó Clara.

—Espléndido —declaró Virginie—. Entonces nos veremos mucho, espero. La ciudad puede ser terriblemente aburrida sin rostros nuevos que la animen.

Clara estaba formulando una respuesta adecuada cuando se dio cuenta de una oleada de reacciones que recorría el grupo. Al mirar hacia arriba, vio la causa: Lord Whitmore se acercaba, su alta figura captando la atención incluso en esta reunión de aristócratas. Sus ojos oscuros encontraron los de ella inmediatamente, con un destello burlón familiar en sus profundidades que hizo que su corazón latiera un poco más rápido.

—Señorita Bell —dijo, haciendo una reverencia ante ella—. Confío en que esté disfrutando del renombrado entretenimiento de Almack's.

—Lord Whitmore —reconoció ella, manteniendo su voz firme—. Sí, en efecto. La compañía es muy amena.

—¡Whitmore, querido! —exclamó Virginie, transformando todo su comportamiento en algo más animado, más deliberadamente encantador. Extendió la mano para tocar su brazo con una intimidad casual—. Qué maravillosamente perfecto verte aquí. Había empezado a temer que nos decepcionarías a todos permaneciendo en la sala de juegos toda la noche.

—Lady Virginie —respondió él con una reverencia más ligera que la que había ofrecido a Clara—. Le aseguro que nada podría privarme del placer de la reunión esta noche, especialmente sabiendo que la señorita Bell estaría presente.

Clara sintió que amenazaba con subirle el rubor a las mejillas ante esta referencia directa a su conocimiento mutuo. Los ojos de zafiro de Virginie se movieron entre ellos, con algo calculador en sus profundidades.

—¿Conoce usted a la señorita Bell? —preguntó, con un tono ligero pero de alguna manera inquisitivo.

—Hemos tenido el placer de conocernos previamente —confirmó Matthew, con su mirada aún posada en Clara—. Aunque en circunstancias bastante diferentes.

—Qué intrigante —murmuró Virginie. Se acercó sutilmente más a Matthew, con un gesto posesivo que Clara encontró a la vez esclarecedor y extrañamente irritante—. Debe contármelo todo. Adoro las buenas historias.

—Me temo que no le interesaría demasiado —interrumpió Clara apresuradamente—. Un encuentro casual de poca importancia.

—Oh, yo no diría eso —respondió Matthew, sus labios curvándose en una media sonrisa—. Me dejó una impresión bastante profunda.

Clara mantuvo la compostura por pura fuerza de voluntad, consciente de que Virginie observaba este intercambio con un interés sagaz. —Lord Whitmore es demasiado amable —dijo.

La orquesta comenzó a afinar para el siguiente baile, y la atención de Virginie cambió inmediatamente. —¡Ah, la gavota! Whitmore, simplemente debes ser mi pareja.

Mientras Virginie arrastraba a Matthew hacia la pista de baile, Clara los vio alejarse con una curiosa sensación de inquietud. Lady Virginie estaba claramente acostumbrada a comandar atención y admiración, particularmente masculina. Sin embargo, había elegido a Clara para su amistad, a pesar de los orígenes relativamente humildes de Clara.

La cuestión era por qué, y qué podría significar para el Plan cuidadosamente construido por Clara.



La residencia londinense del Conde de Westbourne se alzaba imponente en una de las plazas más elegantes de Mayfair, quizás coincidentemente justo al lado de Allanworth House, el escenario del triunfo de Clara con Snowstar. No era de extrañar que Lady Virginie estuviera tan familiarizada con Lord Whitmore, pensó Clara. ¡Eran vecinos! Clara descendió del carruaje, con su doncella Benson siguiéndola discretamente mientras subía los amplios escalones hasta la reluciente puerta negra. Un lacayo uniformado las admitió, su expresión tan perfectamente inexpresiva que podría haber sido tallada de la misma piedra que la casa.

—La señorita Bell para ver a Lady Virginie —anunció Clara con lo que esperaba fuera una indiferencia adecuada, como si la invitaran a visitar a hijas de condes todos los días.

—Por aquí, señorita —entonó el lacayo, guiándola a través de un vestíbulo de suelo de mármol. Benson fue dirigida a esperar en una antecámara mientras Clara seguía al lacayo más adentro de la casa,

pasando por nichos que contenían bustos clásicos y paredes adornadas con pinturas en ornamentados marcos dorados.

El salón al que fue conducida parecía diseñado específicamente para impresionar a los visitantes con el exaltado linaje y la riqueza de la familia Westbourne. Clara se encontró en una estancia de una opulencia impresionante, donde la luz del sol entraba a raudales por altos ventanales cubiertos con pesadas cortinas de seda, iluminando muebles que parecían haber sido seleccionados más por su belleza que por su comodidad. Retratos enmarcados en dorado cubrían las paredes, con severos antepasados vestidos con atuendos elaborados que miraban hacia abajo con desdén aristocrático. Una colección de porcelana que habría hecho envidiar a los museos se exhibía en vitrinas, y una alfombra de diseño tan intrincado y colores tan ricos que Clara dudó en pisarla cubría el suelo.

—Lady Virginie se reunirá con usted en un momento —anunció el lacayo antes de retirarse, dejando a Clara sola en medio de aquel esplendor.

Se movió con cuidado hacia una delicada silla tapizada en seda azul pálido, posándose en el borde en lugar de arriesgarse a apoyar todo su peso sobre ella. La casa alquilada de la familia Bell en Hanover Square, aunque perfectamente respetable, de repente parecía absolutamente provinciana en comparación. Incluso Belle Haven, con sus cómodas y bien equipadas habitaciones llenas de las posesiones acumuladas de generaciones de los Bell, carecía de este abrumador sentido de dinastía y deliberada ostentación de riqueza.

—¡Clara, querida! —la voz lánguida de Virginie precedió su entrada en la habitación. Se deslizó hacia delante, una visión en un vestido

de mañana de seda color lavanda, su cabello oscuro peinado en un estilo artificialmente simple que Clara sospechaba había llevado a su doncella la mayor parte de una hora conseguir—. Qué encantador por tu parte venir. He estado positivamente desesperada por compañía hoy.

—Gracias por la invitación, Lady Virginie —respondió Clara, levantándose para aceptar el beso al aire que Virginie le otorgó en algún lugar cercano a su mejilla—. Su hogar es verdaderamente magnífico.

—Oh, este viejo lugar —Virginie hizo un gesto desdeñoso con la mano, aunque sus ojos brillaron con satisfacción ante la evidente admiración de Clara—. Una se vuelve bastante ciega a todo esto después de un tiempo. Siéntate, querida. El té se servirá enseguida.

Como si hubieran sido invocados por sus palabras, dos lacayos entraron portando un juego de té de plata de excepcional artesanía, acompañado de delicada porcelana que parecía tan translúcida que Clara temió que pudiera romperse al mínimo contacto. Un tercer lacayo les seguía con una bandeja de pequeños pasteles dispuestos con precisión matemática.

—Papá insiste en mantener demasiados sirvientes —confió Virginie mientras los lacayos realizaban sus tareas con precisión militar—. Pero una debe mantener las apariencias, ¿no crees?

Clara murmuró su conformidad, aceptando una taza que se sentía tan frágil como una cáscara de huevo en sus manos. Cuatro días habían pasado desde su encuentro en Almack's, durante los cuales Virginie había enviado una invitación para el té elegantemente escrita que Clara difícilmente podría haber rechazado sin ofenderla.

A pesar de su persistente cautela, Clara no podía negar la ventaja social de ser vista como una amiga particular de la hija del Conde de Westbourne.

—He estado queriendo hablarte sobre algo bastante particular —dijo Virginie una vez que los lacayos se hubieron retirado. Se inclinó ligeramente hacia delante, bajando la voz como si compartiera una confidencia—. Se trata de caballos, por eso pensé inmediatamente en ti.

—¿Oh? —Clara dio un sorbo al té, disfrutando de la calidad de la mezcla. Nada más que lo mejor para los Westbourne, sospechaba.

—Sí. Verás, papá es un apasionado de los caballos. Por mi cumpleaños el mes pasado, me regaló un magnífico caballo castrado bayo —Virginie suspiró dramáticamente—. El problema es que la criatura es un poco demasiado briosa para que yo pueda manejarla adecuadamente.

—Ya veo —dijo Clara con cautela—. Quizás una montura diferente podría ser más adecuada para sus necesidades.

—¡Oh, no podría hacerlo! —Virginie parecía genuinamente angustiada ante la sugerencia—. Papá seleccionó a Pegaso específicamente por su linaje. Está terriblemente orgulloso de haberlo conseguido de las caballerizas de Lord Harrington. Si admitiera que no puedo manejarlo... —dejó la frase en el aire, pareciendo afligida—. Padre estaría tan decepcionado si supiera que no puedo controlarlo. Tiene tanta fe en mis habilidades como amazona.

Clara asintió, comenzando a entender la dirección de esta conversación. —Es una posición difícil.

—Pensé que quizás... —Virginie dudó, y luego extendió la mano impulsivamente para tocar la de Clara—. Eres la única que podría ayudarme sin hacerme quedar en ridículo. Si alguien pudiera ayudarme a dominar a Pegaso, serías tú.

Clara sintió una oleada de placer ante este reconocimiento de sus habilidades, aunque la cautela susurraba en su mente. Había algo casi demasiado perfecto en la apelación de Virginie tanto a su experiencia como a su simpatía.

—Estaré encantada de ofrecer la ayuda que pueda —dijo Clara—. Aunque no puedo garantizar nada sin ver al caballo y comprender su temperamento.

—Por supuesto, por supuesto —Virginie estuvo de acuerdo con entusiasmo—. ¿Podrías reunirte conmigo mañana por la mañana en Hyde Park? Intento ejercitar a Pegaso temprano, antes de que llegue la gente de moda, por si acaso hago el ridículo. ¿Digamos a las ocho?

—Eso sería adecuado —acordó Clara.

—A las ocho en la entrada de Serpentine, entonces. La hora temprana debería asegurarnos una privacidad relativa para su instrucción.

Cuando el té concluyó y Clara se levantó para marcharse, Virginie la acompañó hasta la puerta del salón. —Estoy deseando que llegue mañana —dijo, y luego hizo una pausa como si la hubiera asaltado un pensamiento repentino—. Oh, acabo de recordar algo que quizás desees saber, aunque para mí no tiene importancia, por supuesto.

—¿Sí? —preguntó Clara, instantáneamente recelosa del tono demasiado casual de Virginie.

—Nuestro vecino Lord Whitmore suele montar en el parque a esa hora —dijo Virginie, observando el rostro de Clara con ojos astutos —. Es muy devoto de su ejercicio matutino, sin importar el clima. Aunque estoy segura de que estará usted demasiado concentrada en ayudarme con Pegasus como para notar a cualquier otra persona.

Clara mantuvo con esfuerzo una expresión neutral. —Como usted dice, estaremos bastante ocupadas con su caballo. La presencia o ausencia de Lord Whitmore es irrelevante.

—Por supuesto, por supuesto —asintió Virginie con una sonrisa que no llegaba del todo a sus ojos—. Simplemente pensé que debía mencionarlo, ya que parecía tener algún conocimiento previo de él. Bastante misterioso, eso. Debe contarme la historia alguna vez.

—Hay poco que contar —respondió Clara con suavidad—. Buenos días, Lady Virginie. Hasta mañana.

Mientras descendía por la gran escalera para buscar a Benson, Clara se encontró con sus pensamientos en tumulto. La mención de Matthew por parte de Virginie no podía haber sido coincidencia, ni tampoco su evidente interés en la naturaleza de su conocimiento. ¿Acaso este acercamiento amistoso respecto al caballo era meramente un pretexto para descubrir más sobre la conexión de Clara con el Marqués? Y si era así, ¿por qué debería importarle a Virginie?

A menos que, pensó Clara mientras volvía a salir a la brillante luz del sol de la tarde, el interés de Virginie en Lord Whitmore fuera más allá del coqueteo casual mostrado en Almack's. Quizás la hija del Conde de Westbourne había puesto sus miras en convertirse en la

futura Duquesa de Allanworth y veía a Clara como una posible competencia; un pensamiento ridículo.

Clara decidió proceder con cautela. Su Plan nunca había incluido verse enredada en intrigas románticas aristocráticas. Solo podía esperar que cualquier juego que Virginie estuviera tramando no interfiriera con sus propios planes cuidadosamente trazados.



La niebla matinal se aferraba a la hierba de Hyde Park como un velo de gasa, suavizando los contornos de los árboles centenarios y otorgando una cualidad etérea al paisaje. Clara se ajustó la capa más estrechamente alrededor de los hombros para protegerse del frío temprano mientras guiaba a Guinevere por el sendero que conducía al Serpentine. La yegua negra se movía con la gracia fluida característica de los caballos criados en Belle Haven, sus cascos haciendo suaves golpes contra la tierra húmeda. Detrás de ellas cabalgaba un mozo de cuadra, una presencia sólida cuya compañía la propiedad exigía para esta excursión matutina. El parque estaba en gran parte desierto a esta hora, tranquilo de una manera que nunca lo estaba durante el elegante paseo de la tarde, y Clara inhaló profundamente, saboreando los familiares aromas de caballos, cuero y hierba que le recordaban a su hogar.

Al acercarse al lugar acordado, Clara divisó a Virginie esperando ya, una figura esbelta a pie con un traje de montar exquisitamente confeccionado en color borgoña intenso que hacía que la prenda

azul marino funcional de Clara pareciera casi sencilla en comparación. A su lado se encontraba un apuesto caballo castrado bayo, sujeto por un mozo de cuadra con la librea de Westbourne. La respiración del caballo era visible en el aire fresco de la mañana, pequeñas nubes de vapor que se disipaban en la niebla.

—¡Clara, querida! —llamó Virginie, agitando una mano enguantada —. Qué espantosamente puntual es usted. Acabo de llegar yo misma.

Clara desmontó con gracia experimentada, entregando las riendas de Guinevere a su mozo antes de acercarse. —Buenos días, Lady Virginie. Y este debe ser Pegasus.

Se acercó al bayo con la tranquila confianza de quien había manejado incontables caballos. El castrado era, en efecto, un magnífico ejemplar, con cuartos traseros fuertes y un orgulloso arco en su cuello, aunque cuando Clara se acercó más, notó que el blanco de su ojo era visible, y sus orejas se movían nerviosamente hacia adelante y hacia atrás. Cambió su peso inquietamente cuando ella se aproximó, con las fosas nasales dilatadas.

—Es magnífico —dijo Clara, permitiendo que el caballo captara su olor antes de tocarlo—. Las caballerizas de Lord Harrington tienen una excelente reputación. ¿Cuál es su crianza?

—Tres cuartos pura sangre, un cuarto árabe, o eso me dijo papá — respondió Virginie, manteniendo una distancia notable de su montura—. Tiene un linaje impresionante, por eso padre insistió tanto en adquirirlo para mí. Pero lo encuentro bastante inmanejable a veces.

Para demostrarlo, Virginie dio un paso adelante y tomó las riendas de su mozo. Inmediatamente, el caballo sacudió la cabeza, alejándose nerviosamente. —¿Lo ve? —dijo Virginie, elevando su voz —. ¡Es absolutamente imposible! Apenas puedo acercarme a él, y menos aún montarlo con confianza.

Clara observó la interacción con ojo profesional, notando cómo la propia tensión de Virginie se comunicaba directamente al caballo. El castrado no era inherentemente difícil, sospechaba, simplemente respondía a la ansiedad de su jinete.

—¿Me permite? —preguntó Clara, extendiendo su mano para las riendas.

—Oh, por favor —Virginie cedió su control con evidente alivio—. Estoy desesperada con él.

En el momento en que las riendas pasaron a la mano de Clara, comenzó a hablarle a Pegasus en voz baja y firme, el mismo tono que había utilizado para calmar a incontables caballos nerviosos en Belle Haven. —Ya está, ¿a qué viene todo este alboroto? Eres un muchacho guapo, ¿verdad? Fuerte e inteligente, puedo verlo.

Las orejas del bayo se orientaron hacia adelante al oír su voz, y su inquieto movimiento se calmó un poco. Clara pasó sus manos a lo largo de su cuello y cruz, sintiendo cómo la tensión en sus músculos se liberaba gradualmente bajo su tacto. Se movía con gestos deliberados y sin prisas, permitiendo que el caballo se acostumbrara a su presencia y a su olor.

—Creo que quizás sería útil si yo misma lo montara —sugirió Clara, volviéndose hacia Virginie—. De ese modo podré evaluar mejor su temperamento y respuestas. ¿Le parecería bien montar a Guinevere

mientras tanto? Está muy bien entrenada, no tendrá ningún problema con ella.

—Qué idea tan espléndida —aceptó Virginie de inmediato, mirando a la yegua negra que esperaba tranquilamente con evidente alivio—. Aunque le advierto, Pegasus puede ser bastante obstinado cuando está montado.

Intercambiaron monturas, con el mozo de Clara ayudándola a subir a Pegaso mientras que a Virginie la ayudaron a subir a Guinevere. La diferencia en el comportamiento de los caballos fue inmediatamente evidente: mientras Guinevere permanecía pacientemente, aceptando a una nueva jinete sin preocupación, Pegaso bailoteó lateralmente en el momento en que el peso de Clara se asentó en la silla.

Clara se sentó profundamente, con la espalda recta y las manos firmes en las riendas. Su lenguaje corporal comunicaba una calma autoritaria, y en cuestión de momentos, el bayo comenzó a responder, disminuyendo su inquietud al percibir la confianza de su nueva jinete. Aplicó una suave presión con su pierna, y Pegaso avanzó, sus pasos volviéndose más mesurados con cada zancada.

—La clave con un caballo brioso como Pegaso —explicó Clara mientras guiaba al castrado en un círculo alrededor de Virginie y Guinevere— es mantenerse constante y tranquila. Los caballos son extraordinariamente sensibles a las emociones de sus jinetes. Si usted se acerca con ansiedad, el caballo reflejará ese sentimiento.

Demostró una serie de transiciones simples, pidiendo a Pegaso que caminara, luego trotara, y luego volviera a caminar, utilizando sutiles cambios en su peso y una suave presión de riendas. El bayo

respondió maravillosamente, su nerviosismo anterior gradualmente reemplazado por una obediencia atenta.

—Lo hace parecer tan fácil —se maravilló Virginie, observando desde lo alto de Guinevere—. Parece un animal completamente distinto con usted.

—En realidad está bastante bien entrenado —observó Clara—. Sus respuestas son correctas y rápidas una vez que entiende lo que se le pide. Sospecho que su comportamiento con usted se debe más a la incertidumbre que a cualquier dificultad genuina de temperamento.

Estaba demostrando cómo indicar correctamente una transición del trote al galope cuando el sonido de cascos acercándose llamó su atención. Clara levantó la mirada para ver una figura familiar emergiendo de la niebla matutina: Matthew Whitmore montado en su pura sangre bayo, Ajax. El pelaje del caballo brillaba con el ligero sudor del ejercicio reciente, sugiriendo que Matthew ya llevaba algún tiempo cabalgando.

—Señorita Bell —la llamó mientras se acercaba—. Qué agradable sorpresa encontrarla aquí.

Clara hizo que Pegaso se detuviera, manteniendo la compostura a pesar de la repentina aceleración de sus latidos. —Lord Whitmore —reconoció con una inclinación de cabeza—. Buenos días.

—¡Whitmore! —exclamó Virginie con indudable placer—. ¡Qué afortunado! Justo ayer le estaba diciendo a Clara que sueles montar aquí a esta hora.

Matthew guió a Ajax junto a ellas, sus ojos oscuros observando la escena con evidente interés. —En efecto. El parque está en su mejor momento antes de que descienda la multitud de moda —Su mirada

se detuvo en Clara sobre Pegaso—. Veo que está compartiendo su considerable experiencia, señorita Bell; creo haber visto a Lady Virginie montar ese animal anteriormente.

—Lady Virginie solicitó algo de ayuda con su montura —explicó Clara, agudamente consciente de su escrutinio—. Estábamos trabajando en algunos ejercicios.

—Whitmore, debes unirte a nosotras —insistió Virginie, maniobrando a Guinevere entre Clara y Matthew con una destreza que desmentía su alegada falta de habilidad para montar—. Clara ha sido absolutamente milagrosa con Pegaso. No creerías la transformación.

Clara notó cómo la mano de Virginie se posó brevemente en el brazo de Matthew mientras hablaba, un toque casual que sin embargo transmitía una intimidad familiar. La posición de Virginie ahora separaba físicamente a Clara de Matthew, una colocación que parecía deliberada más que coincidente.

—Puedo creerlo perfectamente —respondió Matthew, con sus ojos aún en Clara—. La señorita Bell tiene una forma extraordinaria con los caballos, como medio Londres ha presenciado.

Clara sintió un rubor de calor ante sus palabras, aunque mantuvo su expresión neutral. —Exagera usted mis habilidades, milord. Pegaso es un animal de buena raza con excelente entrenamiento básico. Simplemente necesitaba una mano firme.

—Y ahora debe mostrarme exactamente qué hacer —interrumpió Virginie, volviéndose hacia Clara con una expresión de seria atención que no ocultaba del todo el cálculo en sus ojos—. Whitmore también

puede observar y decirme si estoy siguiendo correctamente tus instrucciones.

Durante el siguiente cuarto de hora, Clara demostró varias técnicas para manejar una montura briosa, con Virginie y Matthew observando atentamente. Durante todo este tiempo, Virginie mantuvo su posición entre ellos, dirigiendo hábilmente la conversación y asegurándose de que cualquier intercambio entre Clara y Matthew permaneciera breve e impersonal.

—Creo que ya tiene los fundamentos —dijo Clara finalmente, desmontando de Pegaso y entregándoselo de vuelta al mozo de Virginie—. Con práctica regular y un manejo consistente, debería encontrarlo mucho más manejable.

—Has sido tremendamente útil —se entusiasmó Virginie, también desmontando y acercándose para reclamar las riendas de su caballo —. Ya me siento mucho más segura. ¿No crees que Clara es simplemente milagrosa con los caballos, Matthew?

—En efecto —asintió él, con expresión pensativa mientras miraba a Clara—. Un talento excepcional.

—Debemos repetir esto —continuó Virginie, acercándose sutilmente más a Matthew mientras hablaba—. ¿Quizás más adelante en la semana? Aunque tengo entendido que mañana demostrará las habilidades de Snowstar para el Príncipe Regente en Carlton House, ¿no es así, Clara? Qué emocionante debe ser.

—Sí —confirmó Clara—. Su Alteza Real expresó interés en ver demostrado el entrenamiento clásico de Snowstar.

—Yo mismo estaré allí —comentó Matthew—. Mi padre recibió una invitación y me ha pedido que le acompañe.

—Qué delicia —exclamó Virginie—. Entonces todos volveremos a estar juntos muy pronto. Estoy deseando que llegue.

—Hasta mañana, señorita Bell —dijo Matthew al despedirse, con voz lo suficientemente baja para que Virginie, ahora ocupada con su mozo, no pudiera oír—. Espero con interés verla a usted y a Snowstar demostrar sus talentos para el Príncipe.

—Gracias, milord —respondió Clara, manteniendo la formal cortesía a pesar de la calidez en su mirada—. Confío en que será una entretenida distracción para todos los interesados.

Mientras cabalgaba de regreso hacia Hanover Square, Clara se encontró reflexionando sobre los acontecimientos de la mañana. Lord Whitmore parecía aparecer dondequiera que ella iba, sus ojos oscuros observándola con esa curiosa mezcla de diversión e interés. ¿Era mera coincidencia o algo más deliberado? ¿Y qué decir de la obvia determinación de Virginie de estar presente dondequiera que estuviese Matthew, mientras simultáneamente cultivaba la amistad de Clara?

La niebla comenzaba a disiparse bajo el sol matutino que se fortalecía, revelando los verdaderos contornos del parque. Clara deseaba que el paisaje humano ante ella pudiera aclararse de manera similar. Una cosa era cierta, sin embargo: la demostración de mañana en Carlton House sería observada por más personas que solo el Príncipe Regente.



Capítulo Cinco

MATTHEW SE ENCONTRABA ENTRE la aristocracia reunida en Carlton House, observando con admiración manifiesta cómo Clara Bell guiaba al magnífico caballo blanco a través de una serie de movimientos tan precisos que parecían casi sobrenaturales. Snowstar se movía con la gracia fluida del agua corriente, cada paso, cada giro ejecutado con un control perfecto, su cuerpo musculoso respondiendo a órdenes tan sutiles que resultaban invisibles para todos excepto para el ojo más experimentado. En la luz matinal que se filtraba por las altas ventanas de la escuela de equitación real, caballo y jinete parecían brillar con un resplandor casi etéreo, cautivando a todos los presentes, desde el mozo de cuadra más humilde hasta el propio Príncipe Regente.

—¡Extraordinario! ¡Absolutamente extraordinario! —El Príncipe juntó sus manos como un niño emocionado, su rostro florido enrojecido de placer—. ¡Jamás he visto un control tan exquisito, una armonía tan perfecta entre caballo y jinete!

El picadero cubierto de Carlton House había sido dispuesto específicamente para esta demostración, con sillas para los invitados más distinguidos colocadas a lo largo de un lado. El Príncipe Regente ocupaba una silla dorada en el centro, que podría describirse más acertadamente como un trono, dada su talla ornamentada y su lujosa tapicería carmesí. A su alrededor se agrupaban sus actuales favoritos y varios miembros influyentes de la alta sociedad, todos observando con expresiones que iban desde el interés educado hasta el asombro genuino.

Clara guió a Snowstar hacia el movimiento más desafiante hasta ahora, la cabriola. El magnífico caballo se recogió, sus músculos tensándose visiblemente bajo su reluciente pelaje blanco, y luego se lanzó al aire. Durante un momento que cortaba la respiración, las cuatro pezuñas abandonaron el suelo simultáneamente, sus patas delanteras recogidas pulcramente contra su pecho, sus cuartos traseros lanzando una coz controlada y poderosa. Clara mantuvo el movimiento con equilibrio perfecto, su columna recta, sus manos firmes en las riendas, como si desafiara a la gravedad misma.

Un suspiro colectivo se elevó entre los espectadores, seguido por un aplauso espontáneo. Incluso los miembros más hastiados del público no pudieron evitar sentirse impresionados por semejante exhibición de equitación. Matthew se encontró aplaudiendo tan entusiasmado como el resto, una curiosa calidez extendiéndose por su pecho mientras observaba a Clara reconocer los aplausos con una modesta inclinación de cabeza.

—Su Alteza Real está completamente encantado —murmuró una voz junto al codo de Matthew.

Matthew se volvió para encontrar a Lord Edward Debney a su lado, el rostro querúbico de su amigo resplandeciente de emoción, sus rizos rubio-rojizos rebotando ligeramente mientras se balanceaba de un pie a otro en su gesto característico. Debney siempre había poseído una energía que parecía apenas contenida dentro de su figura ligeramente regordeta, como si en cualquier momento pudiera comenzar a vibrar con la fuerza de su entusiasmo.

—Debney —reconoció Matthew con un asentimiento—. No sabía que tuvieras interés en las exhibiciones ecuestres.

—Mi querido amigo, todo el mundo con un mínimo de sensatez está interesado en "la chica del caballo blanco" estos días —respondió Debney, bajando la voz a un susurro conspiratorio que, sin embargo, seguía siendo perfectamente audible para cualquiera en un radio de tres metros—. Se ha convertido en toda una sensación. Lady Jersey ya la ha declarado "un soplo de aire fresco", y la Condesa de Lieven realmente le sonrió en Almack's. ¡Sonrió, Matthew! Sabes lo raramente que eso ocurre.

Los labios de Matthew se crisparon a pesar de sí mismo. Él mismo tenía poco interés en los chismes la mayor parte del tiempo, pero había algo innegablemente entrañable en el entusiasmo desinhibido de Debney por las minucias sociales. —Entiendo que la señorita Bell ha causado bastante impresión, entonces.

—¡¿Impresión?! —exclamó Debney, con los ojos como platos—. Mi querido amigo, ha revolucionado por completo el panorama social. Cada anfitriona de Londres está desesperada por asegurar su asistencia a sus reuniones. Y los caballeros, bueno... —gesticuló expresivamente—. Carroway anda completamente embelesado, y el

joven Fitzroy casi se cayó al Serpentine el otro día mientras estiraba el cuello para verla pasar a caballo. Incluso la chica de Westbourne parece haberla tomado bajo su ala, aunque por qué Lady Virginie apoyaría a una potencial rival está más allá de mi comprensión.

Matthew se encontró nuevamente atraído hacia Clara, que ahora ejecutaba una serie de cambios de pie al galope con Snowstar, cada uno elevado y suspendido en una muestra de control y sincronización perfectos. El Príncipe Regente se inclinaba hacia adelante en su silla, su expresión embelesada, ocasionalmente murmurando comentarios a sus acompañantes.

—Hay que admitir que posee una habilidad extraordinaria —observó Matthew, incapaz de evitar una nota de admiración en su voz.

—Oh, indiscutiblemente —coincidió Debney con entusiasmo—. Pero claro, supongo que Sir Richard habría asegurado que recibiera la mejor formación, independientemente de su nacimiento.

Matthew se volvió hacia su amigo, frunciendo el ceño confundido. —¿Su nacimiento?

—¿Seguro que no lo has oído? —Debney pareció momentáneamente desconcertado, y luego encantado de ser portador de un chisme fresco—. Vaya, es conocimiento común en nuestros círculos. La señorita Bell es sobrina de Sir Richard, hija de su hermana soltera. Nacida del lado equivocado de la sábana, como suele decirse.

Matthew sintió que una curiosa quietud se apoderaba de él, como si el tiempo mismo se hubiera ralentizado. —¿Es eso cierto? —logró decir, su propia voz sonándole distante.

—En efecto. La pobre mujer murió poco después del parto, tengo entendido. Sir Richard acogió a la niña y la crió como suya. —Debney se acercó más, bajando la voz a un susurro genuino por una vez—. Hay quienes murmuran que el padre debió ser alguien de considerable posición, dada la determinación de Sir Richard de ver a la joven establecida en sociedad. No es que nadie lo sepa con certeza, por supuesto. La especulación más romántica involucra a un príncipe extranjero, aunque personalmente encuentro eso bastante rebuscado.

La sala pareció de repente sin aire, el ruido de la multitud desvaneciéndose en un sordo rugido en los oídos de Matthew. Sintió que la sangre abandonaba su rostro mientras una terrible sospecha comenzaba a formarse en su mente. Los viajes anuales de su padre a Hampshire, siempre envueltos en secreto. La desaprobación de labios apretados de la duquesa. El evidente interés del duque en el debut de Clara en Londres. Las piezas comenzaban a disponerse en un patrón que apenas podía obligarse a reconocer.

—¿Whitmore? ¿Te encuentras bien? —La voz de Debney penetró la niebla que había descendido sobre los pensamientos de Matthew—. Te has puesto bastante pálido.

—Es solo el calor que hace aquí —respondió Matthew automáticamente, aflojando ligeramente su corbata con dedos que sentía extrañamente entumecidos—. ¿Cuándo dijiste que nació la señorita Bell?

—No la conocía, pero creo que tiene dieciocho años o por ahí —respondió Debney, estudiando el rostro de Matthew con creciente preocupación—. Precisamente la edad adecuada para un debut en

Londres, aunque algunos podrían decir que Sir Richard ha sido demasiado ambicioso al presentarla en sociedad tan rápidamente.

Dieciocho años. Su padre habría tenido unos treinta y tantos entonces, todavía en su vigorosa plenitud pero atrapado desde hacía tiempo en un matrimonio frío y sin amor con la madre de Matthew. Un matrimonio que había producido un solo hijo, a pesar de años intentándolo, si los susurros que Matthew había escuchado ocasionalmente eran ciertos.

Matthew respiró hondo, tratando de calmarse. Su corazón martilleaba contra sus costillas como si buscara escapar, y un sudor frío había aparecido en su frente. Frente a él, Clara continuaba su demostración, sin saber que entre su público había un hombre cuyo mundo se estaba haciendo pedazos a su alrededor.

—Mi padre parece muy interesado en su éxito —dijo Matthew, esforzándose por mantener un tono de voz normal.

—Oh sí, el duque ha sido todo un defensor de la familia Bell —confirmó Debney alegremente, ajeno a la angustia de Matthew—. ¿Alguna conexión a través de las propiedades de Hampshire, creo? Aunque la repentina intensidad de su patrocinio esta temporada ha levantado algunas cejas. ¿No podrías arrojar algo de luz sobre el asunto?

Conexión, desde luego, pensó Matthew con amargura. La conexión de sangre, muy probablemente. La terrible posibilidad que había echado raíces en su mente se expandió con una claridad enfermiza: Clara Bell casi con toda seguridad era la hija ilegítima de su padre.

Su media hermana.

—¿Y qué hay de la madre de la señorita Bell? —preguntó Matthew, evadiendo la pregunta de Debney con una suya y tratando de infundir a su voz una mera curiosidad casual en lugar de la desesperada necesidad de confirmación que arañaba su interior—. ¿La hermana de Sir Richard, dijiste? —Se obligó a mantener las manos firmes a los costados, aunque ansiaban agarrar las solapas de Debney y sacarle la información más rápidamente.

—Sí, en efecto. Creo que se llamaba Elizabeth o Eleanor, algo que empieza con 'E' en cualquier caso —respondió Debney, animándose con su tema con el entusiasmo de un chismoso natural presentado con un público atento—. Todo un escándalo en su momento, por lo que tengo entendido. Después de todo, era hija de un caballero, no una moza de taberna o una lechera. El padre de Sir Richard aún vivía entonces y, según cuentan, era un tipo bastante severo e implacable. Desterró a la pobre mujer de la casa familiar, pero Sir Richard mantuvo el contacto con ella a pesar de todo. Muy leal a su hermana, según dicen.

Matthew asintió mecánicamente, sus pensamientos corriendo como caballos asustados. —Y su... el padre de su hijo, ¿hubo alguna vez indicación de su identidad?

Debney se acercó más, claramente encantado por el interés de Matthew. —Ese es el gran misterio, ¿no es cierto? Quienquiera que fuese, nunca se presentó para reconocer ni a la madre ni a la hija. La opinión general es que debió ser un hombre casado de cierta posición, dado el nivel de secretismo mantenido. Sir Richard nunca ha hablado de ello públicamente, por supuesto, pero Lady Bridgnorth, que es bastante íntima con la familia, una vez insinuó a

mi madre que el padre era un hombre de considerable importancia que no estaba en posición de reconocer la conexión.

Un hombre de considerable importancia. Como un duque. Un duque casado con una esposa fría y distante y un único heredero. La habitación pareció inclinarse ligeramente bajo los pies de Matthew, obligándole a extender la mano y apoyarse en una columna cercana.

—¿Estás completamente seguro de que te encuentras bien, Matthew? —preguntó Debney, preocupado momentáneamente desplazando su entusiasmo por el chismorreo—. Pareces totalmente verdoso.

—Solo un poco de indigestión, sospecho —logró decir Matthew—. Algo en el desayuno me ha sentado mal. De hecho, creo que quizás un poco de aire fresco podría ser beneficioso. ¿Me disculpas, Debney? Creo que daré un paseo fuera.

—Por supuesto, por supuesto —accedió Debney fácilmente—. Aunque te perderás la conclusión de la actuación de la señorita Bell. El Príncipe está completamente cautivado, ¿verdad? Oh, y antes de que te vayas, simplemente debes saber sobre el resto de esa extraordinaria familia. ¡Sir Richard ha adoptado a nada menos que seis chicas! ¡Seis! Y la mayor ya se ha casado bien, esa es la conexión con Bridgnorth, se casó con el hijo menor...

Pero Matthew ya se estaba alejando, murmurando disculpas mientras se abría paso entre la multitud reunida hacia la salida más cercana. Captó un último vistazo de Clara sobre Snowstar, su cabello dorado brillando bajo la luz del sol que entraba por las altas ventanas, su rostro sereno con concentración. ¿Había notado alguna vez antes cómo el gesto decidido de su barbilla parecía un eco

femenino de la propia expresión del duque cuando se concentraba en una tarea?

El aire fuera de Carlton House se sentía espeso y pesado, el cielo nublado con nubes que prometían lluvia. Matthew apenas se dio cuenta de qué dirección tomaba, sus piernas llevándole automáticamente mientras su mente recorría apresuradamente las implicaciones de lo que había descubierto. Las primeras gotas frías comenzaron a caer cuando llegó a Green Park, pero no hizo ningún movimiento para llamar a un carruaje o buscar refugio. La incomodidad física parecía distante, irrelevante comparada con el tumulto interior.

Nueve años. Su padre había estado haciendo esos viajes anuales secretos a Hampshire durante nueve años. Clara tenía dieciocho. Las matemáticas eran simples, devastadoras. Hace nueve años, Clara habría tenido nueve años, quizás la edad en la que un padre distante y culpable podría finalmente sentirse obligado a interesarse por una hija que había abandonado. Y la duquesa, con su expresión crispada cada vez que se mencionaban esos viajes de verano... ¿lo sabía? ¿Lo sospechaba? La fría formalidad del matrimonio de sus padres de repente tenía perfecto sentido cuando se veía a través de este nuevo prisma.

Una ráfaga de viento arrojó la lluvia con más fuerza contra su cara mientras Matthew cruzaba el parque, ajeno a los otros peatones que corrían en busca de refugio. El agua comenzó a filtrarse a través de su abrigo, pero la incomodidad física apenas se registraba. Se estaba ahogando en revelaciones, cada nueva conexión formándose como otra ola que se estrellaba sobre él.

La reciente y poco característica sociabilidad de su padre. El cuidadoso cultivo de conexiones influyentes que podrían allanar el camino de Clara en la sociedad. La fiesta en el jardín organizada específicamente para mostrar sus habilidades al Príncipe Regente. El duque había estado pavimentando metódicamente el camino para la aceptación de su hija ilegítima en los más altos escalones de la sociedad, utilizando todas las ventajas que le brindaba su posición.

Y el propio Matthew, observando a Clara con una admiración que rápidamente había evolucionado hacia algo más cálido, más peligroso. Se sintió físicamente enfermo al recordar cómo su pulso se había acelerado cuando sus miradas se encontraron, cómo se había encontrado buscándola en cada reunión social. Involuntariamente atraído por su propia media hermana.

La lluvia caía constantemente ahora, pegando su pelo a la frente y corriendo en fríos riachuelos por la parte posterior de su cuello. Una parte distante de la mente de Matthew registró que debía parecer un loco, caminando bajo el aguacero sin sombrero ni paraguas, pero no podía obligarse a que le importara. La incomodidad física parecía casi bienvenida, un contrapunto al torbellino emocional interior.

Pensó en su persecución de su padre hasta Hampshire, cómo había perdido el rastro en aquel pequeño pueblo. ¿Cuán cerca había estado Matthew de descubrir la verdad entonces? ¿Y habría sido mejor o peor enterarse de ello en Hampshire, quizás incluso haberse encontrado cara a cara con Clara en su entorno familiar, rodeada por la familia que su padre había ayudado a crear?

Afloró un recuerdo particularmente vívido: Clara en el río, luchando por mantener el saco de cachorros sobre el agua, su voz alzada con

justa indignación hacia el hombre que los había arrojado. La feroz determinación en sus ojos verdes, tan similar a la expresión del duque cuando se enfrentaba a una injusticia. ¿Cómo no había visto Matthew el parecido inmediatamente?

Porque nadie espera encontrar por casualidad a la hija ilegítima de su padre, pensó con amargura. Porque esas cosas ocurren en novelas góticas, no en el mundo ordenado de la aristocracia.

Excepto que sí ocurrían. Nacían niños fuera del matrimonio todos los días. Algunos eran abandonados en orfanatos o al cuidado de parientes lejanos. Otros, como Clara, tenían la fortuna de ser acogidos por miembros de la familia dispuestos a desafiar el escándalo por el bien de una niña inocente. Y unos pocos, al parecer, eran visitados y apoyados en secreto por padres culpables que no podían reconocerlos públicamente pero que tampoco podían abandonarlos por completo.

Un carruaje pasó salpicando, enviando una ola de agua fangosa sobre las botas ya empapadas de Matthew. Apenas registró la indignidad. Había llegado al borde del parque ahora, las calles familiares de Mayfair extendiéndose ante él hacia Allanworth House. Su padre todavía estaría en Carlton House, presenciando el triunfo de Clara, quizás incluso aceptando felicitaciones por su papel en atraer a una joven tan notable a la atención del Príncipe Regente.

Su padre. El padre de Clara.

—Dios —susurró Matthew, perdiéndose la palabra en el constante repiqueteo de la lluvia. Se detuvo abruptamente en medio de la acera, ajeno a los murmullos irritados de otro peatón obligado a esquivarlo. El horror completo de la situación le inundó de nuevo.

Había estado desarrollando sentimientos por su propia media hermana, sentimientos que iban mucho más allá del afecto fraternal que debería sentir correctamente.

Y peor aún, todavía los sentía, incluso ahora, con el conocimiento de su verdadera relación ardiendo en su mente. El recuerdo de su sonrisa, la gracia de sus movimientos sobre Snowstar, el destello de espíritu cuando le había reprendido por su rescate innecesario... nada había disminuido con esta revelación. Si acaso, entender la conexión entre ellos solo intensificaba su conciencia de ella.

Allanworth House apareció ante él como un fantasma a través de la cortina de lluvia, su fachada familiar no ofrecía consuelo a su mente turbada. Subió los escalones mecánicamente, dejando charcos en el mármol pulido del vestíbulo mientras Simmons, su ayuda de cámara, se apresuraba hacia él con una expresión de alarma.

—¡Mi señor! Está empapado —exclamó Simmons, alcanzando el abrigo empapado de Matthew—. Prepararé un baño caliente inmediatamente, y quizás algo de té con brandy para evitar un resfriado.

—Ni baño —dijo Matthew, su voz distante incluso para sus propios oídos—. Ni té. Sólo déjame en paz, Simmons.

El rostro del ayuda de cámara se arrugó con preocupación.

—Pero, mi señor, su ropa está completamente arruinada. Al menos, déjeme ayudarle a cambiarse por algo seco antes de que enferme.

—¡He dicho que me dejes! —Las palabras salieron más cortantes de lo que Matthew había pretendido, haciendo que el sirviente retrocediera con una expresión herida. Matthew suspiró, pasándose

una mano por la cara—. Perdóname, Simmons. No soy yo mismo hoy. Solo necesito soledad, eso es todo. Por favor, informa al personal que no estoy en casa para ninguna visita. Y dile a mi padre... dile que estoy en mi club.

—Muy bien, mi señor. —Simmons hizo una reverencia rígida y se retiró, aunque no sin una mirada de preocupación hacia atrás.

Matthew se dirigió a su estudio privado, dejando un rastro de húmedas huellas a través de las alfombras. La habitación estaba exactamente como la había dejado esa mañana, un santuario de libros encuadernados en piel y muebles confortables, con vistas a los jardines en la parte trasera de la casa. Siempre había sido su espacio favorito en la residencia, un lugar donde podía pensar con claridad, lejos de las constantes exigencias de la sociedad y su posición. Incluso su padre nunca le molestaba aquí, respetando su necesidad de un espacio personal propio.

Ahora se sentía como una jaula, demasiado pequeña para contener la enormidad de sus pensamientos.

Cruzó hacia el aparador y alcanzó la licorera de brandy, con la mano temblando tan violentamente que el tapón de cristal tintineó contra el cuello de la botella. El líquido ámbar se vertió irregularmente en el vaso, derramándose algo sobre la superficie de madera pulida. Matthew se quedó mirando el charco por un momento, observándolo extenderse como la verdad que había descubierto, imposible de contener una vez liberada.

El primer trago de brandy quemó un camino por su garganta, pero el segundo bajó más suavemente. Se movió para pararse frente a la chimenea, donde colgaba un retrato de su padre en un pesado

marco dorado. El Duque de Allanworth le devolvía la mirada con los mismos ojos oscuros que Matthew veía cada mañana en su espejo de afeitar, la misma nariz recta y mandíbula firme. El parecido familiar siempre había sido una fuente de orgullo silencioso para Matthew, una conexión visible con el noble linaje que algún día heredaría.

Ahora, por primera vez, se preguntó quién más podría compartir esos rasgos. ¿Era por eso que Matthew se había sentido atraído hacia ella desde su primer encuentro, algún reconocimiento inconsciente de su sangre compartida?

—Dios —murmuró, apartándose del retrato. Se aflojó la corbata con dedos que parecían pertenecer a otra persona, rasgando la tela empapada como si le estuviera ahogando. El fino lino se rompió, pero apenas lo notó, arrojándolo a un lado antes de atacar los botones de su chaleco.

Comenzó a caminar de un lado a otro, tres pasos en una dirección antes de girar y volver sobre sus pasos, como un animal enjaulado buscando escapar. Su ropa mojada se adhería incómodamente a su piel, rozando con cada movimiento, pero la incomodidad física era casi bienvenida, una distracción del tumulto en su mente.

¿Qué le diría a su padre? ¿Qué *podría* decirle? *'He notado que tienes una hija ilegítima de la que nunca has hablado. ¿Cuándo pensabas informarme de su existencia?'* O quizás, *'Padre, me encuentro inquietantemente atraído por una joven que parece ser mi media hermana. ¿No podrías haber mencionado esta relación antes de que hiciera el ridículo por completo?'*

La copa de brandy en su mano estaba vacía. Matthew no recordaba haberla bebido, pero regresó al aparador para rellenarla de todos modos. La segunda copa desapareció tan rápidamente como la primera, el alcohol extendiendo calidez por su cuerpo helado aunque sin conseguir atenuar el filo cortante de sus pensamientos.

Se encontró junto a la ventana, contemplando el jardín azotado por la lluvia sin realmente verlo. En cambio, su mente reproducía cada interacción con Clara con detalle excruciante, cada momento ahora mancillado por el conocimiento de su probable parentesco.

Su primer encuentro en el río, cuando la había subido sin ceremonias al lomo de Ajax, con el agua chorreando de su cabello dorado mientras ella le recriminaba por su innecesario rescate. Cómo sus ojos verdes habían relampagueado de indignación, qué delgada pero fuerte se había sentido su cintura bajo sus manos al levantarla. Había quedado cautivado incluso entonces, no solo por su belleza sino por su espíritu.

Luego su encuentro en el baile de Lady Caldwell, donde ella había fingido no conocerle. La mezcla de irritación y fascinación que había sentido al verla navegar por las complejas aguas sociales de la alta sociedad con una gracia sorprendente para una recién llegada. Cómo la había provocado deliberadamente, deleitándose con el rubor que subía a sus mejillas cuando mencionó su encuentro junto al río.

La fiesta en el jardín de Allanworth House, donde había presentado a Snowstar al Príncipe Regente con tanta confianza y habilidad. Lo orgulloso que se había sentido al verla triunfar, un orgullo que ahora

parecía horrorosamente inapropiado. Y a través de todo ello, el lento e inexorable crecimiento de su atracción hacia ella, una atracción que se había profundizado con cada nueva revelación de su carácter.

—Es mi hermana —susurró a la habitación vacía, probando las palabras, esperando quizás que pronunciarlas en voz alta pudiera romper su dominio sobre su imaginación—. Mi media hermana.

Las palabras no cambiaban nada. El recuerdo de la sonrisa de Clara seguía calentando algo en su pecho. La memoria de su valor y determinación aún le hacía admirarla. Y que Dios le ayudara, el pensamiento de su belleza aún le agitaba de maneras que ahora resultaban indeciblemente incorrectas.

Matthew presionó su frente contra el frío cristal de la ventana, cerrando los ojos ante la vergonzosa verdad. Incluso sabiendo lo que ahora sabía, una parte de él todavía la deseaba. No como un hermano debería ver a una hermana, con afecto protector, sino como un hombre desea a una mujer que admira y anhela.

Un sonido escapó de él, mitad risa, mitad gemido. ¿Qué clase de monstruo le convertía eso? ¿Desear a su propia sangre, incluso siendo consciente del parentesco? El asco que sentía hacia sí mismo era visceral, revolviendo su estómago como veneno.

—Esto termina ahora —dijo en voz alta, enderezando la columna con esfuerzo deliberado—. Lo que sea que haya sentido, lo que fuera que estuviera creciendo entre nosotros, termina hoy.

Se distanciaría de Clara, evitaría su compañía siempre que fuera posible. Cuando obligaciones sociales inevitables les reunieran, sería educado pero distante, sin darle motivos para pensar que albergaba algún interés particular en ella. Redirigirá sus atenciones a otro

lugar, quizás incluso hacia Lady Virginie, quien había dejado muy claro su interés por él. Cualquier cosa para cortar el vínculo inapropiado antes de que pudiera fortalecerse.

Y su padre... La mandíbula de Matthew se tensó mientras consideraba al duque. Era una confrontación para la que aún no estaba preparado. Había demasiadas preguntas, demasiada ira y confusión nublando sus pensamientos. Mejor esperar, observar, quizás reunir más pruebas antes de decidir si revelar su conocimiento.

La noche había caído mientras Matthew luchaba con sus pensamientos, la lluvia amainando hasta convertirse en un suave repiqueteo contra las ventanas. El jardín estaba ahora envuelto en oscuridad, visible solo como formas vagas en la penumbra. Matthew miró al trozo de cielo nocturno visible entre las nubes que se abrían, una franja de luna emergiendo para derramar su pálida luz sobre las hojas húmedas.

—Padre —susurró, la palabra a la vez súplica y acusación—, ¿qué has hecho?

Ninguna respuesta llegó de la silenciosa casa, solo el suave tictac del reloj marcando el paso del tiempo que nunca podría revertirse, nunca volver a la existencia más sencilla que Matthew había conocido antes de este día. Antes de que descubriera que la mujer que había empezado a capturar su corazón le estaba prohibida por el más antiguo e inviolable de los tabúes.

Mañana comenzaría el doloroso proceso de extinguir sus sentimientos por Clara Bell. Esta noche, se permitió un último momento de reconocimiento, una última admisión honesta de lo que

podría haber sido, en otra vida donde no estuviesen unidos por la sangre.

Entonces, con una resolución nacida de la necesidad más que del deseo, Matthew se apartó de la ventana para enfrentarse a un futuro que de repente se había estrechado para excluir a la única persona que, en las últimas semanas, lo había hecho parecer brillante de posibilidades.



Capítulo Seis

Octubre de 1812

CLARA BELL PERMANECÍA CERCA de la mesa de refrigerios en el baile de la marquesa de Hertford, con la espalda recta y la barbilla alzada en la perfecta postura que le habían inculcado desde la infancia. Una copa de cristal con ratafia descansaba ligeramente en su mano enguantada mientras observaba a Lord Whitmore guiar a Lady Virginie de Mortimer a través de los intrincados pasos de un vals. Su cabeza oscura se inclinaba cerca de la de Virginie, sus movimientos tan perfectamente sincronizados que parecía que llevaran años bailando juntos... y probablemente así era, considerando que eran vecinos. Clara dio un sorbo mesurado de su copa, esforzándose por mantener una expresión agradablemente neutral a pesar de la curiosa opresión que se extendía por su pecho.

La mano de Matthew descansaba en la estrecha cintura de Virginie, sus dedos extendidos posesivamente contra la seda azul pálido de su vestido. Se inclinó más cerca, sus labios casi rozando los intrincados rizos de su cabello oscuro mientras le susurraba algo

que la hizo reír, un sonido brillante y tintineante. El gesto íntimo provocó que un rubor de calor se extendiera por el cuello de Clara, una traición física de las emociones que estaba decidida a ocultar.

Sus dedos se tensaron imperceptiblemente alrededor del delicado tallo de su copa. ¿Qué derecho tenía ella a sentir ese vacío doloroso? Lord Whitmore no le debía nada, ciertamente ni su atención ni su consideración. Sin embargo, su repentina frialdad hacia ella después de semanas de aparente cortejo deliberado la había dejado desconcertada. La transición había sido abrupta, su comportamiento había cambiado de cálido interés a educada distancia prácticamente de la noche a la mañana.

—Señorita Bell —llegó una voz agradable a su lado—. Qué afortunado encontrarla desocupada. He estado esperando hablar con usted toda la noche.

Clara se giró, componiendo sus facciones en una sonrisa acogedora mientras saludaba a Lord Carroway.

—Qué amable por decir eso, milord. ¿Confío en que está disfrutando de la velada?

—Inmensamente, ahora que la he encontrado —respondió él, su apuesto rostro iluminándose con evidente placer ante su reconocimiento—. ¿Podría traerle una copa fresca? Parece que casi ha terminado esa.

—Gracias, pero con esta será suficiente —respondió Clara, su sonrisa sin llegar del todo a sus ojos mientras miraba más allá de él hacia donde Matthew y Virginie continuaban bailando—. Me encuentro con poca sed esta noche.

Lord Carroway siguió su mirada, con expresión pensativa.

—Lady Virginie luce espléndida esta noche, ¿no cree? Aunque debo decir que su pareja parece inusualmente preocupada.

Clara se obligó a apartar la mirada de la pareja bailando.

—No lo había notado —mintió con suavidad—. Pero creo que se complementan bastante bien.

—¿De verdad? —Lord Carroway la miró con gran interés—. Esa no es la impresión que me había formado de su opinión.

Antes de que Clara pudiera formular una respuesta a esta observación incómodamente perspicaz, una voz aguda cortó su conversación como una hoja a través de la seda.

—Lord Carroway, qué delicia verle. ¡Perséfone acaba de comentar cuánto disfrutaría bailando con usted de nuevo!

La condesa viuda de Pemberton se alzaba ante ellos, su delgada figura enfundada en un vestido de seda gris implacable que no hacía nada para suavizar sus austeras facciones. Clara reconoció a Lady Pemberton de sus encuentros anteriores, ninguno de los cuales había sido particularmente agradable. Lady Pemberton era la tía de Lord Whitmore, según entendía, la hermana de su difunta madre. Clara se preguntó si la madre de Matthew habría sido tan altiva y austera, y descartó el pensamiento por indigno. ¡Tales rasgos no se heredaban! Solo había que mirar a la hija de Lady Pemberton, Lady Perséfone, que era lo opuesto a su madre; regordeta donde Lady Pemberton era delgada, callada donde ella era ruidosa, y amable donde la mujer mayor era frecuentemente deliberadamente cruel.

—Lady Pemberton —reconoció Lord Carroway con una reverencia —. La señorita Bell y yo estábamos comentando justamente sobre el

baile. ¿Quizás podría tener el placer de bailar con Lady Perséfone más tarde?

Los finos labios de Lady Pemberton se apretaron con evidente disgusto.

—Por supuesto. Aunque me atrevería a decir que la señorita Bell podría preferir observar en lugar de participar en tales actividades.

Clara sintió que sus mejillas se acaloraban, pero mantuvo su expresión serena.

—Encuentro que la observación es una habilidad muy valiosa, Lady Pemberton —respondió—. Se aprende mucho sobre el carácter y la intención simplemente observando.

—En efecto —coincidió la mujer mayor con una sonrisa que contenía todo el calor de una helada de enero—. Aunque me imagino que hay algunas cosas que ni siquiera la observación más cuidadosa puede superar. La sangre, por ejemplo. La calidad del linaje de uno. —Lanzó una mirada intencionada hacia la pista de baile, donde Matthew ahora guiaba a Virginie a través de un giro particularmente complejo—. Una futura duquesa requiere una crianza impecable, ¿no es así? El duque de Allanworth no espera menos para su hijo y heredero.

La deliberada crueldad del comentario golpeó a Clara como un golpe físico, aunque no permitió que ni un indicio de ello se mostrara en su rostro.

—Imagino que el duque, como cualquier padre, desearía la felicidad de su hijo por encima de todo —respondió, con voz firme a pesar de la repentina sequedad de su garganta.

—¿Felicidad? —Lady Pemberton soltó una pequeña y frágil risa—. Mi querida señorita Bell, los matrimonios entre los nuestros se conciertan por ventaja y alianza, no por sentimientos. Un hecho del que Lord Whitmore es muy consciente. —Se volvió hacia Lord Carroway con un abrupto cambio de actitud—. Ahora, milord, simplemente debe bailar con Perséfone.

Mientras Lady Pemberton se llevaba al reticente Lord Carroway, Clara tomó un respiro para calmarse. El vals estaba terminando, las parejas dispersándose por la pista de baile. Matthew guiaba a Virginie de vuelta a su círculo de admiradores con la cortesía adecuada, su mano en la parte baja de su espalda, su expresión grave pero atenta. Cuando pasaron cerca de la mesa de refrigerios, sus ojos oscuros se posaron brevemente en el rostro de Clara, para luego apartarse de nuevo, un reconocimiento tan superficial que apenas podía considerarse como tal.

Clara sintió más que vio a Theresa acercarse, el familiar aroma a lavanda de su madre adoptiva llegando a ella un momento antes de que una mano gentil tocara su brazo.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Theresa, con sus ojos marrones suaves de preocupación—. Te veo algo pálida.

—Perfectamente bien —le aseguró Clara, esbozando una sonrisa—. Quizás un poco acalorada. La sala está bastante concurrida esta noche.

Theresa siguió la mirada de Clara hacia donde Matthew ahora servía una copa de champán para Virginie, su alta figura inclinada atentamente hacia ella mientras ésta lo aceptaba con una sonrisa

brillante. —Lord Whitmore parece muy interesado en Lady Virginie últimamente —observó con cautela.

—Eso parece —coincidió Clara, manteniendo un tono ligero—. Hacen una hermosa pareja.

Antes de que Theresa pudiera responder, la propia Virginie se alejó de Matthew y se acercó a ellas, sus ojos de zafiro brillando de emoción, una mano enguantada extendida para agarrar la de Clara en lo que parecía ser genuino afecto.

—¡Clara, querida! —exclamó—. Te he estado buscando por todas partes. ¿No es divino este baile? El champán está particularmente excelente. —Se acercó más, bajando la voz a un susurro confidencial —. Whitmore ha sido tan atento últimamente. ¿No es maravilloso? Me acompañará al concierto de Devonshire House mañana, y mamá dice que ya ha venido a nuestra casa dos veces esta semana, aunque yo estaba en la modista las dos veces.

Clara sintió algo frío y pesado asentarse en su estómago, pero fabricó una sonrisa entusiasta. —Qué encantador para ti, Virginie. Lord Whitmore es muy admirado.

—¿Verdad que sí? —Los ojos de Virginie brillaron con un triunfo pobremente disfrazado de emoción juvenil—. Entre tú y yo, papá ya ha tenido una conversación muy interesante con el duque. Nada formal todavía, por supuesto, pero... —Presionó la mano de Clara, apretando un poco demasiado fuerte—. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero espero que me acompañes cuando llegue el momento.

Clara tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta y mantuvo una expresión cálidamente interesada. —Eres muy amable, Virginie.

Pero seguramente tales conversaciones son prematuras, ¿no?

—Quizás —concedió Virginie con una sonrisa misteriosa—. Aunque Whitmore dijo algo muy interesante mientras bailábamos. Mencionó que un caballero llega a un punto en que debe considerar sus responsabilidades hacia su título y linaje familiar. ¿No es precisamente el tipo de cosa que dice un caballero cuando sus pensamientos se dirigen al matrimonio?

—No me atrevería a interpretar el significado de Lord Whitmore —respondió Clara, con la voz firme a pesar del vacío doloroso que se extendía por su pecho.

—Por supuesto que no, querida —asintió Virginie, dando palmaditas en la mano de Clara—. Oh, veo que Whitmore ha conseguido más champán. Debo irme. ¡Va a sentarse conmigo durante el próximo baile! —Con un último apretón en los dedos de Clara, se alejó deslizándose, sus faldas de seda arremolinándose elegantemente a su alrededor.

Clara la observó marcharse, manteniendo cuidadosamente su expresión agradable incluso cuando una ola de dolor la invadió. Cualquier breve conexión que hubiera imaginado entre ella y Matthew claramente no había sido más que una fantasía unilateral, un tonto sueño tejido de momentos que no habían significado nada para él.

—Clara —dijo Theresa suavemente—, quizás podríamos salir a la terraza un momento. El aire te sentaría bien.

Clara asintió, permitiendo que Theresa la guiara hacia las puertas de cristal que conducían a la terraza. Mientras se movían entre la multitud, captó una última visión de Matthew, su cabeza oscura

inclinada hacia Virginie, su expresión seria e intensa. Por un momento, solo un latido, sus ojos se elevaron y se encontraron con los de Clara a través de la sala abarrotada. Algo brilló en sus profundidades, una emoción que ella no pudo nombrar, antes de que él apartara la mirada una vez más, perdiéndose para ella en el remolino de sedas y luz de las velas.



Durante la siguiente quincena, Clara Bell bailó más de lo que había bailado en toda su vida. Su tarjeta de baile se llenaba en cada evento, su compañía era solicitada por una sucesión de caballeros elegibles cuyos nombres y rostros comenzaban a confundirse en un torbellino de guantes blancos y reverencias formales. Se reía de sus agudezas, respondía apropiadamente a sus cumplidos, y se movía a través de los intrincados patrones de las danzas campestres y valses con el mismo perfecto control que exhibía al montar. Si sus sonrisas nunca llegaban del todo a sus ojos, si su risa tenía una cualidad frágil que no había estado presente antes, nadie pareció notarlo, o al menos nadie lo mencionó. La sociedad veía solo lo que deseaba ver: la chica del caballo blanco, favorecida por el Príncipe Regente, disfrutando de su triunfante temporada.

Lord Carroway seguía siendo una presencia constante, sus atenciones haciéndose más notorias con cada día que pasaba. Enviaba flores a la casa de Hanover Square, solicitaba los mismos bailes en cada evento, y dos veces organizó cabalgar junto a ella

durante la hora de moda en Hyde Park. Era apuesto, bien relacionado, y poseedor tanto de fortuna como de título, todo lo que una joven dama podría desear en un pretendiente. Clara encontraba su compañía agradable, su conversación inteligente sin ser abrumadora, sus modales impecables. Si su corazón no se aceleraba con su aproximación, si su tacto sobre su mano enguantada la dejaba indiferente, se decía a sí misma que era simplemente cuestión de tiempo y familiaridad.

Sin embargo, a pesar de su determinada atención hacia otros caballeros, Clara no podía evitar notar a Lord Whitmore y Lady Virginie en cada reunión. Invariablemente estaban juntos, su alta figura como una sombra de la luminosa presencia de Virginie. Clara los vislumbraba desde el otro lado de salones de baile abarrotados: Matthew inclinándose para susurrar al oído de Virginie, la mano de Virginie descansando sobre su brazo con intimidad casual, sus cabezas inclinadas la una hacia la otra en conversación privada. Cada uno de estos avistamientos enviaba una punzada aguda a través del pecho de Clara, un dolor físico que ella enmascaraba con sonrisas ensayadas y animada conversación con quien fuera su pareja del momento.

En un martes particularmente espléndido, Clara se encontró en la velada musical de Lady Wexford, una reunión más pequeña y algo más íntima que los grandes bailes y cenas que ocupaban la mayoría de las noches. El salón de la residencia de los Wexford había sido preparado para acomodar la actuación, con hileras de sillas doradas frente a un magnífico pianoforte colocado ante altos ventanales que daban a un jardín pequeño pero exquisitamente cuidado. Las arañas

de cristal proyectaban su cálido resplandor sobre los invitados reunidos, su luz reflejada en numerosos espejos ornamentados que creaban una ilusión de espacio infinito.

Clara se sentó junto a Theresa, con su vestido verde pálido, una elección deliberada por su elegancia sobria en lugar de por ostentación. Su cabello había sido arreglado en un estilo sencillo pero favorecedor, su cuello adornado con una sola hilera de perlas que habían pertenecido a su madre, Elizabeth Bell, la hermana del Sir Richard de trágico destino. El collar era una de las pocas conexiones tangibles que Clara tenía con la mujer que le había dado la vida, y lo llevaba como un talismán en las noches en que sentía particular necesidad de fortaleza.

Una joven de modesto talento interpretaba una pieza bastante ambiciosa de Mozart, sus dedos tropezando ocasionalmente en los pasajes más complejos. La atención de Clara se desvió de la música, su mirada recorriendo a los presentes. Matthew estaba sentado tres filas más adelante, sus anchos hombros inconfundibles incluso desde atrás. A su lado, Virginie lucía espléndida con un vestido rosa intenso que realzaba a la perfección su cabello oscuro. Mientras Clara observaba, Virginie se inclinó ligeramente hacia Matthew, ocultando su intercambio a los curiosos con su abanico. Fuera lo que fuese lo que dijo, provocó que él asintiera, su perfil visible brevemente antes de que volviera a prestar atención a la actuación.

Con esfuerzo, Clara redirigió su atención, solo para notar una figura solitaria sentada al final de su propia fila. Lady Persephone Pemberton, hija de la formidable Condesa Viuda, estaba sentada sola a pesar de la naturaleza concurrida de la reunión. Su figura

regordeta estaba elegantemente ataviada con un vestido verde pálido que complementaba su tez clara, y sus brillantes rizos castaños estaban arreglados favorecedoramente, pero había algo en su postura que hablaba de incomodidad, de un deseo de pasar desapercibida.

Clara había coincidido con Lady Persephone anteriormente en varios eventos, pero inevitablemente a la sombra de su madre, cuyos comentarios mordaces y evidente decepción en su hija creaban una barrera casi visible entre Persephone y posibles conocidos. Ahora, observando el aislamiento de la joven, Clara sintió una punzada de compasión. Cuando la actuación concluyó y los invitados se levantaron para mezclarse durante el intervalo antes del siguiente músico, Clara tomó la decisión deliberada de acercarse a Lady Persephone en lugar de unirse al círculo que se formaba alrededor de Lady Virginie cerca de la mesa de refrigerios.

—Lady Persephone —dijo Clara con una cálida sonrisa, acercándose a la joven que seguía sentada—. Hemos tenido pocas oportunidades de conocernos, y si me lo permite, me gustaría remediar eso. Nos han presentado, pero mi nombre es Clara Bell, por si no lo recuerda.

Persephone levantó la mirada, con sorpresa evidente en sus brillantes ojos azules. —Señorita Bell, por supuesto. Todo el mundo sabe quién es usted —su voz era suave, casi vacilante, pero había una cualidad agradable en ella que invitaba a continuar la conversación—. La chica del caballo blanco.

Clara rió suavemente. —Me temo que Snowstar me ha eclipsado bastante en reputación, lo que es justo, ya que sus talentos superan

con creces los míos.

—Lo dudo mucho —respondió Persephone, con un toque de firmeza inesperada en su tono—. Los caballos, por muy talentosos que sean, rara vez se entrenan a sí mismos —un ligero rubor subió a sus mejillas—. Perdóneme, eso ha sido bastante directo.

—En absoluto —le aseguró Clara, tomando el asiento vacío junto a Persephone con una sonrisa cómplice—. Encuentro la conversación directa infinitamente preferible al habitual intercambio de cortesías que no dicen nada en absoluto.

La expresión de Persephone se iluminó. —Yo también, aunque mamá lo considera mi mayor defecto. "Una dama solo debe hablar para elogiar o interesarse por la salud", suele decirme. "Todos los demás temas es mejor dejarlos a los caballeros".

Había una imitación tan perfecta del tono austero de Lady Pemberton en esta declaración que Clara no pudo evitar reírse. Persephone se unió a ella, revelando una risa sorprendentemente contagiosa que transformó su rostro de simplemente bonito a genuinamente encantador.

—Tendré que discrepar con su madre en ese punto —dijo Clara cuando cesaron sus risas—. Algunas de las conversaciones más interesantes que he tenido han sido con damas dispuestas a expresar opiniones reales.

—Entonces nos llevaremos maravillosamente —declaró Persephone —, porque tengo muchísimas opiniones, la mayoría de las cuales mamá encuentra completamente inapropiadas.

Su conversación fluyó con una facilidad inesperada después de eso, tocando temas de libros que habían leído, música que

disfrutaban y observaciones sobre la temporada actual. Persephone poseía un ingenio agudo que claramente había estado reprimiendo en entornos públicos, y Clara se encontró genuinamente entretenida por las perspicaces observaciones de la joven sobre varios miembros de la sociedad.

—Mi primo Matthew parece bastante prendado de Lady Virginie —comentó Persephone durante una pausa en su conversación, su tono cuidadoso mientras observaba el rostro de Clara—. Aunque me pregunto si realmente sabe dónde se está metiendo.

Clara mantuvo su expresión agradable con esfuerzo, aunque no pudo evitar una ligera tensión en sus hombros. —Parecen hacer buena pareja —respondió diplomáticamente—. Lady Virginie es muy talentosa, y su familia es de primer rango.

—Sí, los Westbourne están extremadamente orgullosos de su linaje —asintió Persephone—. Casi tanto como lo están de la belleza de su hija. Han tenido la mira puesta en una conexión ducal durante años —dudó, y luego añadió en voz más baja—: Aunque entre nosotras, no estoy completamente convencida de que el corazón de Matthew esté comprometido en el asunto.

Clara sintió un pequeño aleteo de algo peligrosamente parecido a la esperanza, que inmediatamente suprimió. —Los sentimientos de Lord Whitmore son asunto suyo —dijo con cautela—. Yo soy simplemente una conocida.

Los ojos azules de Persephone eran demasiado perspicaces. —¿De verdad? Qué curioso. Había formado una impresión bastante diferente por la manera en que la observaba en Almack's la semana pasada, cuando bailaba usted con Lord Carroway.

Clara parpadeó sorprendida. —Me temo que está usted equivocada, Lady Persephone. Lord Whitmore no ha mostrado ningún interés particular en mis actividades.

—Por favor, llámeme Persephone, o incluso Seph, como hacen mis hermanos —dijo la joven con una cálida sonrisa—. Y rara vez me equivoco en estas cosas. Puede que sea callada, pero observo mucho. Es una de las ventajas de pasar desapercibida en los eventos sociales, ¿sabe?, casi como formar parte del mobiliario.

—Me cuesta creer que alguien pudiera pasarla por alto —dijo Clara con sinceridad.

Persephone se rio. —Eso es porque al parecer usted se fija en el carácter más que en las figuras. Los diamantes del ton son esbeltos y elegantes como Lady Virginie, mientras que yo soy... —hizo un gesto señalando su figura rolliza—, bastante más voluminosa. Mi madre desespera por encontrarme marido, pero insiste en intentarlo, por eso estamos en Londres en lugar de en nuestra finca de campo, donde yo sería mucho más feliz con mis libros y mi pintura.

Clara se sintió encariñándose con esta joven tan directa. —Creo que muchos caballeros encontrarían su honestidad refrescante después de una velada de falsas sonrisas y cumplidos ensayados.

—¿Sabe? —dijo Persephone, inclinándose hacia delante en tono confidencial—, Lady Jersey le dijo a mi madre la semana pasada que una joven dama debería limitarse a cinco temas de conversación: el tiempo, lo concurrido del evento, la calidad de la música, su afición por el campo y su más reciente visita a la iglesia. Cualquier cosa más allá de eso se consideraba peligrosamente intelectual y podría espantar a los posibles pretendientes.

Clara volvió a reír, absolutamente encantada con el ingenio de Persephone. —Qué excelente consejo. Me esforzaré por parecer lo más insustancial posible en el próximo baile.

—Oh, pero no debe hacerlo —dijo Persephone con fingida seriedad —. Ya se ha distinguido por su habilidad como amazona. Es demasiado tarde para retroceder hacia un comportamiento convencional y apropiado ahora.

Su risa compartida creó una pequeña burbuja de calidez genuina en medio de la reunión, por lo demás formal. Por primera vez en semanas, Clara sintió que algo de su antiguo ánimo regresaba. Había algo inmensamente reconfortante en encontrar un espíritu afín en medio de la alegría artificial de la Temporada, alguien que veía más allá de las fachadas pulidas hasta la realidad que había debajo.

Cuando el siguiente intérprete tomó su lugar frente al pianoforte, Persephone susurró: —¿Podríamos reunirnos para tomar el té mañana? Tengo tantas más observaciones sobre las absurdidades de la sociedad que estoy a punto de estallar por compartirlas con alguien que pueda apreciarlas.

Clara asintió, con una sonrisa genuina iluminando su rostro. —Me encantaría.

Regresó a su asiento junto a Theresa con el corazón más ligero de lo que había estado en semanas. La inesperada amistad con Persephone quizás no curara el dolor que la distancia de Matthew había creado, pero ofrecía un bálsamo de conexión genuina en un mundo que con demasiada frecuencia valoraba la apariencia por encima de la sustancia.



El otoño había pintado Hyde Park de rojizo y dorado, la luz matutina se filtraba a través de ramas medio desnudas para salpicar el sendero frente a Clara con cambiantes patrones de sombra y luz solar. Su aliento se condensaba levemente en el aire fresco mientras guiaba a Guinevere a un trote constante, los cascos de la yegua negra marcaban una cadencia rítmica contra la tierra compacta. Era lo suficientemente temprano como para que el parque permaneciera en gran parte vacío de jinetes elegantes, aunque Clara había divisado a algunos jinetes dedicados cerca del Serpentine, abrigados contra el frío con levitas y bufandas. Detrás de ella cabalgaba el mozo de cuadra de la casa alquilada, un acompañante necesario por decoro, aunque Clara se descubrió deseando soledad esta mañana.

No había tenido intención de continuar estas lecciones con Virginie. Después de su conversación en el baile de Hertford y sus propias observaciones sobre la creciente cercanía de Virginie con Matthew, Clara había decidido inventar alguna excusa, crear distancia entre ella y la hermosa y calculadora joven que parecía decidida a asegurarse al futuro Duque de Allanworth como marido. Sin embargo, cuando llegó la nota de Virginie, suplicando la experiencia de Clara como preparación para una exhibición ecuestre en la finca de Lord Pemberton el mes siguiente, Clara se había encontrado incapaz de negarse. Virginie la había acogido en su círculo social, la había tratado como una igual, y eso creaba una deuda. Las

enseñanzas de su padre sobre el honor y la obligación resonaban claramente en su memoria, y así estaba aquí, acercándose al lugar de encuentro acordado cerca de la entrada este del parque.

Virginie esperaba bajo un gran roble cuyas hojas se habían vuelto de un cobre intenso, el color proporcionaba un llamativo telón de fondo para su elegante figura. Llevaba un traje de montar verde bosque, la rica tela se adhería a su esbelta forma de una manera que de algún modo lograba ser tanto modesta como seductora. Su cabello oscuro estaba pulcramente recogido bajo un pequeño sombrero adornado con una única pluma verde que combinaba perfectamente con su traje. A su lado estaba Pegasus, el castrado bayo parecía considerablemente más calmado que durante su primer encuentro, aunque sus orejas aún se movían nerviosamente ante pequeños sonidos.

—¡Clara, querida! —llamó Virginie, saludando con una mano enguantada—. Qué puntual es usted. He estado positivamente desesperada por su orientación. La exhibición es dentro de solo cuatro semanas, y estoy decidida a hacer una presentación digna.

Clara desmontó con suavidad, entregando las riendas de Guinevere a su mozo antes de acercarse. —Buenos días, Virginie. Pegasus se ve bien hoy.

—Debería, considerando la fortuna en manzanas y azúcar con la que le he estado sobornando —respondió Virginie con una risa—. Aunque creo que su consejo sobre hablar con calma y moverse con deliberación ha tenido mayor efecto. Parece encontrarme menos alarmante estos días.

—Los caballos responden a la confianza —dijo Clara, pasando una mano experimentada por el cuello de Pegasus—. Pueden sentir el miedo o la incertidumbre en un jinete, y eso a su vez los pone nerviosos.

—Como los caballeros —comentó Virginie con una sonrisa pícara—. Ellos también prefieren a una dama que sabe lo que quiere.

Clara optó por ignorar este comentario, centrándose en la tarea que tenían entre manos. —¿Comenzamos? Pensé que hoy podríamos trabajar en su postura. Los jueces en una exhibición miran primero a una amazona que se sienta correctamente, antes de considerar habilidades más avanzadas.

Durante el siguiente cuarto de hora, Clara demostró la postura adecuada, enseñando a Virginie cómo alinear sus hombros y columna, cómo mantener el contacto con el asiento y los muslos mientras mantenía las manos suaves y receptivas en las riendas. Era un terreno familiar para Clara, que había entrenado a muchas jóvenes amazonas en Belle Haven, y se encontró adoptando el papel de instructora con gratitud por sus límites y expectativas claras.

—Mantenga los hombros hacia atrás pero relajados —indicó mientras Virginie guiaba a Pegasus en un círculo a su alrededor—. Piense en un hilo invisible que tira hacia arriba desde la coronilla de su cabeza. Sí, así está mejor.

—Se siente bastante poco natural —se quejó Virginie, moviéndose en la silla—. Y seguramente nadie notará detalles tan pequeños.

—Un juez ciertamente lo notará —respondió Clara—. Y lo que es más importante, Pegasus lo nota. ¿Siente cómo se mueve con más

libertad cuando su peso está bien distribuido? ¿Cómo responde más rápidamente a sus ayudas?

La expresión de Virginie pasó de la duda a la sorpresa cuando el castrado bayo efectivamente se movió con mayor fluidez, alargando su zancada mientras ella ajustaba su posición. —¡Oh! Entiendo a qué se refiere. Es como si pudiera leer mis pensamientos más claramente cuando me siento así.

—Precisamente —coincidió Clara—. Ahora, trabajemos en la posición de sus manos. Las riendas deben sostenerse así, con los pulgares arriba y los meñiques debajo; nunca permita que sus muñecas giren hacia dentro. Una línea recta desde su codo hasta el bocado...

Estaba demostrando la posición correcta cuando el sonido de cascos aproximándose llamó su atención. Clara levantó la vista para ver a un familiar pura sangre bayo y a su jinete igualmente familiar acercándose a un galope controlado. Matthew Whitmore montaba a Ajax con la gracia natural de un jinete nato, sus anchos hombros perfilados por una chaqueta de montar perfectamente confeccionada, sus fuertes muslos enfundados en pantalones de ante. El corazón de Clara dio un pequeño y traicionero salto ante su visión, una reacción física que no podía ni prevenir ni controlar.

—¡Whitmore! —exclamó Virginie, con voz radiante de placer—. ¡Qué sorpresa tan encantadora!

Matthew detuvo a Ajax junto a ellas, su expresión serena mientras inclinaba su sombrero a modo de saludo. —Lady Virginie, señorita Bell. Una excelente mañana para montar.

—¿Verdad que sí? —asintió Virginie, lanzándole una sonrisa radiante—. Clara ha sido absolutamente inestimable ayudándome a prepararme para la exhibición en Pemberton Park. ¿Espero que asista? El Duque ya ha enviado su aceptación, creo.

—En efecto, estaré allí, no me perdería tal evento en la finca de mi primo —respondió Matthew, dirigiendo finalmente su mirada hacia Clara—. Señorita Bell. Parece ser una excelente instructora. El asiento de Lady Virginie ha mejorado notablemente desde la última vez que la observé montar.

—La señorita Bell es una maravilla con los caballos —interrumpió Virginie antes de que Clara pudiera responder—. Aunque no estoy completamente convencida de que sus métodos no sean alguna forma de magia. Juro que Pegasus se transforma en un animal completamente distinto bajo su guía.

Clara mantuvo la compostura a pura fuerza de voluntad, su voz serena mientras respondía: —No hay magia involucrada, simplemente un manejo constante y una comunicación clara. Los caballos responden bien a la confianza y la consistencia.

—Cualidades que Lady Virginie está desarrollando rápidamente —observó Matthew, con sus ojos oscuros indescifrables mientras se posaban brevemente en el rostro de Clara antes de volver a Virginie —. Su mejora es muy impresionante.

Virginie se pavoneó visiblemente ante el cumplido, su columna enderezándose exactamente de la manera que Clara había estado tratando de fomentar durante el último cuarto de hora. —¿De verdad lo cree? Estoy decidida a hacer una buena demostración en la exhibición. ¿Quizás podría aconsejarme también? Clara ha sido

maravillosamente útil, pero la perspectiva de un caballero sería muy valiosa. ¡Sea amable y observe, y dígame qué piensa!

Clara continuó la lección con serenidad exterior, demostrando las transiciones adecuadas entre aires mientras Matthew observaba desde Ajax. Su voz se mantuvo firme, sus instrucciones claras y precisas, sin dar indicación alguna de la tormenta de emociones que se desataba bajo su calma exterior. Tenerlo tan cerca, pero tan distante, era una forma exquisita de tortura que no había anticipado al aceptar esta lección, aunque quizás debería haberlo previsto. Virginie parecía muy decidida a alardear de su triunfo.

—La exhibición incluirá un breve recorrido con saltos, tengo entendido —dijo Virginie mientras guiaba a Pegasus a través de una serie de giros—. Nada demasiado desafiante, por supuesto, pero debo admitir que estoy bastante nerviosa al respecto. ¿Quizás podría mostrarme el enfoque adecuado, Clara? ¿Y Whitmore podría observar y ofrecer sugerencias?

—Por supuesto —accedió Clara—. La clave es mantener un ritmo constante en el acercamiento, sin apresurarse ni dudar.

Mientras Clara montaba a Guinevere para hacer la demostración, sintió la mirada de Matthew siguiendo sus movimientos. Había algo en su expresión que no podía descifrar del todo, una complejidad que iba más allá del interés educado que había mostrado desde su repentino distanciamiento.

—Guinevere y yo haremos la demostración primero —explicó Clara, recogiendo las riendas—. Observe cómo posiciono mi cuerpo en la aproximación, durante el salto y al aterrizar.

Guinevere respondió maravillosamente mientras Clara guiaba a la yegua negra hacia un seto bajo que formaba un obstáculo natural, sus poderosos cuartos traseros impulsándolas sobre el seto en un arco suave y fluido que para Clara se sentía tan natural como respirar. Por ese breve momento, suspendida en el aire con su montura de confianza, Clara sintió un destello de alegría genuina, un recordatorio de por qué siempre había encontrado tanto consuelo en la equitación.

—Maravillosamente ejecutado —dijo Matthew en voz baja cuando ella regresó a donde él y Virginie esperaban.

Algo en su tono, una calidez que había estado ausente en sus recientes interacciones, hizo que Clara le lanzara una mirada penetrante. Por un brevísimo instante, sus ojos se encontraron, y Clara vislumbró una emoción que se parecía notablemente al arrepentimiento antes de que su expresión se cerrara de nuevo en una cortés neutralidad.

—Ciertamente, bastante impresionante —coincidió Virginie, aunque su tono contenía una nota de impaciencia—. Ahora, ¿debería intentarlo yo? Whitmore, ¿tal vez podría caminar a mi lado y ofrecerme orientación?

—Por supuesto —respondió él, desmontando de Ajax y entregando las riendas a su mozo de cuadra—. Aunque dudo que pueda mejorar la instrucción de la señorita Bell.

Mientras Matthew caminaba junto a Virginie hacia el seto, su alta figura adaptando su paso al ritmo de Pegasus, Clara observaba con un curioso vacío en el pecho. Formaban una pareja impresionante, ambos elegantes y aristocráticos, perfectamente equiparados en

estatus y apariencia. ¿Qué derecho tenía ella a sentir este persistente dolor al verlos juntos?

La lección concluyó poco después, con Virginie declarándose muy mejorada y confiada para la exhibición. —Practicaré a diario —prometió, colocando su mano enguantada sobre el brazo de Matthew con familiar soltura—. ¿Y quizás podrías montar conmigo ocasionalmente, Whitmore? ¿Para observar mi progreso?

—Si mi agenda lo permite —respondió él, sin que su expresión revelara nada.

—Deberíamos regresar antes de que el parque se llene demasiado —dijo Clara, recogiendo las riendas de Guinevere—. La hora de moda pronto estará sobre nosotros.

—Oh, ¿debéis marcharos tan pronto? —Virginie hizo un mohín con coquetería—. Whitmore y yo pensábamos cabalgar junto al Serpentine. ¿No queréis acompañarnos?

—Gracias, pero tengo un compromiso previo —mintió Clara con suavidad, reacia a prolongar este encuentro—. En otra ocasión, quizás.

—Desde luego —accedió Virginie, aunque su expresión de alivio sugería que no estaba demasiado decepcionada por el rechazo de Clara—. Y gracias de nuevo por vuestra inestimable ayuda. ¿Nos veremos en el baile de Lady Jersey mañana por la noche?

—Sí, por supuesto —confirmó Clara, montando a Guinevere quizás con más prisa que gracia.

Mientras se preparaba para partir, Matthew se adelantó, tocando brevemente la brida de Guinevere. —Señorita Bell —dijo, con voz lo suficientemente baja para que Virginie, que ahora ajustaba su

sombrero, no pudiera oír—. Su pericia con los caballos continúa impresionándome. La exhibición será mucho mejor gracias a su contribución al entrenamiento de Lady Virginie.

Clara le sostuvo la mirada directamente, buscando algún indicio de la calidez que una vez existió entre ellos. —Gracias, Lord Whitmore. Estoy segura de que Lady Virginie se comportará admirablemente bajo su guía.

Algo destelló en sus ojos oscuros, un breve destello de emoción rápidamente suprimido. —Que tenga un buen día, señorita Bell — dijo formalmente, retrocediendo y soltando la brida de Guinevere.

Clara asintió en reconocimiento, luego dirigió su yegua hacia el sendero que la llevaría a casa. Tras ella, escuchó la musical risa de Virginie en respuesta a algo que Matthew había dicho, el sonido viajando claramente en el nítido aire otoñal.

Mientras Clara se alejaba cabalgando, con su mozo de cuadra a una discreta distancia detrás, permitió que su compostura cuidadosamente mantenida se deslizara ligeramente. —Ha dejado clara su elección —murmuró a Guinevere, sus palabras destinadas solo para sus propios oídos—. Y Virginie sería una duquesa perfectamente adecuada.

La yegua negra movió una oreja hacia atrás al sonido de su voz, un comprensivo relincho surgiendo de su pecho como si estuviera de acuerdo o consolándola.

Clara enderezó los hombros y levantó la barbilla, obligándose a mirar adelante en lugar de atrás. El camino por delante se extendía claro y vacío, no muy diferente a su futuro. Un futuro que no

incluiría al Marqués de Whitmore, a pesar de las traicioneras esperanzas que brevemente se había permitido albergar.

—Vamos, Guinevere —dijo, instando a la yegua a un trote enérgico —. Nos hemos quedado demasiado tiempo.

Afrontaría esta decepción con la misma dignidad y determinación que la habían llevado hasta aquí. Había sobrevivido a desafíos peores que unos sentimientos no correspondidos por un hombre que claramente prefería a otra. Sobreviviría a esto también, e incluso quizás prosperaría, una vez que apartara a Matthew Whitmore firmemente de su mente y corazón.

—Es mi propia culpa por necia. —Parpadeó contra las lágrimas que ardían en el fondo de sus ojos—. Un futuro duque no puede casarse con alguien como yo.

Muchas personas se lo habían dicho, algunas expresándolo más amablemente que otras. Y aunque a Clara no le cayera muy bien Lady Pemberton, quizás incluso la condesa viuda estaba siendo amable a su manera, advirtiéndole que volar demasiado cerca del sol llevaría a que sus alas se quemaran. Necesitaba ser realista sobre sus expectativas. Incluso Lord Carroway, por atento que fuera, aún no había insinuado matrimonio.

—Necesito fijar mis miras más bajo —dijo Clara en voz alta. Para su diversión, Guinevere resopló y echó las orejas hacia atrás, como si estuviera en desacuerdo—. Sé que me quieres. —Clara acarició cariñosamente el reluciente cuello negro de la yegua—. Crees que merezco la luna en bandeja de plata, igual que yo creo que tú la mereces. Pero la luna no es algo que ninguna de las dos podamos tener, así que pensemos en conformarnos con algo que podamos

conseguir. Un establo cálido y un cubo de avena para ti, y para mí... quizás debería ver si puedo llevar a Lord Carroway al punto. ¿Y si no? Bueno, ¡quizás Londres no sea el lugar para que yo encuentre marido, después de todo!



Capítulo Siete

MATTHEW ENTREGÓ LAS RIENDAS de Ajax a un mozo de cuadra que esperaba y se dirigió a paso firme hacia la casa Allanworth, con sus botas crujiendo sobre la grava del camino. El paseo matutino por Hyde Park le había dejado más inquieto de lo que le gustaba admitir. Ver a Clara de nuevo, observar su gracia natural mientras guiaba a su yegua sobre aquel seto, había despertado sentimientos que había estado intentando reprimir desesperadamente. Había mantenido la distancia, conservando una actitud fríamente educada, pero cada momento en su presencia era un ejercicio de autonegación que se volvía más doloroso día tras día. Había sido imposible apartar los ojos de ella, prestar la atención adecuada a Lady Virginie, la mujer a la que se suponía que estaba cortejando. Al lado de Clara, Virginie parecía insípida y vacía, sus esfuerzos por mantener su interés resultaban tanto transparentes como molestos.

El gran vestíbulo de entrada de Allanworth House le dio la bienvenida con su familiar aroma a cera de abejas y flores frescas.

Matthew se quitó los guantes de montar, golpeándolos contra la palma de su mano mientras consideraba si cambiarse antes de atender su correspondencia. Virginie le había presionado aquella mañana para que aceptara invitaciones a varios eventos a los que ella planeaba asistir, con claras implicaciones: quería que les vieran juntos como pareja. ¿Estaba preparado para dar ese paso, para comenzar oficialmente a cortejarla? Si lo hacía, estaría creando ciertas expectativas; ¿estaba preparado para comprometerse e iniciar el proceso que eventualmente convertiría a Virginie en su esposa? Algo en lo más profundo de su ser se estremecía ante ese pensamiento.

—Matthew —llamó la voz de su padre desde la dirección de la biblioteca—. Un momento, si me permites.

El Duque de Allanworth estaba de pie en el umbral, con un ejemplar de *The Times* doblado bajo el brazo. A pesar de estar en sus cincuenta, el duque seguía siendo una figura imponente, con la espalda recta y su cabello oscuro solo ligeramente plateado en las sienes. Observó a Matthew con ojos penetrantes y una cierta seriedad en su expresión que le hizo sentir de repente como un colegial, uno que hubiera sido sorprendido robando tartaletas de mermelada en la cocina.

—Acabo de regresar de mi paseo a caballo, padre —respondió Matthew, señalando sus botas polvorientas—. ¿Quizás después de que me cambie?

—Esto no llevará mucho tiempo —dijo el duque, con un tono que sugería que el asunto no era opcional—. Acompáñame a mi estudio, ¿quieres?

Matthew reprimió un suspiro y siguió a su padre por el pasillo hasta el estudio que siempre había sido el dominio privado del duque. Era una habitación elegante, revestida de madera oscura con estanterías del suelo al techo y altas ventanas que daban a un pequeño jardín privado. Un fuego crepitaba en la chimenea para ahuyentar el frío del día otoñal, proyectando un cálido resplandor sobre los sillones de cuero burdeos y el enorme escritorio de roble que dominaba una esquina.

El duque cerró la puerta tras ellos y se dirigió a una mesa lateral donde una licorera de cristal se encontraba junto a varios vasos. —¿Brandy?

—Es bastante temprano —observó Matthew, aunque no hizo ningún gesto de rechazo cuando su padre sirvió dos medidas y le entregó una.

—Tengo entendido que te encontraste con compañía en el parque esta mañana —comentó el duque, acomodándose en uno de los sillones de cuero y señalando a Matthew que tomara el otro—. Lady Virginie de Mortimer y la señorita Bell.

Matthew permaneció de pie, moviéndose hacia la chimenea donde podía mirar las llamas en lugar de enfrentar la mirada penetrante de su padre. —Las encontré por casualidad —dijo, tomando un sorbo de brandy y preguntándose cómo su padre estaba tan bien informado sobre dónde había estado y con quién se había visto—. La señorita Bell estaba dándole algunas instrucciones a Lady Virginie con su caballo.

—En efecto. —El duque hizo girar el líquido ámbar en su vaso—. Debo decir que encuentro curioso cómo tu atención parece haberse

desplazado de la señorita Bell a Lady Virginie en las últimas semanas. Un cambio de lealtad bastante marcado.

Matthew levantó la cabeza de golpe, apretando involuntariamente el vaso. —¿Lealtad? ¿Qué quiere decir exactamente con eso, padre?

—Vamos, Matthew —dijo su padre con un ligero encogimiento de hombros—. Media Londres notó tu interés por Clara Bell durante sus primeras apariciones en sociedad. Apenas podías apartar los ojos de ella en mi fiesta en el jardín. Luego, de repente, estás escoltando a Lady Virginie a todas partes y apenas reconociendo la existencia de la señorita Bell. La gente lo ha comentado.

—La gente debería ocuparse de sus propios asuntos —replicó Matthew, dejando su vaso sobre la repisa de la chimenea con más fuerza de la necesaria—. Mis compromisos sociales difícilmente son motivo de especulación pública.

—Por el contrario —le corrigió su padre con suavidad—, los movimientos del heredero soltero de un ducado son de gran interés para la sociedad. Particularmente cuando involucran a dos jóvenes damas de notable belleza y logros.

Matthew se paseaba frente a la chimenea, con el crepitar de las llamas destacando su tensa expresión. —¿Qué está sugiriendo exactamente, padre? ¿Que de alguna manera he jugado con los afectos de la señorita Bell? Eso es absurdo.

—¿Lo es? —El duque se inclinó hacia adelante, sin apartar sus ojos oscuros del rostro de Matthew—. Simplemente señalo que es cruel elevar las expectativas de una joven para luego abandonarla sin explicación.

—¡Expectativas! —se burló Matthew—. Debe estar loco si cree que Clara Bell podría haber tenido alguna vez expectativas de convertirse en mi esposa.

Las cejas del duque se elevaron ligeramente. —¿Y por qué sería tan imposible?

—Usted sabe perfectamente por qué —espetó Matthew, preguntándose qué demonios pretendía su padre—. Y además, la tía Mary me recuerda en cada oportunidad que la futura Duquesa de Allanworth debe estar más allá de cualquier reproche tanto en linaje como en comportamiento. Lady Pemberton ha dejado muy claro que la posición de nuestra familia exige una novia de linaje impecable.

—Ah, Mary —murmuró el duque, con un tono repentinamente más frío—. ¿Y encuentras persuasivas sus opiniones?

—No es cuestión de opinión —insistió Matthew, elevando la voz mientras gesticulaba enfáticamente hacia la ventana, como si la alta sociedad londinense pudiera ser visible más allá del cristal—. Es cuestión de posición, de deber. La alta sociedad nunca aceptaría a alguien como la señorita Bell como duquesa.

—Alguien como la señorita Bell —repitió el duque, con voz peligrosamente queda—. Quizás le gustaría elaborar qué quiere decir con eso.

Matthew dejó de caminar de un lado a otro, su postura defensiva mientras se enfrentaba a su padre. Toda esta línea de interrogatorio era absurda, considerando lo que él creía sobre la verdadera relación entre su padre y Clara Bell, pero si el duque no podía o no quería reconocer la verdad... bueno, Matthew le permitiría el engaño. Ciertamente había otras razones por las que Clara Bell no era

adecuada para casarse con los niveles superiores de la aristocracia, y mucho menos para convertirse en la Duquesa de Allanworth. Sus manos se cerraron a los costados, luego se abrieron para enfatizar sus puntos mientras hablaba. —Sabe muy bien a qué me refiero. Su nacimiento, sus antecedentes. Es de conocimiento público que es la sobrina de Sir Richard, nacida del lado equivocado de la manta. Hija de un caballero, sí, pero ilegítima. ¿Cómo podría considerarse a tal mujer adecuada como mi esposa?

El duque bajó su copa. —No sabía que dabas tanta importancia a los accidentes de nacimiento.

—No es lo que yo piense lo que importa —replicó Matthew, apuntando con el dedo en el aire para puntuar sus palabras—. Es lo que la sociedad exige. Lo que nuestra posición requiere. Además, Lady Virginie es perfectamente adecuada. Su padre es un conde. Su linaje es impecable. Es hermosa, consumada, y sería una duquesa completamente apropiada.

—Y sin embargo —observó el duque con una peculiar media sonrisa—, no pareces particularmente feliz con este eminentemente adecuado enlace que estás persiguiendo.

Los hombros de Matthew se tensaron. —La felicidad es un lujo que los hombres en nuestra posición no siempre pueden permitirse. Algunas cosas son más importantes que la inclinación personal.

—¿Tales como? —inquirió el duque.

—El deber. La responsabilidad. Mantener los estándares esperados de nuestro rango. ¡Seguramente usted, de entre todas las personas, entiende eso!

La expresión del duque se transformó en un instante, aparentemente una consulta casual dando paso a una furia inconfundible. Sus ojos, tan parecidos a los del propio Matthew, se oscurecieron hasta casi negro, y un músculo se crispó a lo largo de su mandíbula. Se puso de pie y se alejó de su silla, irguiéndose en toda su estatura que, aunque no más alta que la de Matthew, de repente parecía dominar la habitación por pura fuerza de voluntad. Cuando habló, su voz era peligrosamente tranquila, controlada como la de un hombre conteniendo una tempestad.

—Entiendo mucho, pero esperaba más de ti, Matthew —dijo, dejando su copa de brandy con tanto cuidado deliberado que el suave clic contra la mesa pareció resonar en la habitación—. Escuchar a mi hijo, mi heredero, hablar con tal desprecio sobre una joven cuyo único pecado fue nacer fuera de la santidad del matrimonio es profundamente decepcionante.

Matthew abrió la boca para objetar, pero el duque lo silenció con una mano levantada.

—La ilegitimidad de Clara Bell no es un impedimento para nada a mis ojos —continuó, su voz ganando intensidad con cada palabra—. Su carácter es intachable. Es inteligente, ingeniosa, amable, y posee más dignidad natural que la mitad de las llamadas damas de crianza impecable que se pasean entre zalamerías por los salones de Londres.

Matthew permaneció inmóvil frente a la chimenea, conmocionado por la vehemencia de su padre. Había esperado quizás una leve reprimenda, un reconocimiento de las realidades sociales, no esta apasionada defensa.

—Esperaba más de ti, Matthew —dijo el duque, con la decepción evidente en cada sílaba—. Te crié para que juzgaras a las personas por sus acciones, su carácter, no por accidentes de nacimiento sobre los que no tuvieron control. Y sin embargo, aquí estás, repitiendo como loro las tonterías de Mary Pemberton sobre duquesas adecuadas como si fuera la verdad absoluta.

—La tía Mary simplemente señala lo que la sociedad espera —respondió Matthew, aunque su voz carecía de su anterior convicción.

—Mary Pemberton —dijo el duque con repentina amargura— se ha autoproclamado guardiana de los llamados estándares de nuestra familia desde el día en que me casé con su hermana. —Sacudió la cabeza con evidente frustración—. Había esperado que con el fallecimiento de tu madre, la influencia de Mary finalmente disminuyera. Veo que me equivoqué.

Matthew miró fijamente a su padre, la confusión reemplazando la ira mientras luchaba por dar sentido a esta reacción inesperada. El duque siempre había sido reservado, controlado, un hombre que valoraba la propiedad y la tradición. Esta apasionada defensa de Clara Bell, este rechazo de las expectativas sociales, parecía totalmente fuera de carácter.

—Tu madre no era una mujer cálida —continuó el duque, su mirada distante ahora, como si viera hacia el pasado—. Nuestro matrimonio fue arreglado, como suelen ser tales cosas en nuestro círculo, y aunque desarrollamos un respeto mutuo, había poco afecto entre nosotros. Había esperado algo mejor para ti, Matthew. Había esperado que encontraras una compañera que trajera calidez y vida a estas habitaciones, no simplemente otro ornamento de

sociedad que perpetuara la fría formalidad que ha caracterizado al ducado durante demasiado tiempo.

Matthew observó a su padre caminar hacia la ventana y mirar hacia fuera, deteniéndose brevemente. El duque rara vez hablaba de la madre de Matthew, y nunca con tal franqueza. Algo fundamental estaba cambiando entre ellos en esta conversación, algún límite establecido desde hacía mucho tiempo estaba siendo cruzado.

—Parece tener una opinión notablemente alta de la señorita Bell —observó Matthew con cautela.

—La conozco desde que era una niña —respondió el duque, todavía mirando hacia el jardín—. La he visto crecer hasta convertirse en una joven extraordinaria, una que traería honor a cualquier familia lo suficientemente afortunada como para reclamarla.

El reloj de la repisa sonaba fuertemente en el silencio que siguió, cada segundo extendiéndose entre ellos como una presencia física. Matthew estudió el perfil de su padre, la orgullosa línea de su mandíbula, el ligero ablandamiento alrededor de sus ojos cuando hablaba de Clara. Ya no podía contener la pregunta; debía ser formulada, y quizás la reacción de su padre sería respuesta suficiente.

—Padre —dijo Matthew finalmente, su voz apenas por encima de un susurro—. ¿Es ella su hija?

La cabeza del duque giró bruscamente, su expresión era de tal conmoción genuina que Matthew se arrepintió de las palabras en el instante en que salieron de sus labios. Su padre retrocedió

físicamente, dando un paso atrás como si la pregunta misma fuera un golpe físico.

—¿Mi *qué*? —jadeó, mientras el color desaparecía de su rostro—. ¿Qué demonios le hace pensar semejante cosa?

Matthew se mantuvo firme, aunque su certeza vaciló ante el aparente asombro de su padre.

—¡Sus viajes anuales a Hampshire y su secretismo al respecto! Su interés en el debut de ella en Londres. La forma en que la mira, con tanto orgullo.

El duque lo miró fijamente, sin palabras, quizás por primera vez en la memoria de Matthew. Abrió la boca, la cerró de nuevo y luego sacudió la cabeza como si tratara de aclararla.

—¿Cree usted que engendré un hijo con la hermana de Sir Richard? —preguntó finalmente, con voz hueca de incredulidad—. ¿Que Clara es mi... hija ilegítima?

—Las evidencias parecían apuntar en esa dirección —dijo Matthew, menos seguro ahora ante el obvio impacto de su padre.

—Dios mío —murmuró el duque—. ¿Es por eso que has estado evitando a la pobre muchacha? ¿Por qué de repente trasladaste tus atenciones a la joven Westbourne? —Una expresión de creciente comprensión se extendió por sus facciones—. Pensabas que era tu *hermana*.

Matthew asintió rígidamente, mientras una ardiente vergüenza comenzaba a colorear su rostro al darse cuenta de que había estado horrible y catastróficamente equivocado en sus suposiciones. Fuera cual fuese la verdad, no era lo que había pensado.

—Parecía la explicación más lógica para su interés por la familia de ella.

El duque lo miró fijamente durante un largo momento, y luego hizo algo que Matthew no había visto en años, quizás no desde su infancia. Se rio, una auténtica carcajada de diversión que pareció sorprender incluso al propio duque.

—Oh, muchacho —dijo, sacudiendo la cabeza—. Qué enredada telaraña tejemos. —Volvió a su sillón y se hundió en él, pasándose una mano por la cara como si intentara recomponerse—. Puedo entender cómo has llegado a tal conclusión, pero te aseguro que estás completamente equivocado.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Matthew, desesperado por entender—. ¿Cuál es su conexión con los Bell? ¿Por qué nunca ha hablado de ellos hasta que Clara apareció en Londres? ¿Por qué tanto secreto sobre sus visitas?

El duque alcanzó su copa de brandy abandonada, dio un sorbo considerable y la volvió a dejar. Su expresión había pasado del asombro a algo más complejo, una mezcla de resignación y lo que podría haber sido alivio.

—Siéntate, Matthew —dijo, señalando el sillón frente al suyo—. Parece que hace tiempo que deberíamos haber tenido una conversación sobre la familia Bell y mi relación con ellos.

Matthew dudó, luego se dirigió al sillón indicado, sentándose en el borde en lugar de recostarse. La reacción de su padre había sido demasiado genuina para dudar, pero aún quedaba por explicar su inusual interés por Clara Bell y su familia.

—Te doy mi palabra —dijo el duque solemnemente, mirando directamente a los ojos de Matthew—, Clara Bell no es mi hija. Ni por sangre, ni por ninguna otra definición. —Hizo una pausa, considerando cuidadosamente sus siguientes palabras—. Aunque admito que he llegado a considerarla con algo parecido al afecto paternal a lo largo de los años. Como a todas las hijas adoptivas de Sir Richard.

Matthew se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿por qué el secretismo? ¿Por qué esas peregrinaciones anuales a Hampshire de las que nunca habla?

El duque suspiró profundamente, acomodándose en su sillón con el aire de un hombre a punto de desahogarse.

—No es a Clara a quien he estado visitando, al menos no principalmente. Son sus hermanas adoptivas más pequeñas, Laura Jane y Charlotte Grace.

—¿Las gemelas? —preguntó Matthew, recordando que Clara las había mencionado al hablar de sus hermanas—. ¿Qué posible conexión podría tener usted con ellas?

—Son mis sobrinas —dijo el duque en voz baja—. Las hijas de mi hermana Laura.

Matthew miró fijamente a su padre, momentáneamente sin palabras.

—¿Su hermana? ¿La tía Laura? Pero... ¡ella murió hace años! —Él todavía estaba en Eton entonces, había llorado a su tía, que era solo unos años mayor que él. Hermosa y alegre, había sido un rayo de sol en la fría formalidad de Allanworth Abbey.

—Efectivamente, murió —confirmó el duque, con la voz teñida de una vieja tristeza—. Aunque no de una enfermedad, como permití que la sociedad creyera. Laura era joven, apenas tenía veinte años, cuando se enamoró profundamente de un hombre que demostró ser completamente indigno de ella. Estaba casado, aunque le ocultó este hecho hasta que... hasta que fue demasiado tarde. —Sus nudillos se blanquearon mientras agarraba el brazo del sillón—. Tu madre quería que repudiara a Laura, que la echara, pero no pude. No a mi hermana pequeña. Cuando su estado se hizo imposible de ocultar, la llevé a Hampshire, a Belle Haven. Sir Richard y su esposa Theresa acababan de casarse entonces, pero abrieron su hogar para ella sin dudarlo.

—¿Y el padre? —preguntó Matthew, luchando por asimilar esta revelación.

—Un diplomático casado que regresó con su esposa a Viena en el momento en que Laura le dijo que estaba encinta —respondió el duque, con voz endurecida—. Ella murió al dar a luz a las gemelas. Richard y Theresa, que Dios los bendiga, acogieron a las pequeñas como propias. Laura Jane quedó ciega después de una fiebre cuando era pequeña, pero ambas niñas se han convertido en jóvenes excelentes. Las visito cada verano para verlas, para asegurarme de que no les falte nada, y en esas visitas la familia Bell me abre su casa y su corazón, y yo a ellos. Aprecio a todas sus hijas como si fueran de la familia.

Incapaz de permanecer quieto mientras procesaba la conmoción de esta información, Matthew se levantó, caminando por la rica alfombra hasta la ventana. La verdad, cuando se revelaba, era a la

vez más simple y más compleja de lo que había imaginado. Clara no era la hija ilegítima de su padre, pero sus hermanas menores *sí* eran familia, primas del propio Matthew.

—¿Por qué mantenerlo en secreto? —preguntó—. Seguramente no habría habido vergüenza en reconocer a sus sobrinas.

—Tu madre —dijo el duque tras un momento de vacilación—, sentía muy firmemente que el asunto debía permanecer en privado. El escándalo de la situación de Laura... temía que reflejara negativamente en nuestra familia, y tú aún eras joven. Respeté sus deseos, aunque me aseguré de que las niñas estuvieran bien atendidas. La dote que habría sido de Laura se reservó e invirtió, para dividirla entre ellas cuando tengan la edad adecuada, y me aseguré de que otras oportunidades llegaran a Sir Richard para enriquecer a la familia en su conjunto, aunque nada que él no mereciera completamente.

—¿Y Clara? —Matthew se volvió desde la ventana—. ¿Es realmente la sobrina de Sir Richard, como cree la sociedad?

—Sí. Es la hija de su hermana Elizabeth, quien como mi Laura, se encontró en una situación delicada sin marido que protegiera su reputación. El padre de Richard expulsó a Elizabeth, pero Richard mantuvo contacto con ella durante todo su embarazo. Cuando murió en el parto, acogió a la pequeña Clara y la crió como si fuera suya, del mismo modo que él y Theresa hicieron más tarde con mis sobrinas.

—¿Y las otras hijas? —preguntó Matthew, recordando que su amigo Lord Debney había dicho que Sir Richard Bell no tenía menos de seis hijas adoptadas.

—Un conjunto de afortunadas jóvenes a quienes la vida primero les dio malas cartas, y luego las compensó poniéndolas bajo el cuidado de Richard y Theresa —respondió el duque con genuina calidez—. Richard tiene un corazón generoso. Ve valor donde otros solo ven circunstancias. Es una cualidad que siempre he admirado en él, y otros también lo hacen. Sabrá usted, por supuesto, que es un gran favorito del Príncipe Regente, pero hay muchos hombres influyentes en la sociedad que conocen su valía y estarían encantados de establecer una alianza con su familia. Su hija adoptiva mayor se casó con el hijo menor de Bridgnorth hace unos meses. —El duque soltó una media risa—. ¡Y Lady Bridgnorth tiene incluso más influencia en la sociedad que su tía Mary! Si una de las hijas de Richard Bell es lo suficientemente buena para su hijo, ¡Lady Bridgnorth es más que capaz de convencer al mundo entero de que una de esas muchachas sería adecuada para casarse con la mismísima familia real!

Matthew permaneció inmóvil junto a la ventana, su visión del mundo visiblemente alterada mientras procesaba esta información. El alivio que lo invadía era tan profundo que lo dejó aturdido. Clara no era su hermana. Los sentimientos que había estado reprimiendo, negando, contra los que había luchado durante semanas, no eran la abominación que había temido.

—Parece que he juzgado mal muchas cosas —dijo finalmente, con un tono de voz inusualmente apagado.

—Así parece —convino el duque, observando a su hijo con atenta mirada—. Aunque creo que el mayor error sería continuar por su camino actual por orgullo o terquedad.

—¿Mi camino actual?

—Su aparente cortejo a Lady Virginie —aclaró el duque—. Una joven por la que claramente no siente nada más allá de un reconocimiento del deber hacia su adecuado linaje. Le veo, hijo, le veo intentando convencerse de casarse por el bien del ducado y por lo que algunos elementos equivocados de la sociedad creen que se requiere de su esposa, pero le prometo que está equivocado. No se permita cometer mi error.

Matthew miró fijamente a su padre.

—¿Su error?

—Escuchar lo que otras personas pensaban que debía hacer. —El duque colocó las manos planas sobre el escritorio y las miró fijamente, al igual que el antiguo anillo de sello en su dedo meñique con el sello ducal grabado profundamente en su superficie—. Los linajes son cosas ilusorias, hijo mío. No compensan el carácter, la verdadera compañía, la asociación de dos personas que realmente se respetan y se preocupan la una por la otra. Tendrá que vivir con su esposa toda la vida. No elija a alguien con quien no desee pasar toda una vida.

Matthew se volvió para mirar nuevamente al jardín, contemplando sin ver los senderos de grava perfectamente rastrillados entre los setos y los parterres desnudos por el invierno. Más allá estaban las calles de Londres, y en algún lugar de esas calles estaba Clara, creyendo que él había elegido deliberadamente a otra mujer en lugar de a ella. El pensamiento le produjo una fría punzada de arrepentimiento en el pecho.

—He sido un necio —admitió suavemente, más para sí mismo que para su padre.

—Todos somos necios en asuntos del corazón —respondió el duque, con un toque de inesperada gentileza en su tono—. Es solo cuando nos negamos a reconocer nuestra necedad cuando nos volvemos verdaderamente patéticos.

Los dedos de Matthew trazaron un patrón abstracto en el cristal de la ventana, su reflejo fragmentándose y reformándose con cada movimiento.

—Creo —dijo lentamente, con voz apenas audible— que podría estar enamorado de ella.

El reflejo del duque apareció junto al suyo, sus rasgos compartidos enfatizados por la superposición del cristal y la luz de la tarde.

—¿Clara Bell? —preguntó, aunque claramente no era una pregunta que requiriera respuesta.

—Sí —respondió Matthew simplemente.

El rostro del duque se suavizó con inequívoca aprobación.

—Entonces le sugiero que no pierda más tiempo persiguiendo a una mujer que no desea, mientras la que sí desea cree que la ha rechazado.

—Puede que sea demasiado tarde —dijo Matthew, volviéndose para mirar directamente a su padre—. Mi comportamiento ha sido atroz. La he ignorado, la he evitado, prácticamente la he desairado en público. Todo porque pensaba... —Negó con la cabeza, incapaz de completar la frase.

—Clara Bell no es una mujer que se desanime fácilmente —dijo el duque con confianza—. Entrenó a un caballo para que se inclinara

ante la realeza, si recuerda. Sospecho que posee suficiente determinación para soportar unas semanas de mal comportamiento por parte de un joven confundido.

—Necesito hablar con ella —dijo Matthew, sus pies ya lo llevaban hacia la puerta—. Explicarle, disculparme.

—Le sugeriría también flores —le gritó el duque, con evidente diversión en su voz—. Y quizás una explicación más coherente que "pensé que eras mi hermana". Algunas verdades, aunque esclarecedoras, no son necesariamente las declaraciones más románticas.

Matthew se detuvo con la mano en el pomo de la puerta, volviéndose para mirar a su padre con un nuevo respeto.

—Gracias —dijo simplemente.

—¿Por qué? —preguntó el duque.

—Por confiarme la verdad —respondió Matthew—. Y por tener tan buena opinión de Clara.

—Hijo mío —dijo el duque con una sonrisa irónica—, no podrá encontrar mejor que Clara Bell. Ahora vaya y compruebe si puede persuadirla de ese hecho antes de que algún otro joven con mejor juicio llegue a la misma conclusión. Oí que Carroway le ha escrito a su tío; el anciano no dejará su finca de Yorkshire, pero si da su consentimiento...

Matthew asintió, saliendo apresuradamente del despacho. Su mente ya iba por delante, planeando cómo abordaría a Clara, qué palabras podrían posiblemente reparar el daño que su suposición errónea había causado. Tendría que ser humilde, honesto y, sobre todo, claro respecto a sus sentimientos e intenciones; y debía darse

prisa, antes de que el tío de Carroway respondiera con su consentimiento para el enlace y Carroway le propusiera matrimonio.

Mientras se dirigía hacia las escaleras para cambiarse la ropa de montar, Matthew se sintió más ligero de lo que había estado en semanas. El conocimiento que había sido una carga se transformó en liberación, la barrera que había erigido entre él y Clara revelada como una ilusión nacida de un malentendido. Ahora solo tenía que convencerla de que su corazón le pertenecía a ella, y de que el hombre que la había estado evitando como la peste merecía una segunda oportunidad.

Se encontró aceptando el desafío con un entusiasmo inesperado. Clara Bell merecía que luchara por ella, que se humillara por ella, que hiciera cualquier esfuerzo necesario para ganar su confianza y afecto. Y esta vez, no habría malentendidos entre ellos, solo la verdad pura y sin obstáculos de sus sentimientos.

Fue solo cuando puso el pie en el último escalón que Matthew se preguntó: ¿serían correspondidos sus sentimientos? ¿Estaba a punto de poner su corazón a los pies de Clara solo para que ella lo pisoteara? Hizo una mueca; si ella tenía sentimientos por él, él los había pisoteado durante estas últimas semanas, y un rechazo probablemente no sería más de lo que merecía. A pesar de la preocupación de que Carroway pudiera estar a punto de proponerle matrimonio, Matthew necesitaba actuar con cautela. Una declaración repentina probablemente haría más daño que bien.

Primero, una disculpa, junto con las flores que su padre había sugerido, y luego una explicación sincera.

Clara no merecía menos que eso.



Capítulo Ocho

CLARA GUIABA A GUINEVERE por el camino familiar hacia Hyde Park una vez más a la mañana siguiente, los cascos de su yegua cayendo suavemente sobre la tierra húmeda. A través de la niebla que se disipaba, divisó a Lady Virginie esperando junto al gran roble que servía como su lugar de encuentro habitual. La joven aristócrata presentaba una figura elegante con un traje de montar de un violeta intenso, cuyo rico color realzaba la oscuridad de su cabello y la cremosa perfección de su tez. ¿Cuántos trajes de montar poseía Virginie? Parecía haber llevado uno diferente cada vez que Clara la había visto; incluso Clara, que montaba todos los días y a menudo más de un caballo cuando estaba en su hogar en Belle Haven, solo tenía dos.

Virginie estaba de pie junto a Pegasus, con una mano enguantada apoyada ligeramente en su brida, el castrado bayo se erguía sobre su esbelta figura.

—¡Clara, querida! —llamó Virginie, su lánguido acento extendiéndose por el aire húmedo de la mañana—. Qué perfectamente puntual eres. Te pido disculpas por no estar ya montada, pero Pegasus estaba tan alterado esta mañana que no me atreví a intentar montarlo hasta el parque. ¡Hemos venido caminando todo el camino!

Clara desmontó con facilidad experimentada, entregando las riendas de Guinevere a su mozo de cuadra antes de acercarse. Su ojo experto evaluó a Pegasus, notando cómo sus orejas se movían hacia adelante y hacia atrás, la ligera tensión de sus músculos cuando ella se acercó. Sin embargo, nada en su comportamiento parecía particularmente preocupante, simplemente la vigilancia ordinaria de un caballo brioso.

—Parece bastante tranquilo ahora —observó Clara, permitiendo que su mano enguantada recorriera el cuello de Pegasus, sintiendo el calor de su pelaje bajo sus dedos—. ¿Ha ocurrido algo específico que lo haya alterado?

Virginie encogió sus elegantes hombros.

—Nada que pudiera discernir. Estaba perfectamente amable cuando regresamos a casa después de su última maravillosa lección, pero esta mañana casi pateó a Williams cuando el mozo intentó ensillarlo. Muy peculiar. Me preguntaba si quizás está desarrollando algún disgusto por madrugar —rió ligeramente, como si compartiera una broma privada—. No puedo culparlo por eso, por supuesto.

Clara rodeó a Pegasus lentamente, su ojo entrenado buscando cualquier signo de lesión o angustia que pudiera explicar el cambio en su comportamiento. Su pelaje brillaba de salud, su postura era

uniforme, y sus ojos, aunque alerta, no mostraban signos de dolor o miedo. Incluso le permitió levantar cada pata y revisar sus cascos sin protestar.

—No veo nada fuera de lugar —concluyó, volviendo a colocarse frente a Virginie—. Los caballos, como las personas, ocasionalmente tienen sus estados de ánimo.

—Qué reconfortante saberlo —respondió Virginie con una sonrisa que no llegó del todo a sus ojos—. Aunque confieso que soy reacia a intentar montarlo después de la experiencia de Williams. ¿Quizás podríamos posponer la lección de hoy?

—Tonterías —dijo Clara, su confianza en sus propias habilidades superando cualquier vacilación—. He trabajado con caballos mucho más desafiantes en Belle Haven. Un toque de mal humor matutino no es motivo de preocupación. Si está dispuesta, puedo trabajar con él primero para calmarlo, luego guiarla a través de sus ejercicios una vez que esté tranquilo.

La expresión de Virginie se iluminó al instante.

—¿Lo harías? Qué perfectamente espléndido. Sabía que podía confiar en tu experiencia.

Clara se movió hacia la cabeza de Pegasus, hablándole suavemente al caballo mientras se preparaba para llevarlo a una corta distancia para montar. En las semanas que había estado trabajando con Virginie, el castrado bayo había demostrado estar bien entrenado y generalmente de temperamento equilibrado, respondiendo maravillosamente a un manejo claro y confiado. Cualquier enfado momentáneo que le hubiera afectado esta mañana seguramente pasaría rápidamente bajo su guía.

—Señorita Bell —llegó una voz profunda desde detrás de ella, sobresaltando a Clara tan completamente que casi dejó caer las riendas de Pegasus—. Qué afortunada coincidencia. Esperaba encontrarla aquí.

Clara se volvió lentamente, su corazón realizando un inoportuno aleteo de reconocimiento a pesar de sus firmes órdenes en contrario. Matthew Whitmore estaba ante ella, su alta figura recortada contra la luz de la mañana, con las riendas de Ajax casualmente enganchadas en un brazo. Se había quitado el sombrero, y su cabello oscuro se rizaba ligeramente por la humedad de la niebla matutina, dándole una cualidad juvenil que contrastaba con la seriedad de su mandíbula.

—Lord Whitmore —reconoció, orgullosa de la firmeza en su voz a pesar de la repentina opresión en su pecho—. No esperaba verle esta mañana.

—¡Whitmore! —exclamó Virginie, transformando por completo su comportamiento mientras se movía rápidamente a su lado—. ¡Qué encantador! ¿Ha venido a observar nuestra lección?

Algo destelló en los ojos de Matthew mientras miraba brevemente a Virginie antes de volver su mirada a Clara.

—En realidad, pensé que quizás podría ser de alguna ayuda. Lady Virginie mencionó ayer que Pegasus ha estado bastante impetuoso últimamente.

El agarre de Clara en las riendas de Pegasus se tensó imperceptiblemente. Por supuesto, salieron a montar juntos ayer, después de que ella se dirigiera a casa sola, decidida a sacar a

Matthew Whitmore de su mente de una vez por todas. El conocimiento se asentó como una piedra fría en su estómago.

—Qué considerado por su parte —respondió, sin poder evitar del todo el filo en su voz—. Aunque le aseguro que soy perfectamente capaz de manejar a Pegasus sin ayuda.

—No dudo de sus capacidades, señorita Bell —dijo Matthew, dando un paso más cerca—. Simplemente pensé que un par de manos extra podrían ser bienvenidas, particularmente si el caballo está realmente tan inquieto como Lady Virginie sugiere.

Clara lo miró con confusión apenas velada. Después de semanas de educada distancia, de saludos apenas reconocidos en reuniones sociales, esta repentina solicitud parecía extrañamente fuera de carácter. ¿Qué juego estaba jugando ahora? ¿Un momento persiguiéndola con evidente interés, al siguiente ignorándola en favor de Virginie, y ahora esta inesperada atención?

—Encuentro su preocupación algo sorprendente, milord —dijo ella en voz baja, modulando su tono para que solo él pudiera oírla mientras Virginie se distraía momentáneamente ajustándose los guantes de montar—. Dada su reciente determinación de fingir que apenas existo.

Un rubor subió a las mejillas de Matthew, y tuvo la decencia de parecer turbado. —Me lo merezco —admitió, con la voz igualmente baja—. Pero le pediría que me permitiera explicarme en un momento más apropiado. Por ahora, por favor, déjeme ser de ayuda. El caballo parece inusualmente tenso.

Clara miró a Pegasus, notando que efectivamente se había vuelto más inquieto durante su conversación, su gran cuerpo moviéndose

con energía apenas contenida, sus orejas agitándose hacia adelante y hacia atrás con creciente rapidez. La elección sensata sería aceptar la ayuda ofrecida, independientemente de sus sentimientos personales hacia el hombre que la extendía.

—Muy bien —concedió, su naturaleza práctica imponiéndose a su orgullo—. Puede ayudarme a montar.

—Gracias —dijo Matthew, esas simples palabras llevando un peso de sinceridad que pilló a Clara desprevenida.

Se acercó al lado de Pegasus, hablándole suavemente al caballo mientras pasaba una mano experta por el cuello y la cruz del animal. Clara observó, impresionada a su pesar por su evidente comodidad con los caballos, una habilidad que no todos los caballeros de su rango poseían a pesar de que la mayoría de ellos profesaban amor por la caza.

—Lista cuando usted lo esté, señorita Bell —dijo, juntando las manos para formar un apoyo para su pie.

Clara se acercó, preparándose para el inevitable contacto. Al colocar su bota en las palmas unidas de Matthew, sus manos se sentían cálidas y firmes incluso a través de su bota de montar. Con un movimiento fluido nacido de años de práctica, ella usó su apoyo para elevarse con gracia hasta la silla.

Lo que no había previsto fue la repentina y violenta respuesta del caballo bajo ella, incluso mientras buscaba el estribo con el pie.

En el momento en que el peso de Clara se asentó sobre el lomo de Pegasus, supo que algo iba terriblemente mal. Los músculos del caballo se tensaron bajo ella como muelles comprimidos, todo su cuerpo vibrando con una tensión completamente diferente a su

habitual receptividad. Dio dos pasos con las patas rígidas, luego se quedó inmóvil, levantando bruscamente la cabeza mientras dilataba las fosas nasales.

—Tranquilo —dijo Clara suavemente, olvidándose del estribo por un momento y apretando ligeramente las riendas para asegurar al caballo que ella estaba presente y en control, empleando la comunicación suave pero firme que siempre había funcionado antes. En lugar de responder con su movimiento hacia adelante habitual y obediente, Pegasus dio una sacudida corta y brusca de cabeza, mostrando repentinamente el blanco de sus ojos mientras pegaba las orejas contra su cráneo.

—¿Qué te pasa hoy? —murmuró Clara, su voz deliberadamente calmada y tranquilizadora a pesar de las señales de alarma que sonaban en su mente. Un caballo que mostraba estos signos era un caballo al borde del pánico, y un caballo asustado era peligroso para todos en su proximidad. Mantuvo su asiento con perfecto equilibrio, años de entrenamiento permitiéndole ajustarse instintivamente a la tensa postura del castrado. Movió ligeramente el pie, buscando el estribo, y se sintió aliviada cuando finalmente lo encontró con la punta. La estabilidad adicional que ofrecía tener el pie en el estribo era un alivio en la situación actual.

—¿Ocurre algo? —llamó Virginie desde donde estaba con Matthew, ambos observando los esfuerzos de Clara con evidente curiosidad.

—Manténganse atrás, por favor —respondió Clara, sin quitar los ojos de las orejas inquietas de Pegasus—. Parece inusualmente nervioso esta mañana. Necesitaré espacio para trabajar en ello.

Acarició el cuello de Pegasus con una mano enguantada, continuando hablando en ese mismo tono estable y gentil. —Tranquilo ahora, hermoso. No hay nada que temer aquí. Hemos hecho esto antes, tú y yo. —La tensión en el cuerpo del animal no disminuyó; de hecho, se intensificó, su piel estremeciéndose bajo su tacto como si estuviera plagada de moscas invisibles.

La mente de Clara repasó posibles explicaciones: dolor por una lesión no visible, miedo a algo en su entorno, o quizás algún malestar persistente por las dificultades de la mañana con el mozo. Fuera cual fuese la causa, necesitaba establecer el control rápidamente, antes de que la situación se deteriorara aún más.

—Solo caminaremos unos pasos —dijo, aplicando una ligera presión con la pierna mientras mantenía un contacto suave con su boca a través de las riendas, el equilibrio correcto de ayudas que había funcionado a la perfección en sus sesiones anteriores.

Pegasus respondió alzando la cabeza hacia arriba y hacia atrás, casi golpeando la cara de Clara. En el siguiente instante, sus patas delanteras abandonaron el suelo mientras se encabritaba, sus extremidades delanteras dando manotazos al aire. Clara desplazó automáticamente su peso hacia adelante, presionando su cuerpo a lo largo del cuello para mantener el equilibrio, sus manos moviéndose hacia arriba por su cuello para darle libertad de volver a bajar sin tirar de su boca y hacerlo encabritar más alto.

—¡Apártense! —gritó con firmeza a Matthew y Virginie mientras las patas delanteras de Pegasus volvían a tierra con un fuerte golpe. En el momento en que sus cascos tocaron el suelo, Clara intentó

empujarlo hacia adelante, sabiendo que el movimiento ayudaría a disipar su energía nerviosa.

En lugar de eso, Pegasus se encabritó de nuevo, más alto esta vez, balanceándose precariamente sobre sus patas traseras. Clara se inclinó aún más hacia adelante, su cuerpo casi paralelo a su cuello, sus manos ahora aferrándose a su crin para mantener la estabilidad. Los músculos del castrado temblaban bajo ella con el esfuerzo de mantener la postura antinatural.

—¿Qué le estás haciendo? —exclamó Virginie, su voz alta por la alarma—. ¡Nunca ha hecho nada como esto antes!

—¡Retrocedan más! —ordenó Matthew, arrastrando a Virginie varios pasos más lejos del caballo y la jinete que luchaban—. Clara, ¿qué está pasando? ¿Por qué se comporta así?

Clara no tenía atención que dedicar para responderle. Cuando Pegaso bajó de nuevo, inmediatamente intentó otro enfoque, usando su rienda y pierna interiores para tratar de girarlo en un pequeño círculo, una técnica que a menudo ayudaba a recuperar el control de un caballo díscolo al redireccionar su energía y dificultarle el encabritarse o cocear.

Pegaso resistió el giro, todo su cuerpo poniéndose rígido durante un momento que le detuvo el corazón. Luego, con una violencia que tomó por sorpresa incluso a Clara, estalló en una serie de corcovos, arqueando el lomo mientras levantaba sus patas traseras en el aire. Clara apretó su pierna derecha alrededor del pomo de la silla de amazona, sentándose profundamente en la silla e inclinándose ligeramente hacia atrás para contrarrestar el impulso hacia adelante de su movimiento. Su mano derecha mantuvo un agarre firme en las

riendas mientras que la izquierda se retorció en su crin, proporcionando un punto de anclaje mientras luchaba por mantenerse montada.

—¡Santo cielo! —oyó exclamar a Virginie, abandonando el acento cultivado de la aristócrata ante la auténtica conmoción.

Clara no tenía aliento para responder. Cada corcovo le expulsaba el aire de los pulmones, el violento movimiento ponía a prueba cada músculo de su cuerpo mientras luchaba por anticipar y contrarrestar los movimientos de Pegaso. No era una muestra ordinaria de exuberancia o mal humor matutino. El caballo castrado se comportaba como un caballo que nunca hubiera sentido una silla en su lomo, y menos aún como uno que había sido tan agradable de montar en el parque justo ayer.

Incluso mientras luchaba por mantenerse en el lomo del caballo, su mente continuaba con su evaluación profesional; años de entrenar caballos en Belle Haven le proporcionaban un marco para entender incluso este comportamiento extremo. El dolor podía causar tal reacción, pero lo había revisado minuciosamente antes de montar y no había visto ningún signo de lesión. El miedo podría explicarlo, pero ¿miedo a qué? El parque estaba casi vacío a esta hora, y los desencadenantes habituales de alarma equina, como perros o movimientos repentinos, estaban completamente ausentes. La explicación restante era tanto la más inquietante como la más plausible: alguien había agitado deliberadamente al caballo antes de su llegada.

Antes de que pudiera seguir con este inquietante pensamiento, Pegaso cesó bruscamente sus corcovos y se lanzó hacia adelante en

un galope desenfrenado. Clara se encontró aferrada a un caballo desbocado, las riendas casi arrancadas de su agarre por la brusquedad de su movimiento. Se recuperó rápidamente, reuniendo las correas de cuero e intentando establecer cierto control sobre su dirección, si no sobre su velocidad.

El parque se difuminó a su alrededor mientras Pegaso atravesaba el terreno abierto, sus potentes zancadas devorando la distancia a un ritmo alarmante. Los pocos jinetes y peatones madrugadores se dispersaron de su camino, gritando alarmados. Clara concentró toda su atención en mantenerse montada y dirigir al frenético animal lejos de obstáculos que pudieran causarles a ambos lesiones graves.

—Gira, gira —instó entre dientes apretados, aplicando presión con las riendas y su pierna para tratar de dirigir a Pegaso hacia un círculo. Un caballo puede correr en línea recta casi indefinidamente, pero el esfuerzo de girar eventualmente los cansa, facilitando recuperar el control. Era un principio básico de equitación que le había servido bien con innumerables monturas difíciles.

Pegaso resistió sus esfuerzos con sorprendente fuerza, su cuello arqueado contra la presión del bocado, su cuerpo avanzando como si fuera perseguido por demonios que solo él podía ver. Los brazos de Clara dolían por la tensión de mantener contacto con su boca sin tirar lo suficientemente fuerte como para asustarlo aún más. Sus muslos ardían por la tensión constante necesaria para mantener su posición durante sus movimientos erráticos.

—Tranquilo ahora —dijo, su voz notablemente calmada a pesar de la crisis, cada palabra puntuada por el ritmo sacudido de su galope —. Vamos a reducir la velocidad y pensar en esto.

El tono tranquilizador que normalmente calmaba incluso a los caballos más nerviosos no tuvo efecto en Pegaso. Si acaso, pareció ganar velocidad, cargando hacia un bosquecillo en el extremo más lejano del parque con alarmante determinación. Clara redobló sus esfuerzos para girarlo, sabiendo que los árboles presentaban un nuevo nivel de peligro. Una rama baja podría fácilmente barrerla de la silla, o peor aún, Pegaso podría chocar contra un tronco en su pánico ciego.

Se arriesgó a mirar hacia atrás, vislumbrando a Matthew montado en Ajax y galopando tras ellos, su rostro marcado por líneas de preocupación. La visión duró solo un momento antes de que tuviera que volver toda su atención a la lucha cada vez más desesperada por el control.

Se acercaban a los árboles demasiado rápido. Clara hizo una rápida evaluación de sus menguantes opciones. Podía continuar intentando girar a Pegaso, arriesgándose a que pudiera estrellarse entre los árboles en su resistencia. Podía intentar un método más drástico para detenerlo, como una rienda de polea, aunque la fuerza requerida podría hacer que se volcara hacia atrás. O podía tratar de frenarlo gradualmente, aceptando que entrarían en los árboles pero esperando tenerlo bajo mejor control para entonces.

Optó por el tercer enfoque, comenzando un rítmico dar y tomar con las riendas, liberando la presión momentáneamente antes de volver a aplicarla, una técnica que a veces rompía el pánico de un caballo sin desencadenar más resistencia. Para su alivio, la zancada de Pegaso se acortó ligeramente, su carrera desenfrenada moderándose a un galope rápido.

—Eso está mejor —le animó, continuando la presión pulsante sobre las riendas—. Mucho mejor. Ahora alejémonos de esos árboles.

Por un momento, pareció que podría responder a su guía. Su cabeza se bajó ligeramente, sus orejas oscilando hacia atrás en dirección a su voz. Clara se permitió un respiro de esperanza, aliviando la presión sobre su boca como recompensa por la pequeña señal de cooperación.

Fue un error. En el instante en que relajó su agarre, Pegaso se lanzó hacia adelante de nuevo, antes de virar bruscamente a la derecha en un movimiento tan repentino y violento que ningún jinete, por hábil que fuera, podría haber anticipado. Clara se sintió resbalando hacia un lado, su equilibrio comprometido por el inesperado cambio de dirección. Luchó por recuperar su posición, sus dedos cerrándose desesperadamente sobre la crin de Pegaso, pero el impulso era demasiado grande.

Durante un instante suspendido, Clara supo que iba a caer. En ese fragmento de tiempo, su entrenamiento se impuso. Liberó el pie del estribo, metió la barbilla contra el pecho e intentó rodar lejos de los retumbantes cascos del caballo mientras sentía cómo era arrancada de la silla.

El suelo se precipitó a su encuentro con una solidez implacable.

El impacto expulsó hasta el último soplo de aire de los pulmones de Clara, dejándola boqueando como un pez fuera del agua sobre la hierba húmeda de Hyde Park. Durante varios momentos desorientadores, solo pudo permanecer allí, mirando al pálido cielo matutino que giraba náusebundamente sobre ella. Su cuerpo parecía

curiosamente desconectado, presente pero sin responder del todo a sus órdenes. Entonces llegó el dolor, una pulsación sorda en su hombro derecho y la cadera donde había golpeado el suelo, seguido por el escozor más agudo de las palmas raspadas donde sus guantes se habían rasgado contra la áspera tierra. Nada roto, evaluó automáticamente, el inventario instintivo de daños que hace una amazona tras una caída. Solo magulladuras, y quizás la peor herida era la de su orgullo, que se sentía completamente destrozado mientras escuchaba el trueno de cascos aproximándose que solo podían ser de Matthew acudiendo a su rescate por segunda vez desde que se conocían.

Se esforzó por sentarse, haciendo una mueca cuando sus maltrechos músculos protestaron por el movimiento. A lo lejos, podía ver a Pegasus continuando su frenético galope, su estado sin jinete aparentemente sin hacer nada para calmar su inexplicable pánico. La visión le provocó una oleada de humillación profesional, más dolorosa que cualquier lesión física. Ella, Clara Bell, que montaba desde antes de poder caminar, que había manejado a los caballos más difíciles en Belle Haven sin incidentes, que había adiestrado a un caballo para hacer una reverencia ante el Príncipe Regente, había sido desmontada como una principiante ante testigos. Y para empeorar las cosas, no podía recuperar el aliento. Estaba sin aire, y la falta de oxígeno la estaba haciendo sentir un poco débil, con la oscuridad avanzando por los bordes de su visión.

Podría ser el peor momento de su vida.



Capítulo Nueve

MATTHEW OBSERVÓ CON IMPOTENTE horror cómo Pegasus salía disparado a través del parque con Clara aferrada a su lomo. Un momento antes, ella había demostrado un control perfecto, su cuerpo moviéndose en armonía con el caballo mientras intentaba calmarlo, y al siguiente estaba luchando desesperadamente por mantenerse montada mientras el castrado estallaba en un frenesí de corcoveos y encabritamientos. Su corazón martilleaba contra sus costillas mientras observaba sus hábiles intentos de recuperar el control, cada técnica fallando ante el pánico inexplicable del animal. Algo iba terriblemente mal, y ese conocimiento le heló la sangre.

—¡Ajax! —llamó bruscamente, girándose hacia su mozo de cuadra que sujetaba su pura sangre a unos pasos de distancia. El hombre reaccionó al instante, llevando el bayo hacia delante mientras Matthew saltaba hacia él, apenas registrando los teatrales jadeos de alarma de Virginie a su lado.

—Quédese aquí —ordenó a Virginie sin dirigirle una mirada, con su atención completamente centrada en la figura cada vez más lejana de Clara mientras Pegasus cargaba hacia la línea de árboles. Se balanceó sobre la silla con velocidad experimentada, recogiendo las riendas en un fluido movimiento—. Acompañe a Lady Virginie hasta la entrada —instruyó a los mozos, ya presionando sus talones en los costados de Ajax.

El pura sangre respondió instantáneamente, avanzando con fuerza debajo de él. Matthew se inclinó sobre su cuello, instándole a mayor velocidad mientras galopaban a través de la hierba húmeda. Adelante, podía ver a Clara todavía luchando por mantener el control, su pequeña figura manteniendo un equilibrio perfecto a pesar de los movimientos erráticos de Pegasus. Incluso en este momento de crisis, Matthew no pudo evitar admirar su extraordinaria habilidad ecuestre. Cualquier jinete menos experto habría sido desmontado al primer encabritamiento violento del castrado.

—¡Clara! —gritó, aunque sabía que era imposible que ella le oyera por la distancia y el estruendo de los cascos. La ansiedad arañaba su pecho al verla acercándose al bosquecillo de árboles a una velocidad peligrosa. Si Pegasus cargaba ciegamente entre ellos, tanto el caballo como la jinete se arriesgaban a sufrir lesiones catastróficas.

Presionó más fuerte a Ajax, el poderoso pura sangre estirándose en un galope completo, devorando el terreno que los separaba con cada zancada. Estaban ganando terreno, pero no lo suficientemente rápido. La mandíbula de Matthew se tensó mientras observaba a

Clara intentando desviar a Pegasus de los árboles, el castrado resistiéndose a sus esfuerzos con exasperante determinación.

Por un momento, pareció que podría tener éxito. La carrera desenfrenada del bayo se moderó ligeramente, su zancada acortándose mientras Clara aplicaba alguna técnica que parecía estar atravesando su pánico. Matthew sintió una oleada de esperanza, solo para verla destrozada en el siguiente instante cuando Pegasus viró bruscamente hacia la derecha, el movimiento violento pillando a Clara completamente desprevenida.

—¡No! —El grito se desgarró de la garganta de Matthew mientras veía su delgado cuerpo arrojado hacia un lado, luchando por el equilibrio, y luego cayendo en lo que parecía una terrible secuencia a cámara lenta. Golpeó el suelo con una fuerza estremecedora, rodando una vez antes de quedar inmóvil en un montón arrugado sobre la hierba.

Un terror como nunca había experimentado se apoderó de Matthew. Apenas notó cómo Pegasus continuaba su huida presa del pánico, ahora sin jinete, desapareciendo entre los árboles. Todo lo que podía ver era la forma inmóvil de Clara, todo lo que podía pensar era que podría estar gravemente herida, o algo peor. Ajax respondió a su desesperada insistencia, cubriendo la distancia restante en segundos que se sintieron como horas agonizantes.

Matthew se arrojó de la silla antes de que Ajax se hubiera detenido por completo, tropezando en su prisa mientras corría los últimos pasos hasta el lado de Clara. Se dejó caer de rodillas junto a ella, con el corazón en la garganta mientras buscaba frenéticamente señales de vida.

—¡Clara! ¿Puede oírme? ¿Está herida? —Su voz sonaba extraña a sus propios oídos, tensa por un miedo que no podía disimular. Extendió las manos temblorosas, vacilando justo antes de tocarla, repentinamente aterrorizado de causarle más daño.

Para su inmenso alivio, Clara se movió, sus ojos abriéndose para mirar al cielo. Respiró entrecortadamente, una vez, y luego otra, el color volviendo gradualmente a sus pálidas mejillas. Matthew exhaló bruscamente, sin darse cuenta hasta ese momento de que había estado conteniendo su propia respiración.

—No se mueva —instruyó, con voz más suave ahora pero aún urgente—. Podría tener algo roto. Dejaré que alguien busque un médico.

Clara parpadeó, volviendo la conciencia a sus ojos mientras se centraba en su rostro. Un rubor mortificado se extendió por sus facciones, reemplazando la palidez del shock. —No estoy herida —dijo, su voz tensa pero firme—. Solo sin aliento.

Antes de que Matthew pudiera detenerla, se incorporó hasta quedar sentada, haciendo una ligera mueca al moverse. Él extendió instintivamente la mano para apoyarla, pero ella esquivó su contacto, sacudiendo la cabeza.

—Por favor, no lo haga —dijo en voz baja, las palabras educadas pero firmes. Miró alrededor, claramente desorientada por un momento antes de que su mirada se agudizara con preocupación profesional—. ¿Dónde está Pegasus? ¿Está herido?

—Corrió hacia los árboles —respondió Matthew, todavía cerniéndose ansiosamente sobre ella—. Pero olvídese del caballo, Clara. ¿Está segura de que no está herida? Fue una caída terrible.

—He tenido peores en Belle Haven —insistió, aunque la tensión alrededor de sus ojos sugería que sentía más dolor del que admitía. Se sacudió ineficazmente la suciedad y la hierba que manchaban su traje de montar, sus movimientos espasmódicos por la emoción reprimida—. No entiendo qué ha pasado. Nunca he perdido el control de un caballo así antes.

La auto-recriminación en su voz era insoportable. Matthew negó enfáticamente con la cabeza. —No fue culpa suya. Ese caballo se estaba comportando de manera muy extraña incluso antes de que usted lo montara. Algo no estaba bien.

—Una amazona hábil debería poder manejar incluso una montura difícil —respondió Clara—. Estaba demasiado confiada, descuidada. Debería haber sido más meticulosa en mi evaluación antes de intentar montarlo.

—Tonterías —replicó Matthew, frustrado por su negativa a reconocer las circunstancias extraordinarias—. La vi revisarlo a fondo. No había señal de ningún problema hasta que estuvo en la silla. Nadie podría haber anticipado una reacción tan violenta.

Clara no estaba escuchando. Se puso de pie con dificultad, rechazando la mano que Matthew le ofrecía con un movimiento de cabeza. —Necesito encontrar a Pegasus —dijo, volviendo a hacer una mueca de dolor al enderezarse—. Podría estar herido.

—Mi mozo de cuadra lo localizará —insistió Matthew, levantándose para ponerse a su lado, lo suficientemente cerca como para sujetarla si flaqueaba, pero respetando su evidente deseo de no ser tocada—. Necesita descansar un momento, al menos hasta que estemos seguros de que no ha sufrido ninguna lesión.

—Estoy perfectamente bien —dijo Clara, con un tono quebradizo que desmentía sus palabras. Miraba a cualquier parte menos a Matthew, con los hombros ligeramente encogidos como si intentara hacerse más pequeña—. Esto es completamente humillante. Perder el control así, y delante de... en público.

Delante de usted, quería decir. Matthew sintió las palabras no pronunciadas como un golpe físico. Su orgullo estaba tan herido como su cuerpo, quizás más, y su presencia claramente agravaba su angustia. Ese conocimiento le dolía, a pesar de su lógica. Después de cómo la había tratado estas últimas semanas, por supuesto que no querría que él fuera testigo de este momento de vulnerabilidad.

—Clara —dijo con suavidad—, por favor, escúcheme. Lo que ha ocurrido no ha sido culpa suya. Sospecho que había algo mal con el caballo, algo que no podíamos ver. —Dudó un momento y luego añadió con cuidado—: O quizás alguien le hizo algo deliberadamente.

Eso captó su atención. Su cabeza se irguió de golpe, con los ojos verdes entornados mientras encontraba su mirada directamente por primera vez. —¿Qué quiere decir?

Antes de que Matthew pudiera explicarse, el sonido de cascos acercándose los interrumpió. Su mozo de cuadra apareció, conduciendo a Pegasus, que ahora caminaba plácidamente detrás de él como si el terror anterior nunca hubiera ocurrido. El contraste era tan marcado que solo reforzaba las sospechas de Matthew, pero no era el momento de expresarlas.

—Deberíamos regresar con Lady Virginie —dijo Clara—. Estará preocupada por su caballo.

Matthew lo dudaba mucho, dado lo que había observado de la reacción de Virginie ante la crisis, pero asintió en señal de acuerdo. —¿Puede caminar, o preferiría montar a Ajax para volver?

—Puedo caminar perfectamente —respondió Clara, levantando la barbilla en un gesto de orgullo que hizo que el corazón de Matthew se encogiera por ella—. ¿Vamos?

Él no tuvo más remedio que caminar junto a Clara, con el mozo siguiéndolos a unos pasos de distancia con el ahora dócil Pegasus. La transformación del caballo era notable, casi antinatural; el animal de ojos desorbitados y presa del pánico que casi había matado a Clara ahora se dejaba conducir plácidamente, con las orejas hacia delante y los pasos medidos y tranquilos. Matthew lanzó una mirada suspicaz por encima del hombro al castrado; el contraste en su comportamiento solo reforzaba su creciente certeza de que algo o alguien había agitado deliberadamente al caballo antes de que Clara lo montara.

—Parece completamente normal ahora —observó, manteniendo un tono de voz cuidadosamente neutral—. Casi como si nada hubiera ocurrido.

Clara asintió, con expresión pensativa a pesar de la mancha de tierra en su mejilla y el desorden de su cabello dorado. —Es peculiar. Si realmente tuviera miedo de algo, el temor persistiría. Esto es más consistente con un irritante temporal. —Dudó, y luego añadió a regañadientes—: O una provocación deliberada.

Matthew estudió su perfil, observando cómo el análisis profesional se imponía a su humillación personal. Incluso ahora, abordaba el problema como amazona en primer lugar, dejando su ego en

segundo plano para entender qué había salido mal. Era otra de las cualidades que le atraían de ella, esa capacidad de dejar a un lado el orgullo en busca de la verdad.

—Lady Virginie mencionó que Pegasus había estado difícil esta mañana, antes de su llegada —dijo con cautela—. Que su mozo de cuadra tuvo problemas para ensillarlo.

—Sí, me lo comentó. —Clara frunció ligeramente el ceño—. Pero no había signos visibles de lesión o angustia cuando lo examiné. Quizás debería haber sido más minuciosa. Comprobar la cincha, el bocado...

—Clara —dijo Matthew, captando su atención con el uso poco habitual de su nombre de pila—, sospecho firmemente que se hizo algo para agitar a ese caballo deliberadamente, y dudo mucho que fuera obra del mozo de cuadra.

Antes de que Clara pudiera responder, les llegó el sonido de voces. Habían estado caminando por uno de los sinuosos senderos del parque, ocultos de la vía principal por una hilera de setos altos. Al doblar la esquina, la escena ante ellos se hizo visible: Virginie, ahora rodeada por un pequeño grupo de jinetes y peatones madrugadores. Su voz llegaba claramente a través del húmedo aire matutino, modulada para que se escuchara con el máximo efecto dramático.

—...¡absolutamente espantoso, no podéis imaginaros! —estaba diciendo, con una mano enguantada presionada teatralmente contra su corazón—. Después de todas sus grandilocuentes afirmaciones sobre cómo manejar caballos difíciles, perdió el control casi inmediatamente. El pobre Pegasus estaba perfectamente manejable antes de que ella insistiera en montarlo.

Matthew sintió que Clara se tensaba a su lado, sus pasos vacilando momentáneamente antes de obligarse a continuar adelante. Su propia zancada se alargó inconscientemente, la ira creciendo en su pecho mientras el falso relato de Virginie continuaba.

—Intenté advertirle, por supuesto —suspiró Virginie, dirigiéndose a su cautiva audiencia con ojos grandes e inocentes—. Pegasus puede ser brioso, le dije, pero ella insistía tanto. 'He entrenado caballos mucho más difíciles', me dijo. ¡Tanta confianza! Y luego verla caer como un saco de grano tan pronto como montó...

Una risita recorrió la reunión, la mayoría de los cuales Matthew reconoció como miembros de la alta sociedad que cabalgaban regularmente en el parque a esta hora. Lord Debney estaba entre ellos, su rostro habitualmente alegre mostrándose inusualmente serio mientras miraba alternativamente a Virginie y a las figuras que se aproximaban de Matthew y Clara.

—Me temo que ahora puede estar arruinado —continuó Virginie, bajando la voz a un susurro trágico que, sin embargo, llegó perfectamente a los oídos de Matthew—. Los caballos recuerdan estas experiencias, ¿sabéis? Dudo que alguien pueda montarlo después de esto. Padre estará *furioso*.

Las manos de Matthew se cerraron a sus costados, sintiendo cómo la furia crecía en su interior. La deliberada inversión de la verdad, la maliciosa intención detrás de todo ello... resultaba impresionante en su calculada ejecución. Él sabía que Virginie era caprichosa, incluso había reconocido su capacidad para la mezquindad, pero esta crueldad calculada revelaba una oscuridad de carácter que no había apreciado completamente hasta este momento. Y si ella había hecho

algo a Pegasus para provocar que el caballo reaccionara de ese modo, bueno, eso estaba completamente fuera de lugar. Clara había tenido muchísima suerte de escapar sin lesiones graves, incluso podría haber muerto.

Miró a Clara, y su ira se templó instantáneamente por la preocupación ante lo que vio. El color había desaparecido completamente de su rostro, dejando su tez cenicienta bajo las manchas de suciedad de su caída. Sus ojos, normalmente tan vibrantes de inteligencia y espíritu, se habían apagado con un dolor que calaba mucho más profundo que cualquier lesión física. Sin embargo, ella seguía caminando hacia adelante, con la espalda recta y la barbilla erguida en una postura de dignidad que lo conmovió profundamente.

A medida que se acercaban, Virginie finalmente pareció notar su aproximación. Su actuación vaciló momentáneamente, un destello de algo parecido a la cautela cruzó sus facciones antes de que su ensayada sonrisa volviera a imponerse.

—Ah, por fin están aquí —llamó, con una voz cargada de falsa preocupación—. Justo estaba contando a todos lo terriblemente preocupada que he estado por ustedes dos. ¡Y mi pobre Pegasus! ¿Está herido?

Matthew abrió la boca, con una respuesta mordaz formándose en su lengua, pero la ligera presión de los dedos de Clara en su brazo lo detuvo. Bajó la mirada para encontrarla observándolo con un pequeño gesto negativo de cabeza, sus ojos comunicando una súplica silenciosa. *No monte una escena. No atraiga más atención a esta humillación.*

Le costó físicamente tragarse su enfado, pero lo consiguió, forzando sus facciones en una máscara de calma que desmentía la rabia que aún hervía en su interior. Por Clara, no le daría a Virginie la satisfacción de una confrontación pública, no añadiría más al espectáculo que ya tenía a Clara como involuntaria figura central.

—Pegasus parece estar ileso —respondió, con voz fría pero controlada—. Como puede ver, está bastante tranquilo ahora.

—Qué afortunado —replicó Virginie, con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos—. Aunque me pregunto si eso durará una vez que alguien intente montarlo de nuevo. Tales experiencias pueden traumatizar a un caballo, ¿sabe?

—En efecto —convino Matthew, endureciendo el tono a pesar de sus esfuerzos por contenerse—. Aunque en mi experiencia, los caballos generalmente responden a lo que perciben en el momento. Su memoria para incidentes específicos no está tan desarrollada como la de los humanos. —Fijó en Virginie una mirada penetrante—. A diferencia de las personas, que pueden recordar acciones maliciosas con bastante claridad, a menudo durante muchos años.

Un leve rubor subió por el cuello de Virginie ante la apenas velada advertencia, pero mantuvo la compostura, dirigiendo su atención a Clara en su lugar. —Mi querida, tienes un aspecto positivamente lamentable. Esa caída debe haber sido incluso peor de lo que parecía a distancia.

—La señorita Bell tuvo la fortuna de escapar de una lesión grave —intervino Matthew antes de que Clara pudiera responder, no dispuesto a permitir a Virginie ninguna oportunidad más de torcer la narrativa. Hizo un gesto a su mozo de cuadra—. Williams devolverá

a Pegasus a sus establos, Lady Virginie. Le sugiero que haga que su propio mozo lo examine minuciosamente antes de cualquier intento posterior de montarlo.

Sin esperar su respuesta, se volvió hacia Clara, cuya compostura permanecía intacta a pesar de los susurros y miradas que ahora se dirigían hacia ella. —¿Puedo ofrecerle mi escolta a casa, señorita Bell? Imagino que agradecería la oportunidad de descansar después de tal experiencia.

—Qué caballeroso —comentó Virginie, su arrastrar lánguido de palabras fallando en disimular el filo en su voz—. Aunque había esperado que pudiéramos continuar nuestra lección una vez que regresaran, Clara. Seguramente un pequeño contratiempo no justifica abandonar nuestros planes por completo, ¿verdad?

Matthew sintió que su temperamento se desgastaba peligrosamente ante esta nueva muestra de insensibilidad. Abrió la boca para propinarle la reprimenda que Virginie tan ricamente merecía, al diablo con la opinión pública, pero una vez más Clara se le adelantó.

—Creo que es mejor que reprogramemos, Lady Virginie —dijo, con voz notablemente firme a pesar de la tensión evidente en su postura —. Quizás cuando Pegasus haya tenido tiempo de calmarse después de la excitación de esta mañana.

La tranquila dignidad con la que pronunció este eufemismo, esta caritativa caracterización de lo que claramente había sido un desastre deliberadamente orquestado, conmovió profundamente a Matthew. La negativa de Clara a descender al nivel de mezquindad

de Virginie solo resaltaba el contraste entre los caracteres de las dos mujeres.

—Como desee —respondió Virginie con un despreocupado encogimiento de hombros, aunque sus ojos se estrecharon ligeramente ante la compostura de Clara—. Supongo que podemos intentarlo de nuevo la semana que viene, suponiendo que se sienta... a la altura.

—Señorita Bell —dijo Matthew, ofreciendo su brazo con cortesía formal—, ¿nos vamos?

Clara vaciló brevemente antes de colocar su mano enguantada en su manga, un toque tan ligero que apenas podía sentirlo a través de la tela de su abrigo. Ofreció un educado asentimiento a los espectadores reunidos, cuyas expresiones iban desde la simpatía hasta la diversión apenas disimulada, y luego permitió que Matthew la condujera lejos de la escena de su humillación.

Mientras se alejaban, Matthew oyó la voz de Lord Debney detrás de ellos, excepcionalmente afilada mientras se dirigía a Virginie. —Bastante poco deportivo culpar al jinete cuando claramente el caballo tuvo un ataque de locura momentánea, ¿no cree, Lady Virginie?

Matthew se permitió una pequeña y sombría sonrisa de satisfacción. Quizás habría consecuencias para las acciones de Virginie después de todo, incluso si no vendrían directamente de él.

Caminaron en un silencio incómodo a lo largo del sendero que los conduciría fuera de Hyde Park hacia Hanover Square. La niebla de la mañana se había disipado por completo ahora, dejando el cielo otoñal de un azul nítido y claro que parecía burlarse del sombrío ambiente entre ellos. Matthew miró repetidamente a Clara, buscando algo que decir que pudiera traspasar el muro de silenciosa dignidad que ella había erigido a su alrededor. La rigidez en su postura sugería un dolor que ella no quería reconocer, y se encontró moderando su zancada para igualar su ritmo más lento sin llamar la atención sobre esta adaptación.

—Su mozo ha llevado a Guinevere de vuelta a sus establos —dijo finalmente, rompiendo el silencio que se había extendido entre ellos desde que dejaron atrás a Virginie y su público—. Espero que eso cuente con su aprobación. Pensé que sería mejor suponer que no desearía montar de nuevo esta mañana.

Clara asintió, con la mirada fija en el camino que tenía delante. —Gracias. Fue muy considerado.

La formalidad en su voz le hirió más de lo que quisiera admitir. Desaparecida estaba la joven enérgica que le había desafiado en su primer encuentro junto al río, reemplazada por esta extraña distante y educada que parecía decidida a mantenerle a distancia. Apenas podía culparla, dado su propio comportamiento durante estas últimas semanas, pero se encontraba desesperado por recuperar algún vestigio de la conexión que una vez habían compartido.

—Podría llamar a un coche de alquiler, si prefiere no caminar —ofreció, notando de nuevo la manera cuidadosa en que ella se mantenía, como si se protegiera de movimientos bruscos—. O si

prefiere montar, Ajax está completamente a su disposición. Es notablemente dócil a pesar de su tamaño.

—Caminar es bastante satisfactorio —respondió Clara, todavía sin encontrarse con su mirada—. El ejercicio evitará que mis músculos se entumezcan después de la caída.

Matthew asintió, buscando otro enfoque. —Hablaba en serio cuando dije antes que sospechaba que algo le habían hecho a Pegasus deliberadamente. Su comportamiento fue demasiado extremo, demasiado repentino para ser natural. Y la forma en que se calmó tan rápidamente después... —Negó con la cabeza—. Es sospechoso, como mínimo.

Esto al menos captó su atención, el interés profesional momentáneamente superando su angustia personal. —¿Qué podría causar tal reacción, cree usted? He estado pensándolo, pero confieso que estoy algo perdida.

—Hay sustancias que podrían aplicarse sobre la piel y causar una intensa irritación —dijo Matthew, aliviado de haberla involucrado en la conversación por fin—. Ciertos aceites o polvos colocados bajo la silla o la cincha, por ejemplo. Podrían no surtir efecto inmediatamente, lo que explicaría por qué Pegasus parecía relativamente tranquilo hasta que usted montó y la silla presionó el irritante contra su piel.

Clara frunció el ceño, considerando esta información. —Eso sería deliberadamente cruel con el caballo, no solo conmigo.

—Dudo que el bienestar del caballo fuera de particular preocupación para quien lo hizo —respondió Matthew con gravedad.

Sus ojos verdes se encontraron directamente con los suyos por primera vez desde que comenzaron su paseo. —Usted cree que Lady Virginie fue la responsable.

No era una pregunta, pero Matthew asintió de todos modos. —No puedo pensar en nadie más con motivo y oportunidad. Tuvo acceso a Pegasus toda la mañana antes de su llegada, y fue notablemente rápida para comenzar a difundir su versión de los hechos una vez que usted fue derribada.

—¿Pero por qué? —preguntó Clara, con genuina confusión nublando su expresión—. Ella pidió mi ayuda. Ha sido amable, acogedora. ¿Qué razón posible podría tener para querer humillarme?

Matthew dudó, atrapado entre el deseo de ser honesto y el conocimiento de que su respuesta inevitablemente reflejaría mal sobre sí mismo. —Creo que ella la ve como una posible rival —dijo con cuidado.

—¿Una rival? —repitió Clara, incrédula—. ¿Para qué?

La oportunidad de explicarse estaba ante él, pero Matthew se encontró de repente sin palabras. ¿Cómo podría expresar que Virginie percibía a Clara como una competidora por su atención sin sonar insoportablemente arrogante? ¿Cómo podría confesar que había permitido que Virginie creyera que él correspondía a su interés, todo debido a un terrible malentendido sobre los padres de Clara?

—Por el favor de la sociedad —dijo en cambio, eligiendo una explicación más segura que no era del todo falsa—. Usted se ha convertido en toda una sensación desde su debut. El propio Príncipe

Regente le ha mostrado una atención señalada. Virginie ha sido la belleza reinante durante tres temporadas, sin desafíos hasta ahora.

Clara negó con la cabeza, no convencida. —Eso parece una razón trivial para tal malicia calculada.

—La gente ha cometido actos mucho peores por motivos mucho menos significativos —respondió Matthew—. Especialmente aquellos que están acostumbrados a ser el centro de atención.

Habían llegado al borde del parque ahora, las bulliciosas calles de Mayfair extendiéndose ante ellos. La mañana avanzaba, y el Londres elegante comenzaba a agitarse, multiplicándose los carruajes y los peatones mientras se dirigían hacia Hanover Square. Matthew era agudamente consciente de que su situación actual, caminando sin carabina por las calles, ya estaba forzando los límites de la propiedad. Clara parecía darse cuenta de esto también, acelerando su paso a pesar de su evidente incomodidad.

—Debería volver pronto a mi propia casa —dijo Matthew, manteniéndose a su ritmo—. Pero quería hablar con usted sobre otro asunto primero, si me lo permite.

Clara le miró con cautela. —Le escucho.

Esta era su oportunidad, el momento de comenzar a explicar el malentendido que había llevado a su retraimiento, de disculparse por su inexcusable comportamiento estas últimas semanas. Respiró hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Le debo una explicación —comenzó, eligiendo sus palabras con cuidado—. Mi conducta reciente hacia usted ha sido reprochable, y deseo disculparme sinceramente por cualquier daño que pueda haber causado.

El paso de Clara vaciló ligeramente, la sorpresa parpadeando en su rostro antes de que su expresión volviera a suavizarse en una cuidadosa neutralidad. —No hay necesidad de disculpas, Lord Whitmore. No me debe nada.

—No estoy de acuerdo —dijo Matthew con firmeza—. Me comporté de manera abominable, retirando mi amistad sin explicación después de...

—¿Después de qué? —interrumpió Clara, un destello del espíritu que él tanto había admirado animando brevemente sus rasgos—. ¿Después de unos cuantos encuentros fortuitos? ¿Después de ayudarme en un río y asistir a las mismas reuniones sociales? Usted asigna demasiada importancia a nuestro conocimiento, mi señor. Apenas éramos amigos íntimos cuya separación justificaría una explicación.

La deliberada disminución de sus interacciones le dolía, aún más porque Matthew sabía que no era verdad. Había existido una conexión entre ellos, una chispa de interés y entendimiento que iba más allá de las meras cortesías sociales. Clara se estaba protegiendo ahora, fingiendo indiferencia para resguardar su orgullo, y de nuevo, difícilmente podía culparla.

—No obstante —persistió él—, me gustaría explicarme, si me concediera usted la oportunidad. ¿Quizás podríamos hablar en privado cuando le resulte conveniente? ¿Mañana, tal vez?

Habían llegado a la casa alquilada por la familia Bell en Hanover Square, con su elegante fachada alzándose ante ellos. Clara se detuvo al pie de los escalones que conducían a la puerta principal, finalmente girándose para mirar a Matthew directamente.

—Agradezco su escolta, Lord Whitmore, pero soy perfectamente capaz de arreglármelas desde aquí —dijo ella, con voz formal y distante. La luz matinal resaltaba el oro de su cabello, iluminando la orgullosa posición de su barbilla a pesar de la suciedad que aún manchaba su mejilla y el desaliño de su apariencia. Incluso desgreñada y magullada, poseía una dignidad que lo conmovía profundamente.

—Clara —dijo él suavemente, abandonando la formalidad en su urgencia por llegar a ella—. Por favor, permítame visitarla mañana. Hay mucho que deseo decirle.

Algo titiló en sus ojos, una breve vulnerabilidad rápidamente enmascarada. —Creo que es mejor que mantengamos una distancia educada, mi señor. Los acontecimientos recientes han dejado claro que nuestros círculos sociales, aunque ocasionalmente se superpongan, son fundamentalmente distintos. Usted tiene su mundo, yo tengo el mío.

—Eso no es cierto —objetó Matthew, sintiendo crecer la frustración en su interior—. Las distinciones sociales no son tan insuperables como sugiere.

—¿No lo son? —replicó Clara, con un toque de amargura en su voz —. Un futuro duque debe considerar su posición, ¿no es así? ¿Su deber hacia su título y linaje familiar?

Matthew retrocedió ligeramente, reconociendo las palabras que había usado con su padre. Las palabras que su tía había puesto en su cabeza, y que obviamente había dicho en voz alta, en presencia de Clara.

—No quería decir... —comenzó, solo para ser interrumpido por la apertura de la puerta principal.

—¡Señorita Bell! —exclamó el mayordomo, su rostro normalmente impasible mostrando clara alarma ante su estado desaliñado—. ¿Está usted herida? ¿Debo enviar a buscar al médico?

—No es necesario, Phillips —respondió Clara, apartándose de Matthew hacia el criado—. Simplemente me caí de un caballo. Nada grave. —Miró de nuevo a Matthew, su expresión una vez más compuesta en perfecta cortesía—. Gracias por su ayuda hoy, Lord Whitmore. Que tenga un buen día.

Con eso, entró apresuradamente, con la espalda erguida a pesar de su evidente incomodidad, dejando a Matthew solo en la acera. La puerta se cerró firmemente tras ella, el suave chasquido parecía enfatizar la rotundidad de su despedida.

Permaneció allí durante varios momentos, con emociones conflictivas batallando en su interior. La preocupación por el bienestar físico de Clara se mezclaba con la frustración ante su negativa a escucharlo. La ira por la deliberada crueldad de Virginie competía con la auto-recriminación por su propio papel en la creación de esta situación. Y debajo de todo, la creciente certeza de sus sentimientos por Clara Bell, sentimientos que ahora parecían cada vez menos probables de ser correspondidos.

Un carruaje que pasaba salpicó a través de un charco cerca del bordillo, casi alcanzando las botas de Matthew y sacándolo de sus pensamientos. El día avanzaba, y quedarse melancólicamente frente a la residencia de los Bell no lograría nada más que potencialmente

crear cotilleos. Con un suspiro, se dirigió hacia su casa, su mente ya anticipando cuál debería ser su próximo movimiento.

Clara claramente quería distancia, y la corrección exigía que respetara sus deseos. Sin embargo, no podía dejar las cosas como estaban, no podía permitir que las maquinaciones de Virginie quedaran sin respuesta, no podía renunciar a sus crecientes sentimientos por Clara sin al menos intentar explicarse adecuadamente.

—¿Qué obstáculo se presentará a continuación? —murmuró mientras caminaba hacia Allanworth House, su estado de ánimo oscureciéndose con cada paso. Entre sus propios errores, la malicia de Virginie y el orgullo herido de Clara, el camino para ganarse su confianza parecía cada vez más espinoso. Sin embargo, los acontecimientos de la mañana solo habían fortalecido su determinación. Clara Bell merecía la pena luchar por ella, incluso si la batalla ahora parecía más desalentadora que nunca.



Capítulo Diez

CLARA ESTABA SENTADA SOLA en su alcoba, mirando fijamente su reflejo en el espejo del tocador. La joven que le devolvía la mirada parecía una desconocida: el cabello cayendo desordenadamente de su pulcro peinado, una mejilla manchada de tierra y los ojos enrojecidos por las lágrimas que finalmente se había permitido derramar una vez a salvo tras las puertas cerradas. Incluso su postura, normalmente tan recta y orgullosa, se había derrumbado hacia dentro como una flor marchitándose ante una helada inesperada. La caída en Hyde Park había dejado su cuerpo dolorido, pero era su orgullo el que palpitaba con un dolor más agudo.

Presionó con dedos titubeantes su cadera derecha, haciendo una mueca ante la zona sensible donde había golpeado el suelo. Se estaba formando un moratón allí, uno espectacular a juzgar por el dolor. Su hombro igualmente protestaba ante cualquier movimiento brusco, y una docena de dolores menores se hacían notar cada vez que cambiaba de posición. El daño físico sanaría con bastante

rapidez, según juzgaba por experiencias previas con tales caídas; una semana o dos como máximo. Las otras heridas, aquellas en su reputación y su confianza en sí misma, tardarían mucho más en sanar, si es que alguna vez lo hacían.

—Arrojada como un saco de grano —susurró, haciendo eco a la cruel descripción de Lady Virginie que había resonado con tanta claridad por todo el parque. Las palabras ardían en su mente, grabándose en su memoria junto a los rostros horrorizados de los espectadores que habían presenciado su humillación. Qué rápidamente la nueva sensación de la alta sociedad se había convertido en su último hazmerreír.

Clara cerró los ojos, pero eso solo lo empeoró. Sin la distracción de su desaliñado reflejo, su mente reproducía la desastrosa escena con detalle perfecto e implacable. Pegasus, un caballo que había montado en múltiples ocasiones sin problema alguno, transformándose repentinamente en una criatura salvaje decidida a desmontarla. Las violentas coces y corvetas que habían puesto a prueba cada onza de su considerable habilidad. El momento en que el caballo viró bruscamente a pleno galope, pillándola desprevenida a pesar de sus años de entrenamiento. La nauseabunda sensación de caer, de saber que no podía recuperar su asiento. El impacto contra el suelo que le sacó el aire de los pulmones.

Y lo peor de todo, los rostros. Lord Whitmore, con una expresión mezcla de preocupación y algo más que no podía definir con exactitud. Lady Virginie, sus hermosas facciones compuestas en una máscara de falsa simpatía que no podía ocultar el triunfo en sus ojos de zafiro. Los espectadores reunidos, algunos horrorizados, otros

apenas ocultando su diversión al ver a la presuntuosa señorita campesina caer en desgracia. El recuerdo le revolvía el estómago con renovada humillación.

—Nunca pierdo el control —murmuró a su reflejo, con las palabras atascándose dolorosamente en su garganta—. Nunca.

Se había caído antes, por supuesto que sí; pero raramente. Siempre cuando había sobrestimado sus propias habilidades, o había apresurado a un caballo joven a hacer algo para lo que no estaba preparado, y no en varios años a medida que se volvía más hábil y conocedora. Su capacidad para evaluar correctamente y manejar cualquier caballo que montaba había sido su orgullo, su identidad, lo único que la distinguía y le daba valor a pesar de las circunstancias de su nacimiento. Y ahora, de la manera más pública posible, esa habilidad le había fallado.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos en espiral. Clara se apresuró a secarse los ojos con el dorso de la mano, aunque sabía que las evidencias de las lágrimas permanecían visibles en su rostro.

—Adelante —llamó, con voz más firme de lo que se sentía.

La puerta se abrió para revelar a sus padres, sus rostros marcados por la preocupación. El habitual porte confiado de Sir Richard parecía de algún modo disminuido, como si el dolor de su hija se hubiera convertido en el suyo propio. A su lado, los amables ojos de Theresa brillaban con preocupación maternal.

—Mi querida niña —dijo su padre suavemente, cruzando la habitación para colocarse detrás de su silla. Puso sus manos gentilmente sobre sus hombros, cuidando de evitar el magullado que

ella claramente estaba favoreciendo—. Phillips nos contó lo que pasó. ¿Estás gravemente herida? Ha pasado mucho tiempo desde tu última caída. Podríamos llamar a un médico...

—Solo son moratones —respondió Clara, intentando esbozar una sonrisa que no llegó a sus ojos y negando con la cabeza ante su sugerencia—. Nada grave.

Theresa se sentó en el borde de la cama, su dulce mirada sin apartarse del rostro de Clara. —Las lesiones físicas pueden ser menores, pero sospecho que la herida en tu espíritu es más profunda.

La compostura cuidadosamente construida de Clara se quebró ante la simple comprensión en la voz de su madre adoptiva. Su labio inferior tembló a pesar de sus mejores esfuerzos por controlarlo.

—No entiendo qué ocurrió —admitió, las palabras saliendo precipitadamente como si una presa se hubiera roto—. Pegasus estaba bien cuando lo revisé. Luego de repente, tan pronto como monté... fue como si se hubiera vuelto loco. Nada de lo que hice marcó diferencia alguna. Y todos estaban mirando, Lady Virginie se aseguró de ello. Reunió una audiencia incluso antes de que yo tocara el suelo.

Los dedos de Sir Richard se tensaron ligeramente sobre sus hombros, su expresión oscureciéndose. —Lady Virginie de Mortimer siempre me ha parecido una joven más preocupada por las apariencias que por la sustancia.

—Lo hizo sonar como si yo me hubiera jactado de mis habilidades, como si hubiera insistido en montar a Pegasus contra su consejo —la

voz de Clara se quebró con el esfuerzo de contener nuevas lágrimas —. Pero fue idea suya, todo. Ella me pidió ayuda con su equitación.

—Por supuesto que lo hizo —dijo Theresa, su voz normalmente suave portando un inusual filo—. Tu habilidad con los caballos es excepcional, Clara. Un incidente desafortunado no cambia eso.

Clara negó con la cabeza, incapaz de aceptar el consuelo. —¿Con la mitad de la sociedad londinense como testigos? Lo cambia todo.

Las lágrimas contra las que había estado luchando se desbordaron entonces, corriendo sin control por sus mejillas. —Por favor, ¿podemos volver a casa? ¿A Belle Haven? No puedo soportar enfrentarme a todos ellos de nuevo, ver la lástima y la burla en sus ojos.

Sir Richard se movió alrededor de la silla para arrodillarse ante ella, tomando sus manos temblorosas entre las suyas. Sus claros ojos azules no contenían más que compasión.

—Mi niña querida —dijo suavemente—, te llevaría a casa en este mismo momento si pudiera. Pero nos hemos comprometido a asistir a la gala del Príncipe Regente dentro de dos días. No es una invitación que podamos declinar sin causar una grave ofensa, no después de su particular amabilidad hacia nuestra familia.

El corazón de Clara se hundió. La gala del Príncipe Regente iba a ser el evento culminante de la Pequeña Temporada, un acontecimiento deslumbrante que atraería a todos los miembros notables de la sociedad. La idea de entrar en aquel salón de baile, de sentir el peso de cientos de ojos curiosos, de escuchar los susurros que seguramente la seguirían a su paso, era casi insoportable.

—Comprendo —dijo con voz apagada, aunque en realidad no deseaba nada más que huir, regresar a la comodidad y seguridad de Belle Haven, donde los caballos se comportaban de manera predecible y las opiniones de la sociedad no importaban en absoluto.

Theresa se levantó de la cama y se acercó para colocarse junto a su marido, posando su mano en la mejilla de Clara con ternura maternal.

—No tienes que asistir, querida —dijo con firmeza—. Presentaremos tus excusas, alegaremos una leve indisposición. Nadie lo cuestionaría después de semejante caída.

El alivio invadió a Clara ante este inesperado respiro.

—¿Estáis seguros? —preguntó, mirando a ambos alternativamente —. No quisiera decepcionaros.

—Lo único que nos decepcionaría —respondió Sir Richard— sería verte infeliz. Descansa, recobra el ánimo. Cuando estés lista para enfrentarte nuevamente a la sociedad, estaremos a tu lado, y también lo estarán quienes son tus verdaderos amigos, tenlo por seguro.

—Gracias —susurró Clara, sintiendo la primera pequeña medida de paz desde su desastrosa caída.

Theresa le tomó la mano y se la apretó con gesto alentador.

—¿Te apetece un té? ¿Quizás algo de comer? Debes estar hambrienta después de semejante experiencia.

Clara negó con la cabeza. La idea de la comida le revolvía el estómago, que seguía anudado por la ansiedad residual y la humillación.

—Quizás más tarde. Creo que me gustaría descansar un rato, si no os importa.

—Por supuesto —asintió Sir Richard, depositando un beso paternal en lo alto de su cabeza—. Estaremos abajo por si necesitas cualquier cosa.

—Y haré que las doncellas suban agua caliente para que puedas asearte —añadió Theresa con sentido práctico—. Te sentirás mejor después de lavarte y cambiarte.

Se marcharon con una última mirada de preocupación, cerrando la puerta suavemente tras ellos. Nuevamente sola, Clara volvió a mirarse en el espejo, viendo otra vez a la extraña con ojos atormentados y apariencia desaliñada. De alguna manera, debía encontrar la forma de reconciliar a esta muchacha temblorosa y humillada con la amazona segura de sí misma que siempre había creído ser.

Pero no hoy. Hoy se permitiría el lujo del duelo por algo precioso que sentía irremediablemente perdido: la certeza en sus propias habilidades, el único don que siempre la había distinguido y le había dado valor en un mundo que de otro modo podría haberla desdeñado.



Más tarde aquella tarde, Clara se sentó junto a la ventana de su dormitorio, con un libro abierto pero sin leer en su regazo. Las palabras no habían logrado captar su atención, su mente aún

reproducía la humillación de la mañana en un bucle interminable y tortuoso. Fuera, los carruajes pasaban rodando por Hanover Square, llevando a sus ocupantes a visitas vespertinas y compromisos sociales. Clara nunca se había sentido más alejada de ese mundo, como si un muro de cristal la separara ahora de la sociedad que brevemente la había acogido.

Un ligero golpe en su puerta la sacó de su melancólica contemplación.

—Señorita Bell —dijo suavemente una doncella—, el mayordomo dice que Lady Persephone Pemberton está abajo preguntando por usted. ¿Debo pedirle que le diga que está indispuesta?

¿Lady Persephone? ¿Qué podría traer a la prima de Matthew a visitarla, precisamente hoy? Pero de repente deseaba ver a Persephone; la sinceridad y amabilidad genuina de la otra joven podrían ser el consuelo que necesitaba en este momento. Persephone no se reiría de ella, de eso estaba segura.

—No —respondió, levantándose rápidamente y haciendo una mueca ante la protesta de su cadera magullada—. Bajaré enseguida.

Después de que la doncella se marchara, Clara se apresuró hacia su tocador con toda la rapidez que su dolorido cuerpo le permitía. Su reflejo confirmó sus temores: mejillas pálidas, ojos aún enrojecidos por el llanto y rizos escapando de sus horquillas. Arregló su aspecto lo mejor que pudo, pellizcándose las mejillas para darles algo de color y alisando su cabello para dejarlo más presentable. Al menos había permitido que Benson la vistiera de nuevo después de lavarse la suciedad; quedarse en bata le había parecido ridículo en pleno

día. Su vestido verde de mañana era lo suficientemente adecuado para recibir a una amiga en una visita privada.

Para cuando descendió las escaleras hacia el salón, Clara había compuesto sus facciones en una máscara de educada calma que desmentía la ansiedad que se agitaba en su interior. Se detuvo en la entrada, tomando un respiro para calmarse antes de entrar.

Lady Persephone estaba de pie junto a la chimenea, hermosa con un favorecedor vestido de suave color azul. Sus brillantes rizos castaños estaban arreglados a la moda bajo un modesto sombrero adornado con una cinta que hacía juego con su vestido. Al entrar Clara, se volvió rápidamente, sus vivos ojos azules iluminándose con evidente alivio.

—Señorita Bell —dijo, avanzando con una sinceridad que parecía desentonar con su habitual comportamiento tímido—. Espero que perdone la intrusión. Yo... es decir, estaba preocupada después de los acontecimientos de esta mañana.

Clara esbozó una sonrisa que esperaba pareciera más genuina de lo que sentía.

—Lady Persephone, qué amable por su parte venir a verme. Por favor, ¿no quiere sentarse? ¿Debo tocar para pedir té?

—Oh, no es necesario el té, gracias —respondió Persephone, acomodándose en el sofá pero sentándose en el borde como si estuviera preparada para una rápida partida—. Y por favor, ya le he pedido antes que me llame Persephone, o incluso Seph.

Clara ocupó la silla de enfrente, manteniendo su expresión educada a pesar de lo incómodo de la situación. ¿Qué se le dice a la prima del hombre que había presenciado el fracaso más humillante

de una? Un hombre cuyo interés había parecido tan prometedor antes de enfriarse repentinamente por razones que Clara aún no podía comprender, solo para que volviera a prestarle atención esta mañana. Clara no entendía a Matthew Whitmore en absoluto, pero él no era quien estaba sentado frente a ella, así que apartó firmemente los pensamientos sobre el marqués irritantemente inconsistente de su mente y se centró en su prima.

—Espero que estés bien, Persephone —dijo, recurriendo a las convenciones sociales—. ¿Tu madre goza de buena salud, supongo?

Persephone desechó las cortesías con una firmeza inesperada.

—Clara, por favor. No he venido a intercambiar cumplidos vacíos —se inclinó hacia delante, su voz habitualmente suave transmitiendo una intensidad inusual—. Vi lo que pasó en el parque esta mañana.

Clara sintió que el calor le subía a las mejillas. —¿Estabas allí? No te vi entre los... —se interrumpió, incapaz de decir «espectadores» sin que la palabra le resultara amarga en la lengua.

—Estaba cabalgando con mi mozo de cuadra por el lado más alejado del camino —explicó Persephone—. No lo suficientemente cerca como para formar parte del público de Lady Virginie, pero lo bastante cerca para verlo todo. —Su rostro redondo se suavizó con genuina simpatía—. No fue culpa tuya.

—Eres muy amable —respondió Clara automáticamente, la respuesta que había preparado para cualquiera que pudiera ofrecerle condolencias por su humillación—. Pero te aseguro que ya estoy completamente recuperada del incidente.

—No, no lo entiendes —insistió Persephone, con una inusual urgencia en su tono—. No me refiero a que no fuera culpa tuya en el

sentido de que los accidentes le ocurren hasta a los mejores jinetes. Quiero decir que literalmente no fue culpa tuya porque no fue un accidente en absoluto.

La compostura cuidadosamente mantenida de Clara se quebró, y sus ojos se abrieron mientras estudiaba el rostro sincero de Persephone. —¿Qué quieres decir?

Persephone miró hacia la puerta como para asegurarse de que estaban realmente solas, y luego bajó la voz. —Deberías mirar en los establos de Lord Westbourne.

—¿Los establos de Lord Westbourne? —repitió Clara, desconcertada—. ¿Los establos del padre de Lady Virginie? ¿Para qué?

Los regordetes dedos de Persephone se retorcían nerviosamente en su regazo, pero su mirada se mantuvo firme. —Solo mira. Es todo lo que puedo decir.

Clara se inclinó hacia delante, escudriñando el rostro de la joven. —Persephone, si sabes algo sobre lo que ocurrió esta mañana, por favor, dímelo. Ese caballo casi me mata.

—Lo sé —respondió Persephone, con evidente angustia en su expresión—. Y desearía poder decir más, de verdad. Pero ya he arriesgado demasiado viniendo aquí; mi madre estaría furiosa si piensa que he hecho algo para perjudicar las perspectivas de Lady Virginie con mi primo. —Se levantó abruptamente, alisándose la falda con manos temblorosas—. Los establos de Lord Westbourne. Es todo lo que puedo decirte.

Clara también se puso de pie, ignorando el dolor de su cadera magullada. —¿Pero por qué? ¿Qué debo buscar? ¿Cómo podría

siquiera entrar en los establos de otra casa?

—Eres inteligente —dijo Persephone, con un atisbo de sonrisa suavizando su expresión preocupada—. Y decidida. Si alguien puede encontrar la manera, eres tú. —Se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo, volviéndose con una resolución inesperada—. Mi primo te admira mucho, ¿sabes? Más de lo que se ha permitido admitir.

El repentino cambio de tema pilló a Clara desprevenida. —Lord Whitmore ha dejado muy claras sus preferencias en las últimas semanas —respondió, incapaz de evitar un dejo de amargura en su voz—. Su atención hacia Lady Virginie ha sido muy notable.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —dijo Persephone de manera enigmática—. A veces la explicación más obvia es completamente errónea.

Antes de que Clara pudiera responder a esta desconcertante afirmación, Persephone hizo una apresurada reverencia y salió rápidamente de la habitación, dejando a Clara mirándola con perplejidad.

El mayordomo apareció momentos después. —¿Debo acompañar a Lady Persephone a la salida, señorita Bell?

—Sí, gracias, Phillips —respondió Clara distraídamente, su mente dando vueltas con las implicaciones del misterioso consejo de Persephone.

Una vez sola, Clara comenzó a pasear por el salón, olvidando el dolor de su cadera mientras la excitación se encendía en su interior. ¿Algo en los establos de Lord Westbourne explicaría lo que había sucedido con Pegaso? ¿Qué podría ser? ¿Y cómo iba a investigar sin ser descubierta?

Se acercó a la ventana, observando cómo el carruaje de Persephone se alejaba de la casa. Afuera, la luz se desvanecía a medida que el corto día de invierno llegaba a su fin, y el cielo gris amenazaba lluvia sobre Hanover Square. Los carruajes seguían pasando, llevando a sus ocupantes a compromisos para cenar y entretenimientos nocturnos. Los ritmos de la sociedad continuaban sin cesar, indiferentes a la retirada temporal de Clara de sus círculos.

La gala del Príncipe Regente. El pensamiento la golpeó con repentina claridad. En dos días, todos los miembros de la alta sociedad estarían reunidos en Carlton House, incluidos el Conde de Westbourne y su familia. Los establos estarían mínimamente atendidos, la atención de la casa centrada en otro lugar. Era la oportunidad perfecta.

Clara sintió que su ánimo se elevaba por primera vez desde el desastre de la mañana. Aquí había algo tangible, un curso de acción en lugar de sufrimiento pasivo. Si Lady Virginie había orquestado su humillación, si había evidencia que encontrar en los establos de Lord Westbourne, Clara la encontraría.

Una pequeña y decidida sonrisa curvó sus labios. Puede que la hubieran derribado de su caballo, pero Clara Bell estaba lejos de ser derrotada. Y si Lady Virginie de Mortimer realmente había desempeñado un papel en su desgracia, pronto descubriría que Clara no era una enemiga a la que se pudiera tomar a la ligera.

La noche de la gala del Príncipe Regente llegó con un frenesí de actividad en toda la casa de los Bell. Los sirvientes se apresuraban por los pasillos, entregando prendas recién planchadas y zapatos pulidos a las habitaciones de Sir Richard y Lady Bell. Sola en su alcoba, Clara estaba ocupada en preparativos de una naturaleza completamente diferente. En lugar de seleccionar joyas o arreglarse el cabello, dispuso los objetos más prácticos que poseía: una capa oscura con una capucha profunda, botines resistentes que no harían ruido sobre los adoquines, y un pequeño farol que había sustraído de las cocinas, junto con una cajita de yesca de bolsillo.

—Perfecto —murmuró, examinando la colección con mirada crítica. Su atuendo habitual en Londres consistía en muselinas de moda y delicadas zapatillas, prendas diseñadas para impresionar en salones y bailes, no para escabullirse por callejones oscuros en busca de evidencias. Afortunadamente, había empacado varios artículos prácticos de Belle Haven, nunca del todo capaz de abandonar la ropa más sencilla que prefería para los paseos matutinos y el trabajo en los establos. Su traje de montar era azul oscuro y sería suficiente para un atuendo discreto.

Clara desplegó un pequeño mapa de Mayfair que había cogido del estudio de su padre, extendiéndolo sobre su cama. Su dedo trazó la ruta desde Hanover Square hasta Berkeley Square, donde se alzaba la elegante residencia del Conde de Westbourne con sus establos accesibles desde el callejón trasero. La distancia no era grande, quizás quince minutos a pie, aunque se mordía el labio nerviosamente ante la idea de recorrer las calles sola en la oscuridad. Incluso a plena luz del día, no se le permitía salir a

caminar sola; no era seguro. Su padre nunca le perdonaría correr tales riesgos.

Cogiendo su monedero del escritorio, contó sus monedas. No tenía mucho; su padre siempre le decía simplemente que podía comprar lo que quisiera y enviarle las cuentas, así que Clara nunca había necesitado dinero en el bolsillo. Sin embargo, creía tener suficiente para un coche de alquiler hasta Berkeley Square y otro de vuelta, y guardó el monedero en el bolsillo de su vestido oscuro, una prenda práctica de lana azul marino que no reflejaría la luz ni haría ruido al moverse.

Clara miró el pequeño reloj de su repisa. Sir Richard y Theresa partirían en menos de una hora, dejándola supuestamente descansando en su habitación durante la velada, ya que había cenado temprano. El tiempo entre la partida de ellos y la suya propia sería mejor empleado ensayando lo que podría decir si la descubrieran.

—Oh, simplemente estaba tomando un poco de aire —practicó, adoptando una expresión de inocente sorpresa. No, eso no explicaría su presencia cerca de los establos de Lord Westbourne—. Creo que el caballo pudo haber sido asustado deliberadamente —intentó en su lugar, con voz firme de indignación justificada. Pero eso revelaría sus sospechas con demasiada claridad.

—Estaba preocupada por Pegasus después de su extraño comportamiento —murmuró, encontrando esta explicación más plausible. Preocupación por el caballo en lugar de acusación. Eso podría servir si la interrogaban.

Clara se sentó junto a su ventana, observando cómo los carruajes pasaban con frecuencia creciente, llevando a sus elegantemente vestidos ocupantes hacia Carlton House, donde pronto comenzaría la gala del Príncipe Regente. Reconoció varios escudos familiares, incluido el distintivo blasón de Lady Pemberton en un carruaje que pasaba. ¿Habría estado Persephone en ese carruaje? ¿Estaría ahora mismo preguntándose si Clara actuaría según su misterioso consejo?

Finalmente, Clara escuchó los inconfundibles sonidos de la partida de sus padres: la voz profunda de su padre dando instrucciones finales al mayordomo, los tonos más ligeros de Theresa despidiéndose de la ama de llaves, la puerta principal abriéndose y cerrándose con un pesado golpe. Se acercó a su ventana a tiempo para verlos subir al carruaje, Sir Richard magnífico en su atuendo formal ayudando a Theresa, resplandeciente en un vestido de seda lavanda decorado con cintas plateadas.

Clara esperó otra media hora. Los sonidos de la casa disminuyeron gradualmente a medida que los sirvientes, con más tareas por completar en ausencia de la familia, se retiraban a sus propios aposentos para una noche temprana.

Finalmente, había llegado el momento. Clara se puso su capa, abrochándola firmemente en la garganta antes de subirse la capucha sobre el cabello. Deslizó sus pies en las botines, agradecida por sus suelas resistentes y su ajuste ceñido. Los guantes fueron lo último, de suave cuero que no obstaculizaría sus movimientos pero mantendría sus manos calientes en el frío aire nocturno.

Abriendo su puerta con exquisito cuidado, Clara se detuvo en el umbral, escuchando cualquier movimiento en el pasillo. Al no oír

nada, salió, cerrando la puerta silenciosamente tras ella. El pasillo se extendía ante ella, alfombrado en su centro con tablas de madera desnudas en los bordes. Se mantuvo en la alfombra, moviéndose rápida pero silenciosamente hacia las escaleras.

Al llegar abajo, se detuvo nuevamente, su corazón latiendo más rápido ahora mientras la realidad de su misión la apremiaba. La casa estaba tranquila pero no silenciosa, pequeños sonidos de vida aún audibles: el distante tintineo de platos desde la cocina, el crujido de una silla desde la despensa del mayordomo donde Phillips probablemente estaba sentado con su jarra de cerveza vespertina. Clara contuvo la respiración, contando los segundos hasta que estuvo segura de que nadie estaba a punto de aparecer en el pasillo.

Se deslizó por el corredor hacia el estudio de Sir Richard, la habitación elegida por su conveniente acceso al jardín a través de un par de puertas francesas. Las bisagras estaban misericordiosamente silenciosas mientras abría la puerta lo justo para deslizarse dentro.

El aire nocturno estaba fresco contra su rostro cuando salió, tirando de su capucha hacia adelante para asegurarse de que sus rasgos permanecieran en sombras. El jardín era pequeño pero bien mantenido, una típica propiedad urbana con senderos ordenados que conducían a una puerta trasera que se abría a un estrecho callejón utilizado principalmente por comerciantes que hacían entregas.

Clara se movía rápidamente ahora, ya no preocupada por ser escuchada pero aún cautelosa de ser vista por vecinos o sirvientes que pasaran. El pestillo de la puerta se levantó sin protestar,

permitiéndole deslizarse hacia el callejón que yacía desierto en la oscuridad.

Londres de noche era un mundo diferente al que Clara había conocido durante su temporada. Las elegantes calles de Mayfair, normalmente llenas de carruajes y peatones, ahora estaban tranquilas y en gran parte vacías, la mayoría de la sociedad reunida en Carlton House para la gala del Príncipe Regente. Sin embargo, había algunos coches de alquiler, y Clara reunió su valor y llamó a uno.

—Berkeley Square —dijo, tratando de sonar confiada mientras mantenía la capucha baja para ocultar su rostro. Aunque el cochero apenas la miró, gruñendo en señal de reconocimiento. Clara trepó a la parte trasera del coche y sonrió, un pequeño triunfo desplegándose en su interior ante lo fácil que había sido esta primera parte de su misión.

La parte difícil está por venir, se reprendió. *¡No te confíes demasiado ahora!*

Berkeley Square apareció ante ella antes de lo esperado, su jardín central una masa de formas negras contra el cielo nocturno. La residencia del Conde de Westbourne se alzaba en el lado este, una imponente estructura cuyas ventanas brillaban solo con la iluminación mínima dejada para los sirvientes en ausencia de la familia. Detrás, accesible a través de un estrecho pasaje entre edificios, se encontraba el callejón donde se guardaban carruajes y caballos.

—Aquí está bien —le dijo al cochero, que gruñó de nuevo y refrenó a su caballo.

—Dos chelines —murmuró, y Clara asintió, un poco aliviada de que no fuera más caro. Contó las monedas y le pagó, esperando hasta que se alejó antes de volverse para estudiar su objetivo. Una sola linterna ardía en la entrada del callejón, proyectando justo la luz suficiente para guiar a un cochero que regresaba, pero no lo bastante para iluminar completamente el área circundante. Perfecto para sus propósitos, permitiéndole ver sin ser fácilmente vista.

Respiró hondo, preparándose para cualquier cosa que pudiera descubrir. Sus moratones dolían, sus nervios vibraban de ansiedad, pero su determinación permanecía inquebrantable. Si había pruebas que encontrar, las encontraría. Si Lady Virginie había orquestado realmente su humillación, Clara descubriría la verdad, aunque lo que haría con ese conocimiento, aún no lo tenía claro.

Con una última mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, Clara avanzó hacia las sombras, aproximándose a los establos de Westbourne con la silenciosa e intensa concentración de un cazador acechando a su presa.



Capítulo Once

MATTHEW SE ENCONTRABA FRENTE al espejo en su vestidor, frunciendo ligeramente el ceño mientras ajustaba los pliegues de su corbatín por tercera vez. El almidonado lino blanco se negaba a cooperar, al igual que sus pensamientos, que seguían girando en torno a Clara Bell a pesar de sus mejores esfuerzos por centrarse en la velada que le esperaba. La gala del Príncipe Regente exigía su asistencia, requería su atuendo más formal y sus modales más refinados, pero todo en lo que podía pensar era en la dignidad herida en los ojos de Clara cuando la vio por última vez, y en las palabras que ella no le había permitido pronunciar.

—Maldita sea —murmuró, aflojando el corbatín una vez más. Su ayuda de cámara, que había estado revoloteando cerca con silenciosa desaprobación, dio un paso adelante con un suspiro que logró transmitir tanto simpatía como exasperación.

—¿Me permite, señor? —preguntó, ya alargando la mano hacia la rebelde prenda.

Matthew asintió, dejando caer las manos a los costados y mirando fijamente su reflejo mientras los ágiles dedos del ayuda de cámara transformaban el lino en una impecable cascada de pliegues crujientes. El rostro que le devolvía la mirada parecía el de siempre: la fuerte mandíbula que había heredado de su padre, los ojos oscuros que eran un rasgo familiar de los Whitmore, pero algo en su expresión había cambiado en las últimas semanas. Cierta ligereza había desaparecido, reemplazada por una gravedad que le hacía parecer mayor de los veinticinco años que tenía.

—Listo, señor —dijo el ayuda de cámara, retrocediendo para examinar su obra—. Muy satisfactorio, si me permite decirlo.

—Gracias, Simmons —respondió Matthew, alcanzando la chaqueta azul oscuro que estaba dispuesta sobre la cama. Se la abotonó, enderezó los hombros y asintió para sí mismo, aprobando el excelente corte y ajuste. Cualquiera que fuese su tormento interior, al menos su apariencia externa cumpliría con los exigentes estándares de la sociedad londinense.

Sus pensamientos volvieron a derivar hacia Clara mientras seleccionaba un par de impolutos guantes blancos del cajón. ¿Se habría recuperado de su caída? Los moretones aún serían visibles, estaba seguro, aunque quizás ya habrían perdido aquel inicial tono púrpura furioso. Más preocupante era la herida en su espíritu, la humillación que había sufrido a manos de Virginie. Él había enviado flores y una nota al día siguiente del incidente, pero su mensajero había regresado con ambas cosas, el sello de la nota intacto. Clara aún no estaba lista para escuchar sus explicaciones, y difícilmente podía culparla.

Un suave golpe en la puerta interrumpió su ensoñación. —Adelante —llamó, girándose mientras su padre entraba en la habitación y Simmons se esfumaba discretamente.

El Duque de Allanworth apareció enmarcado en la puerta, resplandeciente en su atuendo formal de noche, con la estrella de la Orden de la Jarretera brillando en su pecho. A pesar de su edad avanzada, seguía siendo una figura imponente, con un porte tan orgulloso y erguido como en su juventud.

—¿Casi listo? —preguntó el duque, examinando con aprobación la apariencia de Matthew—. El carruaje está esperando, y no debemos llegar tarde. El Príncipe es particularmente susceptible con la puntualidad últimamente.

—Casi —respondió Matthew, poniéndose el segundo guante—. Aunque confieso que me encuentro temiendo bastante la velada.

Las cejas del duque se elevaron ligeramente. —¿De veras? ¿Y por qué? Nunca antes habías puesto reparos a las reuniones reales.

Matthew vaciló, inseguro de cómo articular el complejo nudo de emociones que hacía que la perspectiva de un brillante evento social pareciera repentinamente insoportable. —No es nada específico —eludió—. Quizás sea simplemente un estado de ánimo.

—¿Un estado de ánimo llamado Clara Bell, tal vez? —sugirió su padre, con un brillo de conocimiento en los ojos—. Entiendo que no asistirá esta noche. Vi a Sir Richard en el club, y mencionó que aún se está recuperando de su percance.

Matthew asintió, sin sorprenderse pero decepcionado no obstante. Una pequeña e irracional parte de él había esperado que ella pudiera estar presente a pesar de todo, que pudiera tener otra oportunidad

de hablar con ella. —Probablemente sea lo mejor —admitió—. La sociedad puede ser despiadada con aquellos que flaquean a la vista pública.

—Ciertamente —convino el duque—, aunque sospecho que la señorita Bell posee suficiente fortaleza para capear este temporal en particular. Ahora, ¿nos vamos? La paciencia del Príncipe, a diferencia de sus chalecos, no es expansiva.

Matthew asintió, siguiendo a su padre fuera de la habitación y bajando por la gran escalera que conducía al vestíbulo de entrada. El mayordomo mantuvo la puerta principal abierta para ellos, inclinándose mientras pasaban. Fuera, su carruaje esperaba, su superficie negra lacada reluciendo bajo la luz de las farolas de gas que bordeaban Berkeley Square.

Mientras Matthew descendía los escalones hacia el carruaje, un movimiento al otro lado de la plaza captó su atención. Una figura esbelta con una capa oscura se bajó de un coche de alquiler y se movió con propósito furtivo hacia las caballerizas detrás de la residencia de Lord Westbourne. Había algo familiar en la manera en que se movía aquella persona, una gracia que parecía extrañamente fuera de lugar en un escenario tan clandestino. Un porte erguido, aristocrático, y sin embargo una zancada más larga que el paso minúsculo que afectaban la mayoría de las damas de la Sociedad.

Conocía ese porte, esa zancada que cubría terreno.

—¿Clara? —susurró, deteniéndose bruscamente en el último escalón.

—¿Qué ocurre? —preguntó el duque, volviéndose desde donde ya había llegado a la puerta del carruaje.

Matthew señaló discretamente. —Allí, junto a la casa de Westbourne. Es Clara Bell, estoy seguro. ¿Qué demonios está haciendo escabulléndose a estas horas? ¿Y por qué allí, de todos los lugares?

El duque siguió la mirada de su hijo justo a tiempo para ver a la figura encapuchada desaparecer por el estrecho pasaje que conducía a las caballerizas. Su expresión cambió de la confusión al repentino entendimiento, seguido por una chispa de diversión. —Vaya, vaya —murmuró—. Parece que la señorita Bell está llevando a cabo algunas investigaciones por su cuenta.

—¿Investigaciones? —repitió Matthew, ya moviéndose hacia el borde de la plaza, con los ojos fijos en el lugar donde Clara había desaparecido—. ¿Qué tipo de investigaciones la llevarían a las caballerizas de Westbourne?

El duque se rió, un sonido cálido que no contenía censura sino genuina apreciación. —Piensa, hijo mío. ¿De dónde procedía ese caballo bayo castrado? ¿El que la arrojó tan espectacularmente? ¿Y qué hija parece haber orquestado todo el humillante espectáculo?

La comprensión apareció en el rostro de Matthew. —Sospecha que Virginie provocó deliberadamente su caída. Está buscando pruebas.

—Eso parece —coincidió el duque—. Y completamente sola, lo que demuestra un valor admirable o un juicio cuestionable, según la perspectiva de cada uno.

Matthew ya se encontraba a varios pasos de distancia, con toda su atención centrada en el estrecho pasaje por donde Clara había desaparecido. —Debería seguirla —dijo, mirando a su padre—. Si la atrapan entrando sin permiso en los establos de Westbourne...

El duque asintió, haciendo un gesto de despedida con su mano enguantada. —Por supuesto, ve.

—¿No te importa? —preguntó Matthew, sorprendido por la fácil aquiescencia de su padre—. ¿Qué le dirás al Príncipe?

—Que te retuvieron inevitablemente por un asunto de suma importancia —respondió el duque con una leve sonrisa—. Lo cual, después de todo, no es más que la verdad. Y el Príncipe difícilmente notará un invitado menos entre cientos. —Su expresión se volvió más seria—. Asegúrate de que la señorita Bell esté bien. Tales aventuras, aunque encomiables en espíritu, pueden resultar peligrosas en su ejecución.

Con un asentimiento de gratitud, Matthew se giró y cruzó rápidamente la plaza, sus zapatos formales de noche afortunadamente silenciosos sobre los adoquines. Al acercarse al pasaje que conducía a las caballerizas de Westbourne, redujo su paso, consciente de la necesidad de sigilo. Si Clara estaba efectivamente buscando pruebas de la traición de Virginie, lo último que necesitaba era que él anunciara su presencia por descuido.

El pasaje era estrecho y oscuro, la escasa luz de las farolas de la plaza disminuía rápidamente a medida que avanzaba. Adelante, apenas distinguía el débil resplandor del único farol que iluminaba la entrada de las caballerizas. En algún lugar en esa tenue luz, Clara Bell arriesgaba su reputación y posiblemente su seguridad en busca de respuestas. Cualesquiera que fueran sus razones para estar allí, cualesquiera que fueran sus sentimientos hacia él, Matthew no podía permitir que enfrentara tales riesgos sola.

El rico aroma terroso de caballos y heno se intensificó mientras se acercaba a los establos. Delante, una figura esbelta con capa y capucha se detuvo ante las puertas, una mano enguantada extendida tentativamente hacia el pestillo. Clara.

Apresuró el paso, cuidando de permanecer en las sombras. Las caballerizas estaban desiertas hasta donde podía ver; el cochero de los Westbourne había acompañado a sus empleadores a la gala del Príncipe Regente y los mozos probablemente disfrutaban de un merecido descanso hasta que regresara el carruaje, pero alguien podría estar por ahí, atendiendo tareas del anochecer. Si Clara fuera descubierta aquí, sola y sin invitación, el escándalo sería inmediato y devastador. Su reputación, ya herida por la humillante caída en Hyde Park, podría no recuperarse jamás de tal indiscreción.

Las puertas del establo eran de roble pesado, desgastadas por años de uso. Mientras los dedos de Clara se cerraban alrededor del pestillo de hierro, Matthew avanzó hacia el charco de luz proyectado por el único farol colgado junto a la entrada.

—Señorita Bell —dijo en voz baja—, ¿qué está haciendo aquí?

Clara se dio la vuelta con un sobresalto ahogado, llevándose la mano a la garganta. La capucha de su capa se deslizó hacia atrás, revelando su rostro pálido de alarma bajo la luz del farol. Por un momento, pareció un ciervo asustado listo para huir, sus ojos verdes abiertos de sorpresa y consternación.

—¡Lord Whitmore! —exclamó en un susurro áspero—. ¡Casi me ha parado el corazón!

—Le pido disculpas por haberla asustado —respondió Matthew, dando otro paso más cerca—. Aunque quizás no tanto como debería,

dado que acabo de sorprenderla intentando entrar en los establos de otro hombre.

La barbilla de Clara se alzó en ese familiar gesto de desafío que él había llegado a admirar, a pesar de la ansiedad evidente en su expresión. —No estoy entrando ilegalmente —insistió—. Simplemente... investigando.

—Investigando —repitió Matthew, incapaz de evitar que un toque de diversión coloreara su tono—. En los establos del Conde de Westbourne. De noche. Sola. Y vestida como una ladrona común.

Un rubor ascendió por las mejillas de Clara, visible incluso en la tenue luz. —Difícilmente creo que mi atuendo se asemeje al de una ladrona —replicó con aspereza—. Y no veo cómo mis actividades sean de su incumbencia, milord.

La gélida formalidad de su tono le dolió, aunque sabía que se lo merecía después de su reciente comportamiento. Sin embargo, este no era ni el momento ni el lugar para quejas personales.

—Sus actividades se convierten en mi preocupación cuando implican un peligro potencial —dijo, mirando alrededor para asegurarse de que seguían sin ser observados—. Sin mencionar el daño a su reputación si la descubren aquí.

Clara dudó, su fachada confiada vacilando ligeramente. —Soy muy consciente de los riesgos —dijo, con voz más suave ahora—. Pero tengo razones para creer... —se interrumpió, estudiando su rostro como si intentara determinar si podía confiar en él.

La tensión de sus recientes interacciones colgaba entre ellos, una barrera casi tangible. Matthew esperó, permitiéndole decidir por sí misma si confiar en él. Los sonidos de las caballerizas llenaron el

silencio: el relincho distante de un caballo, el suave golpeteo de cascos contra la paja, el crujido del cuero mientras alguien ajustaba un arnés varios edificios más allá.

Finalmente, Clara pareció llegar a una decisión. —Lady Persephone me visitó después de mi caída —dijo, con voz apenas por encima de un susurro.

—¿Mi prima? —Matthew parpadeó, sorprendido. Cualquier cosa que hubiera esperado que Clara revelara, no era eso. ¿Qué podría haber dicho Persephone para enviar a Clara aquí?

—Me sugirió que mirara en estos establos si quería entender lo que pasó con Pegasus. Fue bastante críptica al respecto, pero la implicación estaba clara.

—Usted cree que Lady Virginie organizó deliberadamente su caída —afirmó Matthew.

Clara asintió, con un destello de alivio cruzando sus facciones ante su comprensión. —Algo no estaba bien con ese caballo. He montado a Pegasus varias veces antes sin incidentes, y de repente se comportó como un potro sin domar. No tiene sentido. Pero necesito pruebas, no solo sospechas.

Matthew recordó la violencia de la caída de Clara, lo cerca que había estado de sufrir una lesión grave. La idea de que hubiera sido provocada deliberadamente le produjo una fría oleada de ira. —¿Por qué te contaría Persephone esto? ¿Y cómo lo sabría?

Clara bajó la mirada, alisando una arruga inexistente en su capa. —Creo que Lady Persephone ve y oye mucho más de lo que la gente se imagina. Su madre —tu tía, Lady Pemberton— es una gran amiga de la Condesa de Westbourne. Quizás oyó algo. Sugirió que ciertas...

percepciones podrían ser incorrectas. Que las apariencias pueden ser engañosas —Un ligero rubor volvió a colorear sus mejillas—. Creo que puede que se refiriera a algo más que a caballos.

La implicación era clara, aunque Matthew no estaba completamente seguro de cómo responder a ello. Ahora no era el momento adecuado para abordar los malentendidos entre ellos, no mientras estaban expuestos en las caballerizas fuera de los establos de Lord Westbourne.

—Podemos discutir sobre percepciones y apariencias más tarde —dijo, tomando una decisión—. Por ahora, si estás decidida a investigar, no deberías hacerlo sola.

Las cejas de Clara se elevaron. —¿Me está ofreciendo su ayuda en mi allanamiento, Lord Whitmore? Qué escandaloso para un futuro duque.

A pesar de la gravedad de la situación, Matthew se encontró luchando contra una sonrisa ante su tono burlón, el primer indicio de calidez que le había mostrado en semanas. —Prefiero pensar en ello como garantizar la seguridad de una dama embarcada en una búsqueda de justicia algo poco convencional —respondió—. Además, dos pares de ojos serán mejores que uno.

—¿Y si nos pillan? —preguntó Clara, práctica como siempre.

—Entonces mi presencia proporcionará cierta protección a tu reputación —dijo Matthew—. A Lord Westbourne le resultaría difícil formular acusaciones contra el hijo y heredero del Duque de Allanworth, mientras que una joven sola correría un riesgo mucho mayor.

Clara consideró esto, evaluándole con la mirada. —A tu padre no le gustarían tales actividades.

Matthew no pudo evitar reírse suavemente ante eso. —Al contrario, prácticamente me ordenó que te siguiera. Te envía sus felicitaciones, por cierto, por tu iniciativa de buscar pruebas en lugar de simplemente aceptar la versión de Lady Virginie sobre los hechos.

La sorpresa se registró en el rostro de Clara, seguida de algo parecido a un cauto placer. —¿El tío William dijo eso?

—¿Le llamas tío William? —Matthew no estaba seguro de por qué le asombraba tanto esta revelación en particular, después de que su padre hubiera revelado que consideraba a todos los Bell como familia, pero estaba verdaderamente perplejo.

Clara se sonrojó. —Bueno... sí, pero se supone que no debo hacerlo en Londres. No queremos que nadie pregunte por qué el duque... —se interrumpió.

Se estaban acercando a tener esa conversación que ya habían acordado que debía esperar hasta más tarde. Matthew levantó una mano para detenerla. —¿Continuamos con esta investigación antes de que alguien nos note manteniendo una conversación a la vista de todos?

Clara asintió y entreabrió la puerta lo justo para que pudieran deslizarse dentro, las bisagras protestaron con un suave chirrido que parecía alarmantemente fuerte en la tranquila noche. Miró a Matthew, con una mezcla de determinación y aprensión en sus ojos.

—¿Listo? —susurró.

Matthew asintió, ignorando la voz de la corrección que insistía en que toda esta empresa era una locura. Si Clara tenía razón, si Lady

Virginie realmente había planeado la humillación y posible lesión de Clara, entonces él quería conocer la verdad tanto como ella. Y si en el proceso podía comenzar a reparar el daño que su propio comportamiento había causado a su relación, mucho mejor.

—Después de usted, señorita Bell —dijo en voz baja, señalando hacia la abertura—. Vamos a encontrar tus pruebas.



El interior de los establos de Westbourne era sorprendentemente cálido después del frío de la noche invernal, el aire cargado con los reconfortantes aromas de heno, cuero aceitado y caballos. Matthew se detuvo justo dentro de la puerta, permitiendo que sus ojos se adaptaran a la tenue luz. Un solo farol bien protegido ardía en el extremo más alejado del pasillo central, proyectando largas sombras a través del edificio. Todo en el espacio hablaba de riqueza y cuidado meticuloso, desde los relucientes arneses colgados en las paredes hasta la paja fresca que cubría cada box.

—Parece que el Conde no escatima en gastos para sus caballos —murmuró Matthew, observando los accesorios de latón pulido y la inmaculada limpieza de todo el edificio.

Clara asintió, su atención ya centrada en la tarea que tenían entre manos. —Los establos están numerados —susurró, señalando las placas de latón—. Deberíamos revisar cada uno sistemáticamente.

Los establos estaban misericordiosamente tranquilos, la mayoría de los caballos dormitando en las últimas horas de la tarde. Un

ocasional suave relincho o el golpe suave de un casco contra la madera eran los únicos sonidos que rompían el silencio mientras se movían con cautela por el pasillo central. Clara metió la mano bajo su capa y sacó un pequeño farol, encendiéndolo con destreza.

—Lo traje de casa —explicó mientras ajustaba la llama para proporcionar justo la iluminación necesaria sin ser demasiado brillante—. Pensé que podría necesitar ver los detalles con claridad.

Matthew quedó impresionado por su previsión. —Viniste preparada —observó, siguiendo su ejemplo mientras comenzaban a revisar cada establo.

Los primeros boxes contenían caballos de aspecto magnífico: un gris moteado con una marca blanca, un alazán con cuatro calcetines blancos, un negro lustroso con un temperamento nervioso que se apartaba de su farol, un par de bayos robustos iguales. Todos eran claramente animales valiosos, pero ninguno coincidía con el caballo bayo castrado que había tirado a Clara en el parque.

—Pegaso tiene que estar por aquí en alguna parte —susurró Clara, con un deje de frustración en su voz mientras llegaban al punto medio del bloque de establos—. Lady Persephone no me habría enviado aquí sin motivo.

Matthew puso una mano tranquilizadora en su brazo. —Solo hemos revisado la mitad de los establos. Sigamos.

Se adentraron más en las caballerizas. Al acercarse al extremo más alejado del edificio, Clara se detuvo de repente, su mano libre aferrándose a la manga de Matthew.

—Mira —murmuró—. Allí.

Matthew miró en la dirección que ella indicaba. En el penúltimo compartimento a la derecha se encontraba un castrado bayo, su pelaje reluciente bajo la luz del farol, con una estrella blanca apenas visible en su frente.

—Aquí está Pegasus —exclamaron ambos simultáneamente, para luego mirarse confundidos.

En el compartimento justo enfrente del caballo que Matthew había visto, se encontraba otro bayo de tamaño y conformación casi idénticos, también con una pequeña estrella blanca.

—¿A qué te refieres? —preguntó Clara, frunciendo el ceño—. ¿A cuál estás señalando?

—Al de la derecha —respondió Matthew, señalando al compartimento más cercano a ellos—. ¿No es ese el caballo que montabas cuando caíste?

Clara negó lentamente con la cabeza, volviendo la mirada hacia los dos bayos. —Pensé que era el de la izquierda. —Se acercó a los compartimentos, levantando su farol para iluminar mejor a los caballos—. Son extraordinariamente similares. Casi idénticos a primera vista.

Matthew la siguió, notando ahora las sutiles diferencias entre los dos animales. El de la derecha tenía los cuartos traseros ligeramente más musculosos, mientras que la cabeza del izquierdo era quizás un poco más refinada. Pero las similitudes eran verdaderamente sorprendentes, desde su tamaño general hasta la ubicación de la estrella blanca en sus frentes.

—Podrían ser gemelos —observó, mientras ambos caballos giraban sus cabezas hacia la luz, con las orejas apuntando hacia delante con

curiosidad.

Clara le entregó su farol. —Sostén esto, por favor —solicitó, ya dirigiéndose hacia la puerta del primer compartimento—. Necesito examinarlos más de cerca.

Matthew tomó el farol, sosteniéndolo en alto para proporcionar la mejor iluminación mientras Clara desatrancaba cuidadosamente la puerta del compartimento derecho. El bayo en su interior relinchó suavemente, extendiendo su hocico hacia ella cuando entró. Los movimientos de Clara eran seguros pero gentiles mientras se acercaba al animal, hablándole en un tono bajo y tranquilizador.

—Hola, guapo —murmuró, pasando una mano experimentada a lo largo de su cuello y cruz—. ¿Me recuerdas?

El caballo parecía perfectamente receptivo a su contacto, quedándose quieto mientras ella lo examinaba. Clara pasó varios minutos revisando sus patas, deslizando sus manos por cada una con meticulosa atención al detalle. Finalmente, se movió hacia su cabeza, acunando el hocico del bayo entre sus manos.

—Matthew, acerca la luz, por favor —dijo, olvidando toda formalidad en su concentración—. Necesito ver sus dientes.

Matthew se acercó, sosteniendo el farol justo por encima del hombro de Clara mientras ella separaba suavemente los labios del caballo. El animal cooperó sin protestar, permitiéndole examinar su boca minuciosamente.

—Este tiene seis años, más o menos —declaró finalmente, dando al caballo una palmadita afectuosa antes de salir del compartimento y asegurar el pestillo.

Se dirigió inmediatamente al segundo compartimento, repitiendo el proceso con el bayo de la izquierda. Este caballo parecía ligeramente más nervioso, sacudiendo la cabeza cuando Clara se acercó, aunque se calmó bajo su experto manejo. De nuevo, realizó un examen minucioso, prestando particular atención a su boca cuando Matthew acercó el farol.

—Y este —dijo, retrocediendo con una expresión de grim satisfacción—, no puede tener más de tres años.

Matthew frunció el ceño, sin captar inmediatamente el significado. Nunca había montado caballos jóvenes, siempre había comprado animales ya preparados para los propósitos que requería, y sabía poco sobre el entrenamiento de estas bestias. —¿Qué nos indica eso?

La expresión de Clara se endureció mientras aseguraba el segundo compartimento. —Nos indica todo. Un caballo de seis años sigue siendo bastante joven, pero puede haber tenido dos años o más bajo la silla. Aunque sea brioso y a veces sensible a lo que ocurre a su alrededor, responde al manejo adecuado con obediencia predecible. —Señaló hacia el caballo más joven—. Un caballo de tres años, sin embargo, probablemente sea novato. Puede tener un entrenamiento básico para ser manejado desde el suelo, pero carece de la experiencia y estabilidad de un caballo mayor, y es posible que ni siquiera haya sido domado para montar todavía.

La comprensión amaneció en el rostro de Matthew. —Los intercambió —dijo, encajando las piezas—. Las primeras veces que montaste con ella, estabas sobre este caballo castrado más viejo.

—Sí —asintió Clara, con la voz tensa por la ira contenida—. Pero aquel día en el parque, me dio este caballo joven sin domar. No es de extrañar que se asustara cuando lo monté. Posiblemente nunca había llevado una silla antes de ese día, por eso intentó cocear al mozo que lo estaba ensillando. Cuando me subí a su lomo, el pobre animal no tenía la menor idea de qué hacer. Debió estar aterrorizado.

El rostro de Matthew se ensombreció al comprender todas las implicaciones. —Quería que fracasaras —dijo en voz baja—. O peor, que resultaras herida. Te puso deliberadamente en peligro, sabiendo que un caballo inexperto podría reaccionar violentamente.

—Debe haberlo estado planeando durante algún tiempo —observó Clara, su evaluación profesional sobreponiéndose a su indignación personal—. Encontrar dos caballos castrados bayos tan similares en apariencia no puede haber sido una coincidencia. Habría tenido que buscar un animal que coincidiera con su propio Pegasus.

—La pregunta es por qué —dijo Matthew, aunque mientras hablaba, sospechaba que conocía la respuesta. Lady Virginie había percibido a Clara como una rival, no solo por el favor de la sociedad sino específicamente por su atención. La comprensión lo llenó de disgusto por su propio papel en el asunto, aunque fuera involuntario.

Clara se volvió para mirarlo de frente, la luz del farol iluminando la determinación en sus ojos verdes. —El porqué parece bastante obvio. Quería humillarme públicamente, destruir mi reputación como amazona. ¿Qué mejor manera que hacerme parecer incompetente ante la mitad de la sociedad londinense?

—Fue malicioso —concordó Matthew, su ira aumentando con cada momento—. Y muy peligroso. Podrías haberte lesionado gravemente en esa caída, Clara, incluso haber muerto. Arriesgó tu vida por una ventaja social.

—No solo mi vida —señaló Clara, volviendo su mano para acariciar el cuello del bayo más joven—. Este pobre muchacho también podría haberse lesionado. Someter a un caballo no preparado a tal estrés y confusión es cruel.

Su preocupación por el animal incluso frente a su propio maltrato tocó algo profundo dentro de Matthew. Era tan típicamente Clara, esta capacidad de dejar de lado las ofensas personales en favor de la compasión por una criatura que, aunque inocentemente, le había causado daño.

—¿Qué harás con esta información? —preguntó él, observando cómo ella daba una última caricia al joven bayo antes de apartarse de su compartimento.

Clara cuadró los hombros, con expresión resuelta. —Aún no lo he decidido. Exponer públicamente a Lady Virginie crearía un escándalo que podría hacer más mal que bien. Pero no puedo permitir que crea que ha conseguido destruir mi reputación o mi confianza.

—Sea cual sea tu decisión —dijo Matthew con cuidado—, espero que me permitas apoyarte. Lo que hizo fue inconcebible, y merece afrontar las consecuencias.

Clara le estudió durante un largo momento, con el farol proyectando su expresión en luces y sombras parpadeantes, lo que le dificultaba adivinar lo que estaba pensando. —¿Por qué te

enfrentarías a Lady Virginie por mí? —preguntó finalmente—. Todo el mundo cree que has estado cortejándola estas últimas semanas.

Era la oportunidad que Matthew había estado esperando, aunque quizás no en las circunstancias que habría elegido. Aun así, rodeado de caballos en un establo que olía a heno y cuero, con Clara mirándole con esos claros y curiosos ojos verdes, se encontró incapaz de seguir tergiversando la verdad.

—Nunca estuve cortejando a Lady Virginie —dijo simplemente—. Le permití creer que podría estar interesado porque intentaba distanciarme de ti, pero mi corazón nunca estuvo comprometido. Fue un error terrible, uno del que me arrepiento profundamente.

La luz del farol captó la ligera dilatación de los ojos de Clara, la separación de sus labios por la sorpresa. Pero antes de que pudiera responder, el sonido de voces fuera de las puertas del establo les sobresaltó a ambos.

—Alguien viene —susurró Matthew, tomando el brazo de Clara y apartándola de los compartimentos—. Tenemos que irnos, ahora.

Mientras se apresuraban hacia la parte trasera de los establos en busca de otra salida, Matthew reflexionó que, una vez más, las circunstancias habían conspirado para impedirle explicarse adecuadamente a Clara. Pero al menos ahora ella conocía la verdad sobre Pegaso, y quizás estaría dispuesta a escuchar el resto de su explicación cuando estuvieran a salvo lejos de los establos de Lord Westbourne.



Capítulo Doce

MATTHEW GUIO A CLARA por la entrada de servicio en un lateral de la mansión Allanworth, con su mano apoyada ligeramente en la parte baja de su espalda mientras se deslizaban dentro. La casa permanecía silenciosa y tenuemente iluminada, pues la mayoría del personal se había retirado a sus habitaciones tras la partida del duque hacia la gala del Príncipe Regente. Solo alguna que otra vela iluminaba su camino, proyectando largas sombras que bailaban sobre el suelo pulido mientras avanzaban rápidamente por los pasillos. Su corazón latía aceleradamente, no por el esfuerzo sino por la extraña intimidad de tener a Clara en su hogar bajo circunstancias tan clandestinas.

—Por aquí —susurró, guiándola más allá de la puerta de las cocinas donde podían oírse voces distantes de los sirvientes—. El despacho de mi padre es el lugar más seguro para que hablemos. Nadie nos molestará allí.

Clara asintió, con el rostro parcialmente oculto por la capucha de su capa pero con los ojos brillantes y alerta. Habían huido de los establos de Lord Westbourne cuando las voces se acercaban, escabulléndose por una puerta trasera que conducía a un callejón adyacente.

—¿No le importará a tu padre? —preguntó ella suavemente mientras giraban por otro pasillo.

—En absoluto —le aseguró Matthew, deteniéndose en una esquina para escuchar si se aproximaba algún paso antes de continuar—. De hecho, sospecho que estaría bastante decepcionado si no te ofreciera refugio después de nuestro descubrimiento.

Llegaron al despacho sin encontrarse con ningún sirviente, un golpe de suerte que Matthew atribuyó a la hora tardía y a la ausencia del duque. Abrió la pesada puerta de roble e hizo pasar a Clara, cerrándola firmemente tras ellos antes de girar la llave en la cerradura. La habitación estaba casi a oscuras, iluminada únicamente por las brasas moribundas en la chimenea.

—Un momento —dijo, acercándose al hogar y tomando el atizador. Removió las brasas incandescentes antes de añadir unos pequeños leños de la pila junto a la chimenea. El fuego prendió rápidamente, con llamas que subían para arrojar un cálido resplandor dorado por toda la habitación repleta de libros. Cogiendo un candelabro, encendió la vela y se dispuso a encender más, iluminando la habitación hasta que pudo ver claramente a Clara. No quería malinterpretar sus expresiones durante la conversación que estaban a punto de comenzar.

Clara se bajó la capucha de la capa, revelando sus mejillas sonrojadas y su cabello ligeramente despeinado. Se veía extraordinariamente hermosa a la luz del fuego, pensó Matthew, observando cómo comenzaba a pasear por la alfombra persa que cubría el centro del suelo del despacho.

—Todavía no puedo creerlo —dijo ella, con la voz tensa de ira contenida—. Darme deliberadamente un caballo sin entrenar, conociendo el peligro... es inconcebible.

Matthew asintió, apoyándose contra el escritorio de su padre mientras la observaba moverse. —Fue una crueldad calculada que podría haber resultado en lesiones graves tanto para ti como para el caballo —coincidió—. Estoy asombrado por tu dominio ecuestre, Clara. La mayoría de los jinetes habrían sido arrojados al instante cuando un animal tan joven e inexperto sintiera peso en su lomo posiblemente por primera vez, sin las preparaciones adecuadas.

—Años de entrenar caballos difíciles —respondió ella distraídamente, con su mente claramente aún centrada en su descubrimiento—. Lo que no entiendo es cómo pensaba que se saldría con la suya. Sin duda alguien notaría dos caballos bayos casi idénticos en el mismo establo.

—Dudo que el conde vaya a sus establos con regularidad —señaló Matthew—. Dejaría todo eso a sus mozos de cuadra, a quienes Virginie probablemente ha pagado para mantenerlos callados. Y la similitud solo es evidente cuando se ven los dos juntos. Lady Virginie probablemente contaba con que nadie hiciera la conexión. Y en realidad, dos caballos similares no es nada inusual; los caballos de carruaje se venden en parejas que hacen juego, después de todo. La

única persona que tendría motivo para cuestionar que Pegasus tuviera un gemelo aparente eres tú.

Clara detuvo su paseo, girándose para enfrentarlo directamente. Sus ojos verdes destellaban de indignación, pero también había algo más allí, una determinación que hablaba de reflexión cuidadosa en lugar de reacción impulsiva.

—No la expondré públicamente —declaró, aunque sus manos se cerraron en puños a sus costados en evidente frustración—. Crearía un escándalo que se reflejaría negativamente en todos los involucrados, no solo en Lady Virginie.

Matthew no pudo ocultar su sorpresa. Después de tal humillación deliberada, tal malicia calculada, la contención de Clara parecía extraordinaria. —Tienes todo el derecho a exigir justicia —dijo con cuidado—. Lo que hizo no fue meramente cruel sino activamente peligroso.

—No voy a rebajarme a su nivel —respondió Clara con firmeza—. Difundir su engaño solo me haría parecer vengativa, e incluso podría granjearle simpatía. Incluso podría negarlo y llamarme mentirosa, fingir compadecerse de mí por inventar mentiras para excusar mi fracaso, y algunas personas la creerían, sabes que lo harían. Además —añadió con una pequeña y triste sonrisa—, el daño a mi reputación ya está hecho. Media Londres me vio caer como una principiante.

Matthew sintió una oleada de admiración por su integridad, incluso mientras registraba el dolor bajo su exterior compuesto. El plan de Lady Virginie había funcionado exactamente como se pretendía, humillando públicamente a Clara en lo que debería haber sido el

momento cumbre de su éxito social. Que Clara se negara a tomar represalias de la misma manera hablaba mucho de su carácter.

—Eres extraordinaria —dijo suavemente, las palabras escapando antes de que pudiera considerar su propiedad.

Clara levantó la mirada, momentáneamente sorprendida por la franca admiración en su tono. Un rubor subió por sus mejillas que nada tenía que ver con el calor del fuego. —Simplemente soy práctica —respondió—. La venganza rara vez beneficia a quien la busca.

—Quizás —concedió Matthew—, pero eso no disminuye mi admiración por tu contención. —Se apartó del escritorio mientras se le formaba una idea—. ¿Y si hubiera una manera de asegurar que Lady Virginie afronte las consecuencias sin crear un escándalo público?

Clara arqueó las cejas interrogativamente. —¿Qué tienes en mente?

—El libro de apuestas de White's —respondió Matthew, con una lenta sonrisa extendiéndose por su rostro—. Una anotación anónima advirtiendo a los caballeros que nunca acepten un caballo ofrecido por Lady Virginie sin comprobar primero sus dientes para ver si su edad coincide con lo que se afirma. La implicación sería clara para cualquiera con conocimiento de caballos, pero no habría ninguna acusación directa que pudiera conducir a un escándalo.

—El mensaje se difundiría por los círculos de caballeros —dijo Clara lentamente, con la comprensión brillando en sus ojos—. Todos los que importan sabrían que deben desconfiar de ella, pero sin ninguna confrontación pública.

—Precisamente —confirmó Matthew—. Es la manera que tienen los caballeros de manejar tales asuntos. Sutil pero efectiva.

Clara consideró la sugerencia, con expresión pensativa mientras sopesaba sus méritos. Finalmente, asintió, y parte de la tensión abandonó sus hombros. —Parece un compromiso justo —aceptó—. No deseo destruir a Lady Virginie, solo asegurarme de que no pueda repetir su engaño con otra persona que pudiera ser menos afortunada en escapar de lesiones graves.

—Me ocuparé de ello mañana —prometió Matthew.

Clara le ofreció una sonrisa agradecida que lo calentó más a fondo que el fuego. —Gracias —dijo suavemente—. No solo por la solución, sino por creerme lo suficiente como para seguirme hasta esos establos en primer lugar.

Matthew sintió que su corazón se encogía ante la simple sinceridad en su voz. Después de semanas evitándola, de alimentar sus ridículos temores mientras le permitía creer que la había rechazado a favor de Lady Virginie, su gratitud le parecía inmerecida. Sin embargo, le ofrecía un camino hacia la redención, una oportunidad para explicarse y quizás, si era muy afortunado, para reparar el daño que sus acciones habían causado.

—Tengo mucho que explicar —dijo, mirándola directamente—. Sobre mi comportamiento estas últimas semanas. Sobre por qué me alejé de tu compañía tan abruptamente.

Clara se volvió para enfrentarse completamente a Matthew, su expresión cambiando de gratitud a curiosidad en un instante. La luz del fuego captó el oro en su cabello mientras se acercaba, lo suficientemente cerca como para que él pudiera ver las motas de

ámbar en sus ojos verdes. —¿Por qué me has estado evitando? —exigió, con voz firme pero impregnada de dolor que no podía disimular por completo—. Un momento estás en todas partes donde me giro, al siguiente estás adulando a Lady Virginie y fingiendo que ni siquiera existo a menos que te veas obligado a reconocerme. Creo que merezco una explicación.

La franqueza de su pregunta dejó a Matthew momentáneamente sin palabras. Había planeado abordar el tema gradualmente, entrar en su confesión con palabras cuidadosamente escogidas. Pero Clara, fiel a su naturaleza directa, había ido directamente al corazón del asunto. Se movió incómodo, dejando la pluma con la que había estado jugueteando distraídamente desde que entraron en el estudio.

—Tienes razón —reconoció, incapaz de mirarla a los ojos—. Mi comportamiento ha sido inexcusable, y mereces una explicación.

Ella esperó, con los brazos cruzados sobre el pecho, su mirada firme haciendo imposible para él seguir prevaricando. Matthew respiró profundamente, buscando un punto de partida que no revelara inmediatamente la plena extensión de su estupidez.

—Comenzó con algo que Lord Debney mencionó —dijo finalmente, alejándose del escritorio para pararse frente a la chimenea, necesitando la distracción de remover los leños—. Sobre tus antecedentes, sobre las circunstancias de tu nacimiento.

Se arriesgó a mirar a Clara, notando el ligero endurecimiento de sus hombros. —Mi ilegitimidad no es precisamente un secreto —dijo ella con cuidado—. Aunque me sorprende que Lord Debney lo considerara digno de chismorreo.

—No fue eso —se apresuró a aclarar Matthew—. Fue más... mencionó que nadie parecía saber con certeza quién era tu padre. —El atizador en su mano raspó contra la piedra del hogar con fuerza innecesaria—. Que Sir Richard nunca había revelado esa información, ni siquiera a sus amigos más cercanos.

La expresión de Clara permaneció cauta. —¿Y esto te perturbó de alguna manera? ¿Que la identidad de mi padre sea desconocida para la sociedad?

Matthew dejó el atizador a un lado, sabiendo que no podía retrasar la verdad por más tiempo. —Coincidió con algunas observaciones mías —continuó, cada palabra más difícil que la anterior—. Los viajes anuales de mi padre a Hampshire, aparentemente a Belle Haven. Su inusual secretismo sobre ellos. Su evidente afecto por tu familia, particularmente por ti.

La comprensión comenzó a amanecer en los ojos de Clara. —Whitmore —dijo lentamente—, ¿qué estás sugiriendo exactamente?

Él se pasó una mano por el pelo, alterando su cuidadoso arreglo. —Pensé... es decir, temí... que pudieras ser la hija de mi padre. —Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, tan ridículas en voz alta como lo habían sido en su mente—. Mi media hermana —añadió innecesariamente, en caso de que la implicación no fuera clara.

Clara lo miró en un silencio atónito, con los labios entreabiertos por la conmoción. Durante varios largos momentos, el único sonido en el estudio fue el crepitar del fuego y el tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea. Matthew observó un desfile de emociones cruzar su

rostro: desconcierto, confusión, comprensión naciente y finalmente, para su sorpresa, diversión.

Un pequeño sonido escapó de ella, algo entre un jadeo y una risita. Presionó sus dedos contra sus labios como si tratara de contenerlo, pero el esfuerzo fue inútil. La risita se convirtió en una risa, y luego en otra, hasta que Clara fue vencida por la hilaridad, agarrándose al respaldo de un sillón de cuero como apoyo mientras las carcajadas resonaban en el estudio revestido de libros.

—Mi padre —logró decir entre ataques de risa—, ¡era un lacayo! — Esta revelación solo pareció alimentar su diversión, con lágrimas acumulándose en las comisuras de sus ojos mientras continuaba riendo—. Un lacayo en la casa de mi abuelo, que sedujo a mi madre, la hermana de Sir Richard.

Matthew sintió que el calor le subía a la cara, la mortificación le invadió al darse cuenta de cuán increíblemente incorrecta había sido su suposición. Sin embargo, también sintió un alivio, poderoso e inmediato, al ver que sus temores habían sido completamente infundados.

—¿Un lacayo? —repitió débilmente.

Clara asintió, todavía luchando por contener su risa.

—Sí, un joven apuesto que desapareció tan pronto como mi madre le dijo que estaba embarazada, huyendo de la ira de mi abuelo. Sir Richard nunca habla de él porque no hay nada que valga la pena decir, no porque haya algún gran secreto que proteger —se limpió los ojos, sus hombros aún temblaban con risa contenida—. Oh, Matthew, pensar que imaginaste al Duque de Allanworth...

Su risa se redobló, y esta vez Matthew no pudo evitar unirse, la absurdidad de sus sospechas finalmente golpeándole con toda su fuerza. La tensión que lo había atormentado durante semanas se disolvió en su risa compartida, reemplazada por una ligereza que no había sentido desde sus primeros encuentros.

—Le pregunté directamente a mi padre —admitió cuando su risa hubo disminuido lo suficiente para hablar—. Me comporté como un completo idiota. Deberías haber visto su cara cuando sugerí que podrías ser su hija.

—Me lo puedo imaginar —respondió Clara, con las mejillas sonrojadas por la risa—. ¿Qué te dijo?

—Se quedó conmocionado, luego bastante divertido —confesó Matthew—. Después me explicó la verdad sobre Laura Jane y Charlotte Grace, que son sus sobrinas, hijas de su hermana Laura. Que tu familia las acogió cuando ella murió en el parto.

La expresión de Clara se suavizó al mencionar a sus hermanas menores.

—Sí, ellas son la razón de sus visitas en verano. Viene a verlas, para asegurarse de que no les falte nada y para que sepan que son queridas por su familia de sangre además de su familia adoptiva — negó con la cabeza, la diversión aún bailaba en sus ojos—. Aunque tengo curiosidad por saber qué te llevó a una conclusión tan extraordinaria en primer lugar.

Matthew se apoyó contra la repisa de la chimenea, sintiéndose algo tonto pero demasiado aliviado para preocuparse.

—Una combinación de cosas —explicó—. El obvio afecto de mi padre hacia ti. El secretismo que rodeaba sus visitas a Belle Haven.

La aparente aversión de mi madre hacia esos viajes —se encogió de hombros impotente—. Y quizás mis propios sentimientos también jugaron un papel.

—¿Tus sentimientos? —le animó Clara, su diversión cediendo paso a la curiosidad.

—Me sentí... atraído hacia ti —admitió Matthew, la confesión más fácil ahora que su mayor temor había sido disipado—. Desde nuestro primer encuentro junto al río. Parecía la explicación más lógica para sentir una conexión tan inmediata con alguien a quien apenas conocía. Que quizás algún reconocimiento inconsciente de sangre compartida...

—Qué terriblemente gótico —se burló Clara, aunque su expresión había cambiado de nuevo, esta vez a algo que él no podía descifrar del todo, pero que esperaba pudiera ser un reconocimiento de que los sentimientos habían sido mutuos—. Como algo sacado de una de las novelas de la señora Radcliffe. Parentesco secreto, atracción prohibida.

—Suena bastante absurdo cuando lo planteas así —reconoció Matthew con una sonrisa arrepentida—. Pero me preocupó enormemente en su momento. Lo suficiente como para sentir que no tenía otra opción que distanciarme de ti.

—Al acercarte a Lady Virginie —observó Clara, con un indicio del antiguo dolor regresando a su voz.

—Una decisión de la que me arrepentí casi inmediatamente —le aseguró Matthew rápidamente—. Nunca tuve un interés genuino en ella. Simplemente estaba tratando de convencerme a mí mismo, y a

todos los demás, de que mis sentimientos hacia ti no eran nada fuera de lo común.

Clara negó con la cabeza, todavía claramente divertida por toda la situación.

—Todo este tiempo, pensé que me habías encontrado deficiente de alguna manera. Demasiado provinciana, quizás, o demasiado franca para la sociedad londinense —comenzó a reír de nuevo, más suavemente esta vez—. Y en cambio, te estabas torturando con temores de incesto accidental. Es realmente bastante ridículo.

—Completamente ridículo —coincidió Matthew, con sus propios labios curvándose hacia arriba en las comisuras—. Solo puedo esperar que me perdones por comportarme como un completo idiota.

Clara lo miró pensativamente, su risa disminuyendo aunque la diversión aún bailaba en sus ojos.

—Supongo que podría —dijo, con un tono engañosamente casual —. Aunque no estoy segura de si debería ponértelo demasiado fácil, considerando las semanas de confusión que me has hecho pasar.

El tono juguetón en su voz dio a Matthew la esperanza de que sus absurdos temores no hubieran dañado irreparablemente sus posibilidades con ella. Mientras observaba la luz del fuego jugar sobre su rostro sonriente, se propuso enmendar su estupidez, demostrar que era digno de su perdón.

—Mi padre me explicó lo de tus hermanas la noche anterior a tu caída en el parque —dijo, recordando la conversación que lo había cambiado todo—. Tenía la intención de hablar contigo inmediatamente, para explicarme, pero entonces Lady Virginie

organizó esa desastrosa lección de equitación, y tú no quisiste verme después.

—Estaba humillada —admitió Clara en voz baja—. Y confundida por tu aparente cambio repentino. Parecía más fácil mantener mi distancia.

Matthew asintió, comprendiendo completamente.

—He hecho un lío terrible de las cosas —admitió, pasándose una mano por el pelo ya despeinado—. Pensar en las semanas perdidas debido a mi ridícula suposición... Solo puedo esperar que me permitas enmendarlo.

—Tengo curiosidad por saber exactamente qué te contó tu padre —dijo ella, sentándose en uno de los sillones de cuero que flanqueaban la chimenea. La luz del fuego jugueteaba sobre sus facciones, suavizándolas, haciéndola parecer más hermosa que nunca—. Sobre Laura Jane y Charlotte Grace.

Matthew sintió que un peso se levantaba de sus hombros por la forma casual en que ella guiaba la conversación, ofreciéndole un camino hacia la redención a través de la honestidad. Se sentó en el sillón frente al de ella, inclinándose hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

—Me explicó que son sus sobrinas, hijas de mi tía Laura —comenzó, agradecido por estar en un terreno conversacional más seguro—. Que Laura se enamoró de un diplomático casado que la abandonó cuando ella le dijo que estaba encinta. Mi padre la llevó a Belle Haven cuando su estado fue imposible de ocultar, y tus padres la acogieron sin dudarlo.

Clara asintió, su expresión tornándose más seria. —Tu tía era tan joven —dijo suavemente—. Y estaba tan asustada. Yo misma era solo una niña entonces, pero recuerdo lo amables que fueron mis padres con ella. Cuando murió al dar a luz a las gemelas, nunca hubo duda de que se convertirían en parte de nuestra familia.

—Mi padre las visita cada verano para verlas —continuó Matthew —, para asegurarse de que no les falte nada y para pasar tiempo con la familia que les ha dado un hogar tan amoroso. Me explicó que mi madre insistió en que el asunto permaneciera en privado para evitar el escándalo, por eso nunca supe la verdad hasta ahora.

—Y por eso el duque nos tiene tanto cariño a todas las chicas Bell —añadió Clara con una pequeña sonrisa—. Nos hemos convertido en una segunda familia para él, de alguna manera.

Matthew asintió, sintiendo una punzada de arrepentimiento por las relaciones que podría haber formado años antes si hubiera conocido la verdad. —Lamento que mi padre no confiara en mí antes con esta información —dijo pensativo—. Quizás podría haber conocido a tu familia, y a ti, mucho antes.

El pensamiento quedó suspendido entre ellos por un momento antes de que Matthew negara ligeramente con la cabeza. —Pero quizás es mejor que no lo hiciera —añadió—. Que te conociera ahora, cuando eres toda una mujer, en lugar de cuando eras una niña o una jovencita. Nuestra relación podría haber sido muy diferente de otro modo.

—Cierto —coincidió Clara, sus dedos trazando el dibujo en el brazo de su sillón—. Aunque me pregunto si me habría ahorrado las

maquinaciones de Lady Virginie si hubieras conocido la verdad desde el principio.

—Nunca me perdonaré por el papel que jugué en su plan, por muy involuntario que fuera. Pensar que podría haberte herido gravemente... —No pudo completar la idea, el recuerdo de la caída de Clara aún vívido en su mente.

—Eso ya es pasado —dijo Clara, desechando su preocupación con un grácil movimiento de su mano—. Y tenemos nuestra solución para asegurarnos de que no intente tal artimaña de nuevo.

Matthew la observó por un momento, impresionado por su resiliencia y su generosidad de espíritu. Incluso después de sufrir la humillación pública orquestada por una rival, seguía más preocupada por la prevención que por la venganza. Era una cualidad que admiraba profundamente.

—Entiendo que tienes muchos pretendientes —dijo, con voz más seria al abordar el tema que le había estado preocupando desde su conversación con su padre—. Lord Carroway, por ejemplo, parece muy interesado en ti.

Las cejas de Clara se elevaron ligeramente ante el cambio de tema. —Lord Carroway ha sido atento —reconoció—, al igual que varios caballeros desde mi llegada a Londres. Aunque confieso que ninguno ha captado particularmente mi interés.

La esperanza se encendió en el pecho de Matthew al oír sus palabras, aunque trató de moderarla con cautela. —Mi padre mencionó que Carroway ha escrito a su tío en Yorkshire —dijo, observando cuidadosamente su reacción—. Buscando permiso para proponerte matrimonio, al parecer.

—¿De verdad? —Clara pareció genuinamente sorprendida por esta información—. No me ha indicado nada sobre intenciones serias. Aunque supongo que es lo apropiado, asegurar la aprobación de su familia antes de acercarse directamente a mí.

Matthew se inclinó hacia delante, reuniendo su valor. Ahora era el momento de hablar claramente, de exponer su corazón ante ella y esperar que no lo rechazara rotundamente. —Clara —dijo, con voz baja y sincera—, me he comportado de manera abominable estas últimas semanas, y no tengo derecho a pedirte nada. Pero me gustaría cortejarte apropiadamente, si me lo permites. No a distancia, no con malentendidos entre nosotros, sino abierta y honestamente.

Buscó en su rostro cualquier señal de sus sentimientos, consciente de que bien podría rechazarlo después de toda la confusión y el daño que había causado. —Entiendo que tienes muchas opciones ante ti —continuó cuando ella permaneció en silencio—. Hombres sin mi historial de necedades. Pero espero que consideres darme la oportunidad de demostrar que soy digno de tu aprecio.

Los segundos que pasaron mientras Clara consideraba sus palabras le parecieron horas a Matthew. Ella lo estudió pensativamente, sus ojos verdes reflejando las llamas danzantes del hogar.

—Creo que me gustaría mucho —respondió finalmente, con voz suave pero clara. Sus dedos se tensaron ligeramente alrededor del brazo del sillón, revelando una pizca de la emoción detrás de su exterior compuesto—. Aunque confieso que me preocupa un poco qué nuevos malentendidos podrían surgir.

El suave tono de broma en su voz alivió la tensión que había atenazado el pecho de Matthew. —Prometo consultarte directamente sobre cualquier preocupación en el futuro —dijo, con una sonrisa extendiéndose por su rostro como el amanecer—. No más saltos a conclusiones góticas.

—Parece un enfoque sensato —coincidió Clara, su propia sonrisa iluminando sus facciones—. Aunque debo decir que la verdad real de nuestra historia hasta ahora podría dar para toda una novela. Sobrinas secretas, paternidad confundida, rivales vengativas...

—No olvides el rescate de los cachorros del río, y la intrépida investigación de los establos del villano a medianoche —añadió Matthew, sintiéndose casi mareado de alivio y felicidad—. Un cortejo de lo más poco convencional en todos los sentidos.

Clara rio, un sonido que llenó el despacho de calidez.

—Desde luego. Aunque quizás podríamos proceder de forma más convencional a partir de ahora. Mi padre esperará que te presentes formalmente si tus intenciones son serias.

—Son absolutamente serias —le aseguró Matthew—. Me presentaré mañana, con tu permiso, y hablaré con Sir Richard. Y prometo llegar a una hora respetable, en lugar de colarte por la entrada de servicio en plena noche.

—Qué decepción —respondió Clara con fingida solemnidad—. Y justo ahora que empezaba a apreciar los aspectos aventureros de tu carácter, Lord Whitmore.

Matthew sintió que su corazón se hinchaba ante el cariño burlón en su voz. Después de semanas torturándose con obstáculos imaginarios, el camino a seguir de repente parecía notablemente

claro. Clara Bell era todo lo que admiraba: inteligente, con principios, valiente, y poseedora de un sentido del humor capaz de transformar incluso su confesión más humillante en un momento de risa compartida.

—Creo que habrá muchas aventuras en nuestro futuro —dijo en voz baja—. Aunque quizás de naturaleza menos escandalosa.

Los ojos de Clara se encontraron con los suyos a través del espacio que los separaba, con una promesa en su profundidad que le hizo contener la respiración.

—Te tomaré la palabra, Matthew —respondió ella, y su nombre de pila en sus labios sonaba como una promesa en sí mismo.

El fuego crepitaba en la chimenea, enviando sombras danzantes por las paredes del despacho, pero Matthew solo era consciente de la presencia de Clara. Tomó aire profundamente, muy consciente de que la situación ya estaba mucho más allá de lo escandaloso; ella estaba a solas con él, en su casa, entrada la noche y sin carabina. Si alguien llegara a enterarse, él tendría que pedir su mano inmediatamente, y ella tendría que aceptar, para evitar la ruina absoluta. Pero no quería precipitarla, así que extendió la mano y tomó la de ella entre las suyas.

—Contrataré un coche de alquiler, y te acompañaré sana y salva a casa ahora —dijo—. Y mañana... empezaremos de nuevo.



Capítulo Trece

AÚN DEMASIADO DOLORIDA PARA montar —por no mencionar el nerviosismo de hacerlo en público donde cualquiera pudiera verla, después del reciente fiasco— Clara había pasado la mañana en un curioso estado de anticipación, moviéndose inquieta de la ventana al pianoforte y a la estantería, incapaz de centrarse en cualquier ocupación durante más de unos minutos. Sus pensamientos volvían constantemente a los extraordinarios acontecimientos de la noche anterior: la investigación clandestina de los establos de Lord Westbourne, el descubrimiento de dos caballos casi idénticos y, lo más inquietante de todo, la confesión de Matthew y su posterior declaración de intenciones. El recuerdo de su mano sosteniendo la suya, cálida y firme a la luz del fuego en el despacho de su padre, provocó un revoloteo en su pecho que resultaba a la vez alarmante y delicioso. Él había prometido visitarla hoy, para hablar adecuadamente con su padre, y Clara se descubrió mirando el reloj

con mucha más frecuencia de lo que el decoro o la dignidad deberían permitir.

Cuando Phillips finalmente anunció la llegada de Lord Whitmore poco después de las tres, Clara tuvo que obligarse a permanecer sentada, con las manos recatadamente dobladas en su regazo mientras su corazón ejecutaba un galope de lo más indecoroso. Matthew entró en el salón con una energía apenas contenida que desmentía su atuendo formal y su corbatín perfectamente arreglado. Sus ojos oscuros encontraron los de ella inmediatamente, con una sonrisa extendiéndose por su rostro con tal calidez que Clara sintió que sus mejillas se sonrojaban en respuesta.

Por supuesto, saludó primero a Theresa. La madre de Clara lo recibió con su característica calidez, esa amable sonrisa que podía hacer sentir cómodo a cualquiera, antes de decir:

—Si me disculpáis, voy a salir un momento al vestíbulo para consultar con Phillips sobre un pequeño asunto doméstico. Dejaré la puerta abierta por decoro, naturalmente.

—Naturalmente —repitió Clara, encantada de que Theresa confiara en ella lo suficiente como para permitirles este pequeño momento de privacidad. No había confesado a sus padres los acontecimientos de la noche anterior; en cambio, había dicho a su madre que Lord Whitmore mencionó que vendría hoy. Theresa le dirigió una sonrisa alentadora antes de salir de la habitación.

Matthew no esperó ni un momento más antes de situarse frente a ella.

—Señorita Bell —la saludó, inclinándose con modales impecables que de alguna manera lograban transmitir tanto respeto como

intimidad—. ¿Confío en que se encuentra bien después de nuestra aventura de anoche?

—Completamente recuperada, gracias, Lord Whitmore —respondió ella, indicándole que tomara asiento frente a ella—. Aunque confieso que me ha resultado difícil pensar en otra cosa.

El brillo en los ojos de Matthew sugería que compartía esta dificultad.

—Acabo de venir de White's —dijo, bajando ligeramente la voz aunque estaban solos en el salón—. Y creo que nuestro plan se ha ejecutado con gran éxito.

Clara se inclinó hacia delante con entusiasmo, olvidando momentáneamente el decoro.

—¿Hiciste la anotación en el libro de apuestas? Cuéntamelo todo, por favor. He estado preguntándome durante todo el día cómo habría sido recibida.

Matthew se acomodó en su silla, claramente disfrutando de su interés.

—Llegué temprano esta mañana, cuando el club suele estar tranquilo excepto por algunos miembros que curan sus dolores de cabeza de las indulgencias de la noche anterior. El libro de apuestas reposa sobre un pedestal cerca de la chimenea, ¿sabes? Un gran volumen encuadernado en piel donde los caballeros registran apuestas y ocasionalmente comparten observaciones que consideran dignas de la posteridad.

Clara podía imaginar la escena perfectamente a partir de su descripción: el silencioso interior revestido de madera del exclusivo club de caballeros, la luz matinal filtrándose por las altas ventanas,

el aroma a cuero pulido, brandy francés y tabaco caro permaneciendo en el aire.

—Me acerqué con naturalidad —continuó Matthew—, como si simplemente sintiera curiosidad por las entradas recientes. La página estaba abierta en la fecha de ayer, y tomé la pluma con lo que esperaba fuese una expresión de interés casual. —Imitó la acción, sus aristocráticos dedos curvándose alrededor de una pluma imaginaria—. Con mi mejor caligrafía, escribí simplemente: "Una palabra de precaución para los caballeros: nunca acepten un caballo de Lady Virginie de Mortimer sin antes revisar sus dientes".

—Perfecto —suspiró Clara, admirando la elegante simplicidad del mensaje. Claro para quienes entendían de caballos, pero lo suficientemente vago como para evitar una acusación directa.

—Lo firmé como "Un ecuestre observador" en lugar de con mi nombre —añadió Matthew—. Aunque sospecho que varios de los presentes sabían perfectamente quién había hecho la anotación.

—¿Y la reacción? —presionó Clara, fascinada por este vistazo al mundo de los caballeros que normalmente permanecía cerrado para ella.

La sonrisa de Matthew se ensanchó.

—A media mañana, el club estaba inusualmente animado. Me situé en uno de los sillones de cuero cerca del libro de apuestas, aparentemente leyendo The Times pero en realidad observando el creciente interés en mi anónima advertencia. Los caballeros se acercaban uno a uno, leían la entrada, y luego llamaban a sus amigos para que la vieran.

—¿Y alguien lo relacionó con mi caída en el parque? —preguntó Clara, temiendo y esperando la respuesta a la vez.

—Lord Debney —respondió Matthew con un asentimiento—. Debería haberlo esperado, la verdad. Ese hombre nunca se ha encontrado con un chisme que no adoptara inmediatamente como su mascota particular. Se situó junto al libro de apuestas como un maestro de ceremonias, elaborando entusiastamente para cualquiera que quisiera escuchar.

Los ojos de Clara se agrandaron.

—¿Qué dijo exactamente?

—Bueno —la expresión de Matthew se volvió ligeramente avergonzada—, puede que mencionara cómo cierta joven dama de su conocimiento, conocida por su excepcional dominio de la equitación, había sufrido recientemente una caída poco característica mientras montaba el caballo de Lady Virginie. Y qué curioso era que dicho caballo se hubiera comportado perfectamente en ocasiones anteriores, pero se transformara en una bestia salvaje en el momento en que nuestra joven amazona tomó las riendas en esa ocasión particular.

Se pasó una mano por el pelo, alterando su cuidadoso peinado. —A mediodía, las especulaciones eran desenfrenadas. Varios caballeros criadores de caballos estaban discutiendo extensamente sobre la probabilidad de cambiar deliberadamente un animal entrenado por uno sin domar de apariencia similar. Otros relataban sus propias experiencias con la tendencia de Lady Virginie hacia... digamos, un comportamiento competitivo. Para cuando me marché, el consenso entre los caballeros era claro: tu reputación como

amazona permanece intacta, mientras que el carácter de Lady Virginie ha sufrido un golpe significativo.

Clara asimiló esta información, sintiendo cómo se levantaba de sus hombros un peso que no había reconocido completamente. Se había dicho a sí misma que la opinión de la alta sociedad no importaba, que conocía sus propias habilidades independientemente de un fracaso público, pero la reivindicación resultó más dulce de lo que había anticipado.

—Y todo sin acusarla directamente —reflexionó—. Sin escándalo que pudiera reflejarse negativamente en nosotros, pero el mensaje ha sido recibido de todos modos.

—Precisamente. —Matthew extendió la mano a través de la pequeña mesa entre ellos para tomar la suya, su contacto enviando ese ya familiar aleteo a través de su pecho—. Tu reputación ha sido restaurada, sin necesidad de confrontación o espectáculo. Se ha hecho justicia, en esa manera particularmente inglesa de nunca decir exactamente lo que queremos decir pero asegurándonos de que todos lo entiendan de todos modos.

Clara rio suavemente, reconociendo la verdad en su observación. —Gracias, Lord Whitmore —dijo—. No solo por la anotación en el libro de apuestas, sino por creerme cuando sospeché que algo andaba mal. Por seguirme hasta esos establos cuando la mayoría de los caballeros simplemente habrían desestimado mis preocupaciones.

Sus dedos se apretaron alrededor de los de ella. —Creo que soy yo quien debería agradecerte —respondió, bajando la voz a un tono que hizo que el corazón de Clara latiera más rápido—, por darme

una segunda oportunidad después de mi comportamiento inexcusable. Te prometo que no te arrepentirás.

El calor en sus ojos oscuros contenía tal sinceridad que Clara se quedó momentáneamente sin palabras. En su lugar, simplemente apretó su mano en respuesta, un reconocimiento silencioso del entendimiento que crecía entre ellos.



El salón de Lady Pemberton resplandecía con la luz de la tarde, el elegante mobiliario en crema y dorado claramente seleccionado para mostrar tanto riqueza como gusto impecable. Clara permaneció un momento justo dentro de la entrada, observando la reunión con una confianza recién descubierta. Habían pasado solo cuatro días desde la entrada anónima de Matthew en el libro de apuestas de White's, y sin embargo, el paisaje social había cambiado tan dramáticamente como un jardín de verano después de una tormenta eléctrica. Algunas flores se erguían más altas, refrescadas por el diluvio, mientras otras se marchitaban, golpeadas por la misma lluvia que había nutrido a sus vecinas. Y en este jardín particular, Clara notó con una mezcla de satisfacción e incomodidad, Lady Virginie de Mortimer estaba decididamente entre las maltratadas.

La hermosa morena se sentaba sola en un sofá de seda azul, su postura perfecta, su vestido una exquisita creación de satén zafiro que combinaba perfectamente con sus ojos. Sin embargo, a pesar de su apariencia impecable, algo esencial había cambiado. La corte

de admiradores que típicamente la rodeaba se había dispersado, reagrupándose alrededor de otras jóvenes cuya compañía de repente parecía más deseable. La sonrisa de Virginie permanecía fija en su lugar, frágil como hielo delgado, mientras fingía estar completamente absorta en ajustar el encaje de sus guantes.

La justicia, al parecer, se había servido, y sin que Clara tuviera que pronunciar una sola acusación. La misteriosa entrada en el libro de apuestas de White's había logrado lo que una confrontación directa nunca podría: un cambio sutil pero inconfundible en la consideración de la sociedad. La caída de Clara de Pegasus ya no se veía como evidencia de su incompetencia, sino como prueba de la connivencia y duplicidad de Lady Virginie. Este conocimiento debería haberle proporcionado a Clara un placer sin mezcla, pero mientras observaba el creciente aislamiento de Virginie, sintió un inesperado atisbo de lástima bajo su satisfacción.

—Se lo ha buscado ella misma —murmuró Clara, recordándose el cálculo insensible que había llevado a Virginie a ponerla en peligro tanto a ella como a un caballo inocente. Aun así, había algo inquietante en presenciar el juicio rápido e implacable de la sociedad, incluso cuando favorecía la propia causa.

Al otro lado de la sala, Lord Debney, resplandeciente con un chaleco azul pavo real que resaltaba sus rizos naturalmente angelicales, se acercó a Lady Persephone con evidente entusiasmo. Apenas la semana pasada, había formado parte del círculo íntimo de Virginie, revoloteando a su lado y riendo estrepitosamente ante cada uno de sus ingenios. Ahora se inclinaba hacia Persephone, alabando la interpretación de pianoforte que acababa de completar con tal

aprecio genuino que las mejillas de la tímida muchacha se sonrojaron de placer.

—Siempre he pensado que las obras tardías de Mozart muestran una madurez de expresión que falta en sus primeras composiciones —decía Debney con sinceridad—. ¿No estáis de acuerdo, Lady Persephone?

—Encuentro su Réquiem particularmente conmovedor —respondió Persephone suavemente, su habitual reticencia dando paso a un genuino entusiasmo—. Aunque me rompe el corazón pensar que nunca lo completó.

Clara observó el intercambio con interés, notando cómo Persephone parecía florecer bajo la atención, su habitual timidez reemplazada por una tranquila animación. Era una transformación agradable, y Clara se encontró sonriendo ante la visión, incluso mientras registraba los ojos entrecerrados de Virginie siguiendo la misma interacción desde su posición aislada.

Una onda de conciencia recorrió la habitación, sutil pero inconfundible, y Clara supo sin volverse que Matthew había llegado. Esta nueva sensibilidad a su presencia era a la vez emocionante y desconcertante, un sexto sentido que ella no había buscado ni esperado desarrollar. Resistió el impulso de girarse inmediatamente, tomando en su lugar un sorbo medido de su limonada mientras el murmullo de saludos se acercaba.

—Señorita Bell —llegó por fin su voz, cálida con matices que parecían destinados solo para sus oídos—. Qué placer encontrarla aquí.

Clara se giró y encontró a Matthew de pie, más cerca de lo que la propiedad dictaba estrictamente, sus ojos oscuros enfocados en ella con una intensidad que le cortó la respiración. Se veía particularmente apuesto hoy, su alta figura realzada por una levita de paño azul oscuro, su corbata dispuesta en un estilo intrincado que hablaba de la paciencia y habilidad de su ayuda de cámara.

—Lord Whitmore —respondió ella, complacida de que su voz sonara firme a pesar de la repentina aceleración de su pulso—. Empezaba a pensar que quizás no asistirías.

—¿Y perder la oportunidad de verte? Antes dejaría de respirar. —Las palabras fueron pronunciadas con ligereza, casi en tono de broma, pero la sinceridad subyacente era inconfundible—. ¿Puedo traerte algo de té? Creo que están sirviendo ese Darjeeling que mencionaste que te gustaba.

Antes de que Clara pudiera responder, él ya se había dirigido hacia la mesa de refrigerios, regresando momentos después con una delicada taza de porcelana. —Un terrón de azúcar, sin leche —dijo, extendiéndola hacia ella—. Si recuerdo correctamente.

—Tu memoria es impresionante —observó Clara, conmovida por su atención a un detalle tan pequeño. Al alcanzar la taza, sus dedos se rozaron, un contacto momentáneo que envió un curioso calor ascendiendo por su brazo. Sintió que el rubor subía a sus mejillas, completamente consciente de lo atentamente que Matthew estaba observando su reacción.

—No es impresionante —corrigió él suavemente—. Simplemente selectiva. Descubro que recuerdo todo sobre ti con perfecta claridad.

Clara dio un sorbo de té para ocultar su reacción nerviosa ante sus palabras, permitiendo que el rico sabor se extendiera por su lengua mientras se recomponía. A su alrededor, el salón continuaba con la elegante coreografía de interacción social, las conversaciones subiendo y bajando como las notas del cuarteto de cuerda.

—¿Has notado las cambiantes corrientes sociales? —preguntó Matthew en voz baja, con la cabeza inclinada cerca de la suya—. Nuestra pequeña entrada en el libro de apuestas de White's parece haber tenido efectos bastante dramáticos.

Clara asintió, su mirada volviendo a la figura aislada de Virginie. —No puedo evitar sentir cierta lástima por ella —admitió—. Aunque sé que no debería, dado lo que intentó hacer.

—Tu compasión te honra —respondió Matthew, su expresión suavizándose—. Aunque confieso que me resulta difícil sentir mucha simpatía por mi parte. Arriesgó tu seguridad sin un momento de duda. Eso no es algo que pueda perdonar fácilmente.

La nota protectora en su voz envió otro aleteo a través del pecho de Clara. Todavía era extraño pensar que este hombre, que tan recientemente había evitado su compañía como si ella llevara la peste, ahora hablaba de ella con tal preocupación, tal evidente cuidado. La transformación era tan vertiginosa como deliciosa.

—He estado queriendo agradecerle adecuadamente a Lady Persephone —dijo Clara, cambiando el tema a un terreno más seguro—. Sin su pista sobre los establos de Lord Westbourne, quizás nunca hubiéramos descubierto la verdad.

—Mi prima siempre ha sido más observadora de lo que la gente le reconoce —coincidió Matthew, su mirada siguiendo la de Clara hasta

donde Persephone estaba sentada en animada conversación con Lord Debney—. Aunque confieso que me sorprende que asumiera tal riesgo. Enfrentarse a Lady Virginie, incluso indirectamente, requirió un valor considerable.

Cayeron en una conversación cómoda, sus cabezas inclinadas muy juntas mientras discutían los últimos cotilleos en tonos susurrados. Clara se encontró relajándose en la compañía de Matthew de una manera que se sentía tanto novedosa como extrañamente familiar, como si se hubieran conocido mucho más tiempo de lo que su breve relación permitía.

Lady Pemberton se les acercó después de un tiempo, su delgada figura envuelta en seda cara, su cabello dispuesto en un estilo elaborado que Clara sospechaba requería al menos una hora de atención de su doncella cada mañana.

—Lord Whitmore —saludó calurosamente a su sobrino antes de dirigir una mirada considerablemente más fría, aunque no del todo hostil, hacia Clara—. Señorita Bell. Tengo entendido que ha tenido una semana bastante movida.

—En efecto, Lady Pemberton —respondió Clara, manteniendo una sonrisa educada—. Aunque agradezco tener tan buenos amigos durante tiempos difíciles.

Los ojos de la mujer mayor parpadearon entre Clara y Matthew, notando su proximidad con una expresión que mezclaba resignación y cálculo. —Sí, bueno —dijo después de un momento—, supongo que uno debe admirar la resiliencia, incluso en lugares inesperados. Disfrutad de los refrigerios. La cocinera se ha superado con los pasteles de almendra.

Con esa ambigua bendición, se alejó para atender a otros invitados, dejando a Clara intercambiar una mirada de cejas levantadas con Matthew. —Creo que eso es lo más cercano a la aprobación que probablemente recibiré de tu tía —murmuró.

—Un verdadero abrazo según sus estándares —concordó Matthew con una risa baja—. Aunque sospecho que su cambio de opinión tiene menos que ver con un genuino acercamiento a tus encantos y más con reconocer hacia dónde sopla el viento social.

Clara rio suavemente, apreciando su franqueza. —Aceptaré la tolerancia pragmática por encima del desdén activo —respondió—. De hecho, después de los acontecimientos de la semana pasada, descubro que he desarrollado un aprecio bastante agudo incluso por las pequeñas victorias.

Mientras Matthew le sonreía, sus ojos oscuros cálidos con afecto y algo más profundo que Clara no estaba del todo preparada para nombrar, se encontró pensando que algunas victorias, sin embargo, no eran pequeñas en absoluto.



El salón de baile de la Condesa de Harrington resplandecía con la luz de las velas, cientos de llamas reflejadas en los espejos con marcos dorados que cubrían las paredes, creando una ilusión de espacio y luz infinitos. Clara permanecía al borde de la pista de baile, observando cómo las parejas pasaban girando en un brillante remolino de color y movimiento, mientras su propio vestido de noche

dorado captaba la luz con cada sutil movimiento de su cuerpo. La semana pasada había traído cambios tan extraordinarios a sus circunstancias que a veces sentía que podría despertar en cualquier momento para descubrir que todo había sido un sueño particularmente vívido. Su desgracia se había transformado en reivindicación, su aislamiento en inclusión y, lo más notable de todo, Matthew Whitmore había pasado de ser un admirador distante a un compañero constante con una rapidez que la dejaba ligeramente sin aliento.

—Señorita Bell, parece estar sumida en profundas reflexiones —dijo la suave voz de Lady Persephone a su lado—. ¿Acaso no es el baile de su agrado?

—Todo lo contrario —le aseguró Clara, sonriendo cálidamente a la joven cuya inesperada intervención había puesto en marcha tantos acontecimientos recientes—. Simplemente me maravillaba de cuánto puede cambiar en el espacio de una semana.

—Es casi como una novela, ¿verdad? —observó Persephone con inesperada perspicacia—. De esas donde la fortuna de la heroína cambia por completo en el transcurso de un capítulo.

Lord Debney, resplandeciente con su atuendo de gala que de algún modo lograba ser al mismo tiempo perfectamente correcto y sutilmente distintivo, se unió a ellas con dos copas de ponche. —¿Qué es eso sobre novelas y heroínas? —preguntó, entregando una copa a Persephone con una galantería que provocó un bonito rubor en sus mejillas—. ¿Estáis tramando alguna empresa literaria? Insisto en ser incluido. Siempre he pensado que sería un espléndido héroe romántico.

Clara rio con sinceridad; a pesar del gusto de Lord Debney por los chismes, había llegado a apreciar mucho al elegante lord. —Más bien creo que seríais el encantador personaje secundario, Lord Debney. Ese que alegra el ambiente cuando la historia se vuelve demasiado seria.

—Me tomaré eso como un cumplido —declaró Debney, colocando una mano sobre su corazón con fingida solemnidad—. Aunque mantengo que podría protagonizar admirablemente una novela si se me diera la oportunidad.

—¿Protagonizar qué admirablemente? —preguntó Matthew, apareciendo junto a Clara tan repentinamente que ella se preguntó si sus pensamientos de algún modo lo habían invocado.

—El papel central en una novela —explicó Debney alegremente—. La señorita Bell me ha asignado el papel de alivio cómico que, aunque reconoce mi ingenio, no logra reconocer mi profundidad de carácter.

Los ojos de Matthew se arrugaron en las comisuras al sonreír, una expresión privada destinada solo a Clara. —Estoy seguro de que la señorita Bell ha evaluado tu potencial literario con su habitual agudeza —dijo, sin apartar nunca la mirada de su rostro.

Clara sintió una calidez familiar extenderse por su pecho ante su cercanía, ante la forma en que su atención parecía excluir al resto del abarrotado salón de baile. Todavía era sorprendente esta transformación de cortés distancia a íntima conciencia, y se encontraba continuamente sorprendida por la profundidad de su respuesta hacia él.

El cuarteto comenzó una animada danza campestre, y las parejas empezaron a formar grupos por todo el pulido suelo. Matthew abrió la boca como para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, una joven con un vestido azul pálido se acercó a su grupo, sus rizos rubios artísticamente arreglados bajo una coronilla de flores de seda.

—Lord Whitmore —dijo, con una voz de cadencia musical—, creo que mi madre mencionó que me habíais prometido el primer baile esta noche. —Sonrió con coquetería, sus ojos azul pálido fijos en Matthew con un interés inconfundible.

—Lady Amelia —reconoció Matthew con una ligera reverencia—. En efecto, recuerdo haber hecho tal promesa a la condesa. Si me disculpáis —añadió dirigiéndose a Clara y los demás—, prometí abrir el baile con la hija de Lady Harrington.

Clara asintió educadamente, manteniendo su expresión serena aunque sintió un inesperado y completamente inoportuno retortijón de algo muy parecido a los celos cuando Matthew condujo a Lady Amelia a la pista de baile. La delicada mano de la rubia descansaba en su brazo con familiar soltura, e inclinaba la cabeza para mirarlo con una expresión de atenta fascinación mientras él hablaba.

—Señorita Bell, ¿me haría el honor? —Lord Carroway apareció ante ella, con la mano extendida en invitación. Clara aceptó con una sonrisa amable, permitiendo que la guiara hasta el grupo que se estaba formando, directamente frente a donde Matthew y Lady Amelia habían tomado posiciones.

La música comenzó con brío, y Clara se movió a través de los patrones familiares del baile con gracia experimentada. Lord Carroway era un compañero competente, ni demasiado rígido ni

demasiado exuberante en sus movimientos, y en circunstancias normales, Clara habría disfrutado plenamente de su baile. Pero su atención seguía desviándose hacia donde la alta figura de Matthew se movía con sorprendente agilidad para un hombre de su tamaño, su mano descansando en la cintura de Lady Amelia mientras giraban juntos.

—Parece distraída esta noche, señorita Bell —observó Lord Carroway mientras giraban el uno alrededor del otro, su tono ligero pero sus ojos perspicaces—. ¿Espero no haberla ofendido de alguna manera?

—En absoluto —le aseguró Clara rápidamente, obligándose a volver su atención a su pareja—. Simplemente estoy un poco fatigada. Ha sido una semana bastante agitada.

—Eso he oído —respondió él, con un brillo de complicidad en la mirada—. Aunque debo decir que su habilidad como amazona nunca estuvo en duda entre aquellos de nosotros que entendemos de estos asuntos. Algunos animales son simplemente impredecibles, aunque quizás más aún cuando son deliberadamente agitados.

Clara sonrió, genuinamente agradecida por su apoyo. —Es muy amable al decirlo, Lord Carroway. Aunque confieso que estoy ansiosa por dejar todo el incidente atrás.

El baile los unía, luego los separaba, y luego los unía de nuevo, el ritmo llevándolos a través de la pista. Cada vez que las figuras del baile los separaban, Clara encontraba su mirada desviándose de nuevo hacia Matthew, notando con creciente desazón cuán íntimamente conversaban él y Lady Amelia Harrington, sus cabezas inclinadas la una hacia la otra como si compartieran confidencias.

Lady Amelia era innegablemente hermosa, con sus delicadas facciones y su figura esbelta, precisamente el tipo de belleza refinada que se esperaría que admirara un futuro duque. Y a diferencia de Clara, no había nada poco convencional en sus antecedentes o educación, ninguna sombra de ilegitimidad que pudiera complicar potencialmente una unión.

La inesperada punzada de estos pensamientos pilló a Clara desprevenida. Nunca se había considerado particularmente susceptible a los celos, siempre se había enorgullecido de su naturaleza práctica y su evaluación clara de las situaciones. Sin embargo, ahí estaba, con su concentración fracturada, su ánimo oscureciéndose, todo porque Matthew Whitmore estaba bailando con otra mujer, como tenía todo el derecho y la obligación social de hacer.

La revelación era tan inquietante como esclarecedora. En el espacio de apenas unas semanas, Matthew se había convertido en alguien central para su felicidad de una manera en que nadie lo había sido antes. Era aterrador y emocionante en igual medida, esta creciente conciencia de cuán profundos eran sus sentimientos.

Al concluir el baile, Clara hizo una reverencia a Lord Carroway, agradeciéndole con una cortesía automática antes de girarse para encontrar a Matthew ya acercándose, su expresión iluminándose cuando sus miradas se encontraron. Lady Amelia no se veía por ninguna parte.

—Creo que el siguiente baile es mío —dijo, extendiendo su mano hacia Clara—. ¿A menos que necesites un momento de descanso?

—Soy perfectamente capaz de bailar toda la noche —respondió Clara con un toque de desafío que hizo que las cejas de Matthew se arquearan ligeramente con sorpresa.

—Entonces me consideraré afortunado de haber asegurado tu mano para al menos un baile —dijo, llevándola de vuelta a la pista mientras los músicos comenzaban un vals.

Su palma se posó en la cintura de Clara, cálida y firme a través de la seda de su vestido. Clara colocó su mano en el hombro de él, agudamente consciente de su altura, su solidez, la sutil manera en que su cuerpo guiaba el de ella mientras comenzaban a moverse en perfecta sincronía.

—Pareces distraída esta noche —observó Matthew, con la voz lo suficientemente baja para que solo ella pudiera oírlo—. ¿Algo te ha preocupado?

Clara consideró evadir la pregunta, ofrecer alguna educada evasiva, pero se encontró reacia a recurrir a tales tácticas con él. —Simplemente observando las consecuencias de nuestra pequeña revelación —respondió, intentando mantener un tono ligero a pesar de la persistente incomodidad en su pecho.

Los ojos oscuros de Matthew estudiaron su rostro con una perspicacia desconcertante. —¿Es eso todo? —preguntó suavemente —. Parecías bastante interesada en observar mi baile con Lady Amelia.

El calor subió a las mejillas de Clara al ser descubierta tan fácilmente. —Es muy bonita —dijo cuidadosamente, con la mirada fija en algún punto cercano a su corbatín—. Y claramente bastante cautivada por ti.

Una pequeña sonrisa jugaba en las comisuras de la boca de Matthew. —Lord Harrington es un viejo amigo de mi padre —explicó, su mano apretándose ligeramente en la cintura de Clara mientras la guiaba a través de un giro—. He conocido a Lady Amelia desde que usaba andadores. Me estaba pidiendo consejo sobre si debería aceptar la inminente propuesta de Lord Wexley.

—Oh —suspiró Clara, el alivio inundándola con una intensidad vergonzosa—. No me había dado cuenta...

—¿De que estaba prestando un servicio fraternal en lugar de participar en un coqueteo? —terminó Matthew por ella, sus ojos brillando con diversión apenas contenida—. Señorita Bell, ¿podría ser que estuvieras celosa?

—Ciertamente no —respondió ella con toda la dignidad que pudo reunir, aunque sospechaba que sus mejillas ardientes la traicionaban —. Solo estaba... preocupada por tu elección de pareja de baile.

Matthew rió suavemente, el sonido vibrando a través de su pecho donde sus cuerpos casi se tocaban. —Tu preocupación queda registrada —dijo, bajando la voz a un tono que envió un agradable escalofrío por la columna de Clara—. Aunque es completamente innecesaria. Solo hay una pareja en esta sala que capta mi interés, y soy lo suficientemente afortunado como para estar bailando con ella en este mismo momento.

El corazón de Clara realizó un revoloteo completamente impropio ante sus palabras. Levantó la mirada para encontrarlo observándola con una intensidad que le cortó la respiración, sus ojos oscuros reflejando la luz de las velas y algo más profundo, más cálido, que ella solo estaba comenzando a entender.

Al otro lado del salón, Sir Richard y Lady Bell se encontraban observando a los bailarines, sus expresiones complacidas mientras veían a Clara y Matthew moverse juntos en perfecta armonía. La mano de Theresa descansaba sobre el brazo de su esposo, apretando suavemente en silenciosa comunicación.

—Se ve feliz —murmuró Sir Richard, sus claros ojos azules suavizándose al mirar a su hija—. Verdaderamente feliz, no solo poniendo buena cara como hizo después de aquel terrible incidente en el parque.

—Así es —coincidió Theresa, con una mirada cariñosa—. Y Lord Whitmore parece bastante enamorado, ¿verdad? La manera en que la observa, como si fuera la única mujer en la sala.

La expresión de Sir Richard se volvió pensativa. —¿Crees que va en serio con sus intenciones? Después de su comportamiento anterior...

—Creo que sí —respondió Theresa con tranquila certeza—. Hubo un malentendido entre ellos, pero parece haberse resuelto bastante a fondo.

Al otro extremo del salón de baile, parcialmente oculta tras una columna adornada con flores, Lady Virginie permanecía sola, sus ojos color zafiro entrecerrados mientras observaba a la pareja en la pista de baile. Su abanico se abría y cerraba con creciente agitación, el sonido apenas audible sobre la música pero transmitiendo igualmente su frustración. La don nadie campesina de cabello dorado, que debería haber sido completamente humillada a estas alturas, era en cambio el centro de atención admirativa, mientras que la propia Virginie quedaba relegada a la periferia de una sociedad que una vez había dominado.

Pero la espina más dolorosa en su costado era la visión de Matthew Whitmore mirando a Clara Bell como si fuera un tesoro excepcional, su expresión sin nada del educado desinterés que había mostrado durante su breve coqueteo con la propia Virginie. El abanico se cerró con particular fuerza, sus varillas de marfil crujiendo en protesta por el trato.

Esto, decidió Virginie, apretando los labios en una fina línea, estaba lejos de haber terminado.



Capítulo Catorce

Noviembre, 1812

LA FRESCA MAÑANA DE noviembre trajo consigo una libertad que Clara había temido perder para siempre. A lomos de Guinevere, su querida yegua negra, sintió el familiar ritmo de los poderosos músculos moviéndose bajo ella mientras galopaban por los senderos más tranquilos de Hyde Park. Los moratones de su caída se habían desvanecido hasta convertirse en pálidas sombras amarillentas sobre su piel, y la rigidez de sus articulaciones finalmente había cedido tras persistentes estiramientos y ejercicio suave. Clara respiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire fresco perfumado de hojas caídas y tierra húmeda, sintiendo una oleada de gratitud por este simple placer recuperado.

—Te ves notablemente cómoda en esa silla —observó Matthew, guiando a Ajax junto a ella—. Nadie diría que sufriste semejante caída hace apenas quince días.

Clara sonrió, mientras el viento jugueteaba con los mechones sueltos de cabello que habían escapado de su sombrero de montar.

—Guinevere y yo nos entendemos a la perfección —respondió, acariciando el reluciente cuello de la yegua—. A diferencia del pobre sustituto de Pegasus, a ella no la han confundido deliberadamente sobre sus deberes.

La referencia a su desastroso paseo quedó suspendida entre ellos por solo un instante antes de que la sonrisa de Matthew la disipara. Habían discutido extensamente el incidente en los días transcurridos desde su descubrimiento en los establos de Lord Westbourne, y Clara había aceptado lo ocurrido. La entrada anónima en el libro de apuestas de White's había surtido efecto; su reputación como amazona estaba restaurada, y la posición de Lady Virginie había sufrido un golpe del que quizás nunca se recuperaría completamente.

—Debo decir —continuó Matthew, con sus ojos oscuros cálidos mientras se posaban en su rostro— que la primera hora de la mañana te favorece, señorita Bell. Hay una cualidad particular en tu sonrisa cuando estamos lejos de las restricciones de los salones y los bailes.

—Quizás porque estoy haciendo lo que más me gusta —respondió Clara, dando rienda suelta a Guinevere durante unos estimulantes pasos antes de volver a recogerla—. A los caballos no les importa el linaje ni la fortuna de uno. Solo juzgan cómo se les trata.

—Una filosofía que buena parte de la sociedad haría bien en adoptar —convino Matthew, manteniendo fácilmente el ritmo con su poderoso semental.

Cabalgaron en un silencio agradable durante un rato, siguiendo los sinuosos senderos a través del parque. La niebla matutina se había

disipado, revelando un cielo de un perfecto azul otoñal, y los árboles habían comenzado su transformación del verde al oro y al carmesí. Clara sintió una satisfacción que no había experimentado desde su llegada a Londres, una sensación de que, cualesquiera que fueran las opiniones de la sociedad, cualesquiera que fueran los obstáculos que pudieran surgir de su origen poco convencional, había encontrado en Matthew a alguien que la veía claramente y valoraba lo que veía.

—¿Damos una vuelta más antes de regresar? —sugirió, reacia a terminar su paseo a pesar de saber que les esperaba a ambos un día completo de compromisos sociales.

—Estoy enteramente a tu disposición —respondió Matthew con una ligera reverencia desde la silla que hizo reír a Clara por su formal precisión a pesar de su entorno informal.

Dirigieron sus caballos hacia el sendero oriental, moviéndose a un trote recogido que mostraba tanto el entrenamiento de ambos animales como la habilidad de sus jinetes. Clara era consciente de las ocasionales miradas de admiración de los pocos madrugadores en el parque, un marcado contraste con las miradas horrorizadas que habían seguido su caída. Era un cambio agradable, este regreso a ser observada por su destreza en lugar de por su infortunio.

Al aproximarse a la salida del parque, Clara notó un pequeño grupo de peatones cerca de la puerta. Visitantes matutinos y compradores, supuso, comenzando sus actividades del día. Prestó poca atención al grupo, concentrándose en guiar a Guinevere por el sendero que se estrechaba, con Matthew todavía cabalgando a su lado.

Fue solo cuando se acercaron que reconoció una figura familiar entre el grupo de damas y caballeros bien vestidos. Lady Virginie de Mortimer estaba ligeramente apartada de los demás, su esbelta figura envuelta en un elegante vestido de paseo, su cabello oscuro arreglado bajo un bonete a juego. Miró a Clara con dureza, antes de apartarse como fingiendo no haberla visto.

Clara asintió educadamente en respuesta al saludo de uno de los otros miembros del grupo, manteniendo una mano firme en las riendas de Guinevere mientras navegaban por el camino repentinamente congestionado. La yegua se movía con su habitual gracia serena, sin inmutarse por la proximidad de los peatones. Casi habían pasado cuando Clara notó un movimiento sutil de Lady Virginie, que se había desplazado ligeramente hacia un lado del grupo.

El ataque ocurrió tan rápido que Clara no tuvo tiempo de reaccionar. Un destello plateado en la mano enguantada de Virginie, un rápido movimiento de puñalada, y entonces Guinevere dejó escapar un agudo relincho de sorpresa. La yegua, asustada pero magníficamente entrenada, no salió disparada. En su lugar, dio una patada refleja con una pata trasera, una respuesta defensiva natural ante un dolor inesperado.

El chillido de Lady Virginie cortó el aire de la mañana cuando el casco de Guinevere conectó directamente con su mano. El alfiler de sombrero voló de su agarre, aterrizando en el sendero de grava a la vista de todos los presentes. Virginie se llevó la mano herida al pecho, su hermoso rostro contorsionado de dolor y furia.

Jadeos y murmullos ondularon entre los observadores reunidos, una ola de susurros conmocionados extendiéndose desde la escena. Clara luchó por mantener el control de Guinevere, que ahora se desplazaba nerviosamente de lado, con las orejas moviéndose hacia adelante y hacia atrás.

—¡Ha apuñalado a ese caballo con un alfiler de sombrero, Dios mío! —dijo uno de los caballeros en voz alta—. ¡Qué acto tan ruin!

—Tranquila, pequeña —murmuró Clara, con voz baja y reconfortante a pesar del rápido latir de su corazón—. Estás bien.

Matthew había desmontado en un instante, dirigiéndose a la cabeza de Guinevere para ayudar a calmar a la yegua mientras mantenía un ojo vigilante sobre Lady Virginie. Su expresión se había endurecido en una máscara de fría furia que transformaba sus rasgos habitualmente cálidos. —Señorita Bell, ¿está usted bien? —miró a Clara.

—¿Qué significa esto? —resonó una voz atronadora desde el borde de la multitud. El Conde de Westbourne se abrió paso entre los espectadores, su imponente figura y porte aristocrático hicieron que la gente se apartara inmediatamente. Llegó al pequeño claro que se había formado alrededor de Clara, Matthew y Virginie, sus ojos abarcando la escena: su hija sujetándose la mano herida, el alfiler de plata expuesto en el camino, la yegua aún moviéndose nerviosamente bajo las manos firmes de Clara mientras un fino hilo de sangre se deslizaba por su lustrosa grupa.

El rostro del conde se ensombreció con una furia que pareció envejecerlo una década en un instante. Se agachó para recoger el

alfiler, examinándolo brevemente antes de volverse hacia Lady Virginie.

—¿Es tuyo? —exigió, con una voz que llegó hasta el ahora silencioso grupo.

Virginie levantó la barbilla desafiante, aunque su voz tembló ligeramente. —Se lo merecía —dijo, señalando hacia Clara con su mano ilesa—. Después de lo que me hizo, volviendo a todos contra mí con sus mentiras sobre los caballos.

La expresión del conde cambió de ira a algo más frío, y mucho más terrible en su contención. —¿Así que admites haber dañado deliberadamente a un animal inocente en un intento de herir a la señorita Bell? —preguntó, cada palabra precisa y cortante.

Virginie pareció darse cuenta demasiado tarde de la magnitud de su error. Sus ojos se agrandaron mientras miraba a su alrededor a los rostros horrorizados de los testigos, muchos de los cuales se encontraban entre las figuras más influyentes de la sociedad londinense. —No quería decir... es decir, solo quería...

—Silencio —ordenó el conde, y tal fue la autoridad en su voz que Virginie calló de inmediato, sus mejillas enrojeciendo de humillación —. Has deshonrado nuestro nombre por última vez. Regresarás a casa inmediatamente y prepararás tus pertenencias. Al anochecer, estarás de camino a nuestra finca en Yorkshire, donde permanecerás hasta que yo determine que has aprendido el significado del honor y la conducta apropiada.

El rostro de Virginie perdió todo color. —Padre, no puedes hablar en serio...

—Nunca he hablado más en serio —la interrumpió, con un tono que no admitía discusión—. El carruaje partirá antes del anochecer. Te sugiero que te apresures a empacar lo que desees llevar contigo.

Despedida, Virginie permaneció inmóvil por un momento, sus ojos zafiro llenos de humillación y rabia mientras se fijaban en Clara. Luego, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se alejó apresuradamente, sus faldas rozando sus tobillos mientras prácticamente huía de la escena.

El conde la observó marcharse, con expresión sombría, antes de volverse hacia Clara. Se acercó con una reverencia formal que mostraba los impecables modales de un caballero criado para el privilegio y la responsabilidad. —Señorita Bell —dijo, su voz ahora modulada con cortés arrepentimiento—, debo ofrecerle mis más profundas disculpas por el comportamiento inexcusable de mi hija. No puede haber justificación para tal acto, y le aseguro que afrontará las consecuencias apropiadas.

Clara se sentó muy derecha en su silla de montar, consciente de las muchas miradas sobre ella. Su corazón latía aceleradamente bajo su traje de montar, y sus manos temblaban ligeramente sobre las riendas, pero mantuvo su expresión serena, su voz firme mientras respondía.

—Gracias por sus disculpas, Lord Westbourne —dijo, inclinando la cabeza con gracia—. Las acepto entendiendo que las acciones de un individuo no reflejan a toda una familia. —Sonrió ligeramente, añadiendo—: Y afortunadamente, tanto Guinevere como yo parecemos haber escapado de un daño grave.

Un murmullo de aprobación recorrió la multitud que observaba ante su graciosa respuesta. Las severas facciones de Lord Westbourne se suavizaron ligeramente con algo parecido al respeto. —Es usted muy generosa, señorita Bell —dijo, inclinándose una vez más antes de dirigirse a los espectadores—. Creo que este desafortunado incidente ha concluido. ¿Permitimos que la señorita Bell y Lord Whitmore continúen su mañana sin más interrupciones?

Mientras la multitud comenzaba a dispersarse, muchos lanzando miradas compasivas en dirección a Clara, Matthew volvió a montar su caballo y guió a Ajax junto a Guinevere. —¿Estás realmente bien? —preguntó suavemente, su mirada preocupada examinando su rostro—. Eso fue magistralmente manejado, pero debe haber sido terriblemente angustioso.

Clara exhaló lentamente, permitiendo que parte de la tensión abandonara su cuerpo. —Creo que lo estaré —respondió, acariciando el cuello de Guinevere para tranquilizarla—. Aunque confieso que mis manos quizás no dejen de temblar por bastante tiempo.

La expresión de Matthew se suavizó con admiración. —Pocos lo sabrían al mirarte —dijo—. Mostraste la compostura de una duquesa.

Clara sonrió ante eso, encontrando una fuerza inesperada en sus palabras. La paz de la mañana se había hecho añicos, pero en su lugar había algo más, algo que se sentía notablemente como un triunfo. —Ven —dijo—. Volvamos a casa. Mi padre querrá examinar a la pobre Guinevere; la herida parece menor, pero él querrá aplicar sus ungüentos curativos especiales.



La casa de Hanover Place se alzaba ante Clara como un santuario, su familiar fachada de ladrillo prometiendo consuelo después de los angustiosos acontecimientos de la mañana. Al desmontar con la ayuda del mozo de cuadra, encontró sus piernas menos firmes de lo que hubiera deseado, los efectos retardados del shock comenzando a manifestarse ahora que estaba a salvo del escrutinio público. Matthew la había escoltado hasta la misma puerta antes de despedirse a regañadientes, arrancándole la promesa de que enviaría noticias más tarde confirmando su bienestar. Clara tocó sus mejillas sonrojadas con sus manos aún temblorosas, serenándose antes de entrar en la casa donde sabía que sus padres inmediatamente percibirían que algo iba mal.

Phillips abrió la puerta antes de que ella pudiera alcanzar la aldaba, su rostro normalmente impasible registrando sorpresa por su temprano regreso. —Señorita Bell —la saludó, apartándose para permitirle la entrada—. Sir Richard y Lady Bell están en la sala de estar.

—Gracias, Phillips —respondió Clara, entregándole su sombrero de montar y sus guantes—. ¿Serías tan amable de pedir a uno de los mozos que revise a Guinevere cuidadosamente? Ha recibido un... un pinchazo afilado en su grupa y tiene una pequeña herida que necesita atención, y uno de los ungüentos curativos de mi padre.

Las cejas del mayordomo se arquearon ligeramente, pero simplemente asintió. —Por supuesto, señorita Bell. Ahora mismo.

Clara tomó aire para serenarse mientras atravesaba el vestíbulo hacia la sala de estar. Podía oír las voces de sus padres, el grave murmullo de la conversación de su padre entremezclado con los tonos más suaves de Theresa. El sonido familiar le provocó una oleada de emoción que no había anticipado, un repentino anhelo por la sencilla seguridad de Belle Haven, donde las opiniones de la sociedad importaban tan poco en comparación con el trabajo honesto de entrenar caballos y administrar la finca.

Se detuvo en el umbral, contemplando la escena tranquila ante ella. Sir Richard estaba de pie junto a la ventana, con un periódico en la mano, mientras Theresa se sentaba en su sillón favorito cerca del fuego, con un bordado en su regazo. Ambos levantaron la mirada simultáneamente cuando Clara entró, sus expresiones cambiando de inmediato del contentamiento a la preocupación.

—Clara —dijo Theresa, dejando a un lado su labor y levantándose rápidamente—. ¿Qué ha pasado? Estás blanca como la leche.

Sir Richard cruzó la habitación en tres largas zancadas, sus claros ojos azules escrutando su rostro. —¿Estás herida? —preguntó, con voz aguda por la preocupación—. ¿Te has caído otra vez?

Clara negó con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa ante su inmediata preocupación. —No estoy herida —les aseguró—. Pero ha habido un... incidente en el parque. ¿Quizás podríamos sentarnos?

Se acomodó en el sofá de damasco azul, Theresa se unió a ella mientras Sir Richard permanecía de pie, su alta figura irradiando energía protectora mientras esperaba a que ella explicara.

—Estaba montando con Lord Whitmore esta mañana —comenzó Clara, con las manos fuertemente entrelazadas en su regazo—. Justo cuando salíamos del parque, nos encontramos con un grupo de peatones cerca de la puerta. Lady Virginie estaba entre ellos.

El dulce rostro de Theresa se endureció ligeramente al mencionar el nombre de Virginie, mientras que la expresión de Sir Richard se tornó cautelosa. Aunque Clara no había explicado los detalles del truco del cambio de caballo que Virginie había perpetrado y que había provocado la caída de Clara, sospechaba que su padre había oído los rumores.

—Mientras pasábamos —continuó Clara, con voz notablemente firme a pesar del impacto residual—, ella se acercó deliberadamente a Guinevere y la pinchó con un alfiler de sombrero. —Hizo una pausa, el recuerdo del chillido sobresaltado de Guinevere aún vívido en su mente—. Guinevere reaccionó como lo haría cualquier caballo; dio una coz por reflejo. El golpe alcanzó la mano de Lady Virginie, haciendo que dejara caer el alfiler donde todos pudieran verlo.

—¡Dios santo! —exclamó Sir Richard, comenzando a caminar de un lado a otro frente a la chimenea—. Podría haber causado un accidente grave. Si Guinevere hubiera salido disparada hacia las calles...

—Pero no lo hizo —interrumpió Clara, con una nota de orgullo en su voz—. Está demasiado bien entrenada para eso. Simplemente se defendió contra el dolor.

—¿Y Lady Virginie? —preguntó Theresa, con sus regordetas manos retorciéndose ansiosamente en su regazo—. ¿Qué pasó entonces?

Los labios de Clara se curvaron en una pequeña sonrisa satisfecha. —No hice nada, no tuve que hacerlo. Su padre presenció todo. Llegó justo cuando sucedía y vio el alfiler en el suelo. —Describió la tronante llegada de Lord Westbourne, su denuncia pública de su hija y su destierro a Yorkshire—. Se disculpó conmigo de manera muy formal delante de todos los presentes.

Sir Richard había detenido su paseo, su expresión cambiando de ira a un feroz orgullo mientras Clara relataba su serena respuesta a las disculpas del conde. —Te comportaste maravillosamente —dijo, con voz ronca por la emoción—. Mejor de lo que yo podría haberlo hecho en tu lugar. Yo habría estado tentado de usar la fusta con la muchacha.

—Richard —le reprendió Theresa, aunque había un brillo en sus ojos marrones que sugería que podría no estar completamente en desacuerdo con el sentimiento.

Se volvió hacia Clara, extendiendo la mano para apretar la suya. —Has demostrado una notable elegancia bajo presión —dijo, con voz cálida de orgullo maternal.

Clara sintió un rubor de placer ante las palabras de su madre. —Por dentro estaba aterrorizada —admitió—. Mi corazón latía tan rápido que pensé que podría salirse de mi pecho. Pero recordé lo que siempre me habéis enseñado sobre mantener la compostura, especialmente cuando otros están observando.

—Has elevado aún más tu posición en la sociedad con tu respuesta —observó Sir Richard, finalmente tomando asiento frente a ellas—. Lord Westbourne es un hombre influyente. Su disculpa pública contigo, combinada con la desgracia de su hija, asegurará que nadie

se atreva a cuestionar tu carácter de nuevo. ¡Creo que has ganado, querida!

—No se trata de ganar o perder —contradijo Theresa suavemente—. Se trata de revelar quién eres realmente a través de tus acciones. Los celos de Lady Virginie la llevaron a su caída porque permitió que corrompieran su carácter. Tú triunfaste no porque conspiraras contra ella, sino porque permaneciste fiel a ti misma.

Clara asintió, comprendiendo la sabiduría en las palabras de su madre. —Nunca quise su destrucción —dijo suavemente—. Solo quería que me juzgaran justamente, por mis propios méritos.

—Y ahora así será —declaró Sir Richard con contundencia—. La alta sociedad no ama nada más que una escena dramática con un claro villano y un héroe. Hoy, tú fuiste indiscutiblemente la heroína.

Hablaron un rato más, la conversación pasando gradualmente del drama de la mañana a la velada que les esperaba. Almacks les aguardaba, aquel templo exclusivo de la aprobación social donde solo aquellos con la bendición de las patronas podían entrar. Clara había recibido los vales poco después de su llegada a Londres, la influencia de Lady Bridgnorth asegurando su aceptación.

Horas más tarde, Clara se encontraba ante su espejo mientras su doncella hacía los últimos ajustes a su conjunto de noche, un vestido nuevo que aún no había tenido la oportunidad de llevar. La seda verde pálido fluía sobre su figura en líneas elegantes, su modesto escote y mangas cortas adornados con delicados bordados de hilo dorado. Su cabello rubio había sido dispuesto en un elegante moño de trenzas enrolladas alrededor de su cabeza, con algunos rizos suaves enmarcando su rostro.

Clara estudió su reflejo, notando los sutiles cambios que los acontecimientos de la mañana habían provocado en su porte. Se mantenía más erguida, con la barbilla elevada con serena confianza en lugar de desafío. Los ojos verdes que le devolvían la mirada parecían de alguna manera más brillantes, más seguros. Era la misma Clara Bell que había llegado a Londres llena de temor sobre cómo sería recibida, y sin embargo había cambiado fundamentalmente, fortalecida por los desafíos a los que se había enfrentado y superado.

Benson, su doncella, le trajo el collar de perlas de su madre biológica, colocándolo cuidadosamente sobre su piel antes de asegurar el broche. Las perlas brillaban suavemente a la luz de las velas, su lustre ni ostentoso ni llamativo, sino discreta y confiadamente hermoso. Clara las tocó ligeramente, pensando en la joven que las había llevado antes que ella, que había amado imprudentemente pero había dado vida a Clara.

—¿Estarías orgullosa de mí? —susurró al recuerdo de la madre que nunca había conocido. Las perlas parecieron calentarse contra su piel, y aunque sabía que era mera fantasía, Clara decidió tomarlo como una respuesta, porque Elizabeth Bell también había sido hija de Belle Haven, una amazona hasta la médula.



Almacks resplandecía con la suave luz de cientos de velas, sus llamas reflejadas en las arañas de cristal que colgaban del techo y

multiplicadas en los numerosos espejos que cubrían las paredes. El efecto era de una brillantez etérea, transformando las salas, por lo demás bastante sencillas, en una escena de cuento de hadas. Clara entró caminando entre sus padres, consciente del sutil cambio de atención cuando las cabezas se giraron en su dirección. El incidente de la mañana en Hyde Park evidentemente les había precedido; los susurros revoloteaban entre la multitud como hojas de otoño, acompañados de gestos de aprobación y miradas de admiración en lugar de la lástima o burla que podría haber temido solo días antes.

—Parece que las noticias viajan más rápido de lo que anticipamos —murmuró Sir Richard, dando unas palmaditas a la mano de ella que descansaba sobre su brazo—. Aunque a juzgar por estas reacciones, la historia no te ha hecho ningún daño.

—Todo lo contrario —respondió Clara en voz baja, ofreciendo una educada sonrisa y una respetuosa reverencia a Lady Jersey mientras pasaban junto a la formidable anfitriona—. Creo que me han otorgado el papel de heroína en este drama particular.

Su padre soltó una risita, un sonido cálido de orgullo. —Como debe ser. Ah, veo que tu madre nos ha encontrado un lugar cerca de Lady Pemberton. ¿Nos unimos a ellas?

Antes de que pudieran atravesar la sala, Matthew apareció ante ellos, su alta figura impecablemente vestida de gala, sus ojos oscuros encontrando los de Clara con inmediata calidez. Hizo una reverencia formal a Sir Richard antes de volverse hacia Clara con entusiasmo apenas disimulado.

—Señorita Bell —dijo, su voz transmitiendo exactamente la nota adecuada de respetuosa admiración para el consumo público,

aunque la mirada en sus ojos hablaba de sentimientos más profundos—. Esperaba poder reclamar su primer baile de la noche.

Las cejas de Sir Richard se elevaron ligeramente, pero su expresión se mantuvo agradablemente neutral. —Creo que las parejas de baile de mi hija las gestiona ella misma —dijo, soltando el brazo de Clara con un sutil gesto de aprobación.

—Estaría encantada, Lord Whitmore —respondió Clara con una sonrisa alegre.

Mientras Sir Richard se alejaba para unirse a Theresa, Matthew ofreció su brazo a Clara, guiándola hacia la pista de baile donde las parejas ya se estaban reuniendo para el primer baile campestre. —Estás absolutamente radiante esta noche —dijo, con voz lo suficientemente baja para que solo ella pudiera oír—. Ese verde resalta el extraordinario color de tus ojos.

Clara sintió que un rubor le subía a las mejillas, todavía no acostumbrada a recibir cumplidos tan directos de él después de sus semanas de malentendidos. —Gracias —respondió—. Fue sugerencia de mi madre que me pusiera mi nuevo vestido esta noche. Pensó que podría levantarme el ánimo después de la excitación de esta mañana.

—Tu ánimo parece admirablemente alto —observó Matthew, tomando su posición frente a ella cuando comenzaron las primeras notas de música—. Aunque confieso que he estado preocupado por ti desde que nos separamos. Tal prueba desestabilizaría a cualquiera.

El baile comenzó, obligándoles a separarse brevemente antes de reunirse de nuevo en el patrón de las figuras. Clara se movía con gracia natural, sus pasos perfectamente acompasados con la música.

—Hablar con mis padres me resultó bastante reconfortante —explicó cuando estuvieron lo suficientemente cerca para conversar de nuevo —. Tienen una forma extraordinaria de poner las cosas en perspectiva.

—Un rasgo familiar, al parecer —respondió Matthew, con los ojos arrugándose en las comisuras al sonreír—. Tu compostura esta mañana fue nada menos que extraordinaria. La mitad de los caballeros en White's están maravillados contigo, que lo sepas.

Clara se rió, el sonido mezclándose con la música mientras giraban uno alrededor del otro. —¿Y la otra mitad?

—Completamente embelesados —respondió Matthew de inmediato, su expresión juguetona pero sincera—. Yo incluido, aunque me atrevería a decir que alcancé ese estado mucho antes de los acontecimientos de hoy.

El baile les separó de nuevo antes de que Clara pudiera formular una respuesta a esta declaración notablemente directa. Cuando volvieron a reunirse, logró recuperar la compostura lo suficiente como para cambiar de tema a un terreno más seguro. —Observo que Lady Pemberton nos mira con bastante atención —comentó—. ¿Ha mejorado su opinión sobre mí?

Matthew miró hacia su tía, cuyo rostro delgado mostraba una expresión que podría describirse caritativamente como de resignada aceptación. —A regañadientes concedió que tu manejo de Lady Virginie mostraba «cierta cualidad innata que habla de buena crianza» —respondió, imitando el tono altivo de su tía con tal precisión que Clara tuvo que contener otra risa—. De parte de la tía Mary, me temo que eso es toda la aprobación que puedes esperar.

El baile concluyó demasiado pronto, y Matthew entregó a Clara con reluctancia a su siguiente pareja, Lord Carroway, quien se acercó con evidente entusiasmo para reclamar su turno prometido. Durante el baile, Clara se encontró comparando su técnica perfectamente aceptable y su agradable conversación con la conexión más profunda que había sentido durante su baile con Matthew. Lord Carroway era apuesto, rico y claramente interesado en ella, pero no sentía nada más allá de una educada apreciación por su compañía.

—Manejaste el asunto del parque espléndidamente —comentó mientras giraban en una figura particularmente complicada—. Aunque no me sorprendió. Has mostrado un temple admirable desde tu llegada a Londres.

—Es usted muy amable, Lord Carroway —respondió Clara, aceptando el cumplido con un gesto elegante.

—No es amabilidad, solo soy observador —replicó él con una sonrisa que quizás habría hecho palpitar su corazón de habérsela ofrecido varias semanas antes. Ahora, se encontró mirando por encima del hombro de él, buscando la figura alta de Matthew entre la multitud. Lo encontró de pie junto a Lord Debney, con las cabezas inclinadas en lo que parecía ser una conversación seria.

A medida que avanzaba la velada, Clara bailó con varios caballeros, cada uno aparentemente más atento que el anterior. Se encontró recibiendo cumplidos y miradas de admiración de sectores que anteriormente la habían pasado por alto, un testimonio de cómo los acontecimientos de la mañana habían transformado por completo su posición social. Sin embargo, durante todo ese tiempo, su mirada

volvía repetidamente a Matthew, encontrándolo observándola con interés evidente sin importar con quién estuviera bailando.

Durante un breve descanso entre bailes, Clara se detuvo cerca de la mesa de refrescos, observando la brillante escena ante ella. Los salones de la asamblea se habían llenado hasta su capacidad, con muchos de los miembros más selectos de la sociedad londinense presentes. Las joyas de las damas captaban la luz de las velas, dispersando reflejos de arcoíris por las paredes y rostros, mientras que el negro y blanco formal de los caballeros proporcionaba un perfecto contraste para los coloridos vestidos que giraban por la pista de baile.

Fue mientras contemplaba este elegante espectáculo cuando Clara notó a Lord Debney guiando a Lady Persephone hacia un pequeño y apartado rincón al extremo de la sala. Había algo en su manera, cierta intensidad en la expresión habitualmente jovial de Lord Debney y una tímida anticipación en la postura de Persephone, que captó la atención de Clara. Clara se encontró sonriendo, sospechando lo que podría estar a punto de ocurrir.

—Pareces particularmente complacida con algo —llegó la voz de Matthew a su lado, sobresaltando a Clara de sus observaciones—. ¿Has recibido noticias especialmente buenas, o es simplemente el triunfo general de la velada lo que provoca esa sonrisa en tu rostro?

Clara se volvió hacia él, aceptando el vaso de limonada que le ofrecía. —Un poco de ambas, quizás —respondió—. Estaba observando a Lady Persephone y Lord Debney retirarse a un lugar apartado con lo que parecía ser un propósito significativo.

Matthew siguió su mirada, arqueando ligeramente las cejas. —¿De verdad? Bueno, Edward ha estado inusualmente serio estos últimos días. Cuando un hombre conocido por tratar todo como una gran broma de repente desarrolla interés en el precio del carbón en Newcastle y la adecuada administración de granjas arrendadas, uno comienza a sospechar que sus pensamientos están girando hacia establecer un hogar propio.

—Se complementarían extraordinariamente bien —observó Clara—. Su quietud equilibra perfectamente la exuberancia de él.

—Muy parecido a cómo tu naturaleza práctica complementa mi ocasional tendencia hacia imaginaciones góticas —sugirió Matthew, con tono ligero pero con ojos serios mientras se encontraban con los de ella.

Antes de que Clara pudiera responder a esta comparación bastante directa, la propia Persephone apareció a su lado, su rostro redondo sonrojado y sus brillantes ojos azules resplandeciendo con emoción apenas contenida. —Clara —dijo, olvidando la formalidad en su entusiasmo—, ¿podría hablar contigo en privado un momento?

Matthew hizo una reverencia, excusándose con admirable tacto. —Os dejaré a vosotras con vuestra conferencia —dijo, dirigiendo su sonrisa cómplice a su prima—. Aunque me reservo el derecho de estar entre los primeros en ofrecer felicitaciones, si es que se justifican.

El sonrojo de Persephone se intensificó mientras lo veía marcharse. —¿Es tan obvio? —susurró a Clara.

—Solo para quienes prestan especial atención —le aseguró Clara, guiándola hacia un rincón relativamente tranquilo donde pudieran

hablar sin ser escuchadas—. Cuéntamelo todo.

El rostro de Persephone se iluminó de alegría mientras se inclinaba más cerca, bajando su voz a un susurro emocionado. —Lord Debney, *Edward*, me ha propuesto matrimonio —confió, sus manos enguantadas agarrando las de Clara con sorprendente fuerza—. Dice que nunca ha conocido a nadie que le escuche como yo lo hago, que vea más allá de sus bromas al hombre que hay debajo. —Hizo una pausa, con asombro llenando su expresión—. Y yo nunca he conocido a nadie que me haga sentir tan cómoda siendo exactamente quien soy.

—Oh, Seph —exclamó Clara, sintiendo una genuina felicidad recorrerla. Abrazó cálidamente a su amiga, olvidando momentáneamente el decoro ante tal alegría—. ¡Nadie merece la felicidad más que tú!

Cuando se separaron, los ojos de Persephone brillaban con lágrimas contenidas de felicidad. —Nunca pensé... es decir, con mi timidez y los exigentes estándares de mi madre... temía que nunca encontraría a alguien que realmente me quisiera por mí misma.

—Lord Debney es un hombre muy afortunado —dijo Clara con firmeza—. Y claramente posee mucho mejor criterio del que la mayoría le atribuye.

—Nos casaremos en primavera —continuó Persephone, desbordando su entusiasmo—. En la finca familiar de él en Somerset. Debes venir a visitarnos después de la boda. Edward dice que los jardines están en su máximo esplendor a principios de verano.

—No desearía nada más —respondió Clara cálidamente—. Y vosotros debéis venir a Belle Haven. Mis hermanas te adorarían, y tenemos los paseos más maravillosos por las colinas.

Persephone asintió con entusiasmo. —Edward mencionó cuánto disfruta del campo. Dice que la sociedad londinense puede ser terriblemente agotadora con sus constantes exigencias de conversación ingeniosa. —Rió suavemente, un sonido sorprendentemente melodioso para alguien habitualmente tan reservada—. Afirma que mi presencia apacible es como un bálsamo para sus facultades sociales sobrecargadas.

—Os complementáis perfectamente —observó Clara, reconociendo la verdad en ello mientras hablaba—. Su entusiasmo te anima a dar un paso adelante, mientras que tu reflexión le da espacio para ser serio cuando lo necesita.

—Exactamente —coincidió Persephone, su expresión normalmente tímida transformada por la felicidad—. Es como si cada una aportara lo que a la otra le falta, creando juntas algo mejor de lo que cualquiera de nosotras podría ser por separado.

Mientras continuaban su conversación, haciendo planes para futuras visitas y compartiendo confidencias como solo pueden hacerlo las nuevas amigas al borde de cambios significativos en sus vidas, Clara sintió que una profunda satisfacción se apoderaba de ella. La confrontación de la mañana con Lady Virginie, en lugar de dañar su posición, había completado de algún modo su transformación de indecisa señorita de campo a segura joven de sociedad. Y había encontrado en Persephone una amiga verdadera y, esperaba, para toda la vida.

Matthew se acercó para pedir un segundo baile, y Clara aceptó con una sonrisa radiante y el corazón pleno mientras Persephone y Lord Debney ocupaban la pista junto a ellos.

La Pequeña Temporada no había sido exactamente lo que esperaba y, sin embargo, a pesar de todo lo ocurrido, su Plan había funcionado. La gran mayoría de la alta sociedad la había aceptado, nacimiento ilegítimo incluido, exactamente por quien era. Clara no era lo bastante ingenua como para pensar que esto podría sucederle a cualquier señorita; la influencia de su padre había abierto puertas que estarían cerradas para casi cualquier otra persona, pero ella, Clara Bell, hija ilegítima de un lacayo cuyo nombre nunca había conocido, estaba aquí en Almacks, bailando con un marqués mientras las anfitrionas observaban con sonrisas de aprobación.



Capítulo Quince

LA CARTA DE ANNA yacía abierta sobre el regazo de Clara. La familiar caligrafía de su hermana, con sus característicos bucles y ángulos, hacía cobrar vida a Belle Haven en su imaginación. La carta contenía todas las noticias habituales: qué caballos progresaban bien en su entrenamiento, cómo el clima otoñal había teñido las colinas de un glorioso dorado y, lo más importante, cuánto ansiaba Anna tener a Clara y a sus padres en casa por Navidad. La mejor amiga de Theresa, Helen, y su esposo, el señor Fallon, vicario local de Belle Haven, vivían en la casa para que las hermanas menores de Clara tuvieran supervisión adulta, pero Clara estaba segura de que echaban de menos a sus padres. Theresa, al menos, nunca había estado ausente de Belle Haven por más de una semana desde que Clara podía recordar.

—La potranca de un año de Guinevere ha crecido otra cuarta, te lo juro —había escrito Anna—. Apenas la reconocerás cuando regreses. Eliza, Laura y Charlotte preguntan a diario cuándo volverás a casa, y

les he dicho que la Navidad llegará más rápido de lo que piensan. Todo Belle Haven espera tu regreso triunfal tras conquistar la sociedad londinense.

Clara sonrió ante el tono burlón de su hermana. Anna se alegraría de oír sobre el eventual triunfo de Clara frente a las maquinaciones de Lady Virginie, aunque Clara deliberadamente había mantenido sus cartas ligeras en tales detalles, para no preocupar a sus hermanas. Clara pasó las yemas de los dedos por el papel, sintiendo que la invadía la familiar nostalgia por su hogar, pero bajo ella acechaba otra emoción completamente distinta, una que hacía que su corazón se encogiera ante la idea de dejar Londres. O más bien, ante la idea de dejar a una persona en particular en Londres.

La revelación la golpeó con sorprendente claridad: echaría terriblemente de menos a Matthew cuando regresara a Belle Haven. Más que extrañarlo, sentiría su ausencia como un dolor físico. La idea de no verlo a diario, de no compartir sus observaciones y escuchar sus ingeniosas respuestas, de no experimentar ese calor particular que se extendía por todo su cuerpo cada vez que sus miradas se encontraban a través de una habitación llena de gente... era casi insoportable.

Se descubrió deseando compartir con él cada pensamiento, cada observación divertida, cada contemplación seria. Esa misma mañana, había observado un caballo particularmente hermoso tirando de un calesín en la plaza y de inmediato había pensado: "Debo contarle a Matthew sobre ese excelente alazán". Algo tan pequeño, y sin embargo instintivamente había querido compartirlo con él.

¿Era esto amor? La pregunta había estado rondando en su mente durante días, volviéndose más insistente con cada paseo matutino lleno de conversación fácil, cada mirada prolongada compartida, cada momento en su compañía. Necesitaba orientación de alguien que pudiera entender, alguien cuyo criterio confiara implícitamente.

Levantándose de su escritorio, Clara se dirigió a la sala donde sabía que Theresa estaría sentada con su bordado. La tarde de noviembre era fría y, efectivamente, su madre se había colocado cerca del fuego, sus dedos regordetes trabajando hábilmente con hilos de seda de colores mientras creaba un patrón de hojas otoñales sobre el lino estirado.

Theresa levantó la vista cuando Clara entró, su amable rostro iluminándose con una sonrisa de bienvenida.

—Ahí estás, querida. ¿Has tenido noticias de casa? Vi que Phillips subió el correo antes.

—Sí, una carta de Anna —respondió Clara, acomodándose en el sillón frente a Theresa. El fuego crepitaba reconfortantemente, proyectando un resplandor dorado sobre la acogedora habitación—. Todos están bien, y aparentemente contando los días hasta que regresemos.

Theresa asintió, su aguja deteniéndose en su labor.

—Confieso que yo misma estoy deseando volver a Belle Haven. Echo de menos a tus hermanas, y Londres ha sido más... *agitado* de lo que anticipaba.

Clara sonrió ante este eufemismo. Entre su caída pública, el descubrimiento de la traición de Lady Virginie y el incidente del

alfiler en Hyde Park, "agitado" apenas cubría los dramáticos acontecimientos de la temporada.

—Mamá —comenzó Clara con vacilación, retorciendo los dedos en su regazo—. ¿Puedo preguntarte algo bastante personal?

La expresión de Theresa cambió a una de suave curiosidad.

—Por supuesto, querida. Lo que sea.

Clara respiró hondo, reuniendo valor.

—¿Cómo supiste que estabas enamorada de padre?

Las cejas de Theresa se elevaron ligeramente, pero pronto una sonrisa cómplice se extendió por su rostro. Dejó cuidadosamente a un lado su bordado, prestando a Clara toda su atención.

—Vaya —dijo suavemente—. Esa es una pregunta personal, sin duda, aunque no inesperada, dados los recientes acontecimientos.

Clara sintió que el calor subía a sus mejillas, pero mantuvo la mirada de Theresa.

—Me encuentro... confundida por ciertos sentimientos. Pensé que podrías ayudarme a entenderlos mejor.

—Solo puedo intentarlo. Hay diferentes tipos de amor, ¿sabes? —comenzó Theresa, con voz pensativa—. El tipo salvaje y apasionado sobre el que escriben los poetas, que arde con intensidad pero a menudo se apaga con la misma rapidez, y creo que tal vez ese fue el tipo de amor que tu madre biológica sintió por su lacayo. Y luego está el tipo más profundo y constante que crece con el tiempo —sonrió, con una mirada distante en sus ojos—. Con tu padre, fue del segundo tipo. Me sentía... en paz en su compañía, incluso desde el principio cuando era simplemente una institutriz en su hogar.

Clara asintió, animándola a continuar.

—Supe que lo amaba cuando me di cuenta de que su presencia hacía que cada habitación fuera más brillante, cada tarea más ligera —continuó Theresa—. Cuando él estaba ausente, la casa se sentía más vacía de algún modo, como si faltara algo esencial. Y me encontré queriendo compartir todo con él; cada pensamiento, cada alegría, cada pena —extendió la mano para tomar la de Clara—. Cuando te encuentras deseando compartir cada pequeño triunfo y decepción con alguien, cuando su ausencia deja un dolor en tu pecho... eso es amor, querida.

El corazón de Clara latió más rápido mientras las palabras de Theresa resonaban con sus propios sentimientos.

—Sí —susurró—. Eso es exactamente.

Theresa apretó suavemente su mano.

—Lord Whitmore se ha vuelto bastante importante para ti, ¿verdad?

—¿Es tan obvio? —preguntó Clara, medio riendo, medio consternada.

—Solo para alguien que te conoce bien —le aseguró Theresa—. Y que ha experimentado sentimientos similares —hizo una pausa, su expresión tornándose pensativa—. Sabes, Clara, no hay razón por la que no podríamos invitar a Whitmore y a su padre a Belle Haven para Navidad.

Clara contuvo la respiración.

—¿Crees que vendrían?

—Con la duquesa fallecida, no hay nada que lo impida —señaló Theresa de manera práctica—. Y al duque siempre le han gustado

sus visitas veraniegas para ver a los gemelos. ¿Por qué no también en Navidad? Creo que sería maravilloso para todos nosotros.

La sugerencia provocó una oleada de alegría en Clara. La Navidad en Belle Haven siempre era una época mágica, con la casa decorada con ramas de hoja perenne y cintas rojas, el aroma a vino especiado y pan de jengibre llenando el aire, y la familia reunida alrededor del fuego contando historias hasta altas horas de la noche. La idea de compartir esas tradiciones con Matthew, de mostrarle el hogar que tanto amaba, la llenaba de gozosa anticipación.

—¿De verdad crees que padre estaría de acuerdo? —preguntó, con la voz brillante de esperanza.

—Creo que estaría bastante complacido con la idea —respondió Theresa con una sonrisa que sugería que sabía más de lo que decía —. ¿Se lo sugerimos cuando regrese?

Clara asintió ansiosamente, con el corazón más ligero de lo que había estado en todo el día. La perspectiva de tener a Matthew en Belle Haven durante la Navidad parecía tender un puente entre sus dos mundos, ofreciéndole un atisbo de un futuro donde quizás no tuviera que elegir entre el hogar que amaba y el hombre que rápidamente estaba conquistando su corazón.



El chasquido de la puerta del salón anunció la llegada de Sir Richard antes de que Clara o Theresa pudieran continuar su conversación. Entró con el aire ligeramente cansado pero satisfecho de un hombre

que había concluido un día productivo de negocios, su alta figura perfilada brevemente en el umbral antes de dar un paso dentro de la habitación. Clara notó cierta reflexión en su expresión mientras sus claros ojos azules se movían entre ella y Theresa, como si él también tuviera asuntos importantes que discutir.

—Aquí estáis las dos —dijo, con una sonrisa iluminando sus facciones mientras se acercaba para besar la mejilla de Theresa antes de acomodarse en su sillón de cuero favorito junto al fuego—. ¿He interrumpido algo? Las dos tenéis un aspecto terriblemente serio.

—En absoluto —respondió Theresa, volviendo a tomar su bordado —. De hecho, estábamos discutiendo la posibilidad de invitar al Duque de Allanworth y a Lord Whitmore a Belle Haven para Navidad.

Sir Richard arqueó las cejas.

—¿De verdad? Una idea espléndida, creo. A William siempre le gustan sus visitas, y me atrevería a decir que su hijo también apreciaría conocer Belle Haven. —Hizo una pausa, posando su mirada en Clara con una gravedad inesperada—. De hecho, este momento es bastante fortuito, ya que hoy he tenido un visitante que me ha llevado a considerar ciertos asuntos relacionados con tu futuro, querida.

Clara sintió un aleteo de aprensión.

—¿Qué tipo de visitante, padre?

Sir Richard se recostó en su sillón, juntando las puntas de los dedos bajo la barbilla en un gesto característico de contemplación.

—Lord Carroway vino a verme esta mañana —dijo, observando atentamente el rostro de Clara—. Vino a solicitar permiso para

presentarte formalmente sus respetos.

Los labios de Clara se entreabrieron por la sorpresa. Aunque Lord Carroway había sido atento durante toda la temporada, no le había dado ninguna indicación de que su interés hubiera progresado hacia intenciones tan serias.

—Le he disuadido temporalmente —continuó Sir Richard—. Le dije que, aunque aprecio su interés, tenemos planes de regresar a Hampshire para Navidad, y le sugerí que podría renovar su petición en primavera si sus sentimientos permanecen inalterados. —Hizo una pausa, su mirada fija en el rostro de Clara—. Pensé que sería justo darte tiempo para considerar su propuesta adecuadamente, sin presiones. Y quizás para determinar dónde residen realmente tus afectos.

El fuego crepitó en el silencio que siguió, enviando sombras danzantes por las paredes del salón. Clara era agudamente consciente de que ambos padres la observaban, esperando su respuesta. Retorció los dedos en su regazo, repentinamente consciente de la magnitud de la conversación que estaban teniendo.

—Eso ha sido muy considerado por tu parte, padre —dijo finalmente—. Lord Carroway es... ciertamente muy amable.

—Amable, sí —concordó Sir Richard con una pequeña sonrisa—. También adinerado, bien relacionado y razonablemente apuesto. Pero eso no responde a mi pregunta, Clara. ¿Qué quieres que haga? ¿Debería animarle a renovar su petición cuando volvamos a la ciudad? O —añadió, suavizando la voz—, ¿debería quizás esperar una visita similar de Lord Whitmore?

La franqueza de su pregunta pilló a Clara desprevenida, aunque se dio cuenta de que no debería sorprenderse. Su padre siempre había sido perceptivo, particularmente cuando se trataba de la felicidad de sus hijas. Sintió que sus mejillas se calentaban, pero sostuvo su mirada firme mientras consideraba su respuesta.

Lord Carroway era, efectivamente, todo lo que su padre había descrito: rico, apuesto y poseedor de un encanto natural que lo hacía una compañía agradable. Cualquier joven dama podría sentirse halagada por su atención, especialmente una con los antecedentes poco convencionales de Clara. Le ofrecería seguridad, respetabilidad y una vida cómoda. Sin embargo, cuando intentaba imaginar un futuro con él, no sentía nada más que un interés leve y distante, como si estuviera contemplando a un personaje de una novela en lugar de a su posible marido.

En cambio, incluso el pensamiento de Matthew traía un calor a su pecho que no tenía nada que ver con el fuego. No tenía idea de si él tenía intención de pedirle matrimonio, a pesar de su evidente interés y atenciones. Su relación había sido complicada desde el principio, llena de malentendidos y obstáculos externos. Sin embargo, sabía con una claridad repentina y sorprendente que preferiría enfrentar la incertidumbre con la posibilidad de Matthew que la seguridad con la certeza de Carroway.

—No importa —dijo finalmente, las palabras surgiendo con una convicción recién descubierta—. No tengo sentimientos por Lord Carroway, y tanto si hay una propuesta inminente de Lord Whitmore como si no, ahora sé que no puedo casarme sin esos sentimientos. —Miró a sus padres, su voz haciéndose más fuerte—. Preferiría

permanecer soltera que entrar en una unión sin afecto genuino, sin importar lo ventajosa que pudiera ser en otros aspectos.

El rostro de Sir Richard se suavizó, una sonrisa de aprobación iluminando sus facciones.

—Bien dicho, querida. Muy bien dicho, ciertamente. —Miró a Theresa, cuya expresión reflejaba la suya propia—. Entonces eso lo decide. Extenderemos nuestra invitación a Allanworth y a su hijo, y veremos qué resulta.

—¿No estás decepcionado? —preguntó Clara, ligeramente sorprendida por su rápida aceptación.

—¿Decepcionado? —Sir Richard negó con la cabeza—. Mi querida niña, ¿cómo podría estar decepcionado con una hija que valora tanto su propio corazón como para hablar honestamente sobre él? Yo mismo me casé por amor —añadió, dirigiendo una mirada tierna a Theresa—, a pesar de las considerables expectativas sociales. Jamás te negaría la misma oportunidad de felicidad.

—Solo queremos lo que realmente te haga feliz, Clara —añadió Theresa con suavidad—. Y si eso significa esperar por la pareja adecuada, o incluso no tener pareja en absoluto, que así sea.

Clara sintió una oleada de gratitud por la comprensión de sus padres. Sabía que la apoyarían, por supuesto, pero su aceptación inquebrantable aún la conmovía profundamente. —Gracias —dijo simplemente, incapaz de articular la magnitud completa de sus sentimientos.

—Ahora, sobre esta invitación de Navidad —continuó Sir Richard, volviendo al tema original con buen humor práctico—. ¿Debemos

enviarla formalmente, o preferirías que se lo mencione a William cuando cenemos en Allanworth House esta noche?

—¿Cenamos allí esta noche? —preguntó Clara, mientras su corazón se aceleraba ante la repentina perspectiva de ver a Matthew.

—Efectivamente —confirmó su madre—. Una pequeña reunión, solo veinte a la mesa, creo. La invitación llegó ayer mientras estabas visitando a Lady Persephone. Y realmente, —Theresa miró el reloj de la repisa y dejó a un lado su bordado—, Clara, debemos empezar a vestirnos pronto.

Mientras su madre salía presurosa de la habitación, llamando a su doncella, Clara permaneció junto al fuego, con sus pensamientos en un agradable desorden. La conversación con sus padres había eliminado un peso que no había reconocido completamente hasta que desapareció. Expresar su corazón tan claramente había sido liberador, permitiéndole reconocer sus sentimientos por Matthew, aunque solo fuera para sí misma.

Sin embargo, bajo su alivio se escondía un aleteo de anticipación nerviosa. La cena en Allanworth House, la invitación de Navidad, la creciente certeza de su propio corazón; todos eran pasos hacia un futuro que no podía predecir. ¿Y si Matthew no compartía sus sentimientos? ¿Y si la conexión que ella sentía existía solo en su imaginación?

—No frunzas tanto el ceño, Clara —dijo su padre suavemente, interrumpiendo sus pensamientos—. Pase lo que pase o no pase con el joven Whitmore, has tomado la decisión de ser fiel a ti misma. Eso nunca es motivo de arrepentimiento.

Clara sonrió, agradecida una vez más por la perspicacia de su padre. —Tienes razón, por supuesto —aceptó, levantándose de su silla—. Y de cualquier manera, la Navidad en Belle Haven será maravillosa, ¿verdad?

—Siempre lo es —respondió Sir Richard, con un brillo en sus claros ojos azules—. Aunque sospecho que este año podría ser particularmente memorable.



Allanworth House se alzaba ante ellos mientras su carruaje se aproximaba, su gran fachada suavizada por el cálido resplandor de los faroles que bordeaban la entrada circular. Clara sintió un aleteo de anticipación en su estómago cuando el carruaje se detuvo ante las amplias escaleras de mármol. No era su primera visita a la residencia londinense del Duque, pero esta noche se sentía diferente de alguna manera, cargada de un nuevo significado después de su conversación con sus padres. Mientras Sir Richard les ayudaba a ella y a Theresa a descender del carruaje, Clara alisó las faldas de su vestido de noche color verde salvia, consciente de su elegancia sencilla en comparación con las elaboradas modas que preferían muchos en la sociedad.

El mayordomo que les recibió en la puerta les condujo a través del vestíbulo con su alto techo e impresionantes obras de arte, hasta donde el Duque de Allanworth estaba dando la bienvenida a sus

invitados. El formal comportamiento del duque se iluminó visiblemente cuando les vio.

—Sir Richard, Lady Bell, señorita Bell —les saludó calurosamente, tomando la mano de Theresa entre las suyas—. Qué encantador veros a todos. Tenemos una pequeña reunión esta noche, solo amigos íntimos.

Clara hizo una reverencia, notando cómo la mirada del duque se detenía en ella con especial calidez. ¿Sería su imaginación, o sus ojos contenían cierto brillo de complicidad? Antes de que pudiera considerarlo más, vislumbró a Matthew por encima del hombro del duque, enzarzado en una conversación con Lord Debney y Lady Persephone.

Como si sintiera su presencia, Matthew levantó la mirada, abandonando su conversación a media frase. La sonrisa que se extendió por su rostro al verla envió una oleada de calidez a través del pecho de Clara. Se disculpó inmediatamente y se dirigió hacia ellos, saludando educadamente a sus padres antes de volverse hacia Clara.

—Señorita Bell —dijo, con voz baja a pesar de la formalidad de su trato—. Se ve particularmente encantadora esta noche. Ese tono de verde le sienta notablemente bien.

—Gracias, Lord Whitmore —respondió ella, consciente del rubor que subía a sus mejillas—. Es un placer volver a verle.

Antes de que pudieran continuar su conversación, el mayordomo anunció que la cena estaba servida, y los invitados comenzaron a dirigirse hacia el comedor. Para deleite de Clara, se encontró sentada entre Matthew y Lord Debney, con Persephone directamente frente a

ella. Lady Pemberton se sentaba en el extremo más alejado de la mesa, su delgada figura envuelta en un elaborado vestido de seda color burdeos intenso, su expresión sugiriendo que había detectado un olor desagradable.

La cena resultó ser todo lo que Clara podría haber deseado. La comida era excelente, la conversación animada, y la presencia de Matthew a su lado una constante fuente de placer. Se encontró riendo a menudo con las agudas observaciones de Lord Debney, intercambiando cálidas miradas con Persephone, y ocasionalmente cruzando la mirada con Matthew en momentos de diversión compartida.

—Tengo entendido que sus hermanas menores esperan con ilusión su regreso a Hampshire, señorita Bell —comentó el duque desde la cabecera de la mesa, con tono casual pero ojos amables.

—Así es, Su Excelencia —respondió Clara—. Las cartas de Anna están llenas de su anticipación por la Navidad. Están en una edad en la que la temporada tiene una magia especial.

—Ah, la Navidad en Belle Haven —reflexionó el duque, con un toque de nostalgia en su voz—. He oído mucho sobre las tradiciones de vuestra familia a lo largo de los años. La cabalgata del Día de San Esteban suena particularmente encantadora.

Clara sonrió, reconociendo la perfecta oportunidad para su invitación, pero consciente de que en mitad de la cena no era el momento adecuado. Cruzó brevemente la mirada con su padre, recibiendo un asentimiento casi imperceptible que sugería que él también estaba esperando la oportunidad correcta.

Tras concluir la comida, los invitados se retiraron al salón para tomar té y café. Clara se encontró momentáneamente separada de Matthew mientras el duque lo mantenía en conversación cerca de la chimenea. Aceptó una taza de té que le ofreció Lady Pemberton, quien actuaba como anfitriona de la velada, y se unió a Persephone, que estaba sentada en un pequeño sofá con Lord Debney revoloteando atentamente cerca.

—Pareces particularmente feliz esta noche —observó Persephone en voz baja—. Tus ojos están positivamente resplandecientes.

Clara sonrió, incapaz de negar la observación. —Supongo que lo estoy. Hay algo en conocer la propia mente que aporta cierta paz.

—¿Y conoces tu mente, Clara? —preguntó Persephone, su comportamiento normalmente tímido dando paso a una suave franqueza.

—Creo que sí —respondió Clara, su mirada desviándose involuntariamente hacia Matthew.

Lord Debney siguió su mirada y sonrió con complicidad. —Creo que mi amigo Whitmore ha estado igualmente contemplativo últimamente —comentó con naturalidad—. Absolutamente distraído cuando intentábamos jugar al billar en White's hace poco. Se quedaba mirando al vacío con la expresión más absurda y olvidaba tirar.

Clara sintió que sus mejillas se calentaban, pero antes de que pudiera responder, notó que el duque y Matthew habían concluido su conversación. Levantándose de su asiento, tomó aire profundamente, reuniendo su valor. Era el momento de extender la invitación, antes de que perdiera el valor.

Se acercó a la chimenea donde Matthew estaba solo. —Espero que esté disfrutando de la velada, Lord Whitmore —comenzó, consciente de la necesidad de mantener la formalidad adecuada en tal entorno.

—Inmensamente —respondió él, sus ojos oscuros iluminándose al encontrarse con los suyos—. Aunque cualquier velada en su compañía es un placer, señorita Bell.

Clara sonrió, animada por sus palabras. —Mis padres y yo esperábamos... es decir, queríamos invitarle a usted y a Su Excelencia a pasar la Navidad en Belle Haven. El tío Wil... es decir, el duque siempre disfruta de sus visitas veraniegas, y pensamos que quizás una visita invernal podría ser igualmente agradable.

La expresión de Matthew se iluminó con auténtico placer. —Qué idea tan maravillosa —dijo con sinceridad—. He oído tanto sobre Belle Haven que confieso que tengo un gran deseo de verlo por mí mismo.

El duque se unió a ellos, tras rellenar su taza de café, y captando el final de la conversación. —¿Qué es eso sobre Belle Haven? —preguntó afablemente.

—La señorita Bell acaba de extendernos una invitación para pasar la Navidad allí, padre —explicó Matthew, su tono transmitiendo su entusiasmo por la idea.

El rostro del duque se iluminó con una amplia sonrisa. —¿De verdad? Qué extraordinariamente amable.

—Seguramente bromea —intervino la fría voz de Lady Pemberton desde detrás de ellos. Clara no había notado su aproximación, y se volvió para encontrar a la mujer mayor mirándola con un desdén apenas velado—. Su Excelencia y Lord Whitmore tienen

compromisos sociales mucho más apremiantes para la temporada navideña que una visita campestre.

Hubo un momento de incómodo silencio mientras la mirada de Lady Pemberton recorría despectivamente el sencillo vestido de Clara y la única hilera de pequeñas perlas alrededor de su cuello, antes de que la condesa viuda ostentosamente reajustara las pulseras de diamantes que adornaban unos buenos diez centímetros de cada una de sus muñecas con una expresión presuntuosa. La comparación implícita era clara: Clara quizás había sobrevivido a la temporada londinense, pero seguía siendo una pobre don nadie del campo en la estimación de Lady Pemberton, ciertamente no alguien cuya invitación debería tener precedencia sobre compromisos más prestigiosos.

Clara sintió que su confianza flaqueaba bajo el gélido escrutinio de la mujer, pero antes de que pudiera responder, la expresión de Matthew se endureció al encontrarse con la mirada de su tía.

—Al contrario, tía Mary —dijo firmemente, su voz lo suficientemente alta para asegurarse de que todos los cercanos pudieran oírle—, no puedo pensar en una manera más agradable de pasar la temporada navideña que en Belle Haven.

El duque asintió en acuerdo, sus ojos brillando con algo que podría haber sido diversión ante la incomodidad de su cuñada. —En efecto, nada me haría más feliz que pasar la Navidad en Belle Haven además de mis visitas veraniegas. Llevo años contándole a Matthew sobre la excelente equitación que se puede disfrutar allí, y la cálida hospitalidad de la familia Bell.

Los labios de Lady Pemberton se tensaron con desagrado, pero no pudo decir nada más, ya que el duque había hablado. Con un rígido asentimiento, se alejó para unirse a otra conversación, dejando a Clara, Matthew y el duque solos junto a la chimenea.

—Debe perdonar a mi cuñada —dijo el duque en voz baja a Clara —. Mary tiene ideas bastante rígidas sobre cómo debe organizarse el calendario social. Pero le aseguro, señorita Bell, que estaríamos honrados de aceptar la invitación de su familia.

—Gracias, Excelencia —respondió Clara, mientras el alivio y la felicidad la inundaban—. Lo esperaremos con inmensa ilusión.

El duque se excusó con tacto para hablar con Theresa, dejando a Clara y Matthew en relativa privacidad a pesar de la habitación llena de gente. Matthew se acercó ligeramente, bajando la voz para asegurarse de que su conversación permaneciera entre ellos.

—Debo decirle, señorita Bell, que la perspectiva de pasar la Navidad en su compañía hace que la temporada sea infinitamente más atractiva —dijo suavemente.

Clara le miró, encontrando en su expresión una calidez y ternura que hizo que su corazón latiera más rápido. —Me alegra mucho oír eso, Lord Whitmore —respondió—. Belle Haven nunca es más hermoso que en Navidad, y yo... espero con muchas ganas compartirlo con usted.

Sus miradas se mantuvieron un momento más de lo que la propiedad dictaba estrictamente, pasando entre ellos un entendimiento silencioso. Sea lo que fuere que pudiera surgir de sus sentimientos mutuos, la Navidad en Belle Haven proporcionaría la

oportunidad de explorarlos lejos de los ojos vigilantes y las restricciones sociales de Londres.

Lady Pemberton podría desaprobar, la sociedad podría murmurar, pero en este momento, con la invitación navideña aceptada y la sonrisa de Matthew dirigida únicamente a ella, Clara Bell se sentía total y completamente satisfecha.



Capítulo Dieciséis

Enero, 1813

MATTHEW APENAS PODÍA RECORDAR una mañana de invierno más perfecta. El sol de enero colgaba bajo en un cielo sin nubes, proyectando largas sombras azules sobre los terrenos de Belle Haven cubiertos por un manto de nieve. A su lado, Clara montaba a Guinevere con una gracia sin esfuerzo, sus mejillas sonrojadas por el frío, su cabello rubio escapando de debajo de su sombrero en mechones que atrapaban la luz del sol como hilos de oro. La pequeña caja en el bolsillo del abrigo de Matthew parecía volverse más pesada con cada paso de Ajax bajo él, un recordatorio tangible de la pregunta que pretendía hacer antes de regresar a la casa. Si tan solo pudiera encontrar el momento adecuado, las palabras perfectas para expresar lo que había crecido tan constantemente en su corazón estos últimos meses.

—Siempre he pensado que Belle Haven es más hermosa en invierno —comentó Clara, su aliento formando nubes que se mezclaban con las que salían de las fosas nasales de Guinevere—.

La nieve lo simplifica todo, ¿no crees? Revela la verdadera estructura bajo toda la ornamentación.

Matthew asintió, admirando la forma tan natural en que ella se sentaba en la silla, como si ella y la yegua fueran una sola entidad. —Como la arquitectura clásica —ofreció—. O quizás el buen carácter. Quita las superfluidades y lo que queda es la verdad esencial.

Clara se volvió hacia él con tal deleite en su expresión que Matthew sintió que su corazón podría estallar fuera de su pecho. —¡Precisamente! Eso es exactamente lo que me encanta de la doma clásica también. No se trata de ornamento o espectáculo, sino de perfeccionar los movimientos naturales del caballo mediante la precisión y la paciencia.

La visita navideña a Belle Haven ya se había extendido mucho más allá de la Noche de Reyes, pero Matthew se encontraba cada vez más reacio a regresar a Londres. El cálido confort de la casa de los Bell, el afecto genuino que fluía entre todos sus miembros, le había envuelto como un abrigo favorito. Incluso su padre parecía transformado aquí, jugando al ajedrez con Anna por las noches y asistiendo a Sir Richard durante el día, incluso ensuciándose las manos en los establos y construyendo muñecos de nieve con sus sobrinas Laura Jane y Charlotte Grace, a quienes Matthew había estado encantado de conocer.

Y luego estaba Clara. Lejos de la sociedad londinense, había florecido como una flor girando hacia el sol. Matthew se encontraba siguiéndola por la propiedad como un colegial embelesado, pendiente de cada palabra mientras ella explicaba los regímenes de entrenamiento para diferentes caballos o demostraba los

movimientos precisos de la alta escuela de doma que defendía con tanta pasión.

—Verás —decía Clara ahora, gesticulando con manos enguantadas mientras guiaban a sus caballos por un sendero que serpenteaba entre pinos cargados de nieve—, los Aires por Encima del Suelo no son meros trucos. Son una forma de arte que honra las habilidades naturales del caballo mientras las eleva a su máxima expresión. La cabriola, la corbeta, la levada; todas derivan de movimientos que un caballo podría hacer en estado salvaje, refinados a través de siglos de cuidadoso entrenamiento.

—¿Y esperas establecer más de este entrenamiento en Belle Haven? —preguntó Matthew, aunque ya conocía la respuesta. La había oído hablar de poco más durante estas semanas, con sus ojos verdes iluminándose de pasión cada vez que surgía el tema.

—Oh, sí —respondió, acariciando afectuosamente el cuello de Guinevere—. ¡El ejército está bastante entusiasmado con tener monturas de caballería capaces de luchar junto a sus jinetes! Pero requiere una gran cantidad de trabajo paciente, sabes, tiempo que lamentablemente no tenemos disponible para dedicar a los caballos jóvenes destinados a la guerra. —Suspiró, su expresión momentáneamente melancólica—. Algún día me gustaría ver la Escuela Española de Equitación en Viena, donde han perfeccionado el arte. Pero con Bonaparte haciendo tal desastre del Continente, quién sabe cuándo podría ser posible.

Matthew observaba su rostro mientras hablaba, maravillándose ante la transformación que la invadía cuando discutía su pasión. Había visto destellos de esto en Londres, ciertamente, pero aquí en

Belle Haven, con los caballos que amaba rodeándola y la libertad de hablar sin preocuparse por el juicio de la sociedad, Clara brillaba con una intensidad que le dejaba sin aliento.

Cabalgaron en un silencio agradable durante varios minutos, los únicos sonidos eran el crujir de la nieve bajo los cascos de sus caballos y el ocasional canto de un pájaro invernal. Matthew sintió una extraña calma asentándose sobre él, reemplazando la energía nerviosa que le había impulsado a levantarse de la cama antes del amanecer para pasear por su habitación, ensayando palabras que ahora parecían inadecuadas para la profundidad de sus sentimientos.

—Allí —dijo Clara de repente, señalando hacia adelante donde el camino se curvaba alrededor de una elevación cubierta de nieve—. Estamos casi en mi lugar favorito de toda la propiedad. La vista es particularmente hermosa en invierno.

Doblaron la curva del camino y emergieron a una pequeña meseta. Matthew detuvo a Ajax, momentáneamente aturdido por el panorama ante ellos. Belle Haven se extendía debajo como una pintura de uno de los grandes maestros: la elegante casa georgiana anidada entre jardines cubiertos de nieve, los bloques de establos y paddocks extendiéndose detrás, y más allá, colinas ondulantes que se estiraban hacia el horizonte, todo bañado en la luz cristalina de una mañana de invierno.

—Es impresionante —dijo en voz baja.

—Aquí es donde vengo cuando necesito pensar —respondió Clara, su voz suave con afecto mientras contemplaba su hogar—. Cuando era niña, cabalgaba hasta aquí siempre que me sentía confundida o

preocupada. Algo en ver Belle Haven desde esta distancia siempre ayuda a poner las cosas en perspectiva.

Matthew miró su perfil, impresionado por la perfecta simetría del momento. Aquí, contemplando el hogar que ella amaba, con el sol invernal iluminando su rostro y los caballos que ambos apreciaban esperando pacientemente debajo de ellos... este era el lugar donde debía suceder.

—¿Desmontamos un momento? —sugirió, ya balanceando su pierna sobre el lomo de Ajax—. La vista merece una apreciación adecuada.

Ató las riendas de Ajax con soltura a una rama cercana antes de moverse para ayudar a Clara a bajar de Guinevere, aunque sabía que era perfectamente capaz de bajarse sin ayuda. Ella sonrió y aceptó su asistencia sin protestar. Las manos de él abarcaron su cintura mientras la levantaba, sus miradas encontrándose brevemente antes de que la depositara con suavidad en el suelo cubierto de nieve. Incluso a través de las capas de ropa de invierno, el contacto envió una calidez que se extendió por todo su cuerpo.

—Gracias —murmuró ella, alejándose para asegurar a Guinevere junto a Ajax.

Matthew la observó, repentinamente consciente de su corazón acelerado y del peso de la pequeña caja en su bolsillo. La había llevado consigo todos los días desde su llegada a Belle Haven, esperando precisamente el momento adecuado, pero ahora que había llegado, las palabras parecían abandonarle.

Clara se volvió hacia él, con sus ojos verdes inquisitivos. —¿Matthew? ¿Ocurre algo?

Tomó una bocanada de aire, el frío llenando sus pulmones con el aroma de pino y nieve. —En absoluto —logró decir, acercándose a ella—. Simplemente... es decir... Clara, necesito hablarte de algo bastante importante.

Sus cejas se elevaron ligeramente, pero no apartó la mirada. —Te escucho.

Matthew alcanzó sus manos, tomándolas entre las suyas. Incluso a través de los guantes, podía sentir el calor de su piel, el ligero temblor que sugería que quizás no estaba tan serena como aparentaba.

—Estos últimos meses han sido extraordinarios —comenzó, su voz volviéndose más firme al concentrarse en la verdad de sus palabras en lugar de la ansiedad de pronunciarlas—. Desde nuestro primer encuentro junto al río, a través de todos los malentendidos y complicaciones, hasta estas semanas aquí en Belle Haven... He llegado a conocerte de una manera que nunca esperé conocer a nadie. Y al conocerte, he llegado a amarte con una profundidad que a veces me asusta.

La respiración de Clara se detuvo audiblemente, sus labios se entreabrieron ligeramente, pero permaneció en silencio, permitiéndole continuar.

—Amo tu inteligencia, tu valentía, tu compasión —dijo, las palabras fluyendo ahora con más libertad—. Amo tu determinación y tu habilidad con los caballos. Amo la forma en que expresas tus pensamientos sin miedo, pero sigues siendo amable incluso con aquellos que te han perjudicado. En resumen, Clara Bell, me

encuentro amando todo de ti, y no puedo imaginar mi vida sin ti en ella.

Liberó una de sus manos para alcanzar su bolsillo, sacando la pequeña caja de terciopelo que había sido su compañera constante estas últimas semanas. Los ojos de Clara se agrandaron cuando la abrió para revelar un anillo: una perfecta esmeralda rodeada de pequeños diamantes, engarzada en delicado oro.

—Esta es una reliquia familiar de la cámara de Allanworth —explicó suavemente—. Pero la elegí para ti por encima de cualquier otra porque me recordaba al color de tus ojos. Y porque el verde es el color de la primavera, de los nuevos comienzos, de la vida y el crecimiento, y de todas las cosas que espero que nuestro futuro pueda contener.

Su corazón latía tan fuerte que se preguntaba si ella podría oírlo. —Sé que tienes sueños, Clara. Sueños de tu escuela de doma. Nunca te pediría que los abandones. —Tomó otra bocanada de aire —. En cambio, quiero ayudarte a conseguirlos. Podríamos establecer tu escuela en Allanworth, donde hay mucho espacio y excelentes ejemplares de cría ya disponibles, aunque con gusto te compraría cualquier caballo que tu corazón desee para expandir tu visión. Y cuando esta maldita guerra finalmente termine, prometo llevarte yo mismo a Viena, para ver esos famosos caballos danzantes de los que hablas con tanta pasión.

Apretó suavemente sus manos, encontrando valor en las lágrimas que habían comenzado a acumularse en sus ojos. —No puedo prometerte una vida perfecta, Clara. Estoy seguro de que seguiré cometiendo errores, quizás incluso imaginando escenarios góticos

donde no existen. —Esto le valió una sonrisa acuosa que reforzó su confianza—. Pero puedo prometerte amarte, respetarte, apoyar tus sueños tan fervientemente como los míos. Y puedo prometerte que cada día contigo será una aventura que atesoraré.

Se arrodilló lentamente en la nieve, ajeno al frío que se filtraba a través de sus pantalones, su mirada sin abandonar nunca su rostro. —Clara Bell, ¿me harías el extraordinario honor de convertirte en mi esposa?

Por un momento que pareció extenderse hasta la eternidad, Clara permaneció perfectamente quieta, las lágrimas ahora fluyendo libremente por sus mejillas sonrojadas. Luego, con un grito que era mitad risa, mitad sollozo, se lanzó hacia adelante en sus brazos, casi haciéndolo caer de espaldas en la nieve.

—Sí —susurró contra su cuello, sus brazos apretados a su alrededor—. Sí, Matthew. Mil veces sí.

La alegría lo invadió, tan poderosa y pura que por un momento no pudo hablar, no pudo moverse, solo pudo sostenerla contra él como si pudiera desvanecerse si aflojaba su abrazo. Cuando por fin confió en poder hablar, se apartó lo justo para mirarla a los ojos.

—Me has hecho el más feliz de los hombres —dijo suavemente, alzando la mano para limpiar una lágrima de su mejilla con el pulgar.

—Y yo la más feliz de las mujeres —respondió ella, su sonrisa radiante a pesar de sus lágrimas.

Con manos que temblaban ligeramente, Matthew sacó el anillo de su caja y lo deslizó en su dedo, la piedra verde captando la luz del sol invernal y devolviéndola en brillantes destellos.

Cerca, Ajax relinchó suavemente, como si ofreciera sus propias felicitaciones. Clara rió, el sonido brillante y claro en el aire quieto de la mañana. —Incluso los caballos lo aprueban —dijo, mirando hacia donde Guinevere y Ajax permanecían pacientemente observando el extraño comportamiento de sus humanos.

—Por supuesto que lo hacen —respondió Matthew, poniéndose de pie y levantando a Clara con él—. Ellos saben mejor que nadie lo perfectamente que encajamos.

La acercó una vez más, maravillándose de lo correcto que se sentía sostenerla así, de lo completamente que sus miedos habían sido desterrados por la certeza de su amor. Debajo de ellos, Belle Haven continuaba su letargo invernal, sin saber que su amada hija acababa de comprometerse a un futuro que la llevaría lejos de sus fronteras, pero nunca de su corazón.



La primavera había transformado Belle Haven más allá de lo reconocible. Donde en enero se habían visto terrenos cubiertos de nieve y jardines inactivos, ahora se extendían prados esmeralda hacia parterres que explotaban con tulipanes y narcisos, mientras los cerezos derramaban delicados pétalos rosados que flotaban en la suave brisa como la propia celebración de la naturaleza y las cuadras de cría estaban llenas hasta su capacidad con potrillos de largas patas amamantándose del costado de sus madres. Al otro lado del Canal, la guerra con Francia continuaba su curso implacable, pero

aquí, en esta perfecta mañana de abril, reinaba la paz suprema mientras los últimos preparativos para la ceremonia de boda llegaban a su término. Matthew estaba de pie junto a la ventana de la habitación de invitados que había sido su hogar estos últimos días, ajustándose la corbata con dedos inusualmente nerviosos, apenas capaz de creer que en menos de una hora, Clara Bell se convertiría en su esposa.

—Todavía peleándote con esa corbata, por lo que veo —llegó la voz de su padre desde la puerta—. Tu ayuda de cámara se va a disgustar si deshaces todo su arduo trabajo.

Matthew se volvió para encontrar al duque observándole con afecto no disimulado, una rara ternura en sus rasgos normalmente formales. —No consigo estarme quieto —admitió—. ¿Es así como te sentiste, padre? ¿Cuando te casaste con madre?

La expresión del duque se tornó pensativa. —En cierto modo, sí. Aunque nuestro enlace fue... de naturaleza diferente. —Cruzó la habitación para situarse junto a Matthew, colocando una mano reconfortante sobre su hombro—. Lo que tú y Clara habéis encontrado es algo mucho más precioso que lo que tu madre y yo compartimos. Valóralo, Matthew. Tales conexiones son realmente escasas.

—Tengo la intención de hacerlo —respondió Matthew, conmovido por la franqueza de su padre. Desde la Navidad en Belle Haven, su relación se había profundizado de maneras que Matthew nunca había creído posibles, cediendo las viejas formalidades a un entendimiento genuino.

Un discreto golpe en la puerta anunció la llegada de Sir Richard, resplandeciente con su mejor levita. —Casi es la hora, caballeros —anunció, sus claros ojos azules brillantes de felicidad—. Vuestro carruaje os espera fuera.

Matthew siguió a su padre escaleras abajo y hasta el carruaje ducal que les esperaba. —¿Nervioso? —preguntó el duque mientras el carruaje rodaba por el camino rural.

—Extrañamente, en absoluto —respondió Matthew, viendo aparecer el pueblo, con el campanario de la iglesia elevándose sobre los tejados de paja.

El carruaje se detuvo frente a la antigua iglesia de piedra, donde Matthew y su padre descendieron para encontrar al Sr. Fallon, el amable vicario de Belle Haven, esperándoles para saludarles en la entrada.

—Un día perfecto para una boda —observó el Sr. Fallon, con ojos chispeantes mientras les conducía al interior.

Casi un centenar de invitados ya se habían reunido para la ceremonia. Los bancos habían sido decorados con cintas en tonos pastel y flores primaverales, formando un encantador camino hacia el altar. La luz que entraba a través de las vidrieras proyectaba patrones multicolores sobre el suelo de piedra mientras Matthew tomaba su posición, con su padre a su lado como padrino.

Examinó a los invitados reunidos, observando rostros familiares de la sociedad londinense mezclados con la gentry local y los arrendatarios tanto de Belle Haven como de Allanworth. Lady Pemberton se encontraba sentada en el primer banco, y su expresión sugería que se había reconciliado con la unión, si bien no

la había aceptado con entusiasmo. A su lado, Lady Persephone y Lord Debney, recientemente casados ellos mismos, irradiaban auténtico placer. La mirada de Matthew se dirigió hacia donde las hermanas menores de Clara se sentaban en fila, apenas conteniendo su entusiasmo, y luego hacia Lady Bell, cuyos ojos brillaban de orgullo mientras asentía aprobadoramente a Matthew.

Un cuarteto de cuerdas comenzó a tocar desde su posición en el coro, señalando la llegada de otro carruaje. Todas las cabezas se volvieron hacia la entrada de la iglesia.

A Matthew se le cortó la respiración cuando Clara apareció en el umbral, con su mano descansando ligeramente sobre el brazo de su padre. Su vestido era más sencillo que los favorecidos por las novias londinenses, sus elegantes líneas sin adornos excesivos de encaje o volantes. La seda dorada pálida parecía resplandecer mientras avanzaba por el pasillo. Su cabello rubio había sido dispuesto en una corona de pequeñas flores primaverales, y llevaba un modesto ramo de lirios del valle. Pero fue su rostro lo que mantuvo a Matthew embelesado, sus ojos verdes luminosos de felicidad, su sonrisa tan radiante de alegría que sintió que su propia sonrisa se extendía por su rostro sin pensamiento consciente.

Parecía flotar por el pasillo hacia él, sus pasos firmes y seguros a pesar de los ojos puestos en ella. Cuando Sir Richard colocó la mano de ella en la de Matthew en los escalones del altar, el calor de sus dedos a través de los guantes envió una corriente de felicidad tan intensa que casi resultaba dolorosa a través de su pecho.

—Estás impresionante —susurró, justo antes de que se volvieran para enfrentar al Sr. Fallon, quien sonreía a la pareja con genuino

afecto mientras se preparaba para unirles bajo la bóveda de la apreciada iglesia de Belle Haven.

La ceremonia en sí pasó en un borrón de antiguas palabras y solemnes promesas. Matthew pronunció sus votos con claridad, su voz firme a pesar de la emoción que amenazaba con ahogarle. Cuando llegó el momento de intercambiar anillos, deslizó la sencilla alianza de oro en el dedo de Clara con manos que temblaban solo ligeramente, observando cómo se asentaba junto a su anillo de compromiso de esmeraldas como si siempre hubiese pertenecido allí.

—Os declaro marido y mujer —declaró finalmente el vicario, su voz resonando entre los asistentes silenciosos—. Milord, puede besar a la novia.

Matthew acunó suavemente el rostro de Clara entre sus manos, sobrecogido por el conocimiento de que esta extraordinaria mujer era ahora su esposa. Sus ojos, tan verdes y claros y llenos de amor, se encontraron con los suyos sin reservas. Cuando sus labios se unieron, los invitados reunidos parecieron desaparecer, dejando solo a los dos en un momento perfecto de conexión.



Theresa les había hecho sentirse orgullosos con el desayuno nupcial; las mesas de Belle Haven gemían bajo el peso de las bandejas desplegadas para el magnífico festín. Incluso Lady Pemberton se relajó lo suficiente como para halagar a Theresa, observó Matthew mientras él y Clara aceptaban aún más felicitaciones.

Al concluir la comida, Matthew se inclinó para susurrarle al oído a Clara. —Tengo algo para ti —dijo—. Un regalo que no pude entregarte antes de la ceremonia.

La curiosidad iluminó sus ojos. —Estoy segura de que podríamos escabullirnos durante unos minutos.

—En efecto, eres experta en escapadas —bromeó él, riéndose ambos al recordar la noche en que se colaron juntos en los establos de Westbourne. Cogidos de la mano, se escabulleron de la sala, y aunque Sir Richard notó que se marchaban, no dijo nada, solo sonrió y fingió no haberlos visto.

Las faldas de Clara crujían contra el camino de grava, su mano cálida en la de él mientras la conducía hacia los establos.

—Matthew, ¿qué estás tramando? —preguntó ella, con risa en la voz—. Si has organizado alguna broma elaborada con Lord Debney, te advierto que me enfadaré muchísimo el día de mi boda.

—Nada de bromas —prometió él, deteniéndose ante las puertas de la cuadra de sementales—. Algo bastante más permanente, espero.

Empujó la puerta y la guio al interior, donde los familiares aromas del heno y los caballos les dieron la bienvenida. Clara contuvo la respiración al notar algo inusual: el gran compartimento del fondo, normalmente utilizado para sementales visitantes, había sido decorado con flores primaverales entretejidas en los listones de madera.

—¿Qué has hecho? —susurró ella, apretando la mano en su brazo.

Matthew sonrió, haciendo un gesto al mozo de cuadra que esperaba cerca. El hombre desapareció en el compartimento y salió conduciendo un caballo que arrancó un jadeo de asombro de Clara.

El semental lipizzano se irguió orgullosamente ante ellos, con un pelaje tan blanco que parecía resplandecer bajo la luz filtrada que entraba por las ventanas del establo. Su cuello arqueado y sus poderosos cuartos traseros hablaban de generaciones de cría cuidadosa, mientras sus ojos inteligentes evaluaban a los recién llegados con aristocrático interés.

—Este es Maestro —dijo Matthew, observando cómo el rostro de Clara se transformaba de asombro—. Proviene de las mejores líneas de sangre de Austria. Mi padre y yo tuvimos que solicitar varios favores diplomáticos para asegurar su paso a Inglaterra, dada la actual situación desagradable con Bonaparte.

Clara avanzó como en trance, con las manos extendidas hacia el magnífico animal. —Es... es perfecto —susurró, con la voz cargada de emoción—. Matthew, no puedo creer que hayas hecho esto.

El semental bajó su noble cabeza para inspeccionar a Clara, dilatando sus fosas nasales mientras captaba su olor. Tras un momento de consideración, golpeó suavemente con su cabeza el hombro de Clara, un gesto de aprobación equina que le provocó lágrimas en los ojos.

—Como le regalaste a Snowstorm al Príncipe Regente —dijo Matthew, refiriéndose al caballo gris que ella había entrenado como regalo para el personaje real—, pensé que quizás Maestro podría ser un sustituto adecuado. Aunque me atrevería a decir que será aún más apropiado para tu escuela de doma.

Clara se volvió hacia él, con lágrimas corriendo sin vergüenza por sus mejillas. —Este es el regalo más maravilloso que alguien me ha

hecho jamás —dijo, con la voz quebrada por la emoción—. ¿Cómo lo has conseguido?

Matthew extendió la mano para limpiar una lágrima de su mejilla. —Digamos simplemente que ser hijo de un duque ocasionalmente tiene sus ventajas, especialmente cuando se trata de persuadir a ciertos diplomáticos austríacos de que un semental de premio estaría mejor en Inglaterra que potencialmente cayendo en manos francesas. Tuvo un viaje bastante complicado para llegar aquí, te lo aseguro, pero parece que no le ha afectado. O eso me aseguró tu padre; Sir Richard lo inspeccionó minuciosamente.

Clara rio entre lágrimas, un sonido de pura alegría que resonó en el establo. Se volvió de nuevo hacia Maestro, pasando sus manos reverentemente por su poderoso cuello. El semental permaneció perfectamente quieto bajo su contacto, aceptándola ya como su dueña. Matthew los observaba juntos, sintiendo una profunda satisfacción por haber encontrado un regalo que coincidía tan perfectamente con las pasiones de su esposa.

—Solo tiene cinco años, pero ya ha recibido un entrenamiento extenso —continuó Matthew, acercándose para acariciar el brillante flanco del caballo—. El austríaco que lo vendió me aseguró que puede realizar la levada y la corbeta, aunque el cabriole todavía está en progreso.

—Apenas puedo creer que sea real —murmuró Clara, apoyando su frente contra el cuello de Maestro—. Que sea mío.

—Tan real como mi amor por ti —respondió Matthew suavemente —. Y tan duradero, espero.

Clara se volvió hacia él, su rostro resplandeciente de felicidad a pesar de las lágrimas que aún brillaban en sus pestañas. —Matthew Whitmore —dijo, su voz firme ahora a pesar de su emoción—, creo que me comprendes mejor que nadie jamás lo ha hecho.

Entonces se acercó a él, rodeando su cuello con los brazos. —Gracias —le susurró al oído—. No solo por Maestro, sino por todo. Por verme, por verme de verdad.

Mientras Matthew sostenía a su esposa en sus brazos, con el magnífico lipizzano observándolos con ojos inteligentes, sintió una satisfacción tan completa que parecía casi insoportable. El viaje que los había traído hasta aquí había estado lleno de malentendidos y obstáculos, y sin embargo, de alguna manera, esos mismos desafíos los habían conducido a este momento perfecto.

—Deberíamos regresar con nuestros invitados —dijo Clara finalmente, aunque no hizo ningún ademán de soltarlo—. Se preguntarán adónde hemos desaparecido.

—Deja que se lo pregunten un poco más —respondió Matthew, atrayéndola más cerca—. Aún no estoy listo para compartirte, Lady Whitmore.

El nuevo título hizo que Clara riera suavemente. —Eso requerirá algo de tiempo para acostumbrarme —admitió—. Casi tanto como tener a esta magnífica criatura como parte de nuestra familia.

Matthew sonrió, pensando en el futuro que se extendía ante ellos, lleno de promesas y posibilidades. —Sospecho que ambos tendremos mucho a lo que acostumbrarnos —dijo—. Y no podría estar más ansioso por empezar.



—¡Vaya, no es este un magnífico ejemplar! —La voz de Molly Blair-Fortescue resonó desde la entrada del establo, interrumpiendo el momento privado entre Matthew y su novia. Se dirigió hacia ellos con el paso seguro de una mujer que había pasado su vida entre caballos, su sencillo vestido azul en marcado contraste con la elegancia de la mayoría de los invitados a la boda en el exterior. Tras ella seguía su marido, Lord Timothy Blair-Fortescue, con una expresión indulgente ante las ocurrencias de su esposa, aunque su mirada se transformó en asombro ante la visión del magnífico lipizzano. Matthew sintió la sonrisa de Clara contra su hombro antes de que ella se girara, aún dentro del círculo de sus brazos, para enfrentarse a su hermana adoptiva mayor.

—¡Molly! Me preguntaba cuándo descubrirías a este caballero —dijo Clara, con voz cálida de afecto.

Molly sonrió, sus ojos oscuros brillando con picardía. —Querida, yo sabía de él desde hace meses. Tim y yo fuimos parte de los preparativos para traerlo aquí.

—¿Lo fuisteis? —Clara miró a Matthew sorprendida. Él le devolvió la sonrisa. Había conocido a los Blair-Fortescue en Navidad y reconoció potenciales aliados; Tim, antiguo mayor de caballería, había sido fundamental en sus planes.

—Dicho esto, aún no lo había visto. ¡Dios mío, qué criatura tan espectacular!

Matthew observó cómo Molly se acercaba al semental con interés profesional, evaluando su conformación con mirada experta. Aunque Molly era completamente de ascendencia india y no había llegado a Belle Haven hasta su adolescencia temprana para ser adoptada por la familia, se movía con la absoluta confianza de alguien que pertenecía exactamente donde estaba, una cualidad que Matthew había llegado a admirar en todas las mujeres Bell.

—Es magnífico —declaró Molly, pasando una mano suave por el musculoso hombro del caballo—. Mira ese cuello, Clara. ¡Y la posición de su cruz! Se moverá con elegancia en el trabajo de concentración. —Dio un paso atrás, con expresión de aprobación—. Un regalo de bodas digno de una hija de Belle Haven, Lord Whitmore, ¡le felicito!

Tim se había movido para examinar las patas del semental, sus expertas manos recorriendo cuidadosamente los poderosos tendones. —Fuertes como el hierro, estos —comentó—. Y ni una mancha a la vista. También os servirá bien en la cuadra de cría, cuando llegue el momento.

—¿Ya ha empezado con los pilares? —preguntó Molly, su enfoque ahora completamente profesional mientras rodeaba al caballo—. ¿Para el entrenamiento de levade?

Matthew se apoyó contra un poste del establo, contento de observar cómo los tres entusiastas de los caballos discutían el régimen de entrenamiento de Maestro en términos cada vez más técnicos. Había algo profundamente satisfactorio en ver a Clara tan completamente en su elemento, su experiencia respetada y valorada por aquellos que compartían su pasión. Esta era la mujer de la que

se había enamorado, la que podía moverse con igual confianza por los salones de baile de Londres y los patios de establos.

—Supongo que deberíamos volver con nuestros invitados —dijo Clara finalmente, mirando a Matthew con una sonrisa que sugería que no había olvidado sus obligaciones más amplias—. Aunque confieso que preferiría quedarme aquí toda la tarde.

—Tu madre nunca me perdonaría si te mantuviera alejada de tu desayuno de bodas —respondió Matthew, ofreciéndole su brazo—. Además, creo que hay una tarta que cortar, y tus hermanas pequeñas me han asegurado que no hay que perdérsela.

Molly se rio, dando una última palmada a Maestro. —Han estado rondando por la cocina durante días, intentando robar trozos del glaseado. La cocinera ha estado al borde de la desesperación tratando de mantenerlas a raya. —Hizo un gesto hacia Tim—. Nosotros nos ocuparemos de Maestro. Vosotros dos id a disfrutar de vuestra celebración.

Mientras caminaban de vuelta hacia la casa, Clara se apoyó en el brazo de Matthew, con la cara levantada hacia el sol primaveral. —Gracias —dijo suavemente—. No solo por Maestro, sino por entender lo que significa para mí. La mayoría de los hombres habrían regalado joyas o pieles.

—La mayoría de los hombres no tienen la suerte de casarse con Clara Bell —respondió Matthew, cubriendo la mano de ella con la suya—. Además, tengo la clara sensación de que un conjunto de diamantes habría generado considerablemente menos entusiasmo que un lipizzano bien entrenado.

La risa de Clara confirmó su sospecha, un sonido tan alegre y sin restricciones que varios invitados se giraron para sonreírles mientras se reunían con la fiesta de la boda.

—Y todas las joyas de la cámara de Allanworth son tuyas por derecho, de todos modos —continuó Matthew.

Ella volvió la cabeza para mirarlo, levantando las cejas con curiosidad. —¿Todas qué joyas?

Él sonrió. —¿No pensaste que ese pequeño anillo de esmeraldas era todo? Hay un collar y una tiara y media docena de otras piezas solo para hacer juego con eso, además de más diamantes, rubíes y zafiros de los que cualquier mujer podría llevar en un mes de domingos.

La expresión en su rostro era realmente impagable, pero tuvo poco tiempo para saborearla cuando su padre descendió, exigiendo alegremente un baile con su nueva hija, y se llevó a Clara.

—¿Qué es eso de una cámara llena de joyas, tío William? — Matthew la oyó preguntar, y comenzó a reír.



Epílogo

EL MAGNÍFICO SEMENTAL PURA sangre recorría el paddock con la gracia fluida de un animal nacido para correr, su pelaje castaño brillando como cobre bajo el sol de la tarde. Matthew se apoyó contra la valla de madera junto a Lord Ashburton, su amigo de los días de Cambridge, quien estudiaba el caballo con la astuta evaluación de un entusiasta de toda la vida. La celebración de la boda continuaba detrás de ellos en la casa principal, un agradable murmullo de conversación y risas transportado por la brisa primaveral, pero Ashburton había insistido en ver los preciados sementales de Belle Haven, y Matthew había estado bastante feliz de tener un momento de respiro del gentío de personas que les deseaban lo mejor.

—Animal extraordinario —comentó Ashburton, mirando al caballo con genuina admiración—. Mira la profundidad de ese pecho y la posición de esos hombros. Perfectos para la velocidad.

Matthew asintió, aunque su conocimiento de la conformación equina era rudimentario comparado con el de su amigo. En sus días universitarios, Ashburton había sido famoso por su habilidad sobrenatural para seleccionar ganadores en las carreras. Su pasión por los caballos solo había crecido en los años posteriores, mientras que los intereses de Matthew habían tendido más hacia la gestión de fincas y las mejoras agrícolas.

—Sir Richard cría ejemplares excelentes —coincidió Matthew, con la mirada desviándose hacia la casa donde podía distinguir la cabeza dorada de Clara entre un grupo de invitados en la terraza. Incluso a esta distancia, verla le provocaba una sonrisa en los labios. *Su esposa.* La novedad de la palabra todavía le producía una agradable conmoción.

—Más que excelentes —continuó Ashburton, ajeno a la momentánea distracción de Matthew—. ¡Los cuartos traseros de este ejemplar, Whitmore! La potencia que hay ahí... y esas líneas limpias desde el hombro hasta la cuartilla. El sueño de un hombre de carreras —gesticuló ampliamente con una mano enguantada—. Con el entrenamiento adecuado, podría hacer una fortuna en la pista.

—Creo que lo llaman Hércules —ofreció Matthew, recordando una conversación con Sir Richard de la semana anterior. Volvió su atención al semental, que había hecho una pausa para mirarlos con ojos inteligentes, cabeza en alto, fosas nasales ligeramente dilatadas al captar su olor.

—Nombre apropiado. Sus líneas de sangre deben ser impecables. Eclipse o Highflyer en su ascendencia, me atrevería a apostar — Ashburton se enderezó el chaleco ya inmaculado, hablando con la

fácil confianza de un hombre acostumbrado a ser la autoridad en cualquier tema—. Daría una suma considerable por añadirlo a mi programa de cría. Los potros de mis mejores yeguas alcanzarían precios astronómicos.

Matthew emitió un sonido ambiguo, su atención nuevamente atraída hacia la casa. Clara se había movido al borde de la terraza, su vestido dorado captando la luz mientras reía por algo que Lady Persephone había dicho. La felicidad que irradiaba era visible incluso a esta distancia, y Matthew sintió una calidez correspondiente extenderse por su pecho.

—¿Me estás escuchando en absoluto, Whitmore? —preguntó Ashburton, aunque su tono era más divertido que irritado—. ¿O el matrimonio ya ha confundido tu cerebro más allá de toda reparación?

—Simplemente estoy distraído por la visión de mi esposa —admitió Matthew con una sonrisa—. Pero por favor, continúa. ¿Me estabas explicando cómo este caballo te haría rico?

Ashburton rio, dándole una palmada en el hombro. —¡Un caso perdido ya! Pero sí, con su conformación, este semental podría engendrar generaciones de ganadores. Mira cómo se mueve, el equilibrio, el resorte en su paso. Acción perfecta para el césped de Newmarket o Ascot —se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en el riel superior de la valla mientras continuaba evaluando al caballo—. ¿Sir Richard lo hace correr?

—No lo creo —respondió Matthew, intentando recordar si Clara había mencionado el propósito del semental en su programa de cría —. Creo que él...

—No criamos para carreras aquí.

La clara voz femenina desde detrás de ellos hizo que ambos hombres se giraran. Anna Bell estaba a unos pasos de distancia, su figura menuda ataviada con un modesto vestido azul pálido, su expresión decididamente fría mientras observaba a Ashburton. Matthew no la había oído acercarse, demasiado absorto mirando hacia la casa para vislumbrar a Clara.

—Nuestro programa de cría produce caballos para caballería —continuó Anna, avanzando para unirse a ellos en la valla—. Cruzamos sementales pura sangre con yeguas de tiro seleccionadas para producir caballos con tamaño, velocidad y resistencia para uso militar.

Matthew observó la sorpresa que cruzó el rostro de Ashburton, rápidamente enmascarada tras un interés educado. Su amigo claramente no había esperado tal conocimiento autoritario de una joven, particularmente de una cuya apariencia delicada desmentía su mente aguda y manera directa.

—Señorita Anna —la saludó Matthew calurosamente—. Permíteme presentarte a Lord Ashburton, un amigo de Cambridge. Ashburton, esta es la señorita Anna Bell, mi cuñada.

Ashburton ejecutó una reverencia perfecta, aunque Matthew notó la ligera reserva en su sonrisa. —Un placer, señorita Bell. Parece usted muy conocedora del programa de cría de su familia.

—Gestiono todos los registros de cría y cálculos —respondió Anna, su tono objetivo más que jactancioso. Sus ojos oscuros, con la ligera inclinación que delataba su ascendencia medio china, evaluaron a Ashburton con un escrutinio no disimulado—. Hércules es uno de

nuestros mejores sementales para producir monturas de caballería. Sus crías heredan su fuerte osamenta y capacidad cardíaca, cualidades esenciales para caballos que deben llevar hombres armados durante largas distancias, a menudo en terrenos difíciles.

Ashburton miró nuevamente al semental, su expresión transformándose en una de leve decepción. —Parece bastante un desperdicio de buenas líneas de sangre —comentó, su mirada reevaluando críticamente al caballo—. Un semental de esa calidad podría estar ganando carreras y engendrando campeones en lugar de producir monturas militares comunes.

Matthew se estremeció interiormente ante el tono despectivo. En el breve tiempo que había conocido a Anna Bell, había aprendido que desafiar su experiencia en caballos o matemáticas era un camino seguro hacia su desagrado. Efectivamente, observó cómo su postura se tensaba y su expresión se endurecía, la transformación de una presentación educada a una indignación justificada ocurriendo en el espacio de un latido.

—¿Monturas militares comunes? —repitió Anna, con voz peligrosamente serena. Una pequeña arruga apareció entre sus cejas mientras se preparaba visiblemente para desmontar las suposiciones de Ashburton—. Quizás desconozcas, milord, ¿el valor económico y estratégico de los caballos de caballería bien criados en el conflicto actual? ¿O las tasas de mortalidad de las monturas inferiores en condiciones de batalla? ¿O la prima de precio que Belle Haven exige por nuestros corceles?

Matthew reconoció la tormenta que se avecinaba. La mente ágil de Anna ya estaba preparando lo que sin duda sería una réplica

devastadora, repleta de cifras, porcentajes y precedentes históricos. Había sido testigo de cómo reducía a otros hombres desafortunados a balbuceos y disculpas con semejantes argumentos, expuestos con precisión matemática y confianza inquebrantable.

Ashburton, sin embargo, parecía felizmente ignorante de la destrucción académica que estaba a punto de caer sobre él. Simplemente arqueó una ceja, con una expresión que sugería que encontraba su pasión ligeramente divertida en lugar de intimidante. —Estoy seguro de que es una labor perfectamente respetable, señorita Bell. Simplemente creo que los animales excepcionales merecen oportunidades excepcionales. Las carreras son, después de todo, la verdadera prueba de la calidad de un purasangre.

Matthew observó cómo Anna se irguió en toda su estatura, que aun así era considerablemente menor que la de Ashburton, entrecerrando los ojos mientras reunía sus fuerzas intelectuales. Respiró profundamente, y Matthew se preparó para la inminente batalla de ingenios, preguntándose si debería intentar intervenir o simplemente disfrutar viendo a su amigo recibir una lección de humildad muy necesaria.

—Veo que habéis conocido a mi brillante hermana —la voz de Clara, cálida de afecto pero con un toque de advertencia divertida, cortó la tensa atmósfera antes de que Anna pudiera desatar su formidable intelecto sobre Lord Ashburton. Matthew se giró para encontrar a su novia acercándose a ellos. Se movió junto a Anna con gracia decidida, colocando una mano suave en el brazo de su hermana en un gesto que de alguna manera transmitía tanto contención como solidaridad.

—Lady Whitmore —Ashburton la saludó con una reverencia notablemente más respetuosa que la que había ofrecido a Anna—. En efecto, estaba discutiendo sobre caballos con vuestra hermana. Parece bastante... apasionada con el tema.

Clara rió ligeramente. —Anna gestiona todos nuestros registros de cría y puede calcular las necesidades de alimentación para cincuenta caballos sin necesidad de papel y pluma —le dijo a Ashburton, evidenciando su orgullo por su hermana—. Sus habilidades matemáticas son realmente extraordinarias.

Matthew observó cómo la sorpresa cruzó el rostro de Ashburton, rápidamente reemplazada por una reevaluación de la joven frente a él. Las delicadas facciones medio chinas de Anna y su atuendo modesto claramente le habían llevado a subestimarla, un error que Matthew había observado en otros que se encontraban con las hermanas Bell por primera vez, y él mismo se incluía en ese número.

—No hubiera pensado... —comenzó Ashburton, pero pareció reconsiderar sus palabras—. Es decir, tales cálculos complejos deben requerir una formación significativa.

—Autodidacta —respondió Anna fríamente, aunque Matthew notó que se había relajado ligeramente bajo el contacto de Clara—. Aunque, por supuesto, mi padre me proporcionó acceso a su biblioteca y tutores ocasionales.

Clara se volvió hacia su hermana, con una expresión de fingida severidad. —No debes pelear con ninguno de mis invitados de boda —le advirtió suavemente—. Incluso con aquellos que hacen comentarios desafortunados sobre nuestro programa de cría.

Los labios de Anna temblaron con el esfuerzo de reprimir una sonrisa. —No estaba peleando —protestó suavemente—. Simplemente me preparaba para educar a Lord Ashburton sobre las realidades económicas de la cría de caballos en tiempos de guerra.

—Lo cual estoy segura de que habría sido fascinante —respondió Clara diplomáticamente—, pero quizás sería mejor guardarlo para otra ocasión. Molly preguntaba por ti. Algo sobre tus ideas respecto a las proporciones correctas de los nuevos establos que ella y Tim planean construir en Willowbrook.

Matthew reconoció la sutil maniobra por lo que era: una estrategia de salida elegante que permitía a Anna retirarse sin parecer que se batía en retirada. Su admiración por Clara se profundizó aún más. Entendía perfectamente a su hermana, ofreciéndole un propósito que apelaba a su mente analítica mientras la alejaba suavemente del conflicto.

Anna dudó, claramente sopesando su deseo de corregir las ideas equivocadas de Ashburton frente a su lealtad hacia Clara. Finalmente, asintió, aunque su expresión seguía siendo fría mientras miraba a Ashburton. —En otra ocasión, quizás, milord. Espero que disfrutéis del resto de la celebración.

Con una breve reverencia correcta en la forma aunque algo perfunctoria en la ejecución, Anna se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa, su pequeña figura pronto se perdió entre los invitados de la boda dispersos por los jardines.

—Pido disculpas si he causado ofensa —dijo Ashburton una vez que ella estaba fuera del alcance auditivo, aunque Matthew detectó

más curiosidad que arrepentimiento en su tono—. No me di cuenta de que la cría de caballos fuera un tema tan sensible.

—Los caballos de Belle Haven son más que simples animales para la familia Bell —explicó Matthew—. Son la base de todo lo que hay aquí. Sir Richard construyó su fortuna y reputación sobre la calidad de sus monturas de caballería.

Clara asintió. —Y Anna ha sido parte integral de nuestro éxito estos últimos años. Sus modelos matemáticos para predecir rasgos deseables han mejorado considerablemente nuestros resultados —sonrió a Ashburton, toda amabilidad a pesar de su anterior desconsideración—. Tal vez podríais uniros a nosotros para una visita más detallada a los establos antes de que os vayáis. Estoy segura de que mi padre estaría encantado de explicar nuestra filosofía de cría en detalle, aunque creo que veréis que ningún precio podría tentarle a separarse de Hércules.

Matthew observó el conflicto en la expresión de su amigo: el genuino interés por los caballos luchaba contra la reticencia a admitir que podría haber sido precipitado en su juicio. Finalmente, la curiosidad ganó. —Me gustaría mucho, Lady Whitmore. Gracias.

—Excelente. ¿Volvemos ahora a la celebración? Creo que están a punto de servir el pastel de bodas.

Mientras caminaban de regreso hacia la casa, Matthew ofreció su brazo a Clara, acompasando sus pasos junto a ella mientras Ashburton mantenía una prudente distancia por delante. —Eso ha sido magistralmente manejado —murmuró Matthew, incapaz de ocultar el orgullo en su voz mientras seguían el sendero de grava a

un ritmo pausado—. Me estaba preparando para presenciar cómo Anna destripaba verbalmente a uno de mis amigos más antiguos.

Clara rio suavemente, su mano cálida mientras apretaba el brazo de él. —Lo habría hecho a conciencia, además. Anna nunca entra en un debate sin dominar completamente sus argumentos. El pobre Lord Ashburton no habría sabido qué le había golpeado.

—Se lo merecía —admitió Matthew—. Puede ser bastante inflexible en sus opiniones. Pero agradezco tu intervención de todos modos. Un incidente diplomático en nuestra boda le habría dado demasiada satisfacción a Lady Pemberton.

—No podemos permitir eso —coincidió Clara con una sonrisa cómplice—. Aunque sospecho que podría ser prudente evitar que los caminos de Anna y Lord Ashburton se crucen en el futuro. Parecen tener un... efecto bastante inmediato el uno sobre el otro.

Matthew soltó una risita. —Eso no debería ser difícil. Ashburton está a punto de marcharse al extranjero en una misión diplomática. Trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y se rumorea que lo envían a Viena para ayudar con las negociaciones cuando esta maldita guerra finalmente termine.

—¿Viena? —los ojos de Clara se abrieron con interés—. ¿Donde está la Escuela Española de Equitación? ¿El lugar que siempre he soñado visitar?

—Exactamente —confirmó Matthew, dándose cuenta de repente de las implicaciones—. ¿Quizás deberíamos reconsiderar nuestra estrategia de mantenerlos separados?

Clara rio, un sonido alegre y jubiloso. —Dejemos ese particular plan casamentero para otro día. Hoy estoy bastante contenta

centrándome en mi propio matrimonio en lugar de organizar el de mi hermana, y además, Anna ni siquiera tiene dieciocho años todavía. Quizás tú y yo podamos organizar una visita a Lord Ashburton durante su estancia en Austria.

Los invitados a la boda habían comenzado a reunirse en la terraza para el corte del pastel, sus rostros radiantes de celebración y buenos deseos. La escena era de perfecta felicidad, de familias unidas y futuros comenzando, todo bañado en la dorada luz de una tarde primaveral.

—¿Vamos? —preguntó Clara, sus ojos verdes encontrándose con los suyos con una calidez que aún le dejaba sin aliento.

—Siempre —respondió Matthew simplemente, cubriendo la mano de ella con la suya mientras se unían a sus invitados, adentrándose juntos en el futuro que construirían, codo con codo.

~ FIN ~

No te pierdas la historia de Anna en *El error de la señorita Anna*, ¡próximamente!



Otros libros de Catherine Bilson

Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa

Las Bellas de la Librería (series con Ebony Oaten)

El Ardiente Admirador de Estelle

El Caballero de Navidad de Marie

El Campeón de Navidad de Louise

El Encantador Doctor de Bernadette

Las Novias de Belle Haven

La Herencia de Belle Haven
- ¡Vaya, Señorita Molly!
- Clara y el Marqués
- El Paso en Falso de Anna
- Eliza Toma las Riendas
- Charlotte Causa un Caos
- Laura Está Enamorada
- Louise Se Entromete

Festejos Románticos

Su Querida Duquesa
- El Secuestro de Lord Blaymire
- La Novia Fugitiva del Capitán
- La Apuesta del Corazón
- La Reina de la Duodécima Noche

Novela ganadora del premio RUBY:

La Novia Dijo No

La Colección del Príncipe Regente

San Jorge y el Monstruo del Río

Corazones por Correo

La Maestra y el Vaquero
- Un Corazón para la Ranchera

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Las Mejores Relaciones
- Relaciones Infames
- La Esposa del Señor Bingley
- Un Milagro de Navidad en Longbourn
- Penas y Agravios
- La Segunda Señora Bennet
- Un Luto en Longbourn
- Los Entrometidos Matlock
- Maldad y Desgracia
- Rivalidad y Ruina
- Intrigas y Legado

¡Suscríbete al boletín de Shenanigans Press para enterarte de nuestros últimos lanzamientos!